
AMORES
EM CONTRASTE
ACUERDO DE
GUERRA
Y PAZ
AGATHA SERAVAT

ACUERDO DE GUERRA Y PAZ

AGATHA SERAVAT

Copyright © 2026 by Agatha Seravat
Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, por ningún medio, sin previa autorización por escrito.
Adaptación de portada: Agatha Seravat
Ilustración de portada: Shirleane Santos
Ilustración de personajes: Lane Guedes
Corrección: Priscyla Fadel
Diseño gráfico y maquetación: Agatha Seravat
Lectura beta: Juliana Neves, Lisandra Novak, Ludmila Lima, Mariana de Paula, Nena Dorea, Noemy Marla, Rana Lima, Tamires Menezes.
Los personajes y situaciones de esta obra existen únicamente en la ficción; no se refieren a personas o hechos reales ni emiten opinión sobre ellos. Cualquier semejanza es mera coincidencia.
Este libro fue publicado en su versión digital exclusivamente en Amazon, para ser leído en Kindle. Cualquier otra distribución de esta obra es ilegal y constituye delito, de acuerdo con la Ley de Derechos de Autor.

Epígrafe
Dedicatoria
NOTA DE LA AUTORA
01
PEDRO GUERRA
02
HELENA DA PAZ
03
PEDRO GUERRA
04
PEDRO GUERRA
05
HELENA DA PAZ
06
PEDRO GUERRA
07
HELENA DA PAZ
08
PEDRO GUERRA
09
HELENA DA PAZ
10
PEDRO GUERRA
11
PEDRO GUERRA
12
HELENA DA PAZ

13

PEDRO GUERRA

14

PEDRO GUERRA

15

HELENA DA PAZ

16

HELENA DA PAZ

17

PEDRO GUERRA

18

HELENA DA PAZ

19

HELENA DA PAZ

20

PEDRO GUERRA

21

PEDRO GUERRA

22

HELENA DA PAZ

23

HELENA DA PAZ

24

PEDRO GUERRA

25

HELENA DA PAZ

26

PEDRO GUERRA

27

HELENA DA PAZ

28

PEDRO GUERRA

29

PEDRO GUERRA

30

HELENA DA PAZ

31

PEDRO GUERRA

32

PEDRO GUERRA

33

PEDRO GUERRA

34

HELENA DA PAZ

35

PEDRO GUERRA

36

HELENA DA PAZ

37

PEDRO GUERRA

38

HELENA DA PAZ

39

PEDRO GUERRA

40

HELENA DA PAZ

41

PEDRO GUERRA

42

PEDRO GUERRA

43
PEDRO GUERRA
44
HELENA DA PAZ
45
PEDRO GUERRA
EPÍLOGO
PEDRO GUERRA
AGRADECIMIENTOS
Zack: La Obsesión del Leñador

Epígrafe

«Quiero descansar en tu pecho / el cansancio de esta vida
y el peso de tener que ser alguien. / Ya no sé qué hago, mi bien,
ni qué haré. / Pero si tú quieres y vienes
a enfrentar lo que venga conmigo / yo puedo ser tu refugio».

Descansar
Canto dos Malditos na Terra do Nunca

Dedicatoria

Para ti, que mereces un amor intenso,
que esté ahí para lo que venga.

NOTA DE LA AUTORA

Bienvenide a mis *amores en contraste*.

Un universo muy carioca, mi primer libro completamente BR.

A principios del año pasado, yo tenía ganas de leer un romance bien sabroso —léase con acento carioca a partir de aquí—. Y escribí a Pedro Guerra dentro de la piscina, en medio de una crisis de mediana edad bastante extrema.

Él llegó intenso, descarado y groseramente sarcástico desde el capítulo 1. Entonces pensé: hum, voy a darle unos problemas para resolver, porque un hombre así aguanta.

La solución que Pedro encontró no parece una solución: un hijo con una mujer que ni siquiera conoce, pero al final él tenía razón. La voz de la experiencia.

Fue entonces cuando llegó Helena da Paz, y su vida era de todo menos pacífica. Endeudada y desesperada hasta el cuello, me identifiqué demasiado. Por eso le di un hombretón de la puta madre.

Ellos se van a dar contra la pared, van a ocultarse información el uno al otro, pero el romance es tan caliente que calienta el corazón y otras partes.

Si tenías ganas y echabas de menos leer un romance donde el lenguaje de amor del protagonista masculino es decir que va a resolver algo y resolverlo, te entrego a Pedro Guerra.

Va a parecer que Helena es una damisela en peligro, pero al final veremos que fue ella quien salvó a Pedro, literalmente.

Un beso, guerreres,

OBSERVACIONES:

1) Sí, probablemente estaba ovulando cuando escribí las escenas hot de Guerra y Paz. Ustedes lo van a entender;
2) Los errores gramaticales en los diálogos no fueron corregidos ni marcados en cursiva, para darle más naturalidad y fluidez al texto. Lo mismo ocurre en algunos momentos de la narración;
3) Al final, no olvides dejar tu valoración, porque eso ayuda a que mi trabajo sea conocido por otras personas. Y si leíste esto, comenta en tu reseña: «terminé embarazade de Pedro».

Buena lectura,

Agatha Seravat


ACUERDO DE
GUERRA
Y PAZ
AGATHA SERAVAT
art by
LANE
GUEDES
@lanegdesign

01



PEDRO
GUERRA

Me ardían los brazos mientras daba vueltas en la piscina de la terraza. Pero lo peor era el dolor de cabeza infernal. No iba a conseguir terminar mis veinte vueltas. Tal vez ni siquiera hubiera llegado a la quinta.

El sol reflejado en el agua lo empeoró todo. Rodé hasta el borde, estirándome sobre el piso caliente. Me presioné las sienes, jadeando hasta gruñir como un cerdo, como si no tuviera ningún tipo de condición física. Ya no era ningún mocoso, pero intentaba, al menos, mantener cierta calidad de vida.

Fue entonces cuando unos pies femeninos —que yo esperaba que ya hubieran salido de mi terraza a esas alturas, como había ocurrido las otras veces— entraron en foco.

Los recuerdos de haber restregado esos pies perfectos contra mi polla, la noche anterior, hicieron que la sangre me latiera más rápido y que el dolor de cabeza se volviera mil veces peor, arrancándome un gruñido. Me cubrí el rostro con el antebrazo,

impidiendo que el sol del falso otoño de Río de Janeiro me hiciera estallar el cráneo.

—¿Todo bien ahí? —preguntó Marília, risueña, y se agachó a mi lado, acariciándome el pecho mientras yo seguía gruñendo de dolor, esperando que pasara.

Y mierda, ella necesitaba... irse. Poco importaba adónde, siempre que fuera a cualquier lugar menos aquí.

Las migrañas eran una novedad, algo que imaginé que formaba parte del paquete de la mitad de los cuarenta, literalmente. Empezaron algunas semanas después de mi cumpleaños número cuarenta y cinco.

—Todo bien, Marília —mentí.

Le sujeté la mano, haciendo fuerza para sentarme, y entonces llegó la puta náusea. Necesitaba revisar eso y dejar de seguir postergándolo.

A Marília no le gustó mi frialdad, algo que yo no estaba en condiciones de resolver. No ahora, cuando ponerme de pie se había demostrado un sacrificio y hasta las gotas de agua rodando sobre mi piel me daban escalofríos.

—Está bien, ya entendí, quieres que me vaya... —Se levantó, todavía vestida con mi bata, y se alejó.

El pelo de sexo, recogido en un moño flojo, hacía que los mechones rubios platinado contrastaran aún más con la raíz oscura y dejaba su rostro en evidencia. Al entrecerrar los ojos, conseguí verle la cara e identificar en su expresión irritada que no había terminado el discurso.

—¿Sabes qué? ¡No me busques más! Todo el mundo me advirtió sobre ti, que eres un idiota, un mujeriego, pero yo pensé...

Ah, ella pensó que iba a cambiarme.

¡Carajo! No podía lidiar con esa mierda ahora. Mi estómago se estaba rebelando contra mí, mi cráneo parecía haberse vuelto cinco veces más pequeño.

Marília Dantas era una actriz secundaria de telenovelas. Y yo debería haber escuchado a Tarcísio —mi abogado y mejor amigo— cuando me advirtió que repetir la cogida casual con ella terminaría convirtiéndose en un problema.

El hijo de puta diría «te lo advertí» y se reiría en mi cara, porque eso era lo que hacía el noventa por ciento de las veces que mis aventuras terminaban. Como parecía que iba a ocurrir con esta.

Solo necesitaba que fuera dentro de cinco minutos o menos, porque estaba a punto de vomitar y prefería no hacerlo delante de ella. Si no, tal vez empatizara conmigo y se echara atrás en su decisión de que yo era un idiota.

—Está bien, Marília. Puedes usar mi chofer para que te lleve a casa y no olvides que firmaste un acuerdo de confidencialidad... —murmuré, y regresé tropezando hacia el interior de la terraza de mi hotel en Barra da Tijuca.

Esa no era «mi casa», pero era la que ella conocía, ya que, al contrario de lo que pensaba, yo no era un idiota. Es decir, tal vez para ella, aunque yo había hecho mi parte: no mentí. Todo lo contrario, dejé bastante claro cuál era nuestro acuerdo.

Toda mujer que se involucraba conmigo firmaba un acuerdo de confidencialidad bastante estricto. Más advertida de lo que ella estuvo —por mí mismo, no por ese «todo el mundo» al que se refería—, solo si me lo hubiera tatuado en la frente:

«¡Nunca voy a casarme contigo!»

Entré en el baño, tanteando la encimera hasta encontrar mi celular, y di el comando de voz para llamar a mi secretaria, Karina.

Contestó al segundo tono, todavía echando una bronca detrás del auricular amortiguado:

«¡Pedro, juraba que me ibas a dar la mañana libre!» —giró la bronca hacia mí, como solo ella tenía el valor de hablarme—. «Vine a que me hurgara ese imbécil, que sigue diciendo que todavía no es hora de que salga mi bebé. ¡Solo quiero terminar con esto!» —se quejó, y escuché a su marido del otro lado, pidiéndole disculpas a alguien. Imaginé que sería el obstetra que la había «hurgado».

Al menos no estaba hablando del imbécil de su marido esta vez.

Y yo ignoraba su grosería de la misma manera en que ella ignoraba la mía. Karina era mi secretaria desde hacía años, la que más había durado, justamente por eso. Y una embarazada de ocho meses —o de «quinientas semanas», como decía ella— tenía derecho a ser grosera.

El problema de encontrar otra secretaria para sustituirla durante la licencia de maternidad todavía no se había resuelto, justamente porque los dos éramos impacientes con la gente incompetente y espantábamos a todas las sustitutas que la agencia había mandado. Menos mal que el bebé no iba a salir... No hoy, por lo menos.

—Mi cabeza está explotando otra vez. Necesito esos medicamentos, solo manda a alguien a traerlos aquí, a la Barra. Avísale a Rui que venga a buscar a Marília. Y llama a Tarcísio para que le mande el «mensaje de despedida».

«¿Ya se acabó? ¿Cuánto duró esta vez, dos semanas?» —Karina estaba hablando conmigo en altavoz y escribiendo los mensajes con las cosas que le pedí. Y el ruido de su teclado me hizo gemir de dolor. Dejó de escribir—. «Pedro... ¿estás bien?».

No, no lo estaba.

Gruñí en respuesta y dejé que mi cuerpo cayera al piso del baño, agradeciendo el suelo frío, aunque los escalofríos me recorrían entero.

—¿A quién mando ahí?

Karina sabía que yo no permitía que me vieran así. Solo ella y Tarcísio sabían que esto estaba pasando. Mi vida personal ya provocaba suficientes chismes, sobre todo después de que salí en la portada de Icons y aquel otro sitio de mierda decidió titularme «El soltero más codiciado del mercado carioca».

Incluso hicieron una nota enumerando todos mis romances no declarados, pero que el público sospechaba, de los últimos cinco años. Los pocos clics que los paparazzi conseguían hacerme acompañado.

Yo no tenía tiempo para relaciones, de ningún tipo.

Ni siquiera con mi familia...

—¿Pedro? ¡¿Pedro?! —La voz alarmada de ella me hizo sentir peor. Karina ya tendría que haber entrado en licencia de maternidad.

¡Mierda!

—¡Vamos para allá!

Ni siquiera conseguí gruñir una respuesta.



—Puede vestirse, señor Guerra. —La enfermera evitó mirarme a los ojos, con las mejillas sonrojadas.

Si no me hubiera estado sintiendo como carne molida, al menos habría coqueteado o sonreído ante su evidente vergüenza al verme sin camisa. Pero, aunque el dolor había pasado con los medicamentos que me inyectaron cuando Karina y su marido me trajeron al hospital, todavía me sentía como una mierda.

—Gracias —le agradecí a la mujer, que sonrió y se alisó el cabello sujeto en una trenza gruesa, de esas que daban ganas de

enredar en la mano.

Karina entró en la habitación, sujetándose la zona lumbar, y me repasó con la mirada, descaradamente, mientras yo me abotonaba la camisa. Esbozó una sonrisa maliciosa, que hizo que su piel morena se sonrojara de una forma distinta a la de la enfermera avergonzada. Negué con la cabeza, porque ese era uno de los motivos por los que su marido me detestaba. Aunque nosotros jamás hubiéramos hecho absolutamente nada el uno con el otro.

La amistad era real.

—Me siento como una mierda, Karina... ¡deja de mirarme con esa cara! —Fingí quejarme, pero estaba agradecido de que hubiera cuidado de mí.

—Mirar no arranca pedazos, y negarle un antojo a una embarazada da orzuelo. ¡No quieres eso encima de toda esta mierda! —Giró la muñeca con los dedos extendidos, señalando «mi mierda». Yo entero.

Me reí y gruñí, porque todavía parecía que me habían sacudido el cerebro. Ella se acercó a mí, la barriga llegando mucho antes, recibiendo mis caricias, aunque viviera quejándose del embarazo.

João Carlos era un tipo con suerte, por más que Karina fuera extremadamente difícil.

El clima ligero murió en cuanto el médico regresó al consultorio, sosteniendo mi historia clínica y los exámenes en las manos. Bajé de la camilla y fui hacia el segundo ambiente, donde estaba su escritorio.

—¿Es su esposa? —preguntó, mirando de mí a la barriga redondeada de la embarazada a mi lado.

Karina llevaba su ropa formal, el traje sastre y el moño tirante, además de las gafas de diseñador. Y yo le pagaba muy bien

para soportarme. Además de ser una excelente negociadora... Ganaba más que la mayoría de mis directores de área.

Ella soltó una carcajada, divertida por la idea de que alguien pensara que yo estaba casado. Sacó el iPad mini de su bolso gigante para anotar lo que fuera que el doctor fuera a decir. La forma en que el médico me miró indicaba que mi problema era más serio que unas migrañas; y que, tal vez, una embarazada no debería escucharlo, porque se preocuparía.

—Está bien, Karina. Yo me encargo. Vete a casa... —Me senté en la silla frente a él y la empujé por la base de la espalda.

—Voy a volver a la oficina, entonces. Sin mí y sin ti, nada funciona. Rui ya llevó a tu invitada a casa y viene a buscarte. Y Tarcísio ya mandó el mensaje. —Me guiñó un ojo y me apretó el hombro a modo de despedida.

Al oír el clic de su salida, me recosté en la silla y suspiré, preparándome para el golpe. Debí haber sospechado cuando empezaron los dolores. Solía cuidar muy bien de mi salud, pero esta vez estaba presintiendo que era algo serio.

—Puede hablar.

El médico cerró la puerta con cuidado. Ese detalle, el cuidado, fue lo que me hizo enderezarme en la silla.

No parecía nervioso. Tenía ese tipo de calma que solo aparece cuando alguien ya pasó el punto de dudar. Colocó los exámenes sobre la mesa, alineó las hojas, respiró hondo.

—Señor Guerra, ¿usted suele tener migrañas? —preguntó, sentándose.

Incliné la cabeza, evaluando la pregunta.

—No solía tenerlas —respondí—. Ahora parece que se volvió rutina.

Él asintió, como si ya esperara eso. Giró el monitor ligeramente hacia mí. No necesité entender nada de la imagen para saber que había algo mal.

—Hicimos una tomografía y una resonancia magnética —continuó, con el mismo tono profesional—. Identificamos una formación en el cerebro.

Formación.

—¿Tumor? —pregunté, directo.

—Es un meningioma. Pero antes de que saque conclusiones, no es maligno.

Asentí despacio. Curioso cómo la palabra benigno no trajo alivio inmediato. Solo postergó el golpe.

—Entonces, ¡no es cáncer! —Más lo afirmé de lo que lo pregunté.

—No creo que lo sea —confirmó—. Pero, incluso si no lo fuera, eso no significa que sea inofensivo.

Señalé la pantalla.

—¿Eso explica los dolores?

—Explica los dolores, la náusea, la pérdida momentánea de equilibrio. Y explica algo más importante...

—El riesgo —lo interrumpí. No respondió de inmediato, pero tampoco lo negó. Y el simple hecho de que lo considerara me descontroló—. ¿Qué tipo de riesgo? —me forcé a mantener la calma.

Me forcé a no pensar en mi padre, enfermo sobre una cama durante años. Sacrificando a mis hermanos y a mi madre. A mí no, porque yo no estaba allí.

—De agravamiento súbito. De compresión. De pérdida neurológica. —Hizo una pausa—. Y, en algunos casos, de muerte.

¡Ahí estaba! La mierda que yo había presentido que vendría. Sin rodeos, sin piedad.

—¿Cuánto tiempo tengo? —pregunté, y sentí que palidecía.

Él inclinó el cuerpo hacia delante.

—¿Sin intervención quirúrgica? Meses. Tal vez uno o dos años, como máximo. No es algo previsible.

Meses, tal vez uno o dos años.

No tuve una reacción inmediata. Ninguna visión de la vida pasando delante de mis ojos. Ninguna epifanía. Solo un pensamiento extremadamente práctico me atravesó la mente:

Esto no estaba en mis planes, definitivamente.

—¿Y con la cirugía? —cuestioné.

—Las posibilidades son buenas —respondió—. No puedo prometer perfección, pero puedo prometer tiempo.

Tiempo. ¿Qué tiempo? ¿Dos años?

—¿Tiempo para qué? —pregunté, sin saber exactamente qué estaba preguntando.

Él me miró un segundo más de lo que el protocolo recomendaría.

—Para vivir, señor Guerra. De la forma que usted decida.

Asentí, lentamente.

Vivir.

Volví a mirar la imagen borrosa de mi propio cerebro. Aquella cosa creciendo dentro de mí, mientras yo cerraba negocios, dormía con mujeres equivocadas y evitaba todo lo que no podía controlar.

—¿Necesito decidir ahora? —pregunté.

—Necesita decidir pronto.

Me incliné hacia atrás en la silla, cruzando los brazos.

No era miedo lo que sentía. Era irritación.

Toda la vida había hecho todo lo necesario para triunfar, a pesar de lo que la vida me había dado. Planifiqué, arriesgué, anticipé riesgos. Construí algo sólido desde cero. Y ahora esto.

—¿Alguien más necesita saberlo? —pregunté, pensando en los socios minoritarios.

¿Estaba legalmente obligado a explicar esto? Me apartarían del control de mi empresa. Y el médico no podía contarle esto a nadie, ¿verdad?

—Solo quien usted permita.

Excelente.

—Gracias, doctor. —Me levanté y extendí la mano para estrechársela.

Pareció sorprendido por mi tranquilidad. Pero no era tranquilidad, era una decisión: si tenía un tiempo limitado, no gastaría lo poco que tuviera desesperándome. Ya sabía que no iba a operarme, no iba a arriesgarme con eso. Con eso no. Porque, con los genes que Valdemar Guerra me había pasado, yo ya sabía el resultado.

—¿Se encuentra bien?

—Estoy perfecto. Solo necesito reorganizar la agenda. —Mi sonrisa irónica lo dejó confundido, pero yo necesitaba salir de allí.

Salí del consultorio, caminando solo por el pasillo del hospital. La gente pasaba a mi lado sin ser vista. En mi mente rondaba apenas un pensamiento, como una horca. ¡No podía desesperarme, carajo!

Meses. Dos años.

En el ascensor, observé mi reflejo en el espejo. Cuarenta y cinco años. Empresa sólida. Nombre respetado. Patrimonio envidiable. Y absolutamente nada que me sobreviviera.

Fue allí, entre el piso doce y la planta baja, donde la idea empezó a formarse.

Necesitaba encontrar algo que hiciera que me recordaran.

Si iba a morir, no sería olvidado.

02



La desesperación no resolvía nada. Lo aprendí demasiado pronto como para olvidarlo.

Por eso leí el mensaje de texto de mi padre sentada al borde de la cama, con el celular apoyado en la rodilla. No era la primera vez que lo leía, pero no importaba cuántas veces lo hiciera, el contenido no cambiaba.

Papá: Conseguí una entrevista para ti, en el hotel de Guerra. Un amigo mío de la infancia.

Guerra, el amigo sobre el que de vez en cuando mi padre contaba algún recuerdo de la infancia, pero al que yo nunca conocí, ni vi en foto, ni nada por el estilo.

El nombre parecía demasiado grande para el viejo monoambiente en Maracanã, donde vivía. Demasiado grande para la vida que llevaba desde que llegué a Río de Janeiro con dos maletas y un sueño: graduarme en Administración en una de las

universidades más prestigiosas de la Ciudad Maravillosa. Además de la idea fija de que no podía equivocarme.

Cerré la aplicación de mensajes y me quedé unos segundos mirando la pared frente a mí, con la pintura quemada por el sol. El ventilador hacía un ruido irregular, como si siempre estuviera a punto de quemarse.

El departamento era pequeño y sofocante, de construcción vieja, y aunque hubiera tenido dinero para comprar un aire acondicionado, no podría instalarlo por culpa del cableado antiguo.

Mi vida y yo no combinábamos con entrevistas en hoteles de lujo. Pero necesitaba un trabajo, con urgencia.

Me bañé y elegí la ropa más bonita que tenía. Nada llamativo, nada incorrecto, nada que atrajera la atención hacia mis curvas marcadas. Necesitaba fingir hasta creerme que no estaba ansiosa, que no estaba desesperada, que no tenía deudas más grandes que la vida...

Cuando salí de casa, ya sentía el sudor correrme por la espalda, por dentro de la camisa social, incluso antes de llegar a la calle. Lo ignoré, empujé todo lo que no estaba bien al fondo de la cajita de lo que podía esperar.

Yo podía esperar para ponerme nerviosa; las deudas no me esperarían.

El trayecto fue automático. De Maracanã a Barra da Tijuca: autobús, metro, otro autobús más. Río pasaba por la ventana, escenarios que ya habían perdido el brillo, hasta que yo dejé de notarlos.

Abrí la aplicación del banco, viendo el resto de dinero en la cuenta, que me recordaba que esa entrevista no era una oportunidad cualquiera. Era mi última esperanza antes de volver a casa fracasada y endeudada. Arruinando no solo mi vida, sino también la de mi padre.

Augusto da Paz creía que yo había conseguido estudiar gracias a una beca del gobierno. Lo engañé e hice una mierda gigantesca.

Nunca tuve el valor de contarle que los papeles que él firmó no eran para una beca, sino para un financiamiento. Y papá firmó sin siquiera leer, porque confiaba en mí.

No bastaba con el dinero que me mandaba para pagar el alquiler, que ya se llevaba buena parte de su ingreso mensual como profesor de Matemáticas en la escuela pública de Pedra Serena, mi ciudad natal, en el interior de Minas Gerais. Encima de todo, básicamente hipotequé la casa en la que crecí...

Llegué al hotel y me detuve un instante, observando la grandiosidad. El edificio era más grande de lo que imaginaba. La gente entraba y salía con una calma y una tranquilidad que yo no tenía. Nadie allí parecía pensar en el precio del alquiler o en el vencimiento de las facturas.

Me alisé la falda, ajusté la correa del bolso barato y entré.

El aire acondicionado me erizó la piel. Las manos se me enfriaron casi de inmediato. Mantuve los hombros en su lugar, la postura recta.

Nadie necesitaba saber que estabas nerviosa, repetí mi mantra interno.

—Buenos días —le dije a la recepcionista, disimulando la firmeza en la voz—. Tengo una entrevista agendada.

Ella sonrió como si ese tipo de frase se repitiera decenas de veces al día. ¿Yo era una entre muchas? En los últimos procesos de selección, mi currículum no había sido suficiente... ¡Mierda!

—¿Nombre, por favor? —preguntó, sin mirarme.

—Helena da Paz.

Mientras ella escribía, observé el vestíbulo con discreción. Mármol, vidrio, gente bonita y bien vestida. Era el tipo de vida que quería tener. ¿Era solo yo la que se estaba ahogando en seco?

—Puede subir.

Le agradecí y fui hacia el ascensor. Adentro, evité mirar mi reflejo durante demasiado tiempo. Sabía lo que vería: una mujer de veintitrés años intentando parecer más segura de lo que se sentía. Ojeras escondidas bajo el maquillaje, cabello arreglado con cuidado y una falsa serenidad.

¿Qué mierda sabía yo sobre turismo en Río de Janeiro, mi señora santísima?

No tenía experiencia suficiente en casi nada, hice mis prácticas en empresas irrelevantes porque necesité trabajar y mi padre no era amigo del padre de nadie en mi grupo, de la universidad de ricos que creí que cambiaría mi vida.

Esos niñitos ricos de mierda se conocían desde los pañales, eran herederos... Yo podía tener una buena formación, buenas notas y esfuerzo, pero no era una de «ellos», y la deuda estudiantil crecía cada día.

Las puertas metálicas se abrieron.

La alfombra amortiguaba mis pasos, lo que me dejó todavía más hiperconsciente. Sentí el sudor frío en la palma de las manos y me las sequé discretamente en el costado de la falda.

Es solo una entrevista, repetí para mí misma. Ya hiciste esto antes.

El problema es que ya lo hiciste demasiadas veces...

Esperaba que el tal «Guerra» fuera amable por ser yo la hija de su amigo de la infancia. Tal vez pensara que yo era una incompetente por haber conseguido la entrevista por recomendación y no por calificación... En eso pensaba mientras esperaba sentada en

la antesala, con el bolso apoyado sobre el regazo y la espalda demasiado recta para parecer natural.

¿En el correo decía para qué vacante mi padre había conseguido la entrevista?

Ni siquiera tuve tiempo de pensarlo, porque la puerta de su oficina se abrió, pero no fue un hombre quien apareció.

Fue una mujer morena, embarazada, usando un traje sastre claro, gafas de montura cara y una expresión curiosamente viva para alguien que, visiblemente, estaba al final del embarazo.

—¿Helena da Paz? —preguntó, sonriendo.

Me levanté de inmediato.

—Sí, soy yo. —Me aclaré la garganta y forcé una sonrisa.

—Mucho gusto, soy Karina. Puedes pasar.

Su sonrisa no era automática. Era abierta y auténtica. Eso ya me causó una buena impresión.

Entré detrás de ella, sintiendo el leve sudor correr entre mis omóplatos, aunque el aire acondicionado funcionara perfectamente. Ignoré la incomodidad.

La sala era amplia, organizada, con vista a los otros edificios altos del barrio lujoso. Había algunas puertas en la sala grandiosa, una de ellas con el nombre de Pedro Guerra. Karina se sentó con dificultad por culpa de la barriga redonda de final de embarazo, acomodándose en la silla antes de apoyar las manos sobre el vientre.

—Ponte cómoda —dijo—. ¿Agua? ¿Café?

—Agua, por favor.

Ella sirvió con calma, de la botella que tenía sobre su mesa, como si no tuviera ninguna prisa. Aquello, extrañamente, me ayudó a respirar mejor.

—Imaginé que la entrevista sería con el señor Guerra —me arriesgué a comentar.

Karina sonrió de medio lado.

—Él suele delegar cuando confía en alguien. —Hizo una breve pausa—. Y hoy, especialmente, prefiero que sea así.

No explicó. Y yo no pregunté.

Abrió una carpeta con el logotipo de Guerra Turismo y tomó mi currículum.

—Universidad Católica de Río de Janeiro —comentó—. Buena formación.

—Gracias.

—No veo mucha experiencia práctica.

—No —concordé—. Todavía no. Solo hice las prácticas. Tuve que hacer algunos trabajos durante la universidad.

—¿De qué?

—Daba clases en un curso preparatorio de Primaria... pero no es de renombre, ni era nada formal, por eso no consta en mi currículum.

Ella levantó los ojos hacia mí y asintió, como si comprendiera que yo había necesitado ganar dinero, en lugar de hacer las prácticas no remuneradas que embellecerían mi currículum.

Me puse menos nerviosa cuando asintió, como alguien que comprendía. Mantuve las manos sobre las piernas, los dedos entrelazados por los nervios.

—Vi que eres del interior de Minas. ¿Viniste sola a Río? —preguntó.

—Sí, vine para estudiar.

—Valiente —comentó, sin juicio, acariciándose la barriga distraídamente—. Yo también me fui temprano de casa, enfocada en estudiar y trabajar. Mi marido cree que ya debería haber parado. —Puso los ojos en blanco, divertida—. Dice que el embarazo es un trabajo de tiempo completo. ¿Y tú qué piensas?

Me tomó por sorpresa, porque yo ni siquiera había pensado nunca en ser madre. La mía falleció cuando yo era muy pequeña, en un accidente de auto en la carretera. Me crió solo mi padre, con la ayuda de mis abuelos.

—Creo que tiene que ser elección de la madre. El embarazo debe ser difícil, pero no es mi cuerpo como para opinar, entonces... —Aquello me sonó más honesto que cualquier discurso motivacional que hubiera oído. Ella volvió al currículum.

—Helena, déjame ser directa contigo.

Enderecé un poco más la postura.

—Claro.

—Esta vacante no es exactamente una práctica.

Parpadeé varias veces, tomada por sorpresa, y volví a enderezarme.

—¿No?

—No. —Sonrió—. Estoy a punto de entrar en licencia de maternidad. Y necesito a alguien que consiga asumir responsabilidades rápido.

Mi corazón se aceleró, pero por fuera apenas asentí.

—¿Él necesita una nueva secretaria? —Señalé la puerta de Guerra.

¿Qué sabía yo de eso?

—Exactamente.

Secretaria. La palabra pesó y alivió al mismo tiempo.

—Sé que no era lo que esperabas —continuó—. Sé que es un paso enorme, ser secretaria de un CEO, pero el salario es mejor que el de una práctica y...

—Estoy interesada —disparé, veloz.

Ella me observó durante algunos segundos, evaluando algo que no estaba en el papel.

—Pareces alguien que aprende rápido.

—Aprendo —prometí.

—¡Excelente! Entonces, hagamos lo siguiente. Empiezas mañana.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Sentí un calor repentino subirme por el pecho, seguido por un alivio tan intenso que tuve que controlar la respiración, intentando que ella no lo notara.

—¿Mañana? —Mi voz salió una octava más alta de lo normal.

—Mañana. —Sonrió abiertamente y yo solo podía sentirme agradecida.

—Gracias por la oportunidad.

—No me agradezcas todavía —respondió, divertida—. Aún no conoces a Guerra. —Hizo un gesto vago con la mano hacia la puerta de su oficina—. Nadie puede acusar a Pedro Guerra de ser paciente... ¡Pero es justo!

Ella estaba intentando suavizarlo. ¿Será que Guerra no era nada de lo que mi padre recordaba?

Aquello no me sonó como una amenaza, más bien como una advertencia cómplice.

—Voy a dejarte ir para que pongas tus cosas en orden. Pasa por Recursos Humanos para que te den la lista con los documentos que tienes que traer mañana y para firmar tu contrato de trabajo. —

Lo fue diciendo mientras se levantaba, sujetándose la zona lumbar, dando por terminada nuestra conversación.

Fue la entrevista más fácil de mi vida. Debían de estar bastante desesperados, ya que ella estaba a punto de parir un bebé allí mismo. También me levanté, intentando esconder mi felicidad hasta salir de su lado, para seguir pareciendo profesional.

¡Un empleo! ¡Tenía un buen empleo!

Mientras caminábamos hacia afuera, miré la puerta con la placa de metal donde se leía Pedro Guerra y tuve una sensación extraña, como si algo se estuviera poniendo en movimiento sin que yo tuviera plena conciencia de ello.

Y todavía no había visto a Guerra.

Pero, de alguna forma, ya sabía que trabajar allí no sería solo un empleo.



Día siguiente

Karina caminaba rápido, haciendo medio millón de cosas al mismo tiempo, incluso embarazada. Y yo me preguntaba si habría desacelerado con el embarazo. Empezaba a cuestionarme si sería capaz de sustituirla.

El traje sastre fucsia debería parecer exagerado, teniendo en cuenta la barriga bastante prominente. El blazer ya no cerraba, pero toda la ropa reflejaba demasiado su personalidad nuclear.

La seguí por el pasillo del piso administrativo, atenta a cada puerta, cada nombre y la breve presentación que hizo de cada persona y de lo que hacían, pero necesitaría algunos días para

habituarme. El hotel albergaba la sede de la empresa Guerra Turismo. Y yo trabajaría para el CEO.

Necesitaba aprender todo lo que pudiera antes de que el trabajo me tragara. Después volvería mapeando el lugar, porque no quería hacer mil preguntas, varias veces.

—Estás tensa, como si le estuvieras pidiendo perdón al suelo por pisarlo —comentó, mirando por encima del hombro, con una sonrisa que veía a través de mi fachada de control—. Puedes relajarte, Helena.

Sonreí mientras respiraba hondo. Karina demostraba una facilidad con todo aquello que me desconcertaba.

—Es costumbre —respondí—. No me gusta llamar la atención.

—Me cuesta creerlo, con tu apariencia. Y será mejor que aprendas a usar eso a tu favor —dijo, sin dureza—. Aquí, quien pasa desapercibida no dura mucho.

No sonó como intimidación, no exactamente; fue más como uno de esos consejos que parecen una maldición. ¡Padre del cielo!

Nos detuvimos en la puerta de la cocina del gran despacho de Guerra.

—Creo que necesito un cafecito, ¿quieres uno? —ofrecí.

—¡Quisiera poder quererlo, mierda! —maldijo, mirando la cápsula de café en mi mano como si yo le estuviera succionando el alma—. ¡Un expreso! ¡No! Helena, si puedes mimar a una embarazada y hacerme un té, te lo acepto.

—¿Té de qué? —Pasé el dedo por los nichos, observando cuáles había allí.

—De cualquier porquería que haya ahí, lo voy a odiar de cualquier forma —reclamó, y se alejó.

Puse agua caliente en una taza de porcelana preciosa para su té y esperé mi café. El café de cápsula era un mimo que yo no podía

darme, y no iba a mentir diciendo que no estaba demasiado feliz con la idea de tomar cuantos quisiera en ese empleo.

Mientras esperaba, saqué el celular del bolso y le envié un mensaje rápido a mi padre:

Heleninha: Papá, todo salió bien. Empecé hoy. ¡No es una práctica, es un trabajo de verdad! ¡Te amo!

Debería haberlo llamado ayer, pero después de pasar por Recursos Humanos y descubrir el valor de mi salario y los beneficios, ¡me emocioné muchísimo!

Pasé la noche buscando un lugar para alquilar. Todavía tendría que juntar dinero, algunos meses de trabajo, para pagar un seguro de alquiler, pero solo saber que podría salir de aquel monoambiente —un nombre bonito para una habitación mejorada—, que tendría dinero para comprar un ventilador nuevo...

Mis pensamientos fueron interrumpidos por el estruendo de su entrada.

—¡Ese hijo de puta! ¡Karina! ¡Un completo absurdo! —La voz masculina invadió el espacio, sin ninguna preocupación por ser oído, y mis ojos se abrieron de par en par. El olor del café pareció agriarse y mi estómago se volvió un nudo de nervios—. ¡Ese cerdo miserable solo ve números inflados y no entiende el impacto de eso en mi puto nombre!

Estaba furioso y mi cuerpo reaccionó antes que la razón.

Karina me encaró, después de haberse sobresaltado brevemente por la entrada dramática.

—Quédate aquí —murmuró, extendiendo la mano con las uñas largas en el aire. Y salió del marco de la puerta, cerrándola un poco, como si quisiera esconderme.

No tuve tiempo de preguntar, ni hacía falta. Abrí la puerta un poco más, mirándolo.

Pedro Guerra, el dueño y CEO de Guerra Turismo, estaba cruzando la antesala, la oficina de Karina, en dirección a la suya. Se detuvo cerca de su mesa, que pronto sería la mía.

Alto, hombros anchos, postura rígida, como la de un nadador profesional. El cabello oscuro perfectamente alineado, con unos pocos hilos blancos en las sienes. Las venas del cuello tensas, las cejas fruncidas en una expresión irritada. Y los ojos azules eléctricos, marcados por suaves líneas de expresión, fijos en ella, exhalando una furia que me habría hecho doblar las rodillas y llorar.

El traje oscuro parecía una extensión natural del cuerpo atlético, más alargado que ancho, con esa forma de triángulo invertido, perfectamente masculina. La mandíbula tallada, tensa bajo la barba bien recortada, con algunos hilos blancos, pero no demasiados.

El aire se volvió tan denso e impaciente como él, atrayendo la gravedad directamente hacia sí.

Sentí un calor súbito subirme por el pecho, seguido por una presión intensa en el estómago y el bajo vientre. El delicioso olor del café me hizo salivar. Mantuve el cuerpo inmóvil y las manos se me enfriaron al mirarlo y ser descubierta.

El señor Guerra desvió la mirada de Karina, y ella fue a su encuentro, con las manos extendidas en el aire, como si él fuera un caballo bravo.

—Danilo trajo la propuesta y al consejo le pareció muy buena. ¡Quieren convertir mi puta marca en un producto enlatado, carajo! —siguió ladrando, frunciendo el ceño al mirarme, mientras permanecía resoplando dentro del espacio enorme, aunque él parecía ocuparlo todo.

Tragué en seco, ya sin aire por haber contenido la respiración desde que él entró.

—Pedro —lo llamó Karina, con la voz suave, metódica. Parecía algo ensayado entre ellos.

¿Yo tendría que aprender a hacer eso?

Él se detuvo, volvió su atención hacia ella, desviando otra vez aquella mirada eléctrica hacia mí, de reojo. Di un paso atrás, escondiéndome un poco más detrás de la puerta, y bajé los ojos, con mucho esfuerzo.

Guerra respiró hondo. Se pasó la mano por el rostro y se presionó los ojos y el puente de la nariz con las puntas de los dedos largos, como si solo entonces se diera cuenta de dónde estaba.

—Perdón —dijo, sin mirarla directamente—. Es solo otro día de mierda.

—Ya hemos tenido peores —respondió Karina, sonriendo—. Ve a respirar antes de la próxima reunión. No debí haber puesto a Danilo como primera tarea del día, error mío.

Él la miró de mal humor, básicamente de acuerdo. Karina sonrió, alisándose la barriga. Yo me habría derrumbado. No me gustaba pensar que era frágil, sensible ni nada por el estilo, pero delante de Pedro Guerra no conseguiría mantener la postura.

Mi ventilador, mi nuevo departamento...

¡Mi deuda estudiantil, que tardaría casi una década en pagar!

Necesitaba ese empleo, enfrentaría cualquier guerra.

Él me estaba mirando otra vez. Esta vez me forcé a sostenerle la mirada, asintiendo en un saludo respetuoso, profesional. No quería que pensara en mí como el caso de caridad que había hecho por un amigo de la infancia con quien ni siquiera mantenía contacto.

Pero, obviamente, no salí ilesa. Sentí el impacto como si alguien hubiera tocado un punto sensible que yo desconocía. Mi corazón se aceleró, un golpe seco contra las costillas. Todo mi cuerpo quedó en alerta.

Era un hombre muy atractivo. De una forma que no suavizaba el hecho de que, evidentemente, era una persona difícil de tratar.

No había absolutamente nada suave en sus rasgos. Todo en él era demasiado severo. Una belleza que venía acompañada de autoridad, que imponía distancia. Y, aun así, atraía.

Desvió la mirada de mí tan rápido como había llegado y siguió hacia su propia oficina, dejando un silencio pesado detrás.

Karina se puso las dos manos en la espalda y arqueó el cuerpo hacia atrás, riéndose de una forma un tanto histérica.

—¡Mierda! ¡Voy a extrañar esto! Dame ese café que hiciste ahí, chica. Definitivamente no es un buen momento para presentaciones —comentó—. Acaba de salir de una reunión con el consejo y el CFO consiguió irritarlo más de lo normal.

—¿El cerdo miserable? —pregunté, antes de pensar.

Ella se rio.

—Ese mismo. Danilo Sombra. Puede ser un «cerdo miserable», pero está muy bueno de ver. Y se te va a tirar encima cuando te vea, toda buenota así... —Sacudió la mano con los dedos extendidos, señalándome entera—. Mantén la sonrisa en el rostro y las piernas cerradas, ¡por el amor de Dios!

Asentí, manteniendo el rostro neutro. Por dentro, algo se había desplazado. Pero lo peor no había sido la figura alusiva del cerdo guapo, no; había sido el hombre que entró aquí como un huracán.

El impacto físico fue instintivo. Pero mantener las piernas cerradas nunca había sido un problema. Un corazón roto por un idiota rico de la universidad privada, en mi primer año de carrera, y una deuda creciente me mantuvieron con las rodillas juntas durante mucho tiempo.

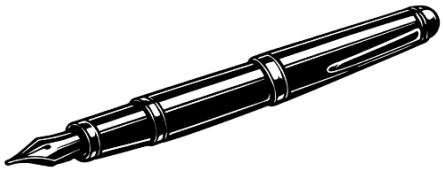
Demasiado tiempo.

—Vas a tener tiempo de conocerlo con calma —dijo Karina, tomando la delantera y agarrando el café que yo había hecho para mí. Le echó un montón de azúcar y pasó a mi lado, tocándome el

brazo con suavidad—. Guerra no es lo que parece, solo necesitas mostrar de qué estás hecha y dejar de esconderte.

Más fácil decirlo que hacerlo.

03



PEDRO
GUERRA

Llegué emputado a mi oficina, ¡echando fuego por las narices!

Ese idiota de Sombra, el CFO de mi empresa, siempre aprovechaba las reuniones del consejo para presentar «soluciones».

¿Solución de qué, si el negocio seguía creciendo? Además de estar repartidos por todo Brasil, estábamos expandiéndonos para competir con los grandes nombres extranjeros. Los hoteles del Grupo Guerra Turismo en Miami y Las Vegas eran un éxito.

Danilo quería transformar mi apellido en «hoteles de bolsillo», económicos, estandarizados, donde las personas no tendrían la experiencia de lujo que yo valoraba.

Ese cerdo hijo de puta quería joderme. ¿Quería revolcarse en el barro? ¡Que lo hiciera con su puto nombre!

Esa mierda no era estrategia. Era una disputa de ego disfrazada de hoja de cálculo.

Y, encima, era el día en que empezaba la nueva secretaria que Karina había contratado. Ni siquiera me consultó, dijo que teníamos que «dejar de elegir».

Llegué gritando, buscando a Karina, y ella vino con las manos extendidas, intentando apaciguarme:

—Pedro. —Su voz me golpeó como un freno de emergencia.

Me detuve. Y fue entonces cuando vi a la mujer. Respiré hondo, sintiendo el dolor conocido presionarme detrás de los ojos. Me pasé la mano por el rostro, intentando empujar la irritación y el dolor de cabeza hacia algún lugar menos visible.

—Perdón —dije, desviando la mirada de vuelta hacia la morena casi escondida detrás de la puerta de la cocina de mi oficina. Refunfuñé—: Es solo otro día de mierda.

—Ya hemos tenido peores. Ve a respirar antes de la próxima reunión. No debí haber puesto a Danilo como primera tarea del día, error mío. —Karina respondió con esa sonrisa provocadora que solo alguien que me conocía desde hacía suficiente tiempo conseguía sostener—. Ve a respirar antes de la próxima reunión.

Había algo tirando de mí hacia la nueva secretaria, llamando mis ojos, haciéndome imaginar qué tan largo sería el cabello por detrás de sus hombros, si conseguiría enredarlo en mi mano una o dos vueltas.

Solo la veía parcialmente, los ojos almendrados abiertos de par en par por la sorpresa. Pero tendría que acostumbrarse rápido a mí si quería conservar el trabajo. Medía cada movimiento con un cuidado exagerado, como si cualquier paso en falso pudiera romper algo.

No estaba intentando llamar la atención. Y quizá, justamente por eso, llamó la mía. Lo cual contrastaba en general con el comportamiento de las mujeres cerca de mí.

Lo que yo recibía, usualmente, siempre giraba dentro del espectro de la vergüenza evidente por lo que ellas pensaban sobre mí, o el ataque directo. Solía acostarme con las que caían en la segunda opción y provocar a las de la primera.

La nueva secretaria creaba un sesgo distinto: una mezcla de curiosidad con desinterés aterrorizado. No fue ese impacto obvio que yo solía notar en mujeres bonitas como ella. Fue físico.

Algo en mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza. Un foco súbito. Como si el ambiente se hubiera estrechado en torno a ella. Haciendo que la cabeza me latiera con más fuerza y que la polla me pulsara, simultáneamente.

Era joven, mucho más joven de lo que yo solía involucrarme, pero no había nada infantil en ella. Sus pechos separaban levemente el botón de la camisa social. Y por más que la blusa tuviera un corte extraño, de ropa de baja calidad, se podían notar las curvas deliciosas de su cuerpo en forma de reloj de arena. Desde la cintura fina hasta la cadera ancha en la falda lápiz, de esas buenas para sujetar cuando se folla por detrás.

Sin embargo, su postura contenida y la mirada atenta fueron una alerta. Bonita, sí. Pero no había oferta.

Nuestros ojos se cruzaron por un segundo. Fue suficiente.

Su mirada no se desvió por timidez. Ella no quería darme ninguna abertura. Aquello me irritó más de lo que debía. Solo estaba siendo profesional.

Bonita de carajo, eso era innegable, pero estaba allí para trabajar. Mejor así.

Desvié la mirada antes de que Karina notara cualquier cosa y decidiera despedir a la mujer, solo por precaución. Entonces seguí hacia mi oficina. No tenía suficiente paciencia para forzar simpatía en unas presentaciones.

Cerré la puerta con más fuerza de la necesaria.

Llené mi vaso con agua de la botella que quedaba sobre la mesa y alcancé los medicamentos recetados por el médico para ayudar con las migrañas. No tenía tiempo para encontrar una nueva secretaria antes de que Karina saliera de licencia. Ponerme caliente por aquella mujer no cabía en mi planificación, no ahora.

Mujeres bonitas veía todo el tiempo. La morena no debería haberse quedado en mi cabeza. Pero se quedó. Por la postura y la actitud, por la forma en que no intentó ser notada.

Me senté en la silla y abrí la notebook, forzando la atención de vuelta al trabajo.

Aun así, la imagen de ella volvió a mi mente: los ojos almendrados medio abiertos de sorpresa, la boca entreabierta...

¡Qué mierda!

Eso debía de ser un síntoma del tumor. Tal vez estuviera metiéndose con la parte del cerebro que influía en la personalidad. Solo podía ser eso. El sexo y las mujeres eran el segundo pensamiento, no el primero. Necesitaba prepararme para la reunión por videollamada con los japoneses, en media hora.

Pero me descubrí abriendo el navegador para buscar sitios de verdad, no de inteligencia artificial, sobre mi tumor: meningioma.

¿Qué mierda sabía yo sobre eso?

Ni siquiera le hice preguntas al médico y, honestamente, no quería volver allí... Cerré los ojos por un segundo y volví a pensar en la nueva secretaria. ¡Mierda! No tenía tiempo para distracciones. Mucho menos para empleadas nuevas que claramente no sabían en qué se estaban metiendo.

Enderecé la postura, abrí los correos y vi la respuesta al «correo de despedida» que Tarcísio siempre les mandaba a las mujeres, con copia para mí, cuando terminaba uno de mis asuntos.

Era una maldita notificación extrajudicial de Marília, avisando que iba a deshacer nuestro acuerdo de confidencialidad.

¡La puta madre!

Cerré la notebook sin leer ni la mitad de lo que había en la pantalla.

La molestia no había pasado. La reunión con el consejo había sido una mierda. Yo pretendía hablar de la expansión a Dubái y a Tokio, esparcir mi marca por el mundo antes de morir, pero aquel cerdo miserable vino con el discursito de «pocket» y «budget». ¡Ni por carajo!

¡Y ahora esto!

Tomé el celular y llamé a Tarcísio. Contestó al segundo tono.

«¡Habla, millonario ingrato!» —dijo, riéndose—. «Te estuve esperando en la playa el sábado. Tú nunca fuiste demasiado ocupado para el vóley».

No éramos nosotros quienes jugábamos, íbamos a mirar. Formaba parte de nuestra rutina «sin traje».

—Es en serio, Tarcísio. —Me froté las sienes, reclinándome hacia atrás.

«Ya estoy sintiendo desde aquí el olor a mierda. Habla».

—Está armando lío —respondí—. Marília.

«¡Te lo advertí!» —Por supuesto que no me ahorró nada. Siempre advertía. Tarcísio Lobo tenía mejor olfato que yo para ese tipo de problemas—. «Te dije que la estrellita de la TV era un problema. Apegada, con más ganas de usar tu imagen que tu polla. Pero tú fuiste ambicioso».

—Resuelve eso —gruñí, ordenándole a mi cuerpo que deshiciera el comprimido más rápido y que ese dolor de cabeza pasara.

Los dos.

«Ya abrí el correo aquí, voy a resolverlo» —respondió, con tono sarcástico, pero sabía que ya estaba leyendo el documento mientras hablaba conmigo. No le pagaba honorarios exorbitantes para que fuera mi amigo. Era excelente en lo que hacía—. «Ella está haciendo drama. Dice que se sintió usada, que pensó que sería diferente, que le prometiste cosas... Yo sé que no prometiste nada, nunca prometes».

—Ella firmó el acuerdo —lo interrumpí.

«Lo firmó» —confirmó—. «Tal vez no lo leyó, porque yo sé lo que hago, pero... tiene bolsillo para pagar y tiene visibilidad para vender la información por un valor más alto que el de la multa».

—¿La multa tiene un valor fijo?

«Sí y no. Puedo demandarla según el tamaño del daño que cause, pero el estrago ya estará hecho. Tal vez solo sea cuestión de ir con calma y con cariño». —Tarcísio suspiró, ahora un poco menos bromista. Yo no volvería a acostarme con una mujer bajo amenaza —. «¿Quieres que la aplaste o que lo resuelva?».

—Resuélvelo. Sin escándalo.

«Siempre sin escándalo» —dijo, con ironía—. «Vives como si eso fuera posible para siempre».

La frase quedó suspendida en el aire más tiempo del que debía.

—Lo último que necesito ahora es un titular —respondí—. No tengo tiempo para eso.

Tiempo. Meses, dos años...

«Tú nunca tienes tiempo para nada» —replicó—. «Solo para el trabajo y para la mujer equivocada».

Lo ignoré.

—Encárgate de eso, Tarcísio.

«Me encargo» —dijo—. «Pero necesitas empezar a elegir mejor dónde metes la polla».

—¿Ya colgaste?

Él se rio.

«Relájate. Todo va a salir bien. Como siempre sale. ¡Sábado, Pedro!» —Colgó sin despedirse; el momento de su burla había pasado. Pero yo oiría hablar de eso para siempre.

Es decir. Meses, dos años.

Lancé el celular sobre la mesa, mirando el techo durante algunos segundos.

El dinero siempre resolvió casi todo. Compró aislamiento, distancia de mi vida personal. Edificios decadentes que se transformaron en hoteles de lujo. Respeto donde antes nadie me habría dado ni los buenos días, habiendo nacido sin tener dónde caerme muerto.

Pero había cosas que el dinero no tocaba.

Valor, por ejemplo.

Tiempo, con certeza.

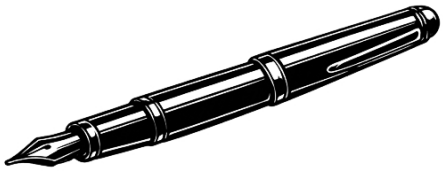
El tiempo que había perdido con mi familia no volvería. No importaba el tamaño de la empresa, ni cuántos ceros hubiera en la cuenta. Me había ido demasiado pronto de casa y ahora era demasiado tarde para volver.

Cerré los ojos, sintiendo la presión conocida latir detrás de la frente.

El tiempo no se compraba.

Y, por primera vez, tuve la clara sensación de que me estaba quedando sin él.

04



PEDRO GUERRA

Una semana después

El agua de la piscina estaba lo bastante fría como para mantenerme la cabeza en su lugar.

Nadaba en la oscuridad, contando las vueltas como hacía desde siempre. No por disciplina deportiva, sino porque los números organizaban el caos. Diez. Doce. Quince.

La casa estaba silenciosa, como solía estar a esa hora, después de que las empleadas se iban y solo quedaba Carmen Lúcia. El condominio de mansiones de Barra da Tijuca parecía una burbuja aislada del resto de la ciudad, demasiado protegida para ser real.

Todavía parecía temprano. Debían de ser cerca de las once.

Cuando terminé otra vuelta, apoyé los brazos en el borde y tomé aire con fuerza. El cuerpo respondía bien, sin los dolores. Así era como me gustaba sentirme.

—¡Señor Pedro!

La voz vino desde el lateral de la piscina.

Giré el rostro y vi a Carmen Lúcia parada a unos metros, vestida con la ropa simple de siempre: pantalón de mezclilla y camisa polo, como se sentía cómoda. El teléfono inalámbrico de la línea residencial apoyado contra el pecho. El cabello canoso recogido con cuidado, la expresión firme y familiar.

—Tiene una llamada.

Salí del agua y tomé la toalla que estaba sobre la reposera, secándome el torso, pasándola por encima del bañador, apurado. Caminé hasta ella, todavía goteando, e incliné el cuerpo para besarle la frente antes de tomar el aparato.

—Gracias, Carmen.

Ella sonrió de esa forma que no cambiaba nunca.

Carmen trabajaba conmigo desde hacía años. Vivía en la casa, conocía mis horarios, mis silencios, mis excesos. A veces, cuando me miraba con aquella mezcla de cariño y reprobación, al saber de la rotación de mujeres, recordaba a doña Lourdes, Lourdinha. Mi madre ponía la misma cara cuando yo salía al inicio de la noche y volvía de madrugada de la casa de alguna mujer del pueblo, cuando era muchacho.

Sostuve el teléfono. Quien estuviera llamando a la línea fija solo podía ser alguien cercano; poquísimas personas tenían el número de mi casa. Y aun quienes lo tenían casi no lo usaban hoy en día.

Señal de que era urgente.

—Habla.

«Pedro» —era João Carlos, tenso, al otro lado, y la voz de Karina gritando órdenes de fondo—. «Karina entró en trabajo de parto».

«Yo dije que este niño no iba a esperar, João. Lo dije». —Soltó un gemido que casi fue un rugido, a continuación.

Cerré los ojos por un segundo. Llegó la hora.

—¿Dónde están?

«Yendo a la maternidad ahora».

—Estoy en camino —respondí, ya alejándome de la piscina—. Mándame la ubicación y el número de la habitación, para llegar hasta ustedes.

«Ella pidió que te avisara» —añadió, como si le importara que yo supiera que no me quería allí. Que se jodieran él y sus celos—. «Dijo que no podías enterarte después».

¡Claro que no podía!

Karina siempre había estado ahí. En los días malos, en los días largos, en las madrugadas en que nadie más tenía paciencia conmigo. Había sostenido todo cuando me vio débil, como yo no dejaba que nadie más me viera...

—Llego en un rato. —Le colgué en la cara.

Carmen todavía estaba allí, observándome a la espera de una mala noticia.

—Karina va a tener al bebé —le informé, y una sonrisa brotó en ambos rostros.

Ella se llevó una mano al pecho.

—¡Gracias a Dios! Que tenga una buena hora. Mándale un beso y dile que voy a terminar de bordar las toallas del niño.

Asentí. Entré en la casa y subí los escalones con prisa, yendo directo a cambiarme de ropa, sin siquiera quitarme el cloro de la piscina del cuerpo. Había una especie de ansiedad reverberando en mi pecho. Una nostalgia que no conectaba con nada que yo hubiera vivido antes.

Era otra cosa. Un peso bueno. Un llamado.

El chico estaba naciendo. La vida empezando.

Karina iba a convertirse en madre esa noche.

Y, por primera vez, sentí una urgencia diferente de la que solía moverme. Siempre habían sido la ambición, la obstinación, el control y el objetivo..., pero ese momento era distinto.

No era negocio, dinero ni poder.

¡Era vida de verdad!

Por la hora, Rui ya no estaba en mi casa, así que tomé las llaves del otro auto y seguí hacia el garaje, con la sensación incómoda de que esa noche algo fundamental cambiaría.

Algo se estaba agrietando en mi pecho, sin doler, sin sacrificio como todo lo demás en mi vida... Era algo mejor y verdadero, palpable, a punto de suceder.



Horas después, el pasillo del hospital estaba perfectamente silencioso. Dentro de la habitación, la sensación era sublime. El día había amanecido hacía poco, ordinario y tranquilo. Mientras que allí dentro, todo había cambiado.

Marcelinho nació grande. Pesado. Tenía unas manchas rojas en la frente, que se ponían furiosas cuando lloraba fuerte.

La cara de Karina, gracias a Dios. La misma piel morena y el cabello castaño. La misma forma del rostro, la nariz, la expresión determinada que ella tenía cuando alguien intentaba contrariarla. Incluso arrugado y blanquecino, era increíble.

João Carlos estaba orgulloso y territorial. Lo vi en sus ojos desde el comienzo. No le gustó que yo hubiera venido, que me hubiera quedado, que todavía estuviera allí, sin respetar el momento de ellos.

La forma en que Karina me buscó con la mirada apenas despertó, todavía aturdida por la cesárea, preguntando si había llegado rápido.

—¿Lo viste? —murmuró, cuando me acerqué a su cama—. ¡Es hermoso y enorme!

—Sí, lo vi. Salió a la madre. —Sonreí para ella, que asintió, emocionada.

Karina era dura, pero hoy no, y estaba bien; se lo merecía. Merecía el descanso, tener todo lo que había soñado, después de años intentando con fertilización in vitro. Sonrió, con las lágrimas escurriéndole hacia las sienes, antes de volver a quedarse dormida.

João Carlos no me dejó cargar al niño. No tuvo que decir nada. Bastó con ponerse entre nosotros. El brazo firme sobre la cama de Karina, el cuerpo inclinado hacia la cuna del hospital, como si yo fuera una amenaza.

También dejó claro que yo no sería el padrino, que lo sería su hermano. No lo discutió. Solo lo afirmó. No me ofendí.

Nunca quise ese lugar, nunca me importó, no de verdad. Karina siempre fue una hermana para mí, familia elegida, de esas que uno construye cuando el resto se derrumba. Que a João no le gustara yo era problema suyo, no mío.

Debía dejar que el padre del chico tuviera su día de gloria en paz. Esto no se trataba de mí; yo simplemente no conseguía irme.

Había esa cosa innombrable, ensanchándose dentro de mi pecho, que me mantenía allí, con una nostalgia inmensa, una obsesión que todavía no conseguía identificar.

Me quedé apoyado contra la pared de la habitación, con los brazos cruzados, observando mientras Karina y Marcelinho volvían a dormir. El pequeño pecho del bebé subía y bajaba despacio, lleno de aire, con el mundo entero todavía cabiendo en aquella cuna transparente.

Una vida entera... Tiempo.

La palabra martilló con fuerza en mi cerebro con el tumor «benigno».

Si fuera bueno, no sería un tumor.

Marcelinho tenía todo el tiempo del mundo. Tenía días por delante, que yo ya no tenía certeza de tener. Tenía futuro. Alguien que estaría allí para verlo crecer, equivocarse y aprender.

Legado.

Nunca había pensado en eso de esa forma: ser padre. Los niños siempre habían sido algo distante, casi abstracto, un plan que otras personas hacían. Y no cabían en los míos. Pero ahora, mirando a Marcelo, algo había cambiado.

No fue un deseo repentino, romantizado, una crisis de mediana edad... Fue una urgencia desesperadora.

Vi en aquel rostro pequeño algo que ningún dinero compraba: continuidad. Posteridad. La posibilidad de no desaparecer por completo cuando el tiempo decidiera cobrarme. Legado.

No serían hoteles lujosos al otro lado del mundo, que tal vez yo ni siquiera estuviera vivo para ver inaugurados, los que me darían eso. Alguien los compraría, les cambiaría los nombres, mi contribución a la historia sería borrada.

Marcelo siempre sería de Karina, nada cambiaría ni compraría eso... La vida de ella se duplicó, todo su esfuerzo pasó a tener un sentido real, no una cifra en una cuenta bancaria.

João Carlos carraspeó, impaciente, sacándome de mi ensoñación.

—Ella necesita descansar —dijo en voz baja, pero firme—. Ya puedes irte, Pedro.

No me correspondía discutir. No le gustaba, pero la verdad era que me importaba una mierda. Aun así, asentí.

Karina era una de las pocas personas en mi vida por las que yo realmente aparecía. No solo con dinero o soluciones prácticas, sino con el cuerpo, con tiempo y presencia.

No lo había hecho cuando era joven. No me había quedado cuando debía. No había insistido cuando dolía menos irme y no volver. Si el tumor no me mataba, tal vez el arrepentimiento hiciera el trabajo.

Antes de salir, miré una vez más la cuna. El niño dormía tranquilo, completamente ajeno a las disputas veladas de los adultos a su alrededor.

Sentí la idea instalarse de una vez, una revelación tan obvia que me hizo sonreír.

No era solo un deseo, era una necesidad.

Ser padre.

La palabra no sonó extraña. Sonó tan sobrecargada que me costó pensar en otra cosa. Salí de la habitación, cerrando la puerta detrás de mí con cuidado para no despertar a ninguno de los dos.

En el pasillo, me detuve un instante, apoyando la mano en la pared fría. El corazón descompasado, la cabeza a mil, hirviendo. Mi tiempo estaba corriendo.

Y, por primera vez, sabía exactamente qué quería hacer con él.

05



Karina no vino a trabajar y Guerra tampoco había llegado todavía. Eso me tranquilizó, porque yo aún no estaba lista para lidiar con él sola.

Pero tendría que aprender, rápido. El correo automático que recibí me decía que ella estaría ausente durante seis meses. Era hora de quitar las rueditas de entrenamiento y yo ni siquiera había aprendido a pedalear.

Al menos él todavía no había llegado.

Había algunos compromisos en la agenda digital, que yo no sabía manejar. El rojo en el calendario, con un montón de etiquetas de colores cuyo significado Karina me había explicado, pero que yo todavía no había interiorizado de la misma manera que ella, solo me dejaba angustiada.

Tendría que tocar sus cosas, entrar en la oficina de él para entregar cosas... y no quería. Solo necesitaba hacerlo. Si no

aprendía a hacer lo que ella hacía, Guerra me despediría.

Me había llevado una pésima impresión de él desde el primer día. Arrogante. Grosero. Intimidante. Bastaba observar el silencio que se formaba cuando atravesaba un pasillo para entender que nadie en la empresa se sentía cómodo cerca de él.

No quería ser la persona que no se alegraba por la llegada de un bebé, pero el de Karina llegó al mundo jodiéndome con todos los colores de la bandera.

Pasé toda la mañana anotando recados, confirmando asistencia a eventos que no sabía ingresar en el calendario digital, así que fui escribiéndolos en un papel para no olvidarlos.

Karina no había tenido tiempo de supervisarme en acción. Me presentó el programa un día y al siguiente yo estaba allí, sola, luchando para reprogramar la reunión que Guerra había perdido.

Fui haciendo lo que podía... hasta equivocarme.

Borré algo sin querer y no servía de nada apretar CTRL+Z, la porquería no volvía a su lugar. Seguí tocando cosas, intentando encontrar versiones anteriores y listo. Ya no era solo la primera reunión la que había desaparecido, había borrado todo.

¡El. Día. Entero!

Y, para empeorar, el sistema se bloqueó y pidió una contraseña. La contraseña de Karina.

Justo en ese momento, Pedro Guerra entró en el piso. Lo reconocí por sus pasos pesados, por su perfume invadiéndome el olfato, mientras intentaba obligar a la lágrima de frustración a volver por mi conducto lagrimal.

—Necesito un café. Con dos cucharadas de azúcar —dijo, y se detuvo frente a mi mesa. El tono endurecido me dejó completamente erizada—. También quiero mi agenda del día y que reprogrames la reunión de las nueve.

Asentí. Sin atreverme a mirarlo. ¡Lo había arruinado todo! Y con él cerniéndose sobre mí, dentro de un traje más caro que todo lo que yo poseía, no tenía idea de cómo confesar mi incompetencia.

—Sí, señor. —Forcé naturalidad en mi voz.

Me levanté demasiado rápido para mis rodillas gelatinosas, más aún con sus ojos clavados en mi espalda. Fui hasta la cocina, preparando el café con cuidado para no derramar nada. Intenté organizar mis pensamientos mientras el azúcar se disolvía.

No había forma de escapar de eso. Tomé el café y fui a su oficina con el estómago revuelto.

Pedro estaba de pie, leyendo algo en la pantalla de una tablet. La postura rígida, la mandíbula tensa. Parecía furioso antes incluso de que yo abriera la boca.

—Señor Guerra, necesito decirle algo —empecé, con la voz más baja de lo que pretendía.

Él no me miró, pasando la punta de un lápiz digital por la pantalla del aparato.

—Habla.

Sostuve el café con las dos manos; el calor no conseguía quitarme el frío de las puntas de los dedos. Suspiré y decidí soltarlo de una vez:

—Borré parte de la agenda, sin querer. El sistema pidió una contraseña que no tengo. Intenté recuperarla, pero no pude.

El silencio que vino después fue pesado. Él se giró despacio. Los ojos azules se clavaron en mí, mientras las líneas de expresión se fueron marcando a medida que cerraba aquel semblante afilado.

—¿Cómo que la borraste?

—Fue un error. Yo estaba organizando...

—Error no es una respuesta —cortó—. ¿Tienes idea de la mierda que hiciste?

Tragué en seco.

—Voy a arreglarlo. Solo necesito la contraseña de Karina para recuperar el...

—¡No! —Elevó la voz—. No vas a molestar a Karina. ¡Acaba de tener un hijo! Si estás sentada en esa silla, es para resolver problemas, no para crearlos. Esto es incompetencia.

La palabra me golpeó de lleno. Tenía razón y no había excusas que arreglaran el error. Pero dolió de todos modos.

—Puedes salir —arrastró las palabras. Pero no esperó a que yo reaccionara y gruñó—: ¡Ahora!

Me giré para salir con el café todavía en las manos. El corazón en la garganta, con miedo de lo que haría si me despedía. Mi padre, la casa de mi familia. Yo solo necesitaba manejar bien una computadora, ¡mierda!

—¡Deja el café, mierda! —dijo más alto, como si cada tontería que yo hiciera de ahí en adelante se volviera exponencialmente mayor.

El cuerpo reaccionó antes de que pudiera controlarlo. Las lágrimas vinieron calientes, rápidas. No llegaron a caer, pero se quedaron allí, acumuladas.

Guerra lo vio. Respiró hondo. Se pasó la mano por el rostro, como si estuviera intentando contenerse de algo.

—La puta madre... no tenía que haber salido así —dijo, en un tono más bajo—. Perdón.

Fue seco y mal articulado. Pero fue una disculpa de todos modos, y no parecía ser algo que hiciera siempre. Extendió la mano, como si todavía estuviera impaciente, pero no fuera a abrir la boca para no volver a escupir fuego. Le entregué el café, sin decir nada.

Salí de la oficina con el corazón acelerado y agradecida por la oportunidad de seguir intentando. No sabía si eso era bueno o malo.

Caminé por el pasillo con el cuerpo rígido, los pasos demasiado controlados para parecer naturales. Lo importante era mantener el rostro neutro hasta llegar a un lugar donde nadie pudiera verme. Entré en el baño femenino común y cerré la puerta detrás de mí.

La luz blanca se reflejó en el espejo grande sobre el lavabo. Apoyé las manos en la encimera de mármol frío y respiré hondo. Las lágrimas seguían allí, insistentes, presionándome los ojos, pero no cayeron. No lo permitiría.

Abrí el grifo y me mojé el rostro despacio, sin querer arruinar el maquillaje. Fue entonces cuando percibí que ya no estaba sola. Alguien había entrado.

Una mujer joven me observaba a través del reflejo del espejo. Sus ojos castaños estaban un poco abiertos de sorpresa, pero los desvió cuando vio que la había descubierto. Se le sonrojaron las mejillas bajo la piel marrón.

Estaba parada con la puerta abierta, el celular en la mano, expresión atenta. Pero, gracias a Dios, no preguntó nada. Solo se acercó. Tomó una toalla de papel del dispensador y me la entregó en silencio. Dudé un segundo antes de aceptarla.

—Gracias —murmuré.

No respondió, solo me tocó el hombro en un gesto rápido de comprensión. Luego salió del baño, dejando que la puerta se cerrara detrás de ella.

Me quedé allí unos segundos más, respirando despacio, hasta que la presión en el pecho disminuyó. Me sequé el rostro con cuidado, revisé mis ojos en el espejo y ajusté la postura.

Nada indicaba lo que acababa de pasar, aunque hubiera una testigo. Estaba bien, nadie me conocía todavía en la empresa. Tal

vez ella no supiera que yo era la secretaria de Guerra y que él me había hecho llorar en mi primer día oficial en el cargo. ¡Mierda!

Enderecé los hombros, tiré el pañuelo de papel arrugado a la basura y salí del baño como si solo hubiera sido una pausa cualquiera en medio de la mañana. Mientras caminaba de regreso a mi mesa, me hice una promesa silenciosa: no volvería a fallar.

No por él. Por mí. Y, si él exigía perfección, entonces yo aprendería rápido.

Fallar no era una opción.



En los días siguientes, empecé a quedarme después de hora.

No porque quisiera que Pedro notara mi esfuerzo y no pensara en mí como la hija del amigo de la infancia —que ni siquiera era tan amigo, ya que nunca hablaba de mi padre—, a quien le había dado un empleo y del que se arrepentía amargamente.

No, no era por eso. ¡Definitivamente no!

Me quedaba después de hora para usar el wifi de la empresa y ver videos tutoriales sobre los programas que se usaban allí, consejos de organización de tareas, entre otras cosas. Revisaba mis tareas del día hasta convencerme de que no había dejado absolutamente nada fuera de lugar y finalmente aprendí a arreglar el calendario que había desordenado.

No podía preguntarle nada a mi jefe. Ahora que la primera impresión había quedado arruinada, su paciencia para cualquier error mío estaría por debajo de cero. Y casi no lo veía. Llegaba, ladraba algunas órdenes y se metía en su oficina todo el día.

La oficina ya estaba completamente silenciosa cuando apagué la computadora y la mayoría de las luces superiores estaban apagadas. Por lo general había más gente haciendo horas extra cuando yo salía. Pero hoy me había pasado; ya eran más de las diez y media de la noche.

Acomodé mi bolso falsificado en el hombro y entré en el ascensor vacío. En los pisos inferiores, algunos huéspedes fueron entrando, recordándome que había vida en los otros pisos del edificio. El hotel tenía actividad veinticuatro horas; solo la oficina de administración no.

El concierge detrás del mostrador me saludó con un gesto, impecable como siempre. Un guardia de seguridad hacía la ronda cerca de la entrada principal, donde las puertas de vidrio se abrían y cerraban con el sensor de presencia, dejando entrar el aire tibio de la noche carioca.

Me detuve un instante después de la puerta de salida, observando el movimiento reducido de la avenida iluminada frente al hotel. Suspiré al pensar en el trayecto que tendría que hacer. Autobús. Metro. Otro autobús. Y un último tramo pequeño a pie.

Solo de pensar en el largo camino hasta mi casa, ya me dolían los pies. Quise cambiarme los tacones por las bailarinas que llevaba dentro del bolso allí mismo, pero todavía no podía bajarme de los tacones.

Sentía el tipo de cansancio que venía de la suma de pequeñas decisiones que tenía que tomar todos los días solo para mantener la cabeza fuera del agua.

—Buenas noches —me sobresaltó una voz masculina.

El guardia de seguridad se había acercado sin hacer ruido. Era joven, menor de treinta, cuerpo firme bajo el uniforme oscuro. La piel bronceada de alguien que veía el sol más que pasillos cerrados. El cabello oscuro estaba bien cortado. Pero fueron los ojos castaños los que me retuvieron un segundo más. Eran tranquilos, de quien

tenía la vida bajo control y no necesitaba fingir, como yo venía fingiendo.

—Buenas noches —respondí.

—Soy Leandro —dijo, en un tono educado—. ¿Te estás yendo ahora?

Asentí.

—¿Vas a pedir un auto por aplicación?

—¡Para nada! —Negué con la cabeza, riéndome medio exasperada.

Un viaje hasta mi casa costaba más de lo que yo recibía por un día de trabajo. Saliendo de la Zona Oeste hacia la zona norte de Río de Janeiro.

Él observó la calle por encima de mi hombro, evaluando la hora, el movimiento. Si fuera fin de semana, las calles estarían más llenas y probablemente en la cuadra de la playa todavía habría mucha gente, pero yo iba hacia el lado opuesto.

—Ya es bastante tarde —comentó—. El hotel tiene servicio de transporte para huéspedes. Cuando vuelven de fiestas o cosas de trabajo, nos aseguramos de que lleguen aquí con seguridad.

—No soy huésped. —Lo miré, confundida.

—Pero estás saliendo del trabajo —rebatió, con una sonrisa amable—. Es justo que también llegues a casa con seguridad.

Dudé. La propuesta era demasiado buena para rechazarla. Aun así, algo en mí se resistía. Tal vez la falta de costumbre de aceptar ayuda. Tal vez el miedo a parecer incapaz.

—Ah, estoy acostumbrada.

Él sonrió de lado y finalmente sus ojos serpentearon por mi cuerpo, por la forma en que yo doblaba los talones para disminuir el dolor en mis pies cansados y sostenía el bolso frente al pecho,

hábito que adquirí viviendo en el Río de verdad, no ese de mentira, para turistas, donde trabajaba.

—No lo dudo. Pero no cuesta nada facilitar un poco las cosas, ¿no?

Sentí el interés allí. No descarado al punto de incomodarme. Aquello me movió más de lo que esperaba, pero no lo suficiente para desestabilizarme. Era simple, fácil, un tipo interesado sin ser depredador.

Pensé en el hombre que ocupaba el último piso del edificio. En la grosería incluso cuando estaba en silencio, en los correos fríos que habían sido la única forma de comunicación durante esos días.

Leandro estaba aquí, hablando conmigo, mirándome a los ojos, ofreciendo algo sin cobrar nada a cambio. Nada evidente, por lo menos.

—Va a ser rapidito —insistió—. Registramos la salida y listo.

Respiré hondo.

—Está bien. Gracias.

Mostró una sonrisa más abierta esta vez. Y finalmente me permití reconocer que Leandro era guapo, muy guapo, para decir la verdad.

—Por aquí. —Hizo un gesto con la cabeza, llamándome de vuelta hacia dentro del hotel.

Mientras caminábamos hasta el área reservada para los vehículos, noté que incluso con tacones él seguía siendo más alto que yo. No tanto como Pedro, que me superaba por unos buenos diez centímetros, aun con tacones.

Me permití mirar a Leandro de reojo y lo descubrí haciendo lo mismo. No era deseo, pero había interés allí. Aun así, mi pensamiento insistía en volver hacia el único que no me había ofrecido absolutamente nada: Guerra.

Leandro se rio y saludó a los choferes de autos lujosos que esperaban carreras. Oí por encima las conversaciones masculinas sobre el partido informal de futevóley en la playa, que habían jugado la semana anterior, antes del horario. Pero mi pensamiento volvió a divagar hacia Pedro, que había salido de su oficina recién bañado y con un traje impecable, para ir a un evento de la élite hotelera de Brasil.

—Aquí... perdón, ni siquiera te pregunté tu nombre. —Leandro sonrió y apoyó apenas las puntas de los dedos en mi espalda, guiándome hacia un auto negro lujoso, del que yo no tenía ni idea de cuál era la marca ni el modelo.

—Es Helena... Leandro, ¿estás seguro de que no va a haber problema?

—Hoy es día de semana, el movimiento está flojo. ¡Todos estos tipos están sin hacer nada! —habló más alto, provocando a sus compañeros de trabajo. Y se volvió hacia mí, todavía riendo—. De verdad, no cuesta nada. —Había comprendido que mi duda era porque yo no tenía cómo pagar el viaje.

—Gracias, te quedo debiendo una.

—Te la voy a cobrar. —Guiñó un ojo, malicioso, y abrió la puerta trasera para mí.

Entré en el auto, mientras el chofer decía algo a Leandro, riéndose alto, pero yo todavía estaba mirando al tipo que había decidido ser amable sin que yo se lo pidiera. Podía haberlo hecho porque me encontró bonita, pero aun así, hacía tiempo que nadie hacía algo por mí.

—Buenas noches, señorita. —El chofer entró en el auto y lo encendió; el pagode bajito no era incómodo, solo no era mi tipo de música preferida—. ¿A dónde?

—Solo Helena —lo corregí, avergonzada por recibir trato VIP siendo una empleada como él—. Gracias por llevarme. Voy a Maracanã.

Cuando dije mi dirección, se rio por lo bajo, colocándola en la aplicación de GPS, y lo oí murmurar que iba a costar más que una cerveza. Abrí los ojos, entendiendo que Leandro estaba pagando mi viaje, de una forma u otra.

Pero enseguida el chofer empezó a hablar de su esposa, de su bebecita. Y mi cerebro cansado tuvo que acostumbrarse a la idea de que todavía no tendríamos silencio.

Cuando finalmente llegué a casa, estaba riéndome con el chofer, Ronaldo, y él ya me había invitado al cumplemés de su hija, el próximo domingo. Dijo que Leandro pensaba que éramos amigos, por haberle pedido que me llevara, y yo no supe cómo rechazar la invitación, pero inventaría alguna excusa.

Hasta recibir mi primer salario, estaba viviendo solo con dinero para el pasaje.

—Buenas noches, Ronaldo, muchas gracias por traerme. — Sostuve la puerta del auto abierta, mirándolo girado hacia atrás.

—De nada, chica. Tú eres mineira, ¿no? Lo reconocí por el acento. Mi mujer también lo es. Le va a gustar conocerte el domingo.

Asentí, sin encontrar la forma de decirle que no iría porque no tenía dinero para llevarle nada a su bebecita.

Ronaldo recibió un mensaje avisándole que volviera al hotel y yo me despedí, subiendo las escaleras antes de que él se fuera con el auto. No hice amigos en la universidad, porque quedó evidente para aquel montón de esnobs que yo no venía de la misma cuna que ellos. Pero, aparentemente, había hecho dos compañeros de trabajo.

Apenas entré en casa, vi la notificación de que tenía un nuevo seguidor en mi perfil. Así como un mensaje en el DM, de cinco minutos antes:

Leandro Alves: Solo comprobando si llegaste bien. Ronaldo no se calla nunca, pero es buena gente. Si no me encuentras, puedes

buscarlo a él, que te lleva.

Helena da Paz: Sí, llegué bien, gracias. No te preocupes, yo le pago la cerveza a Ronaldo cuando caiga el salario.

Leandro Alves: Olvídate de eso.

Leandro Alves: O mejor, tal vez te cobre la cerveza para mí. Duerme bien.

Dejé el bolso sobre la mesa, me quité los tacones y fui a poner agua al fuego para hacer mis fideos instantáneos, pero no solté el celular. En lugar de ir a stalkear el perfil de Leandro, como debería haber hecho, puse el nombre de Pedro Guerra en la barra de búsqueda. Encontré de inmediato las fotos en las que el evento lo había etiquetado, mientras posaba al lado de un hombre negro, con el cabello rapado muy al ras y una sonrisa perfecta.

Lo que más me sorprendió fue el pie de foto:

«Pedro Guerra, de Guerra Turismo, y el abogado Tarcísio Lobo, dos de los solteros cariocas más codiciados, llegaron...».

Dejé de leer cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo. Yo no sabía nada sobre Pedro más allá de su personalidad horrible. Ahora sabía que estaba soltero y que, aparentemente, yo estaba medio obsesionada.

¡Madre santísima, estaba jodida!

06



PEDRO
GUERRA

Dos días después

Pasé la mañana releyendo correos antiguos.

No por nostalgia, sino por necesidad práctica. Tal vez una especie de arrepentimiento. Abrí la carpeta que yo llamaba internamente «cierres de asuntos». Mensajes cortos, formales, educados. El mismo patrón repetido decenas de veces a lo largo de los años.

«Agradezco los momentos compartidos».

«Te deseo éxito en tus próximos proyectos».

«Conforme conversamos, recuerdo el acuerdo de confidencialidad».

Nunca había sido cruel con ninguna de ellas. Ni prometí lo que no pretendía cumplir. Y el problema nunca fueron las mujeres,

era el fundamento. Relaciones inmediatistas, construidas para caber en la agenda, no en la vida.

El dolor detrás de los ojos volvió cuando cerré otro correo que parecía una cámara de eco. Me masajeé las sienes, respirando hondo.

Ninguna de aquellas mujeres había tenido tiempo de mostrarme sus valores. No porque no los tuvieran, sino porque yo nunca di espacio. No hubo convivencia suficiente para que algo real surgiera. Nunca me permití crear conexión con nadie, porque prioricé el dinero, no el valor. Prioricé el éxito en lugar del tiempo de calidad.

Y ahora ninguna de ellas servía para ser lo que yo necesitaba: la madre de mi hijo.

Estaba cada vez más resignado a la posibilidad de no sobrevivir al meningioma. No era un pensamiento fatalista, era estadística. Riesgo quirúrgico. Posibilidad de secuelas. No tenía miedo de morir. Tenía miedo de sobrevivir mal.

De despertar dependiendo de alguien para que me bañara, me alimentara o me girara en la cama. Mi padre había terminado así, sin siquiera poder hablar. Preso en su propio cuerpo. Fueron Marcos y Matheus, mis hermanos, quienes cuidaron de él. Yo no estaba allí, solo mi dinero.

Ni cuando murió. Ni cuando mi madre murió, poco tiempo después. Ni aun así volví a casa.

Cerré los ojos por un instante. No tenía quien cuidara de mí. El dinero pagaría a los enfermeros, pero el cuidado verdadero, el lazo emocional... no, eso no lo pagaba nada. Y no era autocompasión, era lógica, hecho.

Si tuviera un hijo, necesitaba garantizar que tuviera a alguien. Una mujer que estuviera allí de verdad. Que cuidara. No necesitaba ser perfecta. Necesitaba ser estable. Buenos valores, mejores que los míos. Responsabilidad. Capacidad de quedarse.

¿Y yo? No sabía si sería un buen padre, aunque tuviera la oportunidad de serlo.

Era áspero, impaciente, grosero. Casi había hecho llorar a la nueva secretaria por una falla que, en el fondo, no había sido solo de ella.

El recuerdo de Helena con los ojos vidriosos, intentando no llorar delante de mí, volvió con fuerza suficiente para apretarme el estómago.

Nunca me importó ser un jefe tirano. Las personas se equivocaban, yo corregía. Siempre había funcionado así. Pero con ella había sido diferente. La incomodidad no vino de su error. Vino de mi reacción.

Por eso la evitaba.

Mantenía contacto apenas por correo. Seco y objetivo. Demasiado profesional. Era más fácil así. No necesitaba lidiar con la incomodidad de haber cruzado un límite que ni siquiera sabía que existía.

Miré los últimos correos enviados a ella y me recosté en la silla.

Abrí un nuevo mensaje y le mandé otro correo a mi secretaria, otra frase corta y fría.

«Confirmar presencia en el evento de esta noche y ajustar la agenda de mañana por la mañana, conforme conversamos».

El correo de respuesta llegó algunos minutos después.

«Compré el almuerzo. El de siempre. ¿Va a querer almorzar ahora?».

Fruncí el ceño. Casi nunca almorzaba en la oficina. Karina siempre programaba almuerzos de negocios para que yo saliera, respirara otro aire. Aquel mensaje me tomó desprevenido. Respondí

que sí antes de pensarlo mejor. Minutos después, oí el golpe suave en la puerta.

—Entra —ordené, y mi corazón se disparó de repente, sabiendo que ella entraría aquí, que yo oiría su voz.

Helena entró con una bolsa térmica en las manos. El cuerpo reaccionó antes de que yo tuviera tiempo de filtrar cualquier cosa. Su ropa era demasiado discreta como para llamar toda mi atención de esa manera. El cabello sujeto de cualquier forma en un moño flojo.

¿Tenía una pluma en el cabello? ¿Cuántos años hacía que no veía eso?

No conseguí apartar mis ojos de ella y de sus curvas deliciosas cuando se acercó a mi mesa, y los vellos de mi antebrazo, descubierto por las mangas arremangadas, se erizaron con la proximidad. Cerré la computadora, colocándola en una esquina de la mesa espaciosa. Sus ojos castaños acompañaron la acción, pero no dijo nada más.

Su olor me golpeó directo en la polla. Era algún perfume suave, como si se hubiera disipado a lo largo de la mañana, dejando solo el aroma de su piel.

—Karina dejó anotado que este era su favorito —dijo, mientras disponía los recipientes—. Salmón con alcaparras.

Miré el plato e hice una mueca sin poder evitarlo.

¿Ese era mi plato «de siempre»?

Helena notó mi incomodidad en el mismo instante. Su cuerpo se puso rígido. Los ojos subieron demasiado rápido, como si esperara que yo despreciara su trabajo.

—¿No es de su agrado? Puedo pedir otra cosa. Tal vez debería...

—No hace falta —la interrumpí, levantando la mano. Pero la orden salió demasiado seca. Eso la hizo levantar la guardia, como si esperara el golpe.

Volví a mirar el plato, intentando ignorar el hecho de que mi atención quería volver a ella. Al escote cubierto por la camisa de botones deforme, a la línea del cuello, con el cordón alrededor, y a la forma en que respiraba cada vez más rápido, armándose para recibir una reprimenda grosera de mi parte.

Mi polla reaccionó de una forma completamente inoportuna.

¡Carajo!

—Solo no me gusta tanto —dije—. Nunca me gustó demasiado, para ser honesto.

—Pero Karina...

—Karina anotó lo que yo decía que me gustaba —completé—. No lo que realmente me gustaba.

Ella frunció levemente el ceño. Yo solía disfrutar los silencios, no ser interrumpido, pero el de ella me incomodaba. La había evitado por más de una semana, pero ahora estaba aquí dentro y yo quería oír su voz, al mismo tiempo que me molestaba tener esa voluntad.

—A veces uno insiste en lo de siempre —continué—, solo porque es más fácil. No porque realmente le guste.

Helena soltó una risa nasal y asintió, estando de acuerdo sin siquiera saber en qué estaba pensando yo. Me dio demasiada curiosidad saber cuáles eran el conformismo y las decisiones mecánicas de las que ella se arrepentía. Y eso era un problema. Yo no debería querer saber...

Empujé el plato un poco hacia un lado, más para crear distancia que por otra cosa. Vi su mirada bajar por un segundo. El labio inferior presionado con fuerza en una mordida deliciosa, como si estuviera conteniendo un pensamiento.

—Puedo pedir otra cosa —dijo, retomando el control de la voz y el profesionalismo que una mujer de su edad todavía no debería tener—. ¿Alguna preferencia?

Me apoyé en la silla, obligando al cuerpo a obedecer y calmarse.

—Hoy no.

—La próxima vez, pregunto —dijo, recogiendo el plato con cuidado.

La próxima vez.

La frase atravesó mi mente y me dejó hirviendo de expectativa. Asentí mecánicamente, sin conseguir dejar de mirarla.

—Haz eso.

Ella salió llevándose la bolsa, dejando la oficina demasiado silenciosa.

Me quedé allí algunos segundos, respirando hondo, esperando que mi cuerpo se recompusiera. La polla todavía dura, la cabeza irritada, la sensación de que algo se había iniciado sin mi permiso.

No fue el salmón «de siempre». Fue ella y aquella risa nasal que me dejaba saber mucho más que su postura calculada al responder al «buenas noches» murmurado que le di cuando salí de la oficina a las siete de la noche y ella todavía estaba allí.

Karina también se quedaba hasta que yo saliera, uno de los motivos por los que João Carlos me detestaba. Pero me incomodó darme cuenta de que Helena siempre estaba allí cuando yo salía.

No debería importarme, definitivamente no tenía tiempo para eso. Era mejor no darme ningún motivo más para quedarme «curioso» con mi nueva secretaria. Era mejor hacer lo que era excelente haciendo: mantener distancia.

07



Me estaba poniendo furiosa.

No era una explosión. Era algo más lento, más peligroso. Una irritación que quemaba detrás de los ojos y me acompañaba el día entero. Hoy, el señor Guerra había vuelto con la rutina de los correos de una sola línea.

Seco y objetivo. Sin siquiera mirarme cuando me dio los buenos días. Aquella frialdad estaba corroyendo algo dentro de mí. Y odiaba sentir eso, esa inseguridad en mi trabajo, pasar cada día temblando de miedo de hacer algo mal y que uno de sus correos fuera: «estás despedida, busca a Recursos Humanos».

—Estás perdiendo el control, Helena —me regañé a mí misma, mientras organizaba la agenda conforme me había pedido por correo, entonces la vi entrar en la sala.

Era la misma mujer joven que me había dado el pañuelo en el baño. Ya pasaban de las cinco y media de la tarde, lo que significaba

que podía estar viniendo aquí para recibir un despido al final del turno.

Su palidez me hizo querer ayudarla igual que ella me había ayudado aquel día, pero no la conocía. Se detuvo frente a mi mesa como quien no sabía si avanzar o retroceder.

—Él, él... El señor Guerra mandó llamarme —tartamudeó, claramente desprevenida para lidiar con él.

Lo poco que sabía sobre Pedro era que era un depredador, un tiburón, que se había hecho un nombre solo. Y los tiburones olían la sangre en el agua. Ella no podía entrar allí así, sangrando...

—Voy a avisarle que estás aquí. ¿Quieres unos instantes para recomponerte antes de que te anuncie? —pregunté, y me levanté lista para ofrecerle agua con azúcar, porque la palidez de su rostro me estaba poniendo nerviosa por ella—. ¿Cuál es tu nombre?

—Camila Cordeiro. Soy de Marketing Digital. Es decir, creo que todavía lo soy...

Sin saber por qué, rodeé la mesa y fui hasta ella, abrazándola. Camila era algunos centímetros más baja que yo, incluso con tacones más altos que los míos. Su cuerpo pequeño me hacía querer entrar junto con ella en aquella sala y tranquilizarla.

Lo que era irresponsable de mi parte, porque ni yo me sentía segura aquí y necesitaba ese empleo más que cualquier cosa.

—Él odia que lo hagan esperar. Respira hondo. —Le acaricié los brazos, viéndola intentar mantener la postura firme, sin demasiado éxito—. Voy a anunciarte, ¿sí? —Ella asintió y tomé el teléfono—. Camila Cordeiro está aquí, señor Guerra.

—Mándala entrar —ordenó, serio como siempre.

Aun así, su voz me atravesó como una descarga eléctrica. Sentí un escalofrío recorrerme la espalda, completamente inadecuado. Apreté los dedos contra la mesa, irritada conmigo misma, y volví a dejar el teléfono en su lugar.

—Puedes entrar —le dije a Camila, forzando una sonrisa amable, aunque por dentro temía por su empleo.

Fui a la cocina, más para alejarme del teléfono que para hacer café. Coloqué una cápsula en la máquina y esperé, observando el líquido oscuro caer lentamente en la taza.

Tomé dos cápsulas antes de que ella saliera. Todo el tiempo esperando la explosión.

Podría falsificar una carta de recomendación de él, si Camila necesitaba una. Tenía acceso a su firma digital, nadie sabría que él no me había mandado a hacer aquello.

Camila fue amable conmigo y, al parecer, no le había contado a nadie sobre mí, porque cuando necesitaba ir al otro lado del piso para entregar cosas a las otras secretarias, nadie me miraba con pena, sabiendo que Pedro me había hecho llorar a escondidas en el baño.

La puerta de su oficina se abrió de repente y Camila salió apresurada, con pasos rápidos, los ojos abiertos de par en par. No me miró. No dijo nada. Pasó de largo y siguió hacia el pasillo. El pecho se me apretó.

Él había sido grosero con aquella mujer que había sido un dulce con una desconocida.

Apagué la máquina, tomando la taza del tercer expreso que había hecho para mí, decidida a usar eso como artificio para entrar allí y hablar con él antes de poder reconsiderarlo.

Toqué una vez y entré.

Pedro Guerra estaba sin el saco. La corbata pendía floja alrededor del cuello. La camisa estaba abierta en los primeros botones, revelando un tramo de piel bronceada del pecho ancho. Las mangas estaban arremangadas hasta los antebrazos, venas marcadas bajo la piel, tensión visible en los músculos.

Parecía cansado y peligrosamente atractivo.

La rabia que sentía se mezcló con algo caliente, que se extendió por el cuerpo. El estómago se me contrajo. La respiración se me acortó. Permanecí inmóvil, sosteniendo la taza con fuerza para no demostrar nada.

Finalmente me miró, con sus orbes azul eléctrico. Sentí el impacto físico inmediato, como si algo hubiera atravesado la piel e ido directo al centro del cuerpo. Una descarga demasiado intensa para ser ignorada.

—Traje café —dije, manteniendo la voz firme por pura fuerza de voluntad.

—No hacía falta.

—¡Sí hacía falta! —disparé con más firmeza de la que pretendía.

Frunció las cejas gruesas, la «V» profunda surcando su piel, igual que las líneas de expresión alrededor de los ojos, que por Dios, solo lo dejaban todavía más hermoso. Igual que la barba al ras del rostro, salpicada de hilos blancos, que lo embrutecía un poco más.

La tensión en el aire se volvió casi palpable.

Pedro me observó un segundo más de lo necesario. Su mirada bajó y subió lentamente, sin prisa, como si estuviera tomando conciencia de toda mi presencia por primera vez.

—Tal vez tengas razón. —Se levantó y vino en mi dirección.

Mi cuerpo reaccionó, traicionando todo el autocontrol que venía manteniendo. Un calor súbito se extendió, incómodo, pulsante. Cerré los dedos alrededor de la taza y el plato.

Se acercó para tomar el café. Demasiado cerca. Su olor era maravilloso: algún perfume caro y sudor masculino. Cuando sus dedos rozaron los míos, el contacto fue rápido. Pero fue suficiente.

Mi cuerpo respondió de inmediato. Sentí rabia de mí misma y de él por dejarme así, por ser un imbécil grosero, que creía que por

ser rico podía ser horrible con personas decentes.

Su mandíbula se contrajo. El pecho le subió en una inspiración profunda. Por un instante, ninguno de los dos dijo nada. Entonces él retrocedió un paso, pero yo no salí de la sala.

Muestra de qué estás hecha.

Respiré hondo.

—¿A usted no le gustan las mujeres, acaso? —pregunté, manteniendo lo que me quedaba de control—. Este es un empleo excelente, pero si usted es un misógino, no me voy a quedar. Mi padre...

—¿De dónde sacaste eso?!

La forma en que me miró hizo que el aire cambiara. Su mirada recorrió mi rostro, bajó por el cuello, se demoró en mis pechos, siguió más abajo, como si cada centímetro fuera tocado sin manos. Concentrada en el bajo vientre.

—¡Por su comportamiento! —respondí, con la voz firme por pura terquedad—. Usted ha sido frío y evita hablar conmigo, haciendo que yo me desdoble para entender lo que quiere y necesita. Y acaba de hacer que Camila saliera de aquí desesperada.

Él arqueó una ceja.

—¿Quién?

—¡La mujer que acaba de salir de aquí! —insistí—. Estaba pálida. Fue grosero con ella también, como lo es conmigo.

Él se rio, incrédulo.

—Acabo de darle un ascenso —dijo en un tono desdeñoso, como si yo fuera una idiota—. Va a trabajar directamente conmigo a partir de ahora.

—¿Qué?

Dio un paso al frente, invadiendo mi espacio personal, todavía sosteniendo la taza de café. La diferencia de altura se volvió gritante cuando se inclinó levemente, reduciendo la distancia entre nosotros, y su aliento caliente me entibió el rostro.

Por un instante, tuve la certeza de que iba a besarme. Y mi señora santísima, lo deseé como una loca.

—No soy misógino, Helena —mi nombre en su voz grave latió en mi cuerpo—. Todo lo contrario. Mi empresa está mayoritariamente liderada por mujeres. Ventas, marketing, gerencias de hoteles, direcciones de sectores. En Brasil y fuera de él. El mundo machista transformó a las mujeres en las mejores para liderar en mi rubro. La anticipación de las necesidades de los huéspedes, la mediación de conflictos. Las mujeres traen soluciones...

Guerra tragó aire, como si lo robara de mis pulmones, mientras su mirada se clavaba en mi boca y la tensión a nuestro alrededor pasaba de rabia contenida a otra cosa.

—¡Y me gustan las mujeres como la puta madre! —continuó, sonando todavía más ronco—. Su olor y su sabor.

¡Padre del cielo!

Tragué en seco.

La atracción me golpeó con fuerza suficiente para dejarme mareada. Era demasiado consciente de nuestra diferencia de edad, de su experiencia, del hecho de que era mi jefe. Y, aun así, mi cuerpo traicionaba cada pensamiento racional.

Él se alejó un paso, recuperando el control con la misma facilidad con la que había amenazado con perderlo.

—Si era solo eso, puedes quedarte tranquila —concluyó—. Quieres más contacto conmigo, crees que es eso lo que necesitamos para funcionar mejor... Yo también lo creo.

Abrí y cerré la boca como un pez fuera del agua, entonces asentí, sin saber exactamente con qué estaba concordando. Me

demoré un segundo más de lo que debía en responder.

—Está bien, buenas tardes, señor Guerra —dije, profesional, con la voz fallando al final, a pesar del esfuerzo.

Me giré y salí de la sala sin mirar atrás. El corazón latía demasiado rápido. Mi coño estaba empapado, irracionalmente. Las piernas tardaron en obedecer. Caminaba, pero sentía como si hubiera abandonado mi paz atrás.

Lo había provocado de alguna forma y no sabía si podría hacerme cargo de eso.

08



PEDRO
GUERRA

Días después

Me estaba permitiendo pequeños descontroles. Nada grandioso. Nada que pusiera todo a perder.

Solo desvíos calculados, elecciones menos rígidas, pequeñas concesiones que me recordaban que seguía vivo.

La reunión con el consejo había sido un éxito. Cerramos la compra del hotel en Tokio y, más que eso, conseguí convencerlos de no cometer la estupidez de imponer un modelo occidental allí. Nada prefabricado, como quería el imbécil de Sombra.

Respetaríamos las dos culturas, la japonesa y la brasileña. Elegancia histórica y precisión de un lado. Calor, acogida y vivacidad del otro.

Salí de la sala de reuniones sintiéndome bastante confiado y excitado con el futuro, por breve que fuera. Y parte de eso tenía

nombre y dirección: Helena, la secretaria deliciosa que me transformaba en un cliché ambulante.

Provocarla se había convertido en un nuevo hábito. Un juego que conducía con cuidado, para que no se convirtiera en una demanda por acoso, sobre todo porque no iba a actuar, solo quería jugar con ella, desarmar su postura rígida, solo un poco.

Todavía la recordaba jadeando de forma audible cuando fui completamente antiprofesional e insinué que me gustaba chupar a las mujeres. Solo podía ser masoquismo, pero me lo estaba permitiendo y abrazaba ese dolor sin miedo a ser feliz.

Helena fingía desinterés. Mantenía la postura profesional. Pero su cuerpo no mentía. Yo veía cómo le cambiaba la respiración cuando me acercaba. El leve retraso antes de responder. La forma en que la lengua le humedecía los labios antes de hablar.

Ella estaba perdiendo el control. Y a mí me gustaba más de lo que debía.

Pasé a huir de los almuerzos de negocios siempre que podía. En vez de eso, mandaba a Helena pedir comida. Restaurantes diferentes. Menús que quería probar. No era solo curiosidad gastronómica. Era selección. Robaba chefs como quien roba joyas. Sabía exactamente qué buscar.

Entré en la oficina a media tarde y la vi antes que cualquier otra cosa.

Tenía el cabello recogido en una cola de caballo baja, demasiado profesional, que le escondía la nuca. La camisa clara acompañaba el cuerpo sin marcarlo, una de esas blusas baratas, que no fueron hechas a medida y escondían sus curvas deliciosas.

Pero mi imaginación hacía muy bien el trabajo de imaginarla desnuda en mi cama, mis manos sujetándole la cintura desde atrás mientras me la comía en cuatro y ella me llamaba señor Guerra.

Nunca había sido una tara mía, primero, porque las demandas por acoso sexual eran un dolor de cabeza innecesario. Segundo, porque Karina era prácticamente una hermana para mí. Pero Helena me hacía sentir diferente, vivo, cada vez que se sonrojaba.

¡Puta madre!

Me apoyé en su mesa, plantando las manos a ambos lados de la pantalla de la computadora, e incliné el cuerpo hacia delante, obligándola a mirarme.

—Voy a almorzar en mi oficina otra vez. Pide aquí mismo, del hotel. Un filete bien jugoso, goteando al punto de mojarme la barba.

Eso la hizo abrir la boca y agrandar sus ojos inocentes. Eso estaba mal y yo lo sabía, solo que ya no conseguía contenerme.

Helena era demasiado joven. Tal vez fuera virgen. Y si no lo era, debía haber cogido con algún mocoso al que le daba asco el coño y que no sabía hacer que una mujer se corriera como debía.

No conseguía quitarme de la cabeza su desafío, la osadía de preguntarme si no me gustaban las mujeres. Siempre me hacía reír cuando lo recordaba.

—¿Alguna otra instrucción? —Ella pretendía ser formal, pero solo consiguió endurecerme la polla, pensando en todas las instrucciones que le daría.

—El chef sabe cómo me gusta la carne —completé, manteniendo la mirada fija en la suya.

Las mejillas y el cuello se le sonrojaron discretamente y yo simplemente supe que se pondría toda roja al correrse.

Sus dedos apretaron la pluma con demasiada fuerza. Y cuando tragó en seco, sin conseguir responderme, me di por satisfecho y enderecé el cuerpo. Sonreí, como si eso hubiera mejorado todavía más mi día.

Entré en mi oficina, consumido por la excitación de jugar con fuego. Y, por primera vez en mucho tiempo, no tenía ninguna prisa por apagar el incendio.



Me quedé bastante después de hora, sin darme cuenta.

La cabeza me palpitaba en un punto específico, insistente, como venía ocurriendo con más frecuencia de la que me gustaba reflexionar. Abrí la gaveta del escritorio, tomé el blíster y tragué dos comprimidos con un sorbo de agua a temperatura ambiente.

El médico había sido claro: eso no curaba nada, solo aliviaba. Por ahora.

Cuando finalmente tomé el saco, sentí el peso en los hombros. Literal y figurado. Salí de la oficina y fue entonces cuando la vi. Helena todavía estaba en su mesa. Debería haber llamado y avisado que no me esperara.

El cabello recogido estaba un poco desordenado después de tantas horas de trabajo, los hombros levemente caídos delataban el cansancio.

—¿Sigues aquí? —pregunté.

Miré la hora en el reloj de pulsera, tardando en distinguir las agujas finas, con la vista demasiado cansada y el dolor de cabeza constante.

—Sí. —Su voz salió más baja, enronquecida por el desuso del silencio de horas. Ya pasaban de las diez de la noche—. Estoy en el último punto de la lista que me pidió después de la reunión.

Asentí, sintiendo que una incomodidad desconocida se instalaba. Preocupación.

Era esforzada. Mucho más de lo que yo esperaba. Después del error con la agenda, no había cometido ninguna falla que yo hubiera percibido. Ninguna.

Karina había tardado años en dominar aquel ritmo. Y yo había arrojado todo en el regazo de una mujer demasiado joven, al inicio de su carrera, esperando que simplemente me siguiera el paso.

Me condené en silencio.

—¿Cenaste? —pregunté, sin planear la pregunta.

—Sí —respondió demasiado rápido.

Vi cuando bajó la mano y empujó un envase de yogur dentro de la papelera bajo la mesa. Un movimiento casi imperceptible. No me gustó la mentira. Pero no dije nada. Asentí una vez más y volví a mi oficina. Tomé el teléfono y llamé directo a la cocina del hotel.

—Necesito que envíen una ensalada César —informé, y fui respondiendo las preguntas conforme el empleado iba ofreciendo las opciones. No sabía si comía carne roja o cualquier tipo de carne—. Solo con queso. Ahora.

Colgué antes de que preguntaran cualquier otra cosa. Volví, pasé junto a ella sin detenerme y caminé hasta el ascensor. No esperé a que llegara la comida. No hacía falta. Ella entendería.

Cuando las puertas se cerraron, sentí que el peso del día finalmente caía sobre mí.

No era deseo esta vez. No era una provocación semiinocente, sin pretensión de concretarse. Era algo más peligroso: cuidado. Me estaba preocupando por Helena y no tenía tiempo para agregar eso a mi lista de «cosas por hacer antes de morir».



Cuando llegué a la mañana siguiente, un poco más tarde, encontré a Helena ya en su puesto de trabajo. Se levantó cuando llegué, lo que no era común en ella. Me acerqué estudiando su expresión.

Estaba cansada, había salido de aquí después de mí ayer y llegó antes. No sabía dónde vivía, pero ciertamente no era cerca del hotel. Debía haber dormido muy poco y yo no tenía que preocuparme.

No debía. Y me irritaba por eso.

—El señor Sombra lo está esperando en su oficina.

—¿Por qué? —me exalté, porque ella no debería haberlo dejado entrar.

—Intenté hacerlo esperar, pero entró igual. No podía retenerlo aquí afuera. Perdón. —Bajó la mirada, esperando que yo me irritara, que fuera grosero.

Ella no tenía la culpa de eso, carajo.

—Hay un botón en el lateral de la gaveta, traba mi puerta. Solo se abre por dentro. Debí habértelo dicho antes —informé, y me incliné, abriendo la gaveta para mostrarle.

Nuestros brazos se rozaron y su respiración tibia alcanzó el costado de mi rostro. El perfume de su champú me daba ganas de enredar la mano en las ondas pesadas que hoy había dejado sueltas.

—Si alguien intenta invadir la oficina, trabas la puerta o puedes llamar a seguridad.

—Pero él es el CFO, yo soy solo una secretaria... —Helena tragó en seco.

—¡Yo soy el CEO! Y te estoy dando una instrucción. Nadie pasa por encima de mis órdenes. —Lo determiné, y Helena asintió, jadeante.

Carraspée, obligándome a alejarme de ella.

Entré en mi oficina todavía revuelto. Lo que estaba ocurriendo aquí iba mucho más allá de una provocación inocente. Ella me estaba haciendo desearla como hacía mucho tiempo que no deseaba a una mujer. ¡Mierda!

Cerré la puerta de golpe, encontrando a Sombra sentado en la silla frente a mi mesa, revisando su celular. Por lo menos no estaba tocando mis cosas, ya bastante era haber invadido mi oficina.

—Pedro, tenemos que hablar...

—Danilo, ¿qué mierda crees que estás haciendo, invadiendo mi oficina y faltándole el respeto a mi secretaria? —fue lo primero que salió de mi boca.

Estaba más furioso porque había hecho que Helena se sintiera menos, por haber hecho esa mierda, cuando nunca había intentado hacerlo con Karina aquí, o quizá sí, pero Karina era demasiado dura para dejarlo crecerse.

—¡No le falté el respeto a nadie! Ella ofreció café, yo solo entré a esperar. De hecho, sigo esperando hasta ahora —respondió tranquilo, con aquella sonrisa de chico de propaganda, que hacía que todas las mujeres de la empresa se bajaran las bragas por él.

No había malicia, no había venido aquí para encabronarme, solo lo consiguió espectacularmente. La visión se me nubló y la cabeza empezó a estallar, y ni siquiera eran las diez de la mañana todavía. Respiré hondo e intenté no dejar que percibiera que había algo mal conmigo.

—¿Qué mierda quieres? —disparé.

—Ganaste. Lograste convencer al consejo sobre la compra del Sugoi, en Tokio. Y debo admitir que tu pasión en la presentación me

convenció hasta a mí. Pero una cosa no elimina la otra, Pedro. El uno por ciento de los multimillonarios puede ser la clientela más fiel del turismo, pero son el puto uno por ciento. Necesitamos aumentar los ingresos, expandirnos para dominar. Para mantener vivo tu sueño elitista, tenemos que bajar en la pirámide.

¿Mi sueño? ¿Qué sabía ese hijo de puta sobre «mi sueño»?

Tomé el blíster dentro de la gaveta y me metí los dos comprimidos en la boca, sin importarme que estuviera siguiendo el movimiento.

—No quiero mi nombre en un montón de hoteles de mala muerte, con habitaciones minúsculas.

—¿Ni siquiera miraste mi propuesta, Guerra? ¡No estoy hablando de esas cajas de fósforos como hace la red Íris! Hablo de hoteles funcionales, empresariales y accesibles...

Me froté los ojos, sujetándome el puente de la nariz.

—Mi nombre está ligado a una experiencia de confort, Sombra.

—Sí. Pero los grifos bañados en oro no son confort, son un lujo ofensivo que, honestamente, es malo para la marca. Dentro de diez años, si no antes, otros hoteles de lujo van a caer en gracia con los influencers y tu nombre será olvidado...

Era lo que yo temía. Dejar de existir. No estaría vivo para verlo, pero solo la idea me dejaba todavía más inquieto.

—Voy a leer la puta propuesta, Danilo.

—Solo eso quería. Y agradécele el café a tu secretaria. O mejor, deja que yo mismo se lo agradezca. —Abrí los ojos, soportando el dolor, y encaré a Sombra.

—¡Ni se te ocurra! —prácticamente gruñí y actué sin pensar, marcando mi territorio. Lo que hizo sonreír a Danilo, creyendo que me estaba cogiendo a Helena.

Ya quisiera, pero no lo estaba. Y era mejor que siguiera pensando que sí, así no se acercaba a ella.

09



Semanas después

Ya llevaba un mes trabajando para Pedro. Recibí mi primer salario esta mañana. Por eso decidí darme un gusto.

Guerra era intenso y exigente, no facilitaba nada, pero era justo, como Karina había dicho. Se exigía a sí mismo lo mismo que a todo el mundo: excelencia, dedicación, responsabilidad. Trabajaba de verdad. No pedía nada que él mismo no entregara.

Eso lo volvía más difícil de odiar.

Llegué a casa trayendo la caja enorme del ventilador nuevo en brazos. Era una tontería para quien lo viera desde fuera, pero yo lo estaba contando como una victoria. Coloqué el ventilador en un rincón de la sala y lo encendí, sintiendo el olor a plástico nuevo. Solo con sentir el aire circular por el apartamento, por primera vez, sin hacer aquel chirrido, pensé que tal vez iba a extrañarlo. Era para reírse.

El lado bueno de mi antiguo monoambiente, en un edificio que ya había visto días mejores, era que ese ventiladorazo refrescaría mis noches. Intenté mirar el lugar con más cariño. Vivía allí desde la universidad. Sabía que me iría en cuanto tuviera dinero para pagar un seguro de alquiler, pero me llevaría muchas memorias de allí.

Y, por primera vez desde que me gradué, sentí una esperanza de que todo estaría bien. Por eso tomé el celular y llamé a mi papá, en lugar de intercambiar mensajes vacíos y ansiosos por haber abusado de su confianza.

«¿Helena?». La voz de mi papá era toda sonrisas y yo intenté no dejar que la culpa me consumiera.

—Hola, papá, ¿cómo estás?

«Estoy bien, lleno de exámenes por corregir, ¡el fin de semana de tu viejo!». Soltó una carcajada y me dio una nostalgia tremenda. «¿Pero y tú, cómo estás? ¿Y el trabajo?».

Me apoyé en el fregadero de la cocina y dejé que el viento me diera en el rostro.

—Bien. Muy bien. El trabajo es pesado, pero está saliendo bien.

Él se puso feliz. Lo oí en la respiración al otro lado de la línea.

«¿Y el empleo es bueno de verdad? ¿Contrato formal, esas cosas?».

—Sí, papá. Todo en regla. El hotel es enorme. Muy bonito.

Hubo una pequeña pausa.

«¿Y Guerra?».

—¿Qué pasa con él? —se me secó la boca como si hubiera hecho algo malo.

«Nada, solo quiero saber si te está tratando bien», respondió rápido. «Solo curiosidad. Hace muchos años que no hablamos. Ni siquiera esperaba que respondiera mi correo. Probablemente ni fue él...».

El estómago se me contrajo, pensando en todas las cosas ambiguas que el amigo de infancia de mi padre me decía y que me hacían arder. Pedro Guerra me hacía arder de una forma u otra, o de rabia o de deseo fuera de lugar.

Me sentí culpable por cosas que don Augusto jamás sabría. Por la atracción absurda que sentía por mi jefe. Por la diferencia de edad. Por el hecho de que el hombre que me quitaba el sueño fuera apenas unos años más joven que mi padre.

No era algo que yo hubiera elegido. Lo que sí podía elegir era no darle entrada, no llevar eso adelante.

—Es profesional. Exigente, pero correcto.

Era verdad. Y aun así, insuficiente.

«¿Habló de mí?», preguntó, sonando esperanzado.

Tragué en seco.

—No. Creo que ni se acuerda. Hace mucho tiempo. —Fui sincera.

Era más fácil así. No quería que relacionara cosas que no necesitaban ser relacionadas. No quería cargar más culpa de la que ya cargaba.

—El barrio es hermoso, parece de telenovela —continué, cambiando de tema—. Queda cerca de la playa. Todavía no fui, pero quiero ir uno de estos días.

«Ve, sí». Papá cambió al tono paternal que yo amaba. «Mereces disfrutar un poco. ¿Y los noviecitos? ¿Has ido a la iglesia?».

Fuimos cambiando de tema. Hablando de cosas triviales. Colgamos poco después.

Me senté en el sofá estrecho, sintiendo el viento del ventilador pegarme en la cara, y cerré los ojos por un instante. El rostro de Guerra vino a mi mente sin esfuerzo. También el recuerdo de su voz grave, dando las buenas noches antes de irse antes de las seis, ya sin la corbata al final del día. Aquella mirada eléctrica, intensa. La forma en que ocupaba el espacio, cómo me movía por dentro con sus provocaciones y sus miradas...

Tenía que dejar de pensar en él de esa forma, ¡Dios mío!



El domingo por la mañana, me desperté temprano, como si el cuerpo todavía no hubiera entendido que no necesitaba correr al trabajo. Desayuné en la panadería de la esquina, sentada cerca de la vidriera, observando el movimiento perezoso de la mañana.

Después caminé alrededor del Maracanã, junto a aquel montón de desconocidos que sonreían con el sol golpeándoles el rostro. Fue bueno aprovechar el sol después de pasar los días encerrada en salas con aire acondicionado.

Hacía tiempo que no hacía eso, mis caminatas. En Pedra Serena siempre estaba caminando hacia los lugares; en Río de Janeiro, todo se hacía en Uber, en autobús...

Y desde que empecé en el trabajo, mis días libres habían sido usados para lavar ropa, hacerme las uñas para la semana y dormir. Demasiado exhausta para cualquier cosa más allá de series aleatorias y silencio. Aquel domingo, sin embargo, tenía energía. Tal vez fuera el ventilador nuevo. Tal vez fuera el cuerpo empezando a adaptarse.

Cuando volví al edificio, recogí la correspondencia en el buzón de madera antigua de la portería. Subí los escalones con los sobres de cuentas en las manos. No quería mirarlas, aunque supiera que ahora tenía cómo pagarlas todas y todavía me sobraría dinero.

Entré, dejé el bolso sobre la silla y, por hábito, abrí el correo del trabajo en mi notebook vieja. No había nada urgente. Aun así, leí todo. Organicé mentalmente las prioridades de mañana. Los lunes siempre eran medio caóticos. Redacté algunos correos de respuesta y moví la agenda.

Solo entonces fui a abrir mi correspondencia. Tomé la carta que no parecía el formato estándar de empresas de servicios del hogar ni de propaganda inútil. El sobre era simple, impersonal. El tipo de papel que nunca trae buenas noticias. Me senté a la mesa y lo abrí con cuidado para no rasgarlo, como si eso pudiera suavizar el contenido.

«Cobro del crédito estudiantil», «Cinco meses de atraso», «embargo de bienes».

Los números saltaron de la página con una frialdad que me dio náuseas. Con los intereses, la deuda ya se acercaba a veinte mil reales. Un valor completamente fuera de mi realidad.

El corazón se me disparó.

Yo no tenía ese dinero. ¡No lo tendría tan pronto!

Ni con el salario nuevo. Ni ajustando todo. Ni renunciando a cualquier comodidad mínima.

Sentí el peso de la mentira caer sobre mí con fuerza. Le había mentido a mi papá. Tomé los documentos guardados en la gaveta y los esparcí sobre la mesa. La escritura de la casa en Pedra Serena. La casa simple donde él me había criado solo, después de que mi madre muriera en aquel accidente de auto. La casa por la que luchó durante años para comprar. Que acababa de terminar de pagar, después de más de veinte años de financiamiento.

Yo había usado su mayor bien como garantía de mi futuro.

Me pasé la mano por el rostro, sintiendo que los ojos me ardían. No lloré. Todavía no. La desesperación venía en ondas progresivas, trabándome la respiración, apretándome el pecho.

—¿Cómo voy a conseguir veinte mil reales antes de fin de mes?

¡No podía fallar! No después de todo. No después del esfuerzo de él para criarme sin madre y de haber llegado hasta aquí. Pero la deuda parecía infranqueable. Un muro demasiado alto para alguien que todavía estaba aprendiendo a caminar en este mundo.

Cerré los ojos y me quedé sentada en silencio, oyendo apenas el ruido distante de la calle y el ventilador girando en el rincón de la sala.

No sabía qué hacer.

Y, por primera vez desde que había empezado en el empleo, volví a sentir verdadero miedo de mi futuro.

10



En cuanto entré en la oficina, me extrañó la ausencia de Helena. Ella nunca llegaba tarde, todo lo contrario. No importaba qué tan temprano llegara yo ni qué tan tarde saliera, siempre estaba aquí, como si se hubiera vuelto parte del ambiente.

Saqué mi celular del bolsillo interno del saco, buscando algún mensaje. Ella ciertamente tenía mi número, pero nunca me había llamado ni enviado nada. Y hoy no había sido diferente.

En la pantalla, decenas de notificaciones de correos no leídos, el calendario mostraba que tenía una reunión con el CFO en quince minutos y yo ya sabía que tendría el día lleno.

Pero no pude.

Tomé el teléfono de su mesa y llamé a la secretaria de Danilo, avisando que reprogramara la reunión con él para el final del día. Había leído la mierda de la propuesta y era buena. Solo haría algunos cambios, para dejar el proyecto con cara de Guerra Turismo

y no del grupo Íris. Sería más caro, pero aun así sería más funcional que lujoso y no me avergonzaría.

Fui a la cocina, viendo que el equipo de la madrugada había dejado todo organizado y que, realmente, Helena no había llegado, porque ella bebía demasiados cafés. Siempre que yo entraba en la oficina, tenía una taza en la mesa o, por lo menos, el olor del café se disipaba en el aire.

Fue un olor que empecé a asociar con ella y me dejaba medio sediento.

Era un deseo irresponsable, se estaba convirtiendo en una especie de vicio. Tanto mirarla y provocarla, robando momentos para nosotros a lo largo de nuestros días llenos, como preocuparme por su bienestar.

Coloqué una cápsula en la máquina y fui a dejar mi carpeta en la oficina.

Volví a mirar mi teléfono, irritado conmigo mismo por no tener su número. Entonces hice lo único que sabía hacer cuando no conseguía resolver alguna mierda: llamé a Karina.

—¿Karina? —intenté disimular la tensión en mi voz.

«¡Yo todavía estoy de licencia, Pedro!», atendió con la lengua afilada, pero ya no tenía la misma potencia de antes, cuando enseguida arrulló a Marcelinho del otro lado.

Eso me dejó angustiado de culpa por molestar a una madre de recién nacido y ansioso por querer aquello. Me condené por envidiar a Karina, por no haber ido a visitarla ni una sola vez. Seguía repitiendo mis errores y sin profundizar relaciones.

Solo que había una urgencia mayor...

—Necesito el número de Helena.

«Está en tu agenda, lo puse antes de irme. Lo puse como "segunda secretaria", porque la primera soy yo». Soltó una carcajada

escandalosa y oí el llantito bajo del otro lado.

Me reprendí a mí mismo por haberla buscado cuando estaba con una dificultad mínima, mientras ella tenía una tarea de verdad entre manos. Solo que debía haber muchas Helenas más en mi agenda de contactos. Ni siquiera pensé en buscar, por miedo a llamar a la mujer equivocada y armar alguna confusión con alguna ex-cualquier cosa o alguna cogida casual, tan temprano.

«¿Está todo bien?». Del otro lado de la línea, Karina y Marcelo hacían ruiditos y supe que mis problemas no eran lo bastante grandes para molestarla.

—Sí, todo bien. Todo bajo control. Gracias y mándale un beso a Marcelinho. —Colgué, ansioso por encontrar a Helena.

Borré a todas las Helenas de mi agenda y cambié el nombre de ella en mis contactos, para que fuera la única en mi lista. Podía presentir que algo estaba mal, pero antes incluso de que la llamara, oí su entrada en la antesala de mi oficina.

Salí de mi sala y noté sus hombros caídos. La espalda se me tensó y tuve que contenerme para no cuestionar qué había ocurrido. Ella me debía explicaciones por el atraso, pero yo no tenía derecho a cuestionarla de la manera en que pretendía.

¿Por qué no llamó? ¿Qué pasó?

Estaba aquí, había venido a trabajar. Era lo que debería importar. Eso y nada más.

—Helena, ¿todo bien?

—Señor Guerra, me asustó. —Se llevó una mano al pecho, dejando que el bolso cayera del hombro al pliegue del codo—. Perdí mi autobús. Pensé que igual me iba a dar tiempo de llegar a horario, por eso no mandé mensaje avisando. Puede descontarme el atraso del salario, de verdad lo siento. No va a repetirse, voy a empezar a salir todavía más temprano, se lo prometo.

Se atropelló con las palabras, parloteando como no solía hacerlo. La voz quebrada delataba su desesperación por haber «fallado» otra vez.

En cuanto levantó esos ojos castaños jodidamente hermosos hacia los míos, vi que estaban vidriosos. Yo era grosero, pero no era injusto. Y ella estaba evidentemente cansada, con cara de quien no había dormido. Ni siquiera el maquillaje ligero conseguía esconder los ojos hinchados de llorar.

¿Qué mierda le había pasado?

¿Fue algún novio imbécil? ¿Estaba enferma?

—No hace falta eso, los imprevistos ocurren —respondí, medio seco, demasiado tenso por verla fragilizada.

Fui a la cocina a buscar el café que había quedado listo.

—Yo puedo hacerlo... —vino detrás de mí, evidentemente nerviosa.

—Ya lo hice. —Pareció que me estaba quejando, pero no fue la intención.

Solo no conseguía contener la puta acidez en la boca del estómago, la incomodidad que me dio verla así. Helena era firme, serena, profesional, con la guardia alta. Esta de aquí, frente a mí, me hacía querer atraerla hacia mí.

Helena se encogió, pálida. Y el bolso le cayó del codo a la mano. Ni siquiera se había puesto labial; sus labios blancos me dejaron atormentado. No sabía qué era ni cómo ayudar.

Ella estaba teniendo un mal día, no me correspondía querer arreglar esa mierda por ella.

—Perdón otra vez. Yo voy... voy... voy a mirar la agenda. ¡Usted tenía una reunión temprano! ¿La perdió por mi culpa? —Se llevó una mano a la frente, con los ojos vidriosos y abiertos de par en par.

—¡Ya lo resolví! —Fui ríspido sin querer. Entonces carraspeé y tomé la taza, todavía removiendo el azúcar—. Ya lo resolví —repetí, más tranquilo y suave.

Extendí el café en su dirección, porque claramente ella lo necesitaba más que yo. Helena miró de la taza a mí y de vuelta, sin entender el gesto.

—Si te estás sintiendo mal, puedes tomarte el día libre. Sé arreglármelas.

Era mentira. Karina me había malacostumbrado. Parecía tener tentáculos en lugar de brazos para lidiar con toda la mierda que venía en el paquete de trabajar conmigo durante tantos años. Y Helena se había subido al tren en marcha, sin dejar caer la pelota.

Tal vez yo ya no supiera arreglármelas sin una secretaria para organizar mi día a día... pero ella no necesitaba saberlo.

—No hace falta. Pero gracias de todos modos. —El suspiro de Helena con mi oferta fue tan sentido, tan exhausto, que me cuestioné si ese empleo la estaba agotando.

Pero solo la idea de que se fuera y tuviera que sustituirla me enfureció e hizo que la cabeza me palpitara, anunciando un dolor de cabeza que últimamente estaba siempre presente.

Helena parpadeó muchas veces, apartando las lágrimas que no consiguió esconder, y presionó los labios, negando con la cabeza, para reafirmar que no quería el día libre.

No sabía lidiar con esa mierda. Las mujeres con las que convivía no me hacían pensar ni sentir nada más allá del sexo o del trabajo. Entonces prácticamente le empujé el café en la mano y la dejé sola, para que se recompusiera en paz.

Para que los dos nos recompusiéramos.

Abrí el calendario digital, viendo el montón de mierdas que tenía que hacer hoy, y no pude, simplemente no pude obligarme a resolver nada. Moví los cuadros, arrastrando y empujando las tareas,

manteniendo solo las que me permitieran quedarme en la oficina, pendiente de Helena.

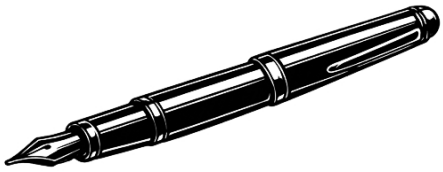
Envié un correo avisándole a Danilo que viniera a mi oficina al final del día, en vez de ir nosotros a la sala de reuniones.

Helena no quería irse. Tal vez tuviera a alguien en casa y fuera ese alguien quien la había hecho llegar aquí de esa manera. No sabía una mierda sobre ella, pero lo peor fue pensar en ese hombre deforme esperándola dentro de la casa fantasma que yo solo podía imaginar...

Ella no es tu problema, Pedro, carajo.

Al mismo tiempo que me condenaba por la posesividad inconveniente, tomé el teléfono y pedí un desayuno a la cocina del hotel. Para dos.

11



PEDRO
GUERRA

Al inicio de la noche, Danilo y Tarcísio fueron anunciados por Helena.

Ella no quiso comer el desayuno, dijo que tenía el estómago revuelto. Tampoco almorzó lo que pedí, aunque me lo agradeció con una sonrisa rígida. Pero vi el puto sándwich de salmón dentro de la heladera de la cocina cuando fui a buscar otro café, sin querer pedirle nada a ella hoy.

Ahora, a las ocho de la noche, seguía aquí y yo me cuestionaba si era buena idea dispensarla o si eso sería peor. Tal vez se quedaba en la oficina hasta tarde porque no quería volver a casa...

No había anillo en su dedo, estaba seguro, porque antes de empezar a hacer insinuaciones me aseguré de mirarlo. Las mujeres casadas eran un tipo de problema que no quería en mi vida.

—¡Mira a quién encontré! —dijo Danilo, entrando con Tarcísio en mi oficina.

Los ojos de Sombra estaban entrenados hacia el frente, evitando mirar a mi secretaria, obedeciendo mi orden. Debía pensar que yo me estaba acostando con ella y nunca me importó negarlo. Sin embargo, los ojos de Lobo se demoraron en la mesa de Helena.

—¡Tarcísio! Cierra la puerta. —Prácticamente ladré, y Danilo no hizo ningún esfuerzo por ocultar la risa. Eso trajo hacia mí los ojos castaños de mi abogado.

—Ah, no, carajo. ¡Esa es una pésima idea, Guerra! Quiero decir, la idea está buena como el carajo, pero no para ti. —Mi mejor amigo era un burlón de mierda.

Y Danilo no era mi amigo, pero tampoco se quedaba atrás en la burla descarada.

—Viniste sin avisar —le dije a Lobo.

Me levanté de la silla, yendo hacia la mesa redonda, en el lateral de mi sala, con los papeles de las alteraciones que yo «sugeriría», para presentarlas al consejo en la reunión del jueves.

—Cancelaste la reunión conmigo hoy, pero necesito una respuesta, así que vine a buscarla —respondió Tarcísio.

Marília...

—¿No puede quedar para mañana temprano? —Desvié la mirada, señalando a Danilo, que fingió revisar el teléfono, sin acercarse a la mesa donde Tarcísio y yo seguíamos de pie.

Lobo negó con la cabeza y abrió el correo en su celular, mostrando la propuesta con la suma absurda que Marília Dantas recibiría por dar una entrevista a una revista de chismes sobre su relación conmigo.

¡La puta madre!

—Cubre la oferta.

—Ella va a seguir extorsionándote, Pedro.

—¡No me importa! —me exalté—. Paga y haz que firme otra mierda de término, otro contrato, algo de lo que no pueda escaparse.

—Ella no quiere tu dinero y no va a firmar una mierda... Tú sabes lo que realmente quiere.

¡Marília quería una relación pública! Después de hacer esa mierda, ¿de verdad pensaba que yo todavía iba a querer acostarme con ella? ¿O solo quería posar como pareja para mejorar su imagen y ayudar a su carrera fracasada?

Ni el sexo y mucho menos una relación de marketing me interesaban.

El lado bueno de tener un tumor en el cerebro era que no duraría lo suficiente para ser chantajeado durante mucho tiempo.

—Tengo una nueva gerente de marketing digital. Te voy a dar su contacto. Vas a pagar para silenciar a Marília y Camila va a pensar alguna estrategia para contener la situación si esta mierda me explota en la cara.

—¿Vas a comprar el escándalo, entonces? —Mi abogado arqueó las cejas, sorprendido por la actitud.

—¿Qué otra solución tengo? —Me quité el saco, dejándolo sobre el respaldo de la silla frente a mí, sintiéndome exhausto.

—Está bien. Voy a hablar con mi secretaria para marcar una reunión con tu gerente de marketing. Pero tal vez necesites un equipo de verdad. Hay un grupo extranjero bueno como el carajo, que usé con otro cliente. Se ocuparon del escándalo de aquel político que le puso los cuernos a la esposa enferma. Giraron la narrativa, el tipo hasta se reeligió.

—Camila es medio prodigio, la robé de otra empresa justamente por eso. Habla con ella primero, no quiero contratar a nadie de fuera y aumentar el riesgo.

—Ok, tú sabrás.

Tomé mi teléfono y le pasé el contacto por AirDrop. Tarcísio soltó una carcajada y yo no entendí.

—Camila Cordeiro... Lobo. —Se señaló a sí mismo, usando el celular—. El chiste vino servido. ¿Vas a escaparte del vóley de las mujeres el sábado otra vez? Te estás poniendo blanco de oficina otra vez. —Fue alejándose de mí, hablando más alto, lo que hizo que Danilo se interesara.

—No tengo tiempo, Tarcísio —rezongué y jalé la silla para sentarme, presionándome la sien disimuladamente.

Tarcísio sabía de mis migrañas, pero no le había contado a él, ni a nadie, sobre el meningioma.

—Yo siempre tengo tiempo para un «vóley de mujeres» —se metió Sombra.

Lobo me señaló, como quien decía: «¿ves?».

Que él y Danilo fueran a divertirse viendo a las mujeres jugar. Yo ya no tenía tiempo para encuentros vacíos y sexo sin sustancia. Tarcísio era más joven que yo, treinta y tantos, e imaginaba que Danilo ni siquiera había llegado a la mitad de los treinta. Ellos tenían tiempo para llevar esa vida, para conocer a alguien que les interesara más allá del sexo casual.

En este punto de mi vida, yo tenía un solo objetivo: encontrar una mujer decente para ser la madre de mi hijo. Pero la idea de contratar un vientre de alquiler ilegal me hacía pensar en el tipo de persona que dejaría para cuidar de él cuando yo me fuera. Las «mujeres del vóley» tal vez hasta podrían ser una opción, si yo tuviera tiempo.

—Sábado, en el puesto tres. Encuéntrame en el Quiosco de Orelha a las siete, no te vas a arrepentir de despertarte temprano un sábado.

Se despidió y salió de mi oficina. Me enfurecí cuando quiso provocarme y fue a presentarse con Helena, hablando lo bastante

alto para que yo lo oyera, pero se fue enseguida, dejándome con los papeles y los números en la reunión tardía con Sombra.

Cuando terminamos de debatir todos los puntos, Danilo estaba contento y, sorprendentemente, aceptó los cambios, ajustando los valores y diciendo que conocía proveedores interesados en negociar precios si fidelizábamos el servicio para los proyectos de lujo, el Sugoi de Tokio y el próximo emprendimiento en Dubái.

Esa parte burocrática de negociación yo la dejaba en sus manos sin sudar. Los cerdos tenían la mano cerrada; en cuanto a eso, Danilo no me preocupaba.

Cuando salí de la oficina, me sorprendió ver que Helena seguía allí.

—No necesitas esperarme a que termine el día, Helena. Ven, voy a ponerte en un auto del hotel para que te lleve a casa.

—No hace falta, señor Guerra.

—Pedro. —Tuve que interrumpirla, porque si seguía llamándome señor, mi polla permanecería dura cada vez que hablara con mi secretaria—. Puedes llamarme Pedro cuando estemos solos. Es como Karina habla conmigo.

Informé y esperé hasta que apagó la computadora y tomó el bolso barato, viniendo conmigo en el ascensor.

Yo no iría a mi casa, hoy me quedaría en la cobertura del hotel. Pero Helena no aceptaría el aventón si yo no la llevaba hasta allá. Y dentro del espacio cerrado del ascensor, su olor se volvía fantástico.

Tuve unas ganas absurdas de invitarla a subir conmigo a mi apartamento y quitarle la tensión de los hombros con un orgasmo en mi lengua. Por eso no dije nada. Bajamos en silencio hasta el vestíbulo de la planta baja.

Al verme, el concierge de la noche se puso tenso.

—Buenas noches, señor Guerra. —Obviamente sabía quién era yo; yo era quien no recordaba su nombre.

—Necesito un auto para ella. —Señalé con el pulgar a Helena, creyendo que estaba detrás de mí.

Me giré y la vi sonriéndole a un guardia de seguridad que salió de su puesto y entró en el vestíbulo, lleno de sonrisas para ella. El tipo debía tener poco más de veinticinco, mucho más cerca de su edad que yo. Y la sonrisa tímida que Helena le dio me hizo saber que no era la primera vez que hablaban.

Todas las veces que ella se quedaba después de hora... ¿era por él?

Los celos que sentí no tenían precedente ni deberían existir. Pero estaban allí, carcomiéndome el juicio en un parpadeo.

Me acerqué a los dos, sin conseguir controlarme.

—¡Señor Guerra! —El muchacho me saludó, pero no encontró simpatía forzada.

Lo encaré con los ojos entrecerrados y la expresión cerrada. Puse la mano en la base de la columna de Helena, dando algunos pasos en dirección al garaje, donde quedaba el servicio de transporte de clientes VIP.

—Puedo llevarla yo, señor Guerra. —El guardia insistió, caminando a nuestro lado. Su osadía me irritó profundamente.

—¡No hace falta! —Me detuve en seco y lo enfrenté, prácticamente echando espuma por la boca.

Los ojos del guardia saltaron de mí a Helena, preguntando sin palabras si nosotros estábamos juntos. Helena se apartó, avergonzada por mi comportamiento. Y eso hizo que dejara de tocarla. Lo que solo me encabronó todavía más. Giré el rostro y llamé al concierge, que salió de detrás del mostrador, acercándose a los tres.

—Llévala a tomar un auto, por favor —le dije al concierge y me quedé allí, observando al guardia alejarse después de despedirse de ella, sin volver a mirarme.

Ella me lanzó una mirada medio asustada, pero yo no tenía qué decir como disculpa por mi comportamiento. Helena no se despidió de mí ni del guardia, que volvió al lado de afuera del hotel.

¿Qué mierda estaba haciendo, montando una escenita territorialista delante de mis empleados, cuando no tenía ninguna pretensión de actuar respecto al deseo absurdo que Helena me causaba?

Esa mujer me estaba alterando la cabeza. La cabeza y la polla.

No tenía tiempo para ir a ver a las mujeres jugar vóley, pero no conseguía dejar de mirar a mi secretaria. Y fue justo allí que la puta idea se infiltró y no supe cómo impedir que echara raíces.

La solución para todos mis problemas de una sola vez.

Tragué en seco, observándola abrazar el bolso barato, mirándome por encima del hombro una vez más, con sus grandes ojos castaños, mientras la cadera ondulaba de un lado a otro con su andar delicioso.

Helena era el molde perfecto de lo que yo imaginaba para ser la madre de mi hijo.

Era inteligente y esforzada; lo había demostrado con su trabajo incansable desde que empezó a trabajar para mí.

No aceptaba injusticias, había venido a defender a Camila y a sí misma de mis groserías, exigiendo que yo la tratara mejor, defendiendo los valores en los que creía. Si yo fuera un imbécil misógino, habría renunciado, aunque claramente necesitara el empleo, si la ropa barata quería decir algo.

Era honesta y honorable. Podía estar interesada en mí en algún nivel, por la forma en que reaccionaba a mis provocaciones,

pero no intentaba seducirme. Solo lo conseguía, porque era hermosa como el carajo...

Por dentro y por fuera.

El problema era que, con ella, la idea de hacer un hijo en un laboratorio ni siquiera sería una opción. Con ella, la idea de follar para embarazarla se convertía en una tara sucia, una que jamás me había permitido.

Y fue justo ahí que tomé la decisión.

Probablemente la mejor o la peor decisión de mi vida.

Yo literalmente le metería un hijo.

12



Mi piel todavía temblaba solo de recordar su mano pesada en mi zona lumbar, mientras mi rostro ardía al recordar la expresión de Leandro, prácticamente preguntándome si me estaba acostando con mi jefe anoche.

Me hice un café, ansiosa por la llegada de Pedro a la oficina aquella mañana.

Pedro, como me había ordenado que lo llamara cuando estuviéramos solos. Pero no sabía si tendría condiciones de «estar sola» con él. No todavía. Tomé el café sin siquiera endulzarlo y bebí un sorbo del líquido caliente, en un intento de distraer mi cuerpo del nerviosismo.

Sentí más de lo que escuché su entrada. Pedro tenía una forma de llenar el espacio solo con su presencia. Y con cada chasquido de sus zapatos de vestir contra el piso liso, mi corazón duplicaba los latidos. Todo mi cuerpo se ponía en alerta cuando él se acercaba.

—Buenos días —saludó desde la puerta de la cocina.

Las manos me temblaron y dejé la taza sobre la encimera, con el bajo vientre retorciéndose por su voz grave. Era su olor, el perfume masculino de aroma rico, imponiéndose sobre el del café. Ni siquiera conseguía hablar. Apenas asentí en respuesta.

—Llamé a Tarcísio Lobo, mi abogado, para que venga esta mañana. Necesito que canceles mis reuniones de la mañana.

Asentí otra vez, atrapada en su mirada eléctrica. Pedro se había quitado la barba, lo que lo rejuvenecía un poco, pero aun así no suavizaba la severidad de su expresión. Tragué en seco, alterada por lo hermoso que era.

Nuestras miradas quedaron presas una en la otra y la respiración simplemente dejó de entrar. Sus ojos pasearon por mi rostro, por mi cuerpo. Y su expresión fue endureciéndose. Aquellas líneas suaves en las comisuras de sus ojos no deberían desarmarme de esa forma.

Jamás me había sentido atraída por un hombre mayor. En realidad, por ningún hombre, no de ese modo. Y él era la epítome de lo prohibido. Había sido amigo de infancia de mi padre, ¡Dios mío!

—No dormiste otra vez —acusó Pedro. El tono cambió por completo, del severo de un jefe dando una orden a una secretaria, a uno de autoridad posesiva.

Movió el cuerpo, apoyándose en el marco de la puerta de la cocina, y solté la respiración contenida.

No, no había conseguido dormir bien desde que recibí aquella carta. Tenía poco más de mil reales en el banco. Lo que había sobrado de mi salario después de pagar el alquiler, las tarjetas de crédito atrasadas, internet, luz, agua, condominio —que era una broma considerando el edificio destrozado en el que vivía—. Pero no quise aceptar más la mensualidad de mi papá, ahora que tenía un buen empleo.

Y la deuda de veinte mil del crédito estudiantil golpeando la puerta, con la amenaza de quitarle la casa a mi padre, me estaba robando el sueño.

—No va a afectar mi trabajo, señor Guerra.

—¡Te mandé que me llamaras Pedro! —Entonces dejó de hablar y respiró hondo. Su mirada tenía algo de acusación—. Tienes los domingos libres. Si quieres divertirte, espera al sábado por la noche.

¿Él pensaba que yo había pasado la noche de fiesta? ¿Que estaba en fiestas, bares o en la cama con alguien? Debía pensar que yo era una chica idiota, que no tenía problemas reales y gastaba mi dinero en tonterías.

Solté un chillido indignado y hasta eso él lo examinó, como si fuera mi dueño, no mi jefe en el trabajo.

—¡Lo que hago en mi tiempo libre es problema mío! —disparé, y él abrió los ojos, sorprendido por mi osadía.

Sus fosas nasales se ensancharon y la mandíbula tallada, sin la barba, se volvió todavía más afilada. Entró en la cocina, reduciendo el espacio. Di un paso atrás, súbitamente helada.

¡Había sido insolente con mi jefe! Ese era el mejor empleo que podría tener ahora. Aunque el salario fuera insuficiente para mi montaña de deudas, seguía siendo muy superior a lo que ganaría en cualquier otra vacante inicial.

¡Mierda!

Cambié el tono y me expliqué, aunque estuviera mal y él no tuviera derecho a cuestionarme.

—No me estaba divirtiendo. Estaba en casa. Mi insomnio no va a afectar mi trabajo, Pedro. —Lo llamé por su nombre y odié haberlo dicho prácticamente en un susurro.

Gruñó bajito y desvió la mirada. Tomó la taza de café que yo me había servido, entonces se la llevó a la boca y probó, haciendo una mueca por la falta de azúcar. Tomó tres sobres de azúcar y los puso dentro, removiendo despacio y en silencio.

Su cuerpo me mantenía presa allí, sin estar, de hecho, pegado a mí. Pero mi piel estaba sudando solo con su presencia y su olor a hombre tan de cerca. Sin doblar el cuello, mi rostro quedaba a la altura de su hombro, cubierto por el traje perfectamente cortado. El saco cerrado dejaba la cintura estrecha y los músculos de la espalda en evidencia con cada giro lento de la cucharilla.

Mi labial todavía estaba en el borde de la taza y, de alguna forma, eso solo hizo que el acto de probar el café otra vez, justo encima de la marca, pareciera prohibido.

Pedro Guerra era un hombre hermoso, verdaderamente hermoso. No solo «conservado» o «bien para su edad», era obscenamente sensual. Dueño de una autoconfianza que tenía mérito, que coincidía con su éxito.

—Cuando llegue Tarcísio, puedes dejarlo entrar directamente. —Me dio la espalda y volvió a la gran sala, dejándome en la cocina con las piernas flojas y la respiración irregular.

¿Qué mierda estaba haciendo, con las bragas empapadas en mi horario de trabajo?



Tarcísio Lobo llegó una hora después. Pasé esa hora reorganizando la agenda. Mis dedos todavía temblaban cada vez que sostenía la nueva taza de café y recordaba a Pedro poniendo la boca sobre mi labial en el borde de la otra.

Levanté los ojos ante la llegada del abogado y me sentí un tanto intimidada por su sonrisa canalla. Tarcísio debía tener cerca de cuarenta años, pero tenía esa belleza que era medio atemporal. Lo imaginaba con veintipocos haciendo el mismo estrago que debía hacer ahora, un poco más maduro.

La belleza de Pedro era austera e irrecusable. La de Lobo hacía honor a su apellido. Solo con mirarlo, se podía notar la arrogancia e imaginar la fila inmensa de mujeres con las que debía involucrarse.

—Buenos días, Helena. Pedro me está esperando. —Su voz era aterciopelada y el acento carioca me daban ganas de reír como una adolescente deslumbrada.

Se sentó de lado en el borde de mi mesa, el codo sobre el muslo musculoso, y fijó la mirada en mí, como si yo fuera alguien importante. El cabello rapado estaba impecablemente cortado, con un fade suave en los laterales. La perilla perfectamente delineada, un poco más larga que la barba cerrada, sobre la piel morena me mostraba su vanidad masculina.

Lobo sabía lo mucho que era bonito y no pedía disculpas por eso. Y no estaba haciendo nada antiprofesional, solo emanaba energía de coqueteo, como si cualquier mujer fuera una oportunidad.

—Buenos días. —Bajé la mirada, sintiendo que mis mejillas se sonrojaban con su atención sobre mí de esa manera—. Él dijo que puedes entrar directamente. ¿Quieres café, agua?

—¿Sabes hacer un expreso carioca?

—¿Solo ponerle un poco de agua? —sonó como una pregunta y él asintió, mirándome a los ojos, como si buscara algo.

—Perfecta. —Arrastró la palabra con malicia—. Sin azúcar, no quiero arruinarme el paladar.

Se levantó de mi mesa y ensanchó la sonrisa cuando me vio abrir los ojos, avergonzada. Y casi podía agradecerle por haber sacado mis problemas de mi mente.

Tarcísio era un malandro, definitivamente. Y por más que imaginara que era un canalla, sabía hacer que las personas se sintieran importantes. Conseguía entender cómo había conquistado la confianza de Pedro para ser su abogado personal.

Guerra Turismo tenía un equipo jurídico, pero por la agenda de Pedro yo sabía que él y Tarcísio eran amigos y se encontraban más allá de las reuniones de trabajo.

Pensé en llamar a mi jefe y preguntarle si él también quería uno, pero solo de imaginar hablar con Pedro otra vez, mi centro se retorció, entonces decidí ser proactiva y hacer otro café para él y, si no lo quería, que no lo bebiera.

Necesitaba moverme si quería hacer desaparecer mis problemas y la atracción ridícula que sentía por él.

Era lo que haría, fingiría hasta creerlo.

13

PEDRO GUERRA



Estaba eufórico. Yo tampoco había conseguido dormir, pero por un motivo muy diferente al de ella, fuera cual fuera. Desde que puse a Helena en el auto, subí a la cobertura y pasé la noche redactando un nuevo acuerdo.

Era así como llevaba todas mis relaciones. Y por más que quisiera algo diferente, que ella me moviera de una manera distinta, esta vez el asunto era más sensible que apenas mi reputación.

Necesitaría la ayuda de Tarcísio para blindar ese contrato, porque era único y tenía demasiadas brechas para errores, además de rozar la ilegalidad. Yo no estaría aquí para hacerlo valer, entonces necesitaría que él resolviera eso por mí en el futuro.

Abrí el documento, mirando las líneas que tracé anoche y, después de mi ataque de posesividad hacía poco, decidí escribir algo más en mi borrador:

«Sin otros compañeros durante el proceso de fertilización y el embarazo».

¡No quería a nadie más que a mí metiéndole la polla a Helena!

¡No mientras yo estuviera vivo!

Esa nunca había sido una cláusula en mis contratos anteriores. La exclusividad en el sexo ilusionaría a las mujeres. Podía ser un hijo de puta, pero no era cruel. Ellas tenían derecho a involucrarse con quien quisieran, sobre todo si alguien iba a darles lo que yo jamás daría.

Generalmente me involucraba con una a la vez, porque todas las etapas entre el coqueteo y mi cama eran complejas y, al final, ya estaban volviéndose exhaustivas y cada vez más espaciadas. Muchas se ofendían y se largaban antes, pero la mayoría fingía comprender, creyendo que me harían cambiar de idea...

Nunca tuve tiempo para relaciones. Mi empresa, mi apellido, siempre fueron mi prioridad. Ahora, realmente sabía lo que era no tener tiempo.

Estaba tan concentrado, moviendo los términos que Tarcísio embellecería con su jerga jurídica, que me sobresalté cuando entró en mi oficina, con aquella sonrisa sarcástica en el rostro.

Supe lo que diría incluso antes de que hablara:

—Yo adoro a Karina, lo sabes. Pero ¡la puta madre! ¡Helena es un problema! Aunque voy a entender si te resbalas, Guerra. De verdad. Si hay alguien que vale una demanda, es esa mujer.

—Te recuerdo que fue tu recomendación profesional. —Sonreí, aunque me incomodara el hecho de que la hubiera mirado.

Esos celos no formaban parte de mi comportamiento y probablemente eran el tumor. Tenía que ser eso.

—¡Eres millonario, carajo! Y ya que estás pagando una fortuna por aquella de allá, por lo menos gasta tu dinero donde realmente vale la pena. —Esperé a que abriera el saco y se sentara antes de mostrarle lo que quería hacer.

Llegó de buen humor y yo ya imaginaba que lo arruinaría, pero también extrañaba conversar con él. Desde que descubrí el meningioma, me había replegado a lo mínimo necesario, reduciendo todavía más mis relaciones, perdido en qué hacer con el resto de vida que tendría.

La vida que llevaba antes no merecía estar en la lista de cosas por hacer antes de partir, pero eso no incluía a Tarcísio. Él era mi amigo, el hermano carioca que tal vez había usado para sustituir a los que dejé atrás.

Lobo no tenía nada que ver con ninguno de mis hermanos: Marcos era tan bruto y tosco como lo había sido mi padre. Y Matheus era tan pequeño cuando me fui, que solo lo recordaba de niño, corriendo detrás de mí.

Perdí lo que Tarcísio dijo, sobre todo cuando Helena entró en mi oficina sin tocar, trayendo una bandeja con dos cafés. Le entregó uno a Lobo y uno a mí. Le devolví la taza con la marca de su labial borrada de mis labios y vi sus mejillas sonrojarse.

Entonces acompañé su lengua paseando sobre el labio inferior, secretamente sedienta, y mi determinación de seguir adelante con esa idea jodida se volvió todavía más urgente.

—Gracias. —Tarcísio agradeció, cortando nuestra mirada.

Ella murmuró un «ujum» avergonzado y salió de mi oficina sin mirar atrás.

—Voy a empezar a redactar el puto término. Esta vez va a ser más complicado, porque ella trabaja para ti. Pero este problema ya está a punto de ocurrir, amigo mío.

—Empecé a redactar un contrato nuevo anoche y esta vez es mucho más complicado...

Giré la pantalla de la notebook hacia Tarcísio. Yo no era abogado, estudié administración de noche, mientras trabajaba como office boy para la empresa que me llevó a mi primer hotel de lujo, a los diecinueve años. Nunca había pisado un lugar tan hermoso y fue allí donde decidí qué hacer con mi vida.

Leyó en silencio durante algunos minutos. El ceño se le fue frunciendo y la sonrisa juguetona fue siendo reemplazada por una de perplejidad.

—Te estás volviendo loco, carajo.

—Estoy hablando muy en serio.

—Pedro, esto es una aberración jurídica. Mezclaste contrato prenupcial, planificación sucesoria, acuerdo de confidencialidad y gestación subrogada ilegal. —Señaló la pantalla, como si yo no supiera lo que había escrito allí.

Ya habíamos hecho muchos negocios sobre la línea de la ley, rozando la inmoralidad. Nadie llegaba adonde yo llegué siendo correcto. Aprendí eso viendo cuánto se mataba Valdemar Guerra trabajando, sin recibir la debida recompensa. Pero esta era la primera vez que Lobo y yo haríamos una de esas cosas «legales, pero inmorales», dirigidas a una persona y no a una empresa.

—No es un vientre de alquiler, ella no va a venderme un bebé, va a ser su madre.

—Ah, entiendo. No estás contratando su vientre y su coño, estás contratando la puta vida entera. —Empujó la pantalla hacia abajo, cerrándola con fuerza.

Sabía que ese tema tal vez fuera sensible para él, por su pasado, pero yo necesitaba ayuda. Y no estaba haciendo eso para herirlo. Pero necesitaba a mi abogado más que al amigo en ese momento.

—Lobo... necesito esto.

—¿Necesitas pagarle a una mujer para que tenga un hijo contigo, imponiendo cláusulas patrimoniales, para que sepa que no tiene derecho a tu empresa y no puede meter mano en la herencia del bebé, que todavía ni existe? Podías relacionarte con ella como la gente normal. Entiendo tu miedo a los escándalos, tu aversión al compromiso, de verdad lo entiendo. Pero ¿estás seguro de que quieres traer a tu hijo al medio de una mierda así? Hay cosas que el dinero no compra, Pedro. Un hijo es una de ellas.

Sabía que sería un punto de tensión para él. Y hasta que yo deseé ser padre, nunca comprendí realmente el dilema de Tarcísio con la pequeña Pérola Lobo, la niñita de cinco años que era la única mujer importante en su vida.

¡Carajo!

Me levanté y serví una dosis de whisky para los dos. La idea era inmoral y él ni siquiera sabía la mitad más importante: que yo moriría y no se lo contaría a Helena. ¿Qué mujer entraría en cualquier tipo de relación conmigo para gestar a mi hijo sabiendo que yo iba a morir? ¡Solo una interesada! Algo que Helena no parecía ser.

Ella no intentaba seducirme, todo lo contrario, no me daba ninguna brecha. Completamente profesional. Mi deseo por ella había nacido justamente porque evidentemente no me quería. Es decir, me quería, pero no actuaría.

—Piénsalo como un acuerdo prenupcial. —Le entregué el vaso en la mano, aunque no fueran ni las diez de la mañana.

—No lo parece. —Tomó el vaso y vertió un poco de la dosis en el café—. Un prenupcial protege al cónyuge y el patrimonio en un eventual matrimonio. Tú estás intentando regular maternidad, custodia futura y herencia de un nasciturus hipotético.

—Traduce —me apoyé en mi mesa, parado a su lado, mientras él sacudía la cabeza y bebía un trago largo.

—Traduciendo: a ningún juez serio le gusta la gente intentando controlar a un niño por contrato —declaró, ofendido.

Me senté en el sillón opuesto.

—No quiero controlar a ningún niño. Quiero proteger a mi hijo.

Él estrechó los ojos, finalmente dándose cuenta de que había algo más detrás de ese pedido.

—¿Qué me estás escondiendo?

—Meningioma. —Solté la palabra como una granada y sus ojos se abrieron de par en par.

Probablemente no sabía mucho sobre esa mierda, como yo no sabía hasta tener uno, pero era el tipo de palabra que asustaba a cualquiera. Por primera vez en años, no tuvo una respuesta lista.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Hace un mes, más o menos.

Se levantó despacio, dejando la taza de su café irlandés al lado del resto de la dosis de whisky. Sujeté la mía con más fuerza, levantando la mirada hacia él.

Yo no tenía miedo de morir, tenía miedo de convertirme en un recuerdo distante. Y por más que fuera algo cruel traer justamente a Tarcísio a este acuerdo de mierda, él vigilaría a mi hijo, a Helena...

—¿Y me lo cuentas así, con esta mierda?

—No podías hacer nada por mí antes, Tarcísio. Necesito esto. —Fui honesto y sus ojos castaños se estrecharon todavía más.

—¿No hay nada que hacer? ¿Quimio, cirugía, alguna mierda?

—No es cancerígeno.

—Entonces hazte una puta cirugía y sácate esa mierda.

—¿Así de simple?

—Sí, carajo. Opérate, recupérate, insúltame en el posoperatorio y vuelve a joderle la vida a todo el mundo.

Conseguí reír, aunque sin humor.

—Puede dejar secuelas...

—¡Todo procedimiento tiene riesgos! —interrumpió—. Puedes hacerte esa cirugía en cualquier lugar del mundo, con los mejores de los mejores.

Por eso no le había contado nada a nadie. Porque nadie entendería. Él no sabía. Mi vida en Pedra Serena era un secreto que guardaba incluso de mí mismo. Mi padre fue a hacerse una cirugía de várices, tuvo un derrame en la mesa de operaciones y quedó postrado. Ni el mejor médico podría haber cambiado su final.

—Puedo salir sin memoria. Sin habla. Dependiente. Convertirme en un vegetal...

Pensé en mi padre postrado en la cama y en mis hermanos convirtiéndose en enfermeros antes de los treinta, porque no aceptaron que yo «pagara a alguien para cuidar de papá», no querían «extraños dentro de la casa de papá, viéndolo así». El agotamiento se llevó a doña Lourdinha poco después.

Marcos era terco igual que el viejo, pero eso yo lo entendía. Yo no tenía a nadie que me girara en una cama y tampoco quería pagarle a gente para que cuidara de mí...

—Pedro...

—Lo que necesito ahora no es esperanza, Tarcísio. —Mi voz salió más dura de lo que pretendía—. Solo quiero garantizar que, cuando muera, mi hijo esté protegido. Solo eso.

Él me encaró durante largos segundos. Después volvió a sentarse y abrió la notebook otra vez. Le informé los números de la

contraseña y volvió a leer lo que yo había redactado, las exigencias y cláusulas.

—¿Ella es la mujer que elegiste?

Helena era la mujer que yo había elegido. Joven, responsable... hermosa como el carajo. Mi último deseo de vida era hacerle un hijo.

Bebí antes de responder.

—Es ella.

Tarcísio frunció el ceño, tal vez todavía estuviera rumiando el hecho de que yo estaba eligiendo morir, pero decidió atender mi pedido mórbido.

—¿Helena de qué?

—No sé.

—¿No sabes el apellido de la mujer con la que quieres tener un hijo? —se rio, burlón, todavía irritado conmigo por involucrarlo, pero era profesional. El mejor que conocía.

—Fue Karina quien la contrató. Yo no quería convertirme en un cliché de CEO y secretaria, solo pasó. Y tú dijiste que lo entendías... —se lo eché en cara, intentando salvar el clima pesado.

Tarcísio me encaró como si yo finalmente hubiera enloquecido, pero no consiguió contener la sonrisa tensa.

—Tú solías ser sagaz, Pedro. Pero vamos, hagamos tu planificación sucesoria y reproducción asistida de cantina... con una mujer cuyo apellido ni siquiera sabes, solo porque te parece buena. —Desdeñó—. Está buena como el carajo, pero no tanto.

—Más respeto con la madre de mi hijo. —Satiricé de vuelta, recibiendo una mirada de lado, mientras sus dedos flotaban sobre las teclas, digitando a toda velocidad.

Ese era el tipo de cosa que no podía pedirles a sus pasantes que redactaran para luego darle una mirada. Tendría que ser él, y solo él, quien viera esa mierda. Ni siquiera tuve que decirlo.

Tomó el celular y le envió un mensaje a alguien, seguramente buscando la información privada de Helena con el RH de mi empresa. Mientras esperábamos la respuesta, terminé la bebida y bebí el café tibio que ella había traído.

La polla se me endureció con la idea de tenerla en mi cama, follando sin condón, como no hacía desde que era más joven. La tara de correrme dentro de ella, con la intención de llenarla de leche y hacerle un hijo, era inédita. Nunca imaginé que haría esa mierda. Pero ahora que me había metido eso en la cabeza, se había convertido en una especie de obsesión.

Su teléfono pitó varias veces y escuché el sonido de él enviando el documento que había empezado a redactar por correo. A sí mismo, con seguridad. Confiaba en Tarcísio.

—Voy a llevarme esto para terminarlo en la oficina, te lo mando antes del final de la tarde. Tengo otros incendios que apagar. Y no cerramos esta conversación. Voy a hacer lo que me estás pidiendo, pero no creas que me rendí. ¿Oíste?

Asentí, con una sonrisa tranquila, porque sabía que sería así, pero no cambiaría de idea.

14



Cerca de media hora después de que Tarcísio se fuera, le mandé un mensaje al celular de Helena en lugar de un correo, pidiéndole que ordenara un almuerzo y que pidiera algo para ella también, porque quería almorzar con ella para tratar un asunto importante.

Necesitaba acercarnos antes de hacerle la propuesta indecente.

Mientras esperaba ansioso la hora del almuerzo, recibí un mensaje de Tarcísio.

Tarcísio: La «madre» se llama Helena DA PAZ. ¡El chiste vino servido!

Da Paz y Guerra. El apellido de mi hijo sería una contradicción.

También me reí hasta que mi cerebro se disparó y me trajo recuerdos que había silenciado hacía muchos años.

Recuerdos de un Pedro de pies descalzos y espinillas llenas de polvo rojo, de caminar por el campo yendo a la escuela, mientras hacía amistad con el único otro «Da Paz» que conocí en la vida: Augusto.

Con el corazón disparado, abrí las redes sociales que nunca usaba, pero que estaban iniciadas en mi aparato. Camila se había encargado de esa mierda y hasta tuve dificultad para encontrar la barra de búsqueda y escribir su nombre: Helena da Paz.

Tal vez por cercanía geográfica o porque ella seguía el perfil de Guerra Turismo, su foto fue la primera que apareció. Era una foto profesional y tuve que bajar mucho para ver fotos de ella con Augusto.

Él estaba mucho más viejo y acabado que cuando me fui de Pedra Serena, a los dieciocho años. Pero era él, ¡yo estaba seguro! Era la cara de don Anselmo y parecía tener unos quince años más que yo, cuando sabía que ni siquiera tenía cincuenta.

¡Helena era hija de Augusto!

¡La puta madre!

La foto de ella abrazada a su padre en su graduación de la universidad, a finales del año pasado, me dejó clavado allí.

Augusto da Paz, mi mejor amigo de la infancia. Probablemente el único amigo verdadero que tuve cuando estaba jodido.

Era algunos años mayor que yo, tres o cuatro. Pero jugábamos al fútbol durante el recreo y yo siempre fui alto para mi edad... Nos hicimos muy amigos, porque mi diferencia de edad con mis hermanos era grande, siete y nueve años. Y por algunos años, Augusto fue prácticamente mi hermano.

Doña Dalva y don Anselmo siempre me invitaban a cenar y nunca me hacían sentir como si necesitara su comida, aunque la necesitara. Mi padre apenas conseguía mantenernos, siempre estaba

atrasado para pagar el arrendamiento del lote de campo que cultivaba para vender los productos a los vecinos de Pedra Serena.

Durante años, preferí la casa de Augusto a la mía. Mi padre era un hombre frustrado, que no amaba a mi madre y siempre se aseguró de que supiéramos que trabajar para criarnos era un sacrificio para él. Que solo se casó porque embarazó a mi madre y se quedó porque era un «hombre con honor».

Mi casa era un campo de guerra; la de Augusto era de paz.

Nuestras vidas se separaron y él fue solo uno más de los que dejé en el pasado, del Pedro que no era nadie, mientras Augusto estudiaba en la Federal, el orgullo de doña Dalva.

De mí nadie esperaba nada. Para mi padre, lo que yo merecía era una azada en la mano, para ser igual a él. Me acusaba de ingratitud cuando yo decía que sería rico. Y me maldijo cuando me fui de casa, diciendo que volvería pidiendo un plato de comida.

Todos esos recuerdos y la culpa me carcomieron. Necesité quitarme la corbata para respirar, pero no fue suficiente. Salí de la oficina sin mirar atrás.

Rui ya me esperaba en el área de embarque, con el traje oscuro impecable, la postura discreta de siempre. Abrió la puerta trasera sin decir nada. Entré y me aflojé la corbata antes incluso de que el auto ganara la avenida.

El tránsito de la Barra seguía lento. Rui me observó por el retrovisor durante un segundo. Alzó las cejas de esa forma silenciosa que usaba desde hacía quince años, cuando percibía mi humor.

Lo ignoré. Apoyé la cabeza en el asiento y cerré los ojos.

Helena da Paz.

No veía a Augusto desde hacía más de veinticinco años. Tal vez más. Tiempo suficiente para que una vida entera cupiera en el intervalo. Ni siquiera sabía que se había casado. Mucho menos que tenía una hija ya adulta, que trabajaba para mí y venía

seduciéndome con sus suspiros de deseo y esa postura profesional inaccesible que me dejaba en carne viva.

Solté el aire despacio.

Jamás busqué noticias de nadie del pasado. Quería distancia de aquel Pedro. Nunca quise saber si Augusto había vuelto a Pedra Serena, si se había casado, envejecido, muerto o prosperado.

Ahora su hija trabajaba para mí. Tenía edad para ser mi hija, yo lo sabía, pero la diferencia de edad no me había incomodado hasta saber que era hija de un hombre que literalmente creció conmigo.

Y yo pensaba en ella como hombre.

Me pasé la mano por el rostro, aterrorizado y culpable.

—¡Carajo!

Mi chofer de confianza volvió a mirar por el retrovisor. Alzando una ceja más blanca que negra, preguntó:

—¿Quiere cambiar el camino, doctor Pedro?

—No, solo necesito llegar a casa. —Debería avisarle a Helena que no volvería, que el almuerzo estaba cancelado, pero todavía no conseguiría hablar con ella.

Asintió y volvió los ojos a la vía.

Helena da Paz, la hija de Augusto. La forma en que me enfrentaba. El modo contenido. La decencia era inherente al apellido. Nada en ella parecía trivial ni ordinario. Y me llamó la atención desde el primer segundo, justamente por su comportamiento digno y humilde. Hermosa sin usarlo como arma, sin subterfugios ni segundas intenciones. Nada en ella parecía comprado, entrenado u oportunista.

Era hija de él, sin duda. Augusto siempre tuvo firmeza en la mirada, buena índole y, cuando éramos niños, me sacó de un montón de problemas y peleas, con mi genio explosivo.

Abrí los ojos y encaré las rejas del portón de entrada del condominio de mansiones. Mi vida había cambiado y lo que tenía para dejarle a mi hijo era solo patrimonio. La familia da Paz siempre tuvo valores mejores que los míos.

¡Y carajo! Ni el tabú de que tuviera edad para ser mi hija, ni el de que fuera hija de mi amigo de infancia, estaba consiguiendo quitarme de la cabeza la idea de follarle un hijo.

Si hubiera reconocido el apellido antes, habría mantenido distancia.

Ahora era demasiado tarde.



El agua helada de la piscina hizo que todos mis músculos se tensaran. Necesitaba algo que callara mi cabeza y el choque de la temperatura solía funcionar.

Empecé a nadar, cortando el agua en brazadas largas, contando vueltas sin prestar verdadera atención al número.

Una.

Dos.

Cinco.

Helena da Paz seguía infernizando mi mente. Giré en el borde con fuerza.

Había pros. Muchos.

Ella era inteligente. Aprendía rápido. No se quejaba. No buscaba atajos. Trabajaba como quien valoraba la oportunidad. Tenía postura, discreción, responsabilidad...

Otra vuelta.

En contra.

Era hija de Augusto. Eso por sí solo ya bastaba para transformar la idea en una pésima idea.

Otro giro, más brazadas, cada vez más fuertes.

En contra.

Era mi empleada.

En contra.

Era demasiado joven.

¡En contra!

Ya estaba demasiado involucrado para un hombre que siempre se había enorgullecido de no involucrarse jamás.

Emergí para respirar, jadeando después de forzarme más allá de mi propio límite, intentando apartar la imagen de ella de mi cabeza. No lo conseguí. Tal vez hubiera una especie de masoquismo en recordarla perfectamente:

El cabello pesado que suplicaba ser jalado. La cintura acentuada, escondida por la ropa barata. Las curvas insinuadas bajo la tela neutra, como si incluso su feminidad estuviera obligada a ser profesional.

Sentí la sangre burbujear. Me hundí de nuevo.

Había deseado a muchas mujeres. Bonitas, famosas, sofisticadas, fáciles, difíciles. Algunas me quisieron por el nombre, otras por el dinero, algunas por el desafío.

Ninguna se me había metido bajo la piel así.

Con Helena, el deseo venía mezclado con admiración. Hambre. Algo casi violento.

Volví a nadar. Otra vuelta.

La recordé enfrentándome cuando se sintió injusticiada: «¿No le gustan las mujeres, acaso?», «Lo que hago es problema mío».

Quise besarla en ese momento. Quise callarle la boca con la mía. Quise empeorarlo todo. Nadé hasta el borde y me quedé apoyado, respirando fuerte.

Recordé el día en que llegó tarde, el tamaño de mi preocupación. Mi posesividad imaginando si tenía a alguien en casa, si aquel guardia de seguridad y ella tenían algo...

Me pasé la mano mojada por el rostro. Eso ya no era solo deseo. El deseo lo conocía. El problema era el resto. Querer protegerla, ponerla a prueba y verla rendida, al mismo tiempo respetada. Hacerla perder el control y ser el único hombre frente al cual lo perdería.

Solo entonces salí del agua, todavía furioso, pero determinado.

¡La quería entera! Me importaba una mierda si era hija de Augusto.

Si Helena decía que sí a mi propuesta, sería mía.

15



Vi a Pedro salir de la oficina como si llevara los pantalones en llamas. Ni siquiera se despidió.

Cuando llegó la comida, una hora después, la guardé en la heladera de la cocina, esperando que él regresara. Dijo que almorzaríamos juntos para conversar, así que decidí esperar.

Mi estómago ya estaba hecho nudos y fue justo ahí que Camila entró en la oficina, sacándome de la nube de ansiedad. Mantuve la sonrisa entrenada en el rostro.

—Buenas tardes, Helena. Llegué unos minutitos antes, si todavía está almorzando, espero, sin problema, no hace falta que me anuncies. ¡Dios me libre de apurar al jefe! —Camila parloteó con los ojos abiertos de par en par, extendiendo la palma con las uñas largas y delicadas, de dar envidia. Entonces soltó una risa ansiosa.

Desde que empezó a trabajar con Pedro, venía sintiéndose cada vez más segura y suelta en su presencia, mostrando poco a

poco su personalidad atrevida.

Pero lo que más me gustó fue que se hubiera puesto trenzas. Su cabello rizado era lindísimo, con rizos naturales, bien cerraditos, que le llegaban hasta el hombro. Solo que las trenzas largas, con los rizos sueltos mezclados, también le quedaban bien.

—Hola, él salió y todavía no volvió. Si quieres esperar...

—Ah... está bien.

Se sentó en uno de los sillones de la antesala y el silencio entre nosotras fue extraño, aunque no exactamente incómodo. Camila no consiguió quedarse quieta más de un minuto y yo tampoco estaba consiguiendo concentrarme en el trabajo.

—Nunca te agradecí por aquel día. Estaba muy nerviosa, temblando como una hoja. —Se rio, mostrándome los hoyuelos que me hacían cuestionar su edad.

Para llegar a ser gerente de marketing digital de un CEO millonario como Pedro, no debía ser tan joven como parecía. Pero no quise presumir.

—Tú también me ayudaste aquel día en el baño —comenté, un tanto avergonzada por haber llorado en el trabajo.

—Ah, ni me acordaba, relájate. —Guiñó un ojo, cómplice, y deambuló por la sala, mirando el celular—. Debí haber almorzado.

—Yo también —respondí sin mirarla.

Estaba concentrada en la pantalla, viendo que la próxima reunión en la agenda de Pedro se ponía en amarillo, lo que quería decir que había iniciado, sin que él confirmara su presencia. La que tenía marcada con Camila ya estaba en rojo, con la opción de reprogramación saltando en la pantalla. Quise llamar y preguntarle qué quería que hiciera respecto a los compromisos de la tarde, pero por la forma en que había salido, probablemente no quería ser molestado.

Le envié un correo a la secretaria de la persona con quien Pedro debía reunirse y pedí reprogramar. Entonces le mandé un mensaje a él. Porque necesitaba una respuesta más rápida:

Helena: Reprogramé el compromiso de las 14 h. Camila estaba marcada para las 13:00 h. ¿Ella espera o la reprogramo también? ¿Y qué hago respecto a la reunión de las 17 h?

La respuesta llegó diez minutos después, con Camila todavía paseándose por mi sala, esperándolo:

Pedro Guerra: Reprograma con Camila. Sobre la reunión de las 17 h, el gerente del sector lo resuelve y me pasa después. No voy a volver más hoy.

Okay, volvimos al comportamiento frío. Tal vez fuera mejor así.

Sin embargo, enseguida llegó otro:

Pedro Guerra: Pon tu nombre en mi agenda, para el almuerzo de mañana. Necesitamos hablar.

Pedro Guerra: No salgas de ahí muy tarde. Y toma un auto para ir a casa.

No esperaba la forma en que mi corazón se disparó. Verlo darme órdenes sobre cosas de mi vida personal no debería afectarme de esa manera.

Algo en mi expresión hizo que Camila se acercara, curiosa. La sonrisa abierta le marcaba bien los hoyuelos, como si supiera el porqué de la sonrisa tonta en mi rostro. Me dio vergüenza.

—Él ya no viene, ¿no?

—No, pero la buena noticia es que puedo invitarte a almorzar. ¿Japonesa, por cuenta de la casa? —ofrecí, esperanzada.

—¡Eres un ángel, Helena! —celebró y se estiró sobre la mesa para abrazarme.

Me sorprendí un poco, porque Camila usualmente era contenida, no era como la mayoría de los cariocas que se saludaban con dos besos en el rostro. Pero tal vez se estuviera abriendo después de tantos «buenos días» y «buenas tardes» intercambiados a lo largo de ese mes de trabajo.

Y era bueno pensar en ella como una posibilidad de amistad. Dios sabía que la estaba necesitando.



Al final del día, estaba bastante cansada. La ausencia de Guerra en la oficina parecía hacer que todo el mundo lo necesitara. Y después de que me avisó que no volvería, decidí que no lo molestaría con nada.

Además, de verdad necesitaba un respiro de él, para quedarme a solas con el resto de mis pensamientos, que parecían correr unos detrás de otros sin alcanzarse nunca.

Pedro Guerra era la mayor parte de esos pensamientos.

La atracción que sentía por él se había convertido en una presión constante, que me acompañaba el día entero. Pero el principal problema era mi deuda.

Llevaba un mes empleada, por eso mi puntuación de crédito era ridícula. Ni los bancos digitales querían prestarme dinero alguno, mucho menos la cantidad que necesitaba.

Veinte mil reales, hasta fin de mes.

El número se repetía en mi cabeza, como un reloj apocalíptico. Estaba decidida a contarle todo a mi padre el fin de semana, en nuestra llamada del domingo.

Bajé al vestíbulo lista para irme, con el bolso en el hombro y el cuerpo pidiendo cama. El lobby del hotel todavía estaba movido, huéspedes llegando, maletas deslizándose por el piso pulido, el concierge sonriéndoles a personas con vidas muy diferentes a la mía.

—¡Buenas noches, Helena!

Giré el rostro y encontré a Leandro viniendo en mi dirección. Todavía era temprano, ni siquiera llegaban a ser las siete de la noche, pero obviamente su turno ya había empezado.

Él parecía siempre recién salido del sol. La piel dorada, el cabello oscuro cortado corto, el uniforme impecable. Joven, bonito y agradable de mirar. Pero eran los ojos castaños los que más llamaban la atención. Interesados, sin ser invasivos. Y sería muy fácil que me interesara por él en lugar de sentir lo que sentía por Pedro.

—Buenas noches —respondí, con una sonrisa cansada.

—¿Yéndote?

—Empezando la jornada... —bufé.

Él sonrió, como si hubiera dicho justo lo que quería oír.

—Ronaldo está libre... Si quieres escuchar sermones, puedo conseguirte un aventón.

—Eres un ángel, pero todavía es temprano, no quiero abusar...

Aunque Pedro me hubiera mandado irme en auto, no quería abrir una brecha para que mi jefe pensara que quería aprovecharme.

—Solo es abuso si nos pillan.

El coqueteo leve fue medio imposible de ignorar. Me preocupé un poco, sin saber cómo salir de eso sin avergonzarlo. Yo no tenía tiempo para relaciones, no con mi jornada de trabajo intensa. Y él no había despertado mi interés como para hacer un esfuerzo.

El único que lo había despertado era Pedro.

Lo cual era un problema para la Helena de mañana.

Leandro inclinó un poco la cabeza, investigando mi reacción tensa, pero ni siquiera eso pareció desanimarlo.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—Depende —murmuré, frunciendo suavemente el ceño.

—¿Tienes un caso con el jefe? —disparó sin rodeos y mis mejillas ardieron.

—¿Qué? ¡No! —Al mismo tiempo que respondí avergonzada, también me irrité de que pensara eso de mí con tanta facilidad.

Alzó las manos en disculpa, divertido.

—Pregunté porque ya los vi juntos. Y él me miró con una cara de culo cuando hablé contigo aquel día. Solo necesitaba saberlo antes de seguir viniendo detrás, ya sabes cómo es. —Se disculpó.

El recuerdo me atravesó entera. Pedro demasiado cerca. La mirada dura, marcando un territorio que no le pertenecía. El aire cambiando a nuestro alrededor cuando puso la mano en la base de mi columna, posesivo...

—No hay nada de eso entre él y yo —respondí demasiado rápido—. Y no creo que sea una buena idea tener romances en el trabajo.

—Bien. Entonces, ¿puedo invitarte a salir el fin de semana? Tengo libre este sábado...

Leandro pareció ignorar lo que yo había dicho, sonriendo medio esperanzado. En realidad, hasta me dio cierta pena rechazarlo de inmediato. No quería parecer agresiva. Parpadeé algunas veces, ganando tiempo.

Él era bonito. Simpático. Solar. Con una actitud de perro callejero amarillo que debería ser irrecusable. El tipo de hombre con

quien sería fácil relacionarse. Pero mi cuerpo permanecía ajeno a él. Ninguna atracción...

¡Nada!

Y la comparación era injusta. Pedro ni siquiera era para mi pico. Se quedaba provocándome y poniendo la mano en mí y la boca sobre mi marca de labial, pero debía de ser solo su personalidad.

No era interés verdadero, ¿verdad?

No debía comparar la mirada mansa de Leandro con los ojos intensos de Pedro, que parecían prenderme en el lugar y desnudarme. ¿Cómo comparar aquella gentileza fácil con la presencia dominante de un hombre que entraba en un ambiente y alteraba su temperatura?

Era irracional.

Pedro Guerra era un parámetro irreal.

—Este fin de semana no voy a poder —respondí, escogiendo bien las palabras. Para no herirlo—. Lo siento.

—Entonces lo intento de nuevo en mi próximo día libre... —resolvió, sin perder la sonrisa.

—Puedes intentarlo. —Sonreí de vuelta, más tensa que educada.

Leandro me convenció de irme con Ronaldo, contándome sobre el futevóley cuando comenté que tenía la piel bronceada. Me invitó a ir a una playa a la que solo se podía llegar en auto, diciendo que me buscaría, si yo quería.

Él era persistente, sin ser agresivo. Que siguiera así.

Abrió la puerta del auto de Ronaldo para que yo entrara, caballeroso hasta el final. Pero cuando se despidió y volvió al edificio, me pregunté en qué momento había empezado a rechazar hombres fáciles por culpa de un hombre imposible.

En el camino a casa, intenté seguir las conversaciones con Ronaldo, vi algunas fotos de su hijita, admirando a la bebé demasiado tierna. Pero aquel número seguía parpadeando en mi cabeza, como un faro.

Veinte mil reales.

La otra cosa recurrente en mis pensamientos eran los ojos azules, que parecían capaces de devorarme entera.

16



Llegué a las siete y media de la mañana a la oficina. Más temprano que mi horario. Como no había conseguido dormir bien, decidí venir antes y empezar a ser productiva.

Obviamente, me sorprendió encontrar a Pedro ya en la oficina.

Para ser un CEO, trabajaba como cualquier empleado.

—Buenos días —lo saludé, cuando salió de la cocina con una taza de café en las manos y escuché el ruido de la máquina haciendo otro.

Parpadeé, un tanto aturdida. ¿Estaba haciendo un café para mí?

No había nada más en mi mente que la imagen de Pedro, vestido con un traje azul de raya diplomática, perfectamente moldeado a sus músculos alargados. Era alto, mucho más alto que yo, tal vez cerca de uno noventa.

Y aquellos ojos intensos estaban clavados en mí, mientras una sonrisa perezosa se moldeaba en sus labios contorneados por la barba corta, que había vuelto a dejarse crecer. Solo su presencia me dejaba hiperconsciente de mi cuerpo.

Su perfume llegó antes que el olor del café en su mano. Bebió un sorbo, mirándome por encima del borde del vaso, y me recorrió de arriba abajo con la mirada, sin siquiera disimular.

—¿No dormiste otra vez? —murmuró, con la voz grave.

En un gesto que era básicamente platónico, extendió la otra mano y tocó mi pómulo con los nudillos largos. Tragué en seco, sin apartarme, embobada y electrizada por su gesto.

—Helena... —llamó mi atención, pero sus caricias no pararon, apartándome el cabello de la sien.

—Dormí un poco —susurré, sin saber por qué.

—Hm... —zumbó, grave, sin apartar los ojos de los míos.

El instante se alargó y me quedé allí plantada, como si estuviera esperando su autorización para ir a hacer otras cosas. Recordé la sensación prohibida e innombrable que sentí cuando me dio órdenes por mensaje, no solo sobre el trabajo.

Pedro era grosero e impaciente, pero a veces me dejaba ver ese lado. Como cuando me mandó una ensalada porque yo no había cenado, o cuando me mandó irme temprano ayer y tomar un auto, por saber que no había dormido...

Cada vez que me mostraba lo atento que era conmigo, me dejaba removida, sin saber qué significaba eso para él.

—Cambié nuestro almuerzo a otro lugar. No necesitas pedir nada. Y sea lo que sea que estés haciendo cuando vuelva de la reunión con el consejo, vas a parar. Quiero toda tu atención. ¿Entendido?

Yo ni siquiera conseguía hablar, excitada con él tan cerca, cerniéndose frente a mí, al punto de que mis rodillas se debilitaran. El dorso de sus dedos se deslizó por mi mandíbula y sentí la punta del pulgar debajo de mi labio, como si no quisiera arruinarme el labial.

—He-le-na? —estiró mi nombre, alzando una ceja.

La diversión en su rostro me dejó brevemente avergonzada, pero la intensidad de su mirada, el hambre, hacía que mi garganta se cerrara y mi bajo vientre se tensara violentamente.

Yo debería haberme acostumbrado a su presencia. Pero parecía que solo empeoraba.

—Sí, señor Guerra —murmuré y vi su mandíbula tensarse, mientras sus ojos se estrechaban, enfocados en mi boca.

Sujetó mi mentón con el índice y el pulgar y todos mis sentidos entraron en alerta. Creí que iba a besarme. Y, madre santísima, yo quería.

—Buena chica.

Todo mi cuerpo vibró mientras él se alejaba, llevándose consigo el aroma de su perfume y del café. Dejándome temblorosa y completamente erizada, mojándome entre las piernas.

¿Qué estaba haciendo conmigo?



A la hora del almuerzo, era un manojo de ansiedad y anticipación.

¿Era de verdad solo un almuerzo? ¿O estaba aceptando otra cosa?

Mi piel todavía ardía allí donde me había tocado por la mañana. Pedro salió a media mañana para la reunión que solía dejarlo siempre de mal humor. Pero después de que él y el CFO, Sombra, empezaron a reunirse para rehacer algún proyecto en conjunto, ya no lo insultaba siempre.

Cuando volvió de la reunión, pasó junto a mí, dándome la orden de prepararme para ir a almorzar en cinco minutos. Entró en la oficina y yo corrí al baño femenino del piso para retocarme el maquillaje.

¿Qué estaba haciendo? ¡Era como si me estuviera arreglando para una cita!

Pedro me encontró en el pasillo y caminó a mi lado, de forma profesional, cuando pasamos por el corredor y el área con los cubículos de los otros empleados. Mantuvo la postura fría y una distancia segura. Lo acompañé, un paso atrás, con la tablet en la mano y el bolso colgado del codo, como si lo estuviera acompañando a algo estrictamente laboral.

Y lo era, debía serlo. No tenía idea de por qué seguía con la sensación de que ese almuerzo no tenía que ver con el trabajo. Y lo peor, deseaba que no lo tuviera.

Entramos en el ascensor, solos, y en cuanto la puerta se cerró, él se cernió detrás de mí, mirándome por el espejo. Mi maquillaje ahumado y sobrio me daba una apariencia más madura que mis veintitrés años, pero aun así él parecía mucho mayor que yo.

Pedro Guerra no era un chico, como Leandro, ¡era un hombre!

Toda mi piel estaba erizada bajo la camisa social crema que llevaba puesta. Era la más bonita que tenía, cruzada en la cintura, por dentro de la pretina alta de la falda lápiz color vino.

—¿Eres católica? —preguntó, mirando la medallita de San Pedro en la cadena que colgaba entre mis clavículas.

Pero lo peor fue que metió la mano, como si tuviera derecho, y yo no hice absolutamente nada para impedírselo. Sostuvo la medallita entre los dedos, estirando el rostro por encima de mi hombro, muy cerca del mío, para mirarla. Desde ese ángulo, tenía la visión perfecta de mi escote y de los escalofríos en la carne de mis pechos.

—Se podría decir que sí, pero hace tiempo que no voy a misa —respondí tan bajito que, si no hubiera estado tan cerca, no me habría escuchado.

Los vellos de su barba casi rozaban mi rostro y solo la estática entre nosotros hizo que los escalofríos recorrieran mi piel.

—Tus abuelos intentaron mucho llevarme a la iglesia. —Me miró por el reflejo y me sorprendió que hiciera referencia a mi familia.

Entonces, ¿se acordaba de mi padre?

—No sabía que eras hija de Augusto —declaró, poniendo la medallita de vuelta contra mi piel, dejando que sus dedos rozaran muy cerca de mis pechos.

El ruido de la puerta abriéndose me sacó del trance y me impidió responder. Apoyó la palma en la base de mi columna, quemándome con su toque, mientras me conducía hacia una parte privada del restaurante del hotel.

Fuimos recibidos por un maître particular, que nos encaminó hacia la mesa. Los platos estaban dispuestos lado a lado y no de frente, como sería en un almuerzo de negocios.

—Avísale al chef que prepare el especial —le dijo al maître, mientras sostenía una silla para mí.

Me puse tensa cuando los ojos del otro hombre se posaron brevemente en mí, como si me evaluara: la secretaria que venía a un almuerzo íntimo con el jefe.

¡Esto no era una cita!

Él era mi jefe y amigo de infancia de mi padre.

—Siéntate... —El comando llegó tibio, haciéndome olvidar todos los motivos para no sentir lo que estaba sintiendo.

La falda se me subió por los muslos cuando crucé las piernas. Su mirada bajó por un instante y volvió a mi rostro, con tranquilidad calculada.

Un camarero apareció y sirvió agua, retirándose enseguida. Aproveché el momento para bajarme la falda y Pedro se posicionó detrás de mí, de una forma en que el camarero ya no podría verme.

Ese territorialismo hacía cosas conmigo que yo ni siquiera sabía que deseaba. El clic suave de la puerta al cerrarse indicaba que estábamos solos, lo que me hizo tragar en seco.

Pedro empujó mi silla para dejarme cómoda, sus dedos largos rozaron mis brazos y su perfume infestaba mi mente, como un afrodisíaco.

Puse la tablet sobre la mesa y el bolso en la silla de al lado, para mantener las apariencias de que aquello era un almuerzo profesional, hasta que él me demostrara lo contrario.

La sala reservada del restaurante era un ambiente discreto, separado del resto del salón por puertas de madera y vidrio esmerilado. El murmullo distante de cubiertos y conversaciones llegaba amortiguado, como si viniera de otro mundo.

Allí dentro, solo nosotros dos. Pedro había elegido eso. Privacidad y discreción.

Tomé el vaso de agua helada y bebí un sorbo pequeño. Necesitaba algo para enfriarme. Cualquier cosa.

Él se quitó el saco y se arremangó la camisa hasta los antebrazos antes de sentarse, demasiado cerca. El reloj caro reflejó la luz cuando movió la muñeca. Hasta sus manos eran bonitas. Y solo con mirarlas conseguía sentir de nuevo sus manos sobre mí: en mi rostro, en mi espalda.

Extendió el brazo por detrás de mí, apoyándolo en mi silla. Los dedos, suspendidos cerca de mi espalda, hicieron que los vellos de mi nuca se erizaran en expectativa.

Quería que siguiera tocándome y no debía.

No estaba siendo absolutamente nada profesional.

—¿Por qué no me dijiste que eras hija de Augusto? —Fue lo primero que dijo. La sonrisa apareció en el tono de voz, no en los labios. Lo que me sorprendió.

—Pensé que lo sabía. Mi padre envió un correo, pidiendo una vacante para mí —respondí, un tanto avergonzada por haber sido recomendada para el puesto, por no haberlo conseguido por mi propio mérito.

—La mayoría de los correos que me envían nunca llega hasta mí, alguien lo resuelve antes... —Alzó la ceja como quien decía lo obvio. Yo lo sabía. Era uno de sus múltiples filtros de información—. Pero tú sabías quién era yo. Y aun así...

—¿Aun así qué? —cuestioné, jadeante.

Por más que hubiera un buen espacio entre nosotros, sentía su calor corporal y estaba atrapada bajo su mirada intensa. Pero, sobre todo, sus dedos estaban paseándose entre los mechones de mi cabello, casi haciéndome ronronear como una gatita.

—Aun así me miras de esa forma. Incluso cuando intentas impedirlo, puedo verlo.

Antes de que yo cuestionara de qué estaba hablando o pidiera disculpas, el camarero regresó con las entradas y un trago para él.

—¿Quieres beber algo? —Al preguntar, se acercó más, estirando la otra mano para tomar el trago sobre la mesa y apoyó la palma entre mis omóplatos.

Negué con la cabeza, sin valor para mirar al camarero.

Esto parecía una tortura.

Cuando el camarero salió de nuevo, el silencio regresó más denso que antes.

—¿Usted suele usar esta sala? —pregunté, desviando la mirada, incapaz de seguir bajo su escrutinio.

—Es solo Pedro, Helena. Uso esta sala cuando necesito privacidad.

—¿Y hoy la necesita? —Volví a mirarlo a los ojos, encontrándolos entornados, con las líneas suaves en las comisuras.

Se acercó todavía más, deslizando la mano de mi espalda a mi hombro, aproximándose unos centímetros.

—Hoy quiero paz. —Sin desviar la mirada de mí, hizo un gesto, impidiendo que el camarero regresara de nuevo. Entonces disparó—: Tú sabías quién era yo... —Dejó el resto implícito, pero lo comprendí:

«Yo sabía quién era él y aun así me sentía atraída».

¿Como si fuera mi culpa?

—No sé qué quiere que le responda, Pedro. —Disparé de vuelta, incómoda con la acusación incrustada en su frase—. Entre pensar y hacer hay un espacio gigante. Y yo pensé que usted sabía quién era yo, entonces no... —dejé de hablar de pronto.

¿Qué diría? «¿Usted también me mira como si quisiera llevarme a la cama?».

Sus dedos bajaron de mi hombro hacia el costado de mi cuerpo, aumentando todavía más la tensión sexual entre nosotros. Deslizó la mano grande por mis costillas, deteniéndose en mi cintura, apretando muy suavemente. Dejó el vaso en la mesa y prácticamente me atrajo hacia él. O fui yo quien se inclinó hacia él.

—Helena, tengo casi el doble de tu edad. —Había un tono de reprobación en su voz. Pero estaba tan cerca que su aliento me

alcanzó, tibio, quemándome las vías respiratorias.

—Lo sé.

—Trabajas para mí.

—Lo sé.

—Eres hija de mi amigo de infancia. Puede que no vea a Augusto desde hace casi treinta años, pero ¿entiendes lo que eso significa?

A esa altura, mi espalda ya no estaba pegada a la silla. La mano pesada ya no estaba en mi cintura, había subido un poco más y yo juraba que su pulgar estaba rozando la carne inferior de mi pecho, dejándome completamente sin aire y sedienta.

—Yo... lo sé.

—Y aun así... —Pedro susurró y acercó el rostro al mío, arrastrando la boca sobre la mía, con los ojos abiertos.

«Y aun así me quieres...»

Yo apenas conseguía articular una palabra, mi coño se contrajo de forma absurda y tuve que sujetarme de su bíceps para equilibrarme, aunque estuviera sentada con su brazo a mi alrededor.

El toque fue muy suave, apenas rozándome. Entonces rozó los dientes, dejándome completamente erizada. Cerré los ojos y un gemido quedó atrapado en mi garganta, pero fue lo bastante sonoro para hacerlo sisear.

—¡Carajo! —Me sujetó por la nuca, enredando los dedos entre mis mechones. Entonces gruñó, con la frente presionada contra la mía—. Yo no soy uno de los muchachitos a los que debes estar acostumbrada. No mantengo relaciones, no me enamoro... ¿Es con eso con lo que estás de acuerdo?

Yo estaba completamente irracional, ablandada en sus manos: una en mi nuca, cerrándose en mi cabello, la otra

sujetándome el mentón, como si me estuviera preparando para recibir un beso hambriento, sin que yo pudiera esquivarlo.

El gemido susurrado se me escapó y cerré los ojos. Ansiándolo...

—Abre los ojos. —Esperó a que obedeciera—. Si dices que no quieres esto, paro y volvemos al comportamiento apenas profesional. No voy a provocarte, ni a ponerte en ninguna situación incómoda. No voy a quedar resentido, rumiando tu rechazo. Literalmente no tengo tiempo. Pero si quieres... —deslizó el dorso del dedo por la parte delantera de mi cuello, por el hueco de mi clavícula—. Puedo garantizar que será muy bueno para ti.

¡Puta mierda!

¿De verdad estaba sugiriendo lo que yo creía que estaba sugiriendo?

Y dejó la decisión en mis manos. Yo era quien tenía que decidir, porque era yo quien tenía algo que perder...

Su mano siguió bajando, paseando entre mis pechos, que subían y bajaban con mi respiración pesada; por mi vientre, temblando con escalofríos tan salvajes que me dejaban los nervios hechos trizas. Entonces dejó que la mano pesara sobre mi muslo, el pulgar muy cerca de mi ingle, pero sin tocarme, aguardando mi consentimiento para continuar.

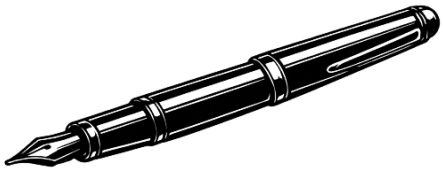
—¿Quieres tener un caso? —pregunté en un soplo y me sentí avergonzada cuando él sonrió abiertamente.

Pero lo peor fue la intensidad del hambre casi perversa con la que me miró entera.

—Quiero mucho más...

¿Qué más?

17



PEDRO
GUERRA

Pisaría arenas movedizas a partir de ahora. Solo que, por más hijo de puta que fuera, no me pareció justo robarle un beso solo para que me mandara a la mierda cuando hiciera mi propuesta indecente.

Tuve ganas de dejarle una mordida en ese mentón delicioso o en el cuello que arqueó hacia atrás, naturalmente, cuando metí la mano en su cabello pesado, aunque no lo hubiera jalado.

Imaginaba cómo sería Helena en la cama, cómo se abriría, respondiendo a todos mis comandos sin que yo necesitara hablar. No era una mujer sumisa y, justamente por eso, su entrega sería todavía más deliciosa.

No pediría permiso después de que firmara el contrato. La convencería de ceder el control con mis toques. Y si esto indicaba algo, era que seríamos malditamente compatibles en la cama.

Yo era bruto, me gustaba dominar, follar con fuerza, hasta agotar las energías. Y ella era naturalmente pasiva. Tal vez por inexperiencia, tal vez solo conmigo... Prefería pensar que era solo conmigo.

Una parte extremadamente perversa de mí quiso que fuera virgen, para que mi polla fuera la primera dentro de ella... Pero probablemente no lo era. Aun así haría que me recordara, estaba seguro de eso.

—¿Qué más? —preguntó jadeante, con los párpados pesados de deseo.

Pero su pregunta me hizo recordar lo más importante. El sexo era solo una parte de lo que quería con Helena. No la principal.

—Necesitamos hablar, antes que nada. —Arrastré las palabras, furioso conmigo mismo.

Maldije por lo bajo al quitarle las manos de encima y dejarla pensar. Si continuaba, era capaz de que abriera las piernas para que yo le metiera la mano bajo la falda, en el coño, que con seguridad estaba mojado, y la hiciera correrse allí mismo. Mi polla rígida dentro del pantalón se volvió todavía más incómoda, desesperada por sentir su piel contra la mía.

Extendí la mano y llamé al camarero de vuelta con nuestros platos. Helena bebió agua, aturdida por mi comportamiento, pero pronto comprendería.

Esperé a que el empleado se retirara para continuar la conversación.

—¿Leíste tu contrato de trabajo, Helena?

—¿Qué? —se cubrió la boca con la mano, frotando sobre el labial para secar la gota de agua que le escurrió por el labio carnoso.

¡La puta madre!

—¿Leíste todo el contrato? —cuestioné, en un tono más duro, para que se reagrupara y me respondiera.

No tuvo valor para negarlo y la expresión de quien fue tomada por sorpresa la delató: no lo había leído.

Lo que yo ya imaginaba, una vez que tenía una deuda de casi trescientos mil reales, con intereses diarios, y el banco estaba amenazando con embargar la casa de Augusto.

Si fuera la única residencia de la familia, su casa en Pedra Serena ni siquiera habría sido aceptada como garantía. Pero había un pequeño lote de tierra en los alrededores de la ciudad, menor que una chacra regular, con una construcción que tal vez ya ni siguiera en pie, ahora a su nombre.

Augusto era el único heredero de sus padres fallecidos. Y ese pedazo de tierra posibilitaba que la casa en la ciudad fuera tomada, en caso de que Helena no pagara las deudas del financiamiento estudiantil.

Yo comprendía su dificultad. También estudié en una universidad privada mientras trabajaba. Y si no hubiera lidiado con gente que trabajaba fuera de la legalidad, prestando dinero a desesperados como yo era, habría pasado por lo mismo que ella.

No éramos herederos, éramos hijos de nadie «importante».

El diploma por sí solo no ayudaba en nada, principalmente en el área de administración. Un administrador sin una empresa y sin los contactos correctos o hacía concursos públicos o vivía de empleos por debajo de su calificación, como ella estaba haciendo.

—Lidias con información personal y confidencial trabajando directamente para mí, por eso, en tu contrato hay una cláusula que permite que mi equipo investigue tu vida personal y financiera, para saber si tienes algo susceptible de ser usado como chantaje a cambio de esa información. Debiste haberle contado al RH sobre tu deuda considerable. Y eso probablemente habría impedido tu

contratación. —Dejé la información en el aire, siendo un gran hijo de puta.

—¿Va a despedirme?

—¡No! —Le tomé la mano que llevó al pecho, nerviosa, para tranquilizarla—. Eres excelente en tu trabajo. La deuda no es un problema para mí. Es un problema que puedo resolver...

Ella tardó apenas unos segundos en llegar a la conclusión obvia. Pero que era equivocada, en este caso.

—¿Quiere pagar mi deuda para que yo me acueste con usted? —Retiró la mano de la mía, indignada. Lo que solo me dejó todavía más duro.

Helena era joven, fue criada en el interior, pero no era una deslumbrada con la vida. No era interesada. Muchas mujeres en su lugar, sintiendo la atracción evidente que ella sentía por mí, tal vez se habrían visto tentadas a aceptar una propuesta como esa.

Y ella no tenía idea de que yo haría algo peor que eso...

—No. Bueno, no exactamente.

—¡Me voy!

—¡Espera! —ordené y ella se detuvo, respirando pesadamente, con una expresión de rabia e incluso desprecio. Pero obedeció.

¡La puta madre, era demasiado hermosa!

—Solo estoy uniendo lo útil con lo agradable. Si no dijera nada, acabaríamos en una cama antes incluso de terminar de comer. —Señalé vagamente en dirección a los platos sobre la mesa—. ¿Estoy mintiendo?

—¡Mire, de verdad ni siquiera sé qué decir! —Tiró del bolso, intentando apartar la silla, pero yo la sujeté.

—No te besé, no te toqué, porque necesitas saber mis intenciones antes de cualquier cosa. Podría haber sido un hijo de puta y haberte llevado a mi cobertura, haberte follado toda la tarde y haber hablado de esto después. —Estaba siendo un arrogante de mierda, pero era la verdad. Ella estaba lista para dármelo y no sería por dinero alguno, sino por voluntad propia—. Pero no quiero eso entre nosotros. No quiero que te sientas usada. Si estás de acuerdo con mi propuesta, si aceptas el acuerdo, será porque quieres.

—¿El acuerdo de ser qué, hijo de puta? —Prácticamente gruñó, indignada.

¡Carajo, era perfecta! ¡No había otra!

Helena tenía que decir «sí».

—De gestar a mi hijo. —Rebatí y eso hizo que abriera los ojos de par en par.

—¿Su hijo?

—Vengo pensando en esto desde hace algún tiempo, pero para mí es más complicado. Las mujeres que quieren un hijo solas van a una clínica y se hacen una inseminación con esperma de donante. Si un hombre quiere un hijo, necesita a una mujer que lo cargue. Entonces, o entra en una relación, o paga por eso y queda atado toda la vida a una mujer que tal vez sea interesada, tal vez no... Yo quiero un hijo. Y no puede ser con cualquiera, tiene que ser alguien decente. Alguien que se ofenda con la propuesta de que yo pague la deuda que puede quitarle la casa a su padre...

—¿Quiere pagar mi deuda para que yo cargue a su hijo? —Su sorpresa pareció deshacer toda su rabia.

—Quiero hacer un hijo en ti.

Soltó el bolso, con los ojos abiertos de par en par, y se alisó el cabello hacia atrás, pálida por la oferta, pero ya no estaba enojada. El silencio esta vez no tenía sabor a tensión sexual; era casi una

sensación de muerte, quedarse colgado en esa horca, esperando su respuesta.

—Helena... —La llamé, sin poder controlarme.

Helena merecía tiempo para digerir la información, pero yo estaba ansioso. La idea de ser padre se había extendido dentro de mí con más gravedad que el meningioma. Y la posibilidad de hacer un hijo con ella parecía ser la única salida desde que se plantó en mi mente.

¡Ella tenía que decir que sí, carajo!

—Yo, yo... no sé qué decirte, sinceramente.

Estiró la mano temblorosa para tomar su agua otra vez, pero cambió de idea a mitad de camino y se estiró para alcanzar mi vaso de whisky, bebiendo un sorbo.

Me gustó ver mi vaso en sus labios y me recosté en mi silla, dándole más espacio para respirar, mientras me convencía de esperar a que rumiara la idea.

Crucé los brazos sobre el pecho, intentando obligarme a no fruncir el ceño, a cumplir lo que había prometido, no incomodarla ni perturbarla si me rechazaba. Pero con cada segundo de espera torturante, la agonía se iba transformando en rabia por perder el control, por depender de la voluntad de otra persona para tener lo que deseaba.

Me fui de casa a los dieciocho y me hice un nombre desde la nada. Construí una fortuna y un imperio sin ayuda de nadie, con el sudor de mi trabajo, tomando préstamos con usureros, haciendo lo que fuera necesario...

Pero esto no podía comprarse, no así. Porque si fuera una compra literal, dejaría a mi hijo, mi legado, en manos de alguien malo.

Ella suspiró y finalmente se volvió hacia mí, con el vaso entre las manos, en su regazo. La ternura en sus ojos fue un golpe en la

boca del estómago y quien se quedó sin palabras fui yo.

Mi corazón latía descompasado, desesperado por la respuesta.

—Entiendo tu objetivo, me parece muy bonito... realmente comprendo tu dificultad. No es muy justo, pero la vida no es justa con nadie, ¿no es cierto? —Soltó una sonrisa cansada, que la hacía parecer demasiado madura para sus veintitrés años—. Solo no entiendo por qué me elegiste. Apenas me conoces.

—Sé lo suficiente...

Estaba sin tiempo para «elegir», era verdad, pero no había otra.

Quería a Helena como madre de mi hijo, probablemente todavía más por ser hija de Augusto. Los Da Paz eran una buena familia, con buenos valores. Saber que era hija de él solo hizo que mi decisión pareciera más correcta, más perfecta.

Mi hijo estaría bien.

—Tienes buen carácter. Trabajas duro, eres inteligente... —continué explicándome, probando que no era una decisión impensada ni liviana—. Lo arriesgaste todo poniendo la casa de tu familia en ese contrato, pero yo lo veo como una inversión. Era tu futuro. Podemos comprar cosas, la educación no tiene precio. La carrera no tiene precio... Hiciste exactamente lo que yo habría hecho si mi familia hubiera tenido alguna mierda de valor para empeñar. —Me reí, disgustado al hablar de los Guerra de Pedra Serena.

Me encaró en silencio, ahora un tanto avergonzada por la apreciación.

—Defendiste a Camila y a ti misma cuando creíste que mi comportamiento no estaba de acuerdo con tu parámetro de un ambiente de trabajo saludable. No intentaste seducirme ni exhibirte para mí, todo lo contrario. Si yo no te hubiera provocado, ni siquiera

habría percibido tu interés en mí. Y no saltaste de primera a la oferta cuando pensaste que quería pagarte para follar conmigo.

Helena se puso el cabello detrás de la oreja, bajando los ojos. Entendí su vergüenza, la confirmación: se habría acostado conmigo sin ninguna oferta. Lo que era otro motivo, honestamente.

—Ninguna de las mujeres con las que convivo o que se acercan a mí, sabiendo quién soy y cuánto vale mi empresa, actúa de esa manera, Helena. Todo el mundo quiere un pedazo. Ese es el precio de la riqueza y lo pago, no me estoy victimizando. Solo que no puedo hacer un hijo con gente así...

Recordé a Marília, dispuesta a chantajearme para hacer apariciones públicas con ella, solo para ascender en su carrera mediocre, para salir del equipo B del canal abierto de televisión, moribundo, que un día fue importante.

Helena era lo opuesto a las mujeres con las que había mantenido mis casos vacíos.

—Quiero que seas tú —declaré con la máxima sinceridad.

Ella jadeó y bebió mi dosis hasta el final, tosiendo con el trago profundo. Puso el vaso de vuelta sobre la mesa y se abanicó cuando la bebida bajó quemando; los ojos se le llenaron de lágrimas y volví a preocuparme por las ojeras de noches sin dormir.

Ahora sabía el motivo: la deuda. Y era un hijo de puta por usar eso como moneda de cambio, pero nunca fui acusado de ser otra cosa en esta vida. Era un depredador. Tuve que serlo, de lo contrario habría sido tragado por la vida miserable que mis padres tenían para ofrecerme.

—Necesito pensar —murmuró, sin mirarme.

No era un no.

Solo no era el sí que yo quería. Todavía no.

—Está bien. Es una decisión importante. —Asentí.

Y ella no tenía ni idea de cuánto.

Helena no tenía ni idea de lo que yo realmente estaba proponiendo y no lo sabría. No se lo contaría hasta que fuera demasiado tarde.

No estaba pagando un vientre de alquiler, estaba eligiendo a la madre de mi hijo. Quien lo criaría cuando yo muriera.

Y solo con mirarla, tan bonita, por dentro y por fuera, tuve ganas de tener más tiempo. Con mucha suerte, tal vez consiguiera acompañar buena parte del embarazo. Tal vez lo viera nacer...

Meses. Dos años.

18



Después de aquella conversación, no conseguí comer absolutamente nada.

Pedro todavía lo intentó, insistió para que comiera algo, pero cuando me negué, me dio la tarde libre. Esta vez no me resistí, porque solo de imaginar regresar con él a la oficina, tuve miedo de ceder y aceptar un plan como aquel sin pensarlo bien, solo porque estaba absurdamente atraída por él.

Debería haberme sentido extremadamente ofendida con la propuesta. Y hasta lo estuve al principio, pero cuando explicó sus motivos y habló de mí con aquella admiración, me derretí entera.

Pedro quería un hijo, estaba dispuesto a intentarlo con una mujer que era básicamente desconocida, porque las personas a su alrededor eran más interesadas que interesantes.

Las cosas que dijo sobre mí me inflaron el ego, claro. Solo que lo peor era pensar que, si aceptaba hacer eso por él, gestar un

hijo para él, acabaría sintiéndome como las mujeres a las que se había referido.

El vientre de alquiler era ilegal en Brasil, ¿no?

Por lo menos el vientre de alquiler pago.

¿Y yo conseguiría entregar un bebé que gesté durante meses, que sentí dentro de mí, para que otra persona lo criara? Aunque las intenciones fueran buenas, ¿estaría tratando a un niño como un producto?

El camino hasta mi casa fue largo, lleno de transbordos, pero no fue suficiente para llegar a una decisión antes de llegar allí.

En cuanto abrí la puerta, mis ojos fueron a parar a la mesa con los papeles esparcidos. El contrato del financiamiento, las copias de los documentos de la casa de mi padre anexadas, la carta amenazante...

Veinte mil reales hasta fin de mes.

Trescientos mil reales en total, según lo que Guerra investigó.

¡Trescientos mil!

Era más de cuatro años de trabajo para mí, con mi salario actual. Podría tener eso en nueve meses, si hacía lo que Pedro pidió.

Dejé mi bolso en el sofá y fui hasta la mesa, jalando la silla vieja, que ni siquiera me pertenecía. No tenía nada a mi nombre, ni los muebles. Alquilé ese monoambiente amueblado cuando vine a la universidad con un sueño. Y si hubiera tenido cosas más bonitas o modernas, no habría conseguido mantenerme.

Ese departamentito era lo mejor que mi padre podía pagar, trabajando de forma exhaustiva, como hizo toda la vida, para criarme prácticamente solo. Mis abuelos cuidaban de mí, pero quien me crió fue él. Y yo traicioné todo lo que me enseñó cuando tomé la decisión estúpida de engañarlo y lo hice firmar su mayor conquista a cambio de la mía.

Debí haber hecho un año más de cursillo, hasta conseguir entrar a alguna universidad federal. Pero después de dos años de notas insuficientes, me desesperé. Metí la pata hasta el fondo e hice el financiamiento, mintiéndole a mi padre que había conseguido una beca.

¡Mentí!

Apoyé los codos sobre la mesa, entrelacé los dedos en oración y recosté la frente sobre los puños. Yo me había metido en esta mierda y tendría que encontrar la forma de salir sola.

Nunca pedí ayuda a nadie. Aceptaba la de su Augusto porque sabía que me amaba. Y ahora estaba Pedro, que también necesitaba ayuda para realizar sus sueños, tendiéndome la mano para que nos ayudáramos al mismo tiempo.

No era un producto para él. Noté la emoción en su voz cuando se expuso ante mí, diciendo cuánto quería eso. Cuánto quería que la mujer que gestara a su hijo fuera una buena persona...

Ese bebé era un sueño que él no podía realizar solo.

Mi deuda era mi pesadilla, de la que no podía librarme sola...

Nos necesitábamos.

Tomé la decisión y, sin pensarlo demasiado para no desistir, llamé a Pedro. Era la primera vez, también la más importante. Me atendió apenas empezó a sonar, como quien esperaba con el celular en la mano.

«Helena» —la voz grave me erizó entera.

—Acepto tu propuesta. Voy a ayudarte a tener un hijo —susurré.

«¡Puta que parió!» —maldijo, prácticamente gruñendo.

«Quiero hacer un hijo en ti», sus palabras regresaron voraces, haciendo que mi coño se contrajera.

La respiración ruidosa del otro lado de la línea fue otro estímulo. Solo de recordar que me tocaba, el casi beso, mis pezones se endurecieron. Jadeé, excitada, sin pensar en lo que estaba haciendo.

Mientras mi cerebro se disparaba, intentando doblar la moral y la ética bajo las que fui criada, mi cuerpo tomaba decisiones por mí. Ansiando más de él, ser tocada con la misma intensidad con la que me miraba.

Tuve miedo, claro que lo tuve. Nunca había cogido sin condón, mucho menos con un hombre como él, en una relación que, según él, sería estrictamente sexual, para «hacer un hijo en mí».

¡Madre santísima!

—Sé que estás de descanso, pero necesito que canceles todo en mi agenda de mañana. Tenemos que hablar más, necesito explicarte cómo vamos a hacer esto...

Hacer esto: él literalmente metiéndome su hijo.

Casi gemí, como una perra. Y me sorprendí por estar más excitada sexualmente que aterrorizada con la idea. Era lo que él hacía conmigo, desmontaba mi armadura de autocontrol como si no fuera nada.

Pedro era un hombre, un macho alfa, que tomaba la delantera en los problemas y resolvía las cosas. Sería muy fácil permitir que me comandara más allá de la cama, que tomara todas las providencias.

Ser comandada nunca había sido un deseo mío, no racionalmente. Pero tal vez no me conociera tan bien como creía.

Mi madre murió cuando yo era muy pequeñita. Y mi padre se desdobló del revés para suplirlo todo solo, trabajando turnos dobles en la escuela, dando clases en cursillos los fines de semana. Mis abuelos siempre fueron muy cariñosos, pero me sentí obligada a

crecer demasiado rápido. Lo contrario de lo que se imaginaba cuando pensaban en alguien «criado por la abuela».

¡Estaba exhausta!

Fueron cuatro años sobreviviendo a aquella universidad de gente esnob, mientras tomaba trabajos temporales en los cursillos para ayudar con los gastos, solo para conseguir mantenerme en la facultad. Cargando sobre la espalda una deuda que solo aumentaba.

Solo para frustrarme con la falta de oportunidades para alguien como yo: mujer, pobre, del interior, que no estaba dispuesta a irse a la cama con ricachones idiotas...

«¿Helena?» —Pedro me llamó, con un tono más preocupado.

—Estoy aquí —susurré.

«Llevas días sin dormir. Descansa... Todo va a estar bien, yo voy a resolverlo todo». —Su certeza me hizo latir y suspirar, con los ojos ardiendo de sueño y llanto contenido.

—Está bien.

«Ve a dormir. Mañana hablamos con calma». —Y colgó, sin esperar una despedida.

Abrí mi notebook y envié los correos avisando a todos los compromisos de él del día siguiente que no comparecería. Algunos eran extremadamente importantes, pero eso solo comprobaba cuánto Pedro estaba determinado a ser padre y cuáles eran sus prioridades.

Y solo con entender eso, me aferré con uñas y dientes a ese pensamiento. Estaba lucrando con eso, sí, pero era por un buen motivo: estaba ayudando a Pedro a realizar su sueño, mientras él alejaba mis pesadillas.



A la mañana siguiente, estaba demasiado nerviosa y ansiosa para hacer aquella jornada diaria. Decidí que me daría un día de comodidad y fui en Uber al trabajo.

Aunque había dormido la noche entera, mi cerebro no se había relajado. Por varios motivos: primero, no podía volver atrás con mi palabra, Pedro contaba conmigo; segundo, eso significaba que realmente iría a la cama con él.

Me sequé las palmas heladas de nervios en la falda, dentro del ascensor que me llevaba al piso de la empresa. Todo el tiempo, mi pulso y mi respiración estuvieron acelerados. No sabía qué me esperaba allí dentro y me sentí un tanto aliviada al no encontrar a Pedro allí.

La puerta de su oficina estaba abierta, como la dejaba el personal de limpieza de la madrugada por el olor de los productos. Eran poco más de las siete y media de la mañana, no siempre Pedro llegaba tan temprano.

Fui a la cocina a hacerme un café. Y fue justo allí, en medio del olor a café, que Guerra apareció. Me quedé quieta allí dentro, escuchando el ruido de la cafetera y los latidos descompasados de mi corazón. Seguí con la mirada a Pedro dejando la carpeta en mi mesa y viniendo en mi dirección.

Jadeé, con escalofríos recorriéndome la piel. Hasta el cabello pesado en mi espalda pareció ansiar el toque dominante de sus dedos entre mis mechones.

—Buenos días, ¿dormiste bien? —saludó, ronco, como si yo fuera la primera persona con la que hablaba hoy.

La sonrisa provocadora se abrió, mientras metía una mano en el bolsillo y se recostaba en el marco de la puerta, alisándose el mentón con la otra. Sus ojos pasearon por mi cuerpo, observando mi vestido nuevo. No era nada del otro mundo, un vestido de tirantes, color crema, que compré algunos meses atrás y estaba guardando para un día importante.

Hoy parecía ser el más importante de toda mi vida.

—Sí, gracias por la tarde libre de ayer. De verdad necesitaba dormir.

Guerra me respondió con un «ujum» profundo y entró en la cocina, reduciendo significativamente el espacio. Se detuvo prácticamente pegado a mí, depositando su mano pesada en mi zona lumbar y estirándose para tomar el café detrás de mí.

Busqué sus ojos. Su perfume me hacía querer hundir el rostro en su cuello y olerlo, como una adicta. No se había afeitado de nuevo y ese era el tamaño perfecto para su barba; seguramente me rasparía los labios si por fin me besaba, como yo ansiaba desesperadamente.

—No sé cómo consigues beber esto sin azúcar. —Bebió un sorbo y frunció el ceño, negando con la cabeza—. Y extrafuerte, encima.

Lo había notado. Y era una cosa ridícula por la que emocionarse, pero, por Dios... Me encantaba saber que me prestaba atención.

Me entregó la taza, pero no quitó la mano de mi espalda. Me encantaba cuando iba por ahí poniéndome las manos encima. No era apropiado, alguien podía entrar en cualquier instante. Sin embargo, si él no quería soltarme, a mí no me importaría.

Resolví permitírmelo también, una vez que fingir control ya no tenía sentido. Mirando directamente sus iris eléctricos, giré la taza entre mis manos y puse la boca exactamente donde la suya había estado.

—Buena chica. —Abrió la sonrisa más canalla que yo había visto en mi vida—. Vamos a conversar, Helena, y a resolver esto de una vez.

Tragué en seco, sintiendo las mejillas calientes al imaginar.

«Esto...» él, haciendo un hijo en mí.

19



Había entrado en su oficina decenas de otras veces, pero esta vez la tensión en el aire parecía cargada de electricidad.

Pedro vino detrás de mí y yo casi podía sentir su cuerpo pegado al mío. Apoyó la palma en mi espalda, sobre el cabello, guiándome hacia la mesa donde hacía reuniones íntimas. Me senté allí, observando las paredes de vidrio.

Conseguía ver la playa de la Barra, en la otra cuadra, y el día soleado. Era una imagen maravillosa para tener en el trabajo.

—¿Tomaste desayuno? —Puso la carpeta sobre la mesa en la que yo estaba y la abrió, sacando un montón de papeles de dentro.

—Sí, gracias. —Mentí.

Me había despertado tan nerviosa con esa conversación que dejé la comida de lado y me arreglé con el doble de cuidado, como si me estuviera arreglando para él.

Otra vez se sentó a mi lado, no frente a mí, como sería apropiado para una conversación de negocios.

—Voy a responder todas tus preguntas, pero deberías leer el contrato primero. Entero.

—¿Un contrato?

—Todo lo que hago tiene un contrato, principalmente por la confidencialidad. Y el nuestro es mucho más sensible.

Intenté no ofenderme porque no confiara en mi palabra, pero él era un CEO y dueño de una empresa multinacional, no habría llegado adonde llegó haciendo acuerdos de palabra. Y no era personal, si siempre hacía contratos. Empecé a leer.

—¿Esto habla de confidencialidad total? ¿No podría contárselo a nadie? —pensé de inmediato en mi padre.

No es que fuera a contárselo, ni siquiera sabría por dónde empezar a explicar eso, pero con el contrato me libraría de esa culpa, al menos eso.

—A tu abogado, si tienes uno. Personas necesarias, nadie más. —Alzó una ceja, recostándose en la silla, pero pasó el brazo por detrás de la mía, como si fuera la cosa más natural del mundo.

Y nuestra proximidad parecía natural, era como si él supiera que yo necesitaba que me calmaran respecto a todo ese proceso.

—¿Ni a mi padre?

Él negó.

—Si sabe que estás embarazada, si viene de visita, no necesitas mentir, puedes decir que es mío. Solo no puedes hablar de nuestro acuerdo.

¡Menos mal!

Era por eso que estaba aceptando, ¿no? Para que mi padre no supiera lo que había hecho.

Volví a leer y Pedro se levantó, yendo hasta su mesa. Tomó una pastilla y la tragó con el agua que quedaba allí, pero mantuvo la expresión tranquila, indicándome que continuara leyendo.

—Aquí hay una cláusula sobre acompañamiento médico obligatorio... —dejé la pregunta sobrentendida.

Ahora tenía un buen seguro médico por el trabajo, pero la mayoría de las cosas importantes todavía estaban en período de carencia.

—Exámenes iniciales. Prenatal integral, alimentación adecuada, reposo cuando sea necesario. Todo costeado por mí.

La forma metódica con la que dijo «costeado por mí» me incomodó. Leer un contrato me estaba dando más dimensión de lo que estaba haciendo. Estiré la mano para tocar la medallita en mi cuello, pero me la había quitado ayer, porque me quedé recordando que él había puesto la mano allí.

Me relajé cuando Pedro volvió a sentarse a mi lado.

—Esto es demasiado extraño... —murmuré.

—No esta parte. Tú y el bebé son mi responsabilidad, mientras yo... Mientras el acuerdo esté vigente.

Las puntas de sus dedos tocaron mi hombro, apartándome el cabello de allí. Las puntas de sus dedos pasearon por debajo del tirante fino. El gesto fue tan suave como provocador, disminuyendo mi ansiedad.

Fingí no sentir los escalofríos y seguí leyendo algunos párrafos más, hasta pasar la hoja.

—¡Aquí dice que tendré asesoría jurídica independiente! —Ni siquiera lo miré al hablar.

—Sí.

—¿Elegida por mí?

—Por ti o por mí, da igual, siempre que sea alguien que responda a tus intereses.

Hice una lectura dinámica de esa página, poniéndome nerviosa por no encontrar la parte que me interesaba.

—¿Y el... el pago? —pregunté, incómoda.

Pedro se quedó en silencio por un instante. Levanté la mirada. Me observaba demasiado serio, como si estuviera midiendo las palabras.

—No hay pago por la gestación.

—Pero existe... hicimos un acuerdo financiero...

—Apoyo financiero, para darte estabilidad emocional durante el período del contrato. Son cosas diferentes.

Fruncí el ceño, desconfiada.

—Es lo mismo.

Contuvo la sonrisa, intentando mantener la postura de negocios, aunque sus toques suaves siguieran dejándome relajada y excitada.

—No jurídicamente. —Alzó una ceja, girándose en la silla para quedar de frente a mí.

Su mano se deslizó por mi espalda, sugestivamente. El toque atravesó la tela del vestido, encontrándose con mis mechones y la piel expuesta. El calor se esparció por mi bajo vientre, escurriendo entre mis piernas.

—Explícamelo, entonces —jadeé.

Pedro se acercó algunos centímetros más, invadiendo mi espacio personal, como habíamos conversado en el restaurante. Si quería que yo prestara atención, tenía que quedarse del otro lado de la mesa, ¡carajo!

—Si pusiera en este contrato el pago de tu financiamiento, sería lo mismo que afirmar que te estoy pagando para embarazarte. Eso es ilegal y no es lo que está ocurriendo aquí. No legalmente. No voy a darte dinero. No en mano. Voy a liquidar tu deuda, completa.

—Es una línea muy tenue. —Fruncí el ceño y él finalmente abrió la sonrisa canalla.

—Si separamos los hechos, sigue siendo legal. Tu deuda existe antes de mí. Puedo ayudarte con ella, es mi dinero para gastarlo como quiera. Tu estabilidad emocional durante el embarazo es importante para mí.

Diciendo eso, estiró la mano y acarició la parte alta de mi pómulo, ciertamente percibiendo que mi maquillaje ya no estaba escondiendo las ojeras de noches sin dormir.

—No vas a encontrar ninguna mención a valores en este contrato. Si quieres una garantía de que voy a cumplir mi palabra, como puedes y debes querer, llama al banco de tu financiamiento...

Me sentí un poco avergonzada por haber sugerido que dudaba de su palabra. Pero Guerra me estaba haciendo firmar un contrato y nada en su discurso daba a entender que lo hubiera ofendido, todo lo contrario.

—¿Qué voy a oír de mi banco si llamo ahora?

—Que las cuotas atrasadas ya están pagadas. No vas a recibir más amenazas de ellos. Te dije que iba a resolverlo, ¿no? —El dorso de sus dedos acarició mi mejilla.

Sin pensar demasiado en lo que estaba haciendo, apoyé la frente en la curva de su cuello. Suspirando profundamente, mientras el alivio inmenso me dejaba sin aire. Pedro Guerra no tenía ni idea del peso que me había quitado de la espalda.

La mano pesada subió de mi espalda a mi nuca y él giró el rostro, buscando el mío. Quise agradecerle y contárselo todo: que

me estaba protegiendo de lastimar a la persona que más amaba, mi única familia. Pero no tuve valor.

Pedro pensaba que yo era una buena persona, mejor de lo que me sentía en ese momento.

Su barba raspó mi sien y finalmente aparté el rostro, mirándolo tan de cerca que nuestras respiraciones se mezclaron.

—Termina de leer, Helena... —El tono de voz salió tan grave y delicioso que envió un choque directo a mi clítoris.

Apoyó la palma sobre la mitad de mi rostro, con aquella mano pesada. Su mano era áspera y abarcaba todo el lateral de mi cara. Casi podía oír lo que no dijo:

Que terminara de leer y firmara.

Para que él me besara e hiciera su hijo en mí.

—El contrato trata de responsabilidades, confidencialidad, soporte médico y planificación patrimonial —resumió, evidentemente tan ansioso como yo.

Planificación patrimonial.

Las palabras sonaron frías junto al calor que subía por mi cuerpo.

—¿Patrimonio de quién?

—Del niño.

Volví a mirar el papel.

En mi cabeza, todo parecía más simple que aquellas páginas. Yo me embarazaría, tendría al bebé, él criaría al niño con todos los recursos posibles. La vida de su hijo estaría garantizada.

Era eso.

Aun así, algo me incomodó. Me aparté, para volver a razonar. No podía echarme atrás, definitivamente. Pedro ya había pagado

veinte mil reales por el hijo que ni siquiera estaba en mi vientre todavía.

—¿Todo esto es legal de verdad? En el futuro, ¿quién va a saber que hicimos esto?

Pedro se recostó en la silla.

—Lo bastante legal para que nadie lo impugne.

—Eso no me calma.

—La honestidad no siempre calma a las personas. —Sonrió de lado.

—¿Y si cambio de idea? ¿Hay multa? ¿Me va a cobrar de una sola vez lo que ya pagó?

El aire entre nosotros cambió, conforme fui espiralando hacia la desesperación.

Pedro dejó que los dedos corrieran lentamente por el largo de mi cabello, recolocando un mechón detrás de mi oreja. El gesto fue demasiado íntimo para una conversación como esa.

—Puedes desistir cuando quieras, antes de quedar embarazada. Mañana. La semana que viene. Solo que hay una cláusula que no permite aborto asistido. Es ilegal en Brasil, pero también impide que lo hagas en cualquier lugar del mundo. —Su voz bajó todavía más.

—¡Yo jamás haría eso!

—Solo estoy explicando lo que está en el contrato, Helena. Generalmente estoy de acuerdo con que no es una decisión del hombre si la mujer va a tener el hijo o no. Solo que en este caso es diferente... Necesito que sepas que, después de quedar embarazada, no hay vuelta atrás. Y voy a esperar seriedad.

Mi corazón latió descompasado. Esta vez, era el hijo de él, no de la mujer.

—No voy a quitarte a tu hijo, Pedro. ¡Ni siquiera si no me estuvieras pagando por eso! —Fui incisiva, un tanto ofendida.

—Sé que no abortarías, Helena. Conozco tu crianza católica... pero eres joven.

—Mi madre me tuvo más joven de lo que soy ahora.

—Recuerdo cuando tu padre empezó a salir con Rosa. Ya no éramos tan amigos como antes. Yo era un muchacho adolescente y él ya estaba en la universidad. Ahora esos años no hacen tanta diferencia... Te pareces a ella, ¡gracias a Dios! —Era la primera vez que escuchaba un resquicio de acento mineiro en la voz de Pedro y las ganas de besarlo por hablar de mi madre no tenían sentido.

Se rio con tanta malicia que también me arrancó una risa.

Si me pareciera a su Augusto, él no se habría sentido atraído por mí.

—Casi no la recuerdo, pero veo las semejanzas en las fotos.

—Eres mucho más bonita que ella.

Las palabras rebotaron en mi pecho y me sentí avergonzada con el elogio. Pedro era un hombre hermoso, yo imaginaba cómo sería su hijo.

Bajé los ojos al contrato, llegando a la parte que hablaba sobre la exclusividad. Allí decía que solo podría tener relaciones sexuales con él durante los intentos de embarazo.

Otra cosa que no debería darme ganas de besarlo: su posesividad. Él se había asegurado de poner en un contrato que sería el único en tocarme.

Sentía su presencia a mi lado como si fuera un toque continuo. Y me pregunté si algún día conseguiría dejar que otro me tocara después de haber sido marcada por él.

Terminé la lectura sofocada, pero me obligué a prestar atención. El texto tenía exactamente lo que él había dicho. Solo

hablaba del período de fertilización y del embarazo, de los cuidados conmigo y con el bebé y de lo que ocurriría con la herencia.

Tal vez él hubiera puesto aquello allí para que yo supiera que el bebé que estaba haciendo para él tendría una buena vida. Para tranquilizarme.

Por eso tomé la pluma pesada, cara, que había colocado junto a los papeles y fui firmando en todos los lugares marcados por el abogado, probablemente Lobo.

Pedro ya lo había firmado todo, solo faltaba yo. Por eso, apenas dejé la pluma sobre la mesa, el aire cambió.

—Todavía tenemos que hacer los exámenes, pero ¡que se joda! —prácticamente gruñó y me atacó.

20



PEDRO
GUERRA

Todo mi cuerpo pulsó cuando la ataqué con la boca. Por más que el dolor de cabeza se hubiera convertido en una compañía constante, en ese momento nada más importaba.

El beso se volvió un encuentro explosivo: labios, dientes, lengua. Mi corazón galopó fuerte, vibrando en la garganta y arrancándome un gruñido casi feral. Sus labios sabían a café y seducción. Una combinación tan espectacular que hizo que mi polla pulsara, comprimida dentro del pantalón de vestir al punto de incomodarme.

Cerré la mano en el cabello de su nuca, doblándole el cuello hacia un lado, para profundizar el beso de la forma que se me diera la gana.

Helena había firmado el acuerdo, entregando su cuerpo a mí y solo a mí, hasta que yo le follara un hijo dentro.

Sus manos delicadas subieron por dentro de las solapas de mi saco, hasta mi cuello, donde se sujetó como si fuera a caerse. Yo había inclinado su cuerpo hacia abajo, prácticamente cubriéndola, pero no la dejaría caer.

Con cada gemido maullado que pasaba de sus labios a los míos, más feroz me volvía en mis movimientos. Dejé una mordida firme en su labio inferior carnoso, aparté el rostro del suyo y le besé el mentón, debajo de él, dejando marcas de aquel labial rojo profundo que me enloquecía cuando se lo ponía.

Solo conseguía imaginar mi polla pintada con él o una marca perfecta de beso en mi pecho, como un secreto.

Aparté el rostro, mirándola entera, las mejillas sonrojadas, los ojos brillantes con los párpados pesados de deseo. El labial completamente corrido más allá de los labios carnosos e hinchados.

Mía.

La palabra burbujeó en mis cuerdas vocales, lista para salir, pero la tragué, deslizando un tirante de su vestido, desnudándole el hombro. Imaginé qué tipo de lencería tenía ahí debajo, si es que tenía alguna...

—Pedro —llamó ronca, pero no le respondí. Raspando los dientes en su hombro, mi boca sucia de su labial pintó la piel allí.

Su piel era clara, sin marcas de sol, y estaba completamente erizada. Bajé la mano por su espalda tensa, buscando el cierre, mientras lamía la línea de su clavícula y la giraba hacia mí, metiendo una rodilla entre sus piernas, hasta que el vestido subió.

—Pedro... —Había una sonrisa mansa en su rostro, pero sus manos sujetaron mi cara entre ellas, como quien me pedía que parara—. ¿Vamos a hacer esto aquí, así?

Me detuve por un instante. Porque tenía razón. Yo estaba limpio, siempre usaba preservativo e hice un montón de exámenes cuando descubrí el meningioma, incluyendo pruebas de

enfermedades de transmisión sexual. Y si iba a morir, me importaba una mierda si ella no estaba limpia, pero para que tuviera a mi bebé, necesitábamos saberlo.

—Yo estoy limpio... Voy a darte los exámenes, pero necesitas saberlo. No voy a usar condón contigo, ninguna vez. —Pegué mi boca a la suya, mirándola a los ojos, y continué—: A ti, quiero sentirte en la piel.

Succioné sus labios juntos y Helena cerró los ojos, soltando un jadeo gimoteado, mientras sus uñas arañaban mi barba.

Helena tenía razón en querer ver mis exámenes, pero yo no estaba listo para quitarle las manos de encima todavía.

No tenía idea de que podía sentirme tan insaciable y posesivo con una persona. Sin embargo, con esa mujer, fue así desde que puse los ojos en ella.

Planté las manos en su trasero, levantándola de pie, mientras apartaba mi silla hacia atrás. Ella se subió el vestido por los muslos, dejándolo amontonado en la cadera, escondiendo de mí el triángulo de sus bragas, y se encajó en una de mis piernas, frotando las bragas mojadas contra mi muslo.

El calor de su coño hizo que mi polla pulsara y que las bolas se me endurecieran. Pegué la boca en la parte alta de su pecho, besando la carne expuesta, conforme el tirante que había bajado dejaba más de su pecho al descubierto, hasta que supe que estaba sin sostén, pero no lo suficiente para ver su pezón.

Le subí el vestido hasta amontonárselo en la cintura y le sujeté el trasero, apretando los dedos, mientras la manipulaba hacia adelante y hacia atrás, montando mi muslo. Ella onduló la cadera, jalando mi rostro para besarme otra vez.

Necesitando más, metí la mano entre sus muslos y solté el beso, mirando la mancha de lubricación que había dejado en mi pantalón gris. Sujeté su coño en copa, sobre las bragas negras, sin

costura, para que no marcaran bajo el vestido. Los laterales eran finos y me imaginé que era hilo dental.

Era una pieza simple, pero la puta madre, si no le quedaba perfecta.

Y yo le daría lencería para suplir todas las jodidas fantasías que tenía sobre ella. Helena se quedó de pie, el abdomen tensándose, mientras su respiración jadeante coordinaba con la mía ruidosa. Las manos delicadas apoyadas en mis hombros, sin impedirme apartar el fondo de las bragas, pegado a sus labios vaginales.

—No voy a comerte aquí, así... —Usé el mismo tono que ella había usado, ironizando y provocando—. Pero voy a probar tu orgasmo, de una forma u otra.

Ella soltó un chillido escandalizado. Que se acostumbrara rápido, porque yo sabía que tenía la boca sucia y me gustaba provocar diciendo obscenidades.

Miré el coño depilado, con apenas el triángulo de vello recortado bien al ras de su piel, en su monte de Venus. Y presioné su bajo vientre, hasta que empujó los documentos y se sentó en el borde de la mesa. Encajé mi hombro bajo uno de sus muslos y pegué la boca a su coño, tragando su olor.

¡Carajo!

Me convertí en un animal, apartando sus labios mayores con los pulgares, mientras la lamía, hasta dejarla bien mojada. Con un siseo tembloroso, Helena cerró un puño en mi cabello, ondulando la cadera contra mi boca, instintivamente, y apoyó la otra mano atrás, en el tablero de la mesa, arqueando la espalda.

Pasiva, queriendo ser servida, no sumisa esperando comandos, pero yo le mostraría quién estaba en control.

Rodeé el clítoris con lamidas lentas y provocadoras, chupándolo hasta dejarlo hinchado y necesitado. Sus gemidos

jadeantes me arrancaron gruñidos.

Gemía mi nombre con un timbre ronco, cargado de necesidad, junto con palabras inconexas, animándome, rogando por más.

Aquello me incendió.

La forma en que reaccionaba, natural, sin fingimiento, hacía que todo pareciera nuevo y más intenso para mí. Su cuerpo entregándose al placer.

Deslicé la lengua con más presión, variando el ritmo, provocando, retrocediendo y regresando más voraz. Frotó el coño contra mi cara, en una súplica muda, y metí el índice en su canal, enterrándolo por completo. Siseé de placer cuando su canal apretado lo exprimió; imaginé cómo sería cuando fuera mi polla allí dentro.

—¡Ahí, justo ahí! —gimió cuando encontré su punto G.

Mi otra mano subió por el frente de su vestido, apretándole los pechos. Los pezones estaban tan intumescidos que se marcaban en la tela y quise follarla así, vestida, para dejar mi leche escurriendo entre sus piernas mientras volvía a trabajar en la sala de al lado. Marcada por mí y por mi gozo.

—Abre los ojos —gruñí contra su coño, aplanando la lengua y frotándola de abajo hacia arriba en su monte de nervios, entonces ordené—: ¡Mírame!

Abrió los ojos con dificultad, las pupilas dilatadas, el rostro sonrojado, completamente entregada a la sensación.

¡Mierda!

Aquello me dejó todavía más fuera de control.

Volví a chuparla con más ansia, fuera de mí. La devoré como un hambriento, después de semanas de espera. Su cuerpo se tensó

de una vez, el abdomen se contrajo y la respiración perdió completamente el ritmo.

—Pedro, voy a...

—Lo sé.

Le sujeté la cadera cuando intentó escapar de la intensidad, manteniendo el movimiento exactamente donde ella lo necesitaba.

No escapó. Se hundió y se ahogó en la ola de placer que yo conseguía probar en la lengua.

Sus dedos se cerraron con más fuerza en mi cabello, al punto de doler, mientras los ojos se le ponían en blanco y la piel del cuello y del escote se le enrojecía por completo. Todo su cuerpo vibrando por el orgasmo. Y el sonido que salió de su boca era tan animalesco como yo me sentía.

Los espasmos prolongados todavía la atravesaban y no le di tiempo para recuperarse; como el avaro de mierda que era, quería cada gota. Saqué el dedo de dentro de ella, succionando su entrada, porque todo su gozo me pertenecía.

Me quedé allí algunos instantes más, metiendo la lengua en su canal y probando su placer, bebiéndolo todo. Mientras la veía deshacerse por completo sobre la mesa: blanda, jadeante, perdida.

Chupé sus labios mayores, lamí sus ingles, una por una. Cada gota de lubricación fue cambiada por mi saliva. Tenía la polla tan dura que, incluso bajo el bóxer, la sentía raspando contra el cierre, pero solo la imagen de Helena satisfecha era lo bastante erótica para que consiguiera controlarme y esperar hasta más tarde, para llevarla a mi cama.

Helena no quería dármelo aquí en la oficina, al menos no la primera vez entre nosotros dos. Ese contrato no convertía esto en una relación, pero quise darle todo lo que deseara.

Subí el cuerpo despacio, mirándola: cabello desordenado, labios hinchados, manchados con el labial. Un tirante del vestido

caído y los pechos presionando en el escote modesto, volviéndolo extremadamente indecente y provocador.

¡Hermosa como el carajo!

—Eso fue... —intentó hablar, pero la voz le falló.

Pasé el pulgar por su labio, limpiando lo corrido, observándola.

—Eso fue solo una prueba, solo el comienzo. —Mi voz salió grave, cargada.

Pero la realidad volvió rápido. Detrás de ella, los papeles esparcidos me recordaban que esta vez no era solo placer. No importaba cuánto quisiera darle placer, eso era apenas un medio para un fin.

Respiré hondo, obligándome a retomar mi autocontrol.

Me sujeté la polla por fuera del pantalón, intentando encontrar una posición más cómoda. Entonces le devolví el tirante al hombro y las bragas a su lugar, cubriéndole el coño. Deslicé el dedo sobre la hendidura, notando cómo la tela quedaba pegada a mi saliva allí.

—Tenemos que ir al médico. Para que te hagas los exámenes. Después... vas a pasar la noche conmigo.

Frunció el ceño, aturdida.

—¿Ahora?

—¡Ahora! —Necesitaba entrar en ella, derramar mi leche en su canal. No quería esperar más—. Si vamos a hacer esto... —completé, mirándola directo a los ojos—, vamos a hacerlo bien.

Ella tragó en seco, todavía temblando. Sus grandes ojos castaños buscando los míos, aún con aquel brillo de deseo. Necesité toda mi fuerza de voluntad para no volver atrás y terminar lo que había empezado allí mismo.

Pero no. Todavía no.

—Vamos —ordené.

Y no conseguí evitar sentirme presuntuoso cuando se sujetó de mis hombros para equilibrarse, como quien me decía que confiaba en mí para no dejarla caer.

21

PEDRO GUERRA



Yo no conseguía controlarme.

Metí a Helena en el auto después de que Rui nos recogiera en la clínica del Recreio dos Bandeirantes, donde mi médico particular siempre me atendía para ese tipo de cosas. No es que hubiera llevado alguna mujer hasta allí. Antes, mis relaciones eran apenas sexuales y yo tomaba todas las medidas para no embarazar a nadie ni agarrarme una enfermedad.

Y en los rarísimos casos de polvos de una noche, me llevaba el condón usado conmigo, solo por garantía. Ese era el tipo de relaciones de mierda que mantenía anteriormente.

Sin embargo, solo con mirar a Helena sentada, avergonzada, en el asiento trasero a mi lado, quise ser un poco diferente de lo que siempre fui.

Solo que esta vez no podía.

Helena da Paz era joven, la mortalidad ni siquiera debía pasarle por la cabeza, llena de problemas de inicio de vida. ¿Problemas pesados? Claro, pero no definitivos.

—Y... ¿y ahora? —murmuró Helena, avergonzada porque Rui estaba justo en el asiento de adelante y ciertamente podía oírnos.

Sonreí, malicioso, pensando exactamente en lo que me gustaría hacer, pero contuve la respuesta.

—¿Ahora? Terminamos lo que empezamos. —La voz salió baja, con mucho más control del que yo estaba sintiendo.

Helena levantó la mirada hacia la mía, los ojos ganando aquel brillo de deseo que me alimentaba. Su cabello todavía tenía rastros de mis dedos entre los mechones, la boca sin el labial me hacía recordarla toda corrida...

¡Mierda!

Solo el recuerdo hizo que mi polla volviera a hincharse.

—¿En la oficina del hotel? —preguntó, confundida.

—En mi penthouse.

No era una invitación. Era un hecho. Casi una orden. Ya no podría escaparse de mí y tampoco parecía querer hacerlo.

Rui no dijo nada. Nunca decía. Pero vi por el retrovisor que la comisura de su boca subía, como si ya supiera exactamente el tipo de mierda que yo estaba a punto de hacer.

Helena se quedó en silencio. Pero vi la anticipación pulsando en la vena de su cuello, en la forma en que apretó las manos sobre el regazo y cruzó las piernas. Respiró hondo, como si estuviera intentando ponerse la coraza de profesionalismo.

No servía de nada. Ya habíamos cruzado la línea. Su sabor todavía estaba en mi lengua, sus gemidos resonaban en mis oídos y el olor... puta madre, el olor de su coño era maravilloso.

En cuanto el auto entró en el estacionamiento subterráneo del hotel, mi piel se retorció y los músculos se tensaron en preparación. Abrí la puerta incluso antes de que Rui apagara el motor.

—Espera. —Prácticamente le ladré a Helena, sin aguardar a que mi chofer abriera la puerta para mí, mucho menos para ella.

Rodeé el auto y vi que el rostro de Rui se giraba, a través del polarizado un poco más claro de adelante, acompañándome pasar por detrás del auto para abrirle la puerta a Helena.

—Ven —extendí la mano y ella colocó su palma sudada en la mía.

Estaba nerviosa, pero vino.

Claro que vino. Ese acuerdo era sobre procreación, pero la parte que lo antecedía era deseo de ella, con o sin acuerdo.

Subimos por el ascensor exclusivo y, felizmente, nadie más entró, por eso no necesité apartarme. La jalé hacia mí, depositando mi mano en la curva deliciosa de su zona lumbar. Bajé el rostro, arrastrando mi nariz por su sien, por su cara, hasta arrastrar los dientes por su mandíbula.

Los escalofríos en su piel cremosa eran lo bastante eróticos. Ella estaba tan conectada a su propio deseo como yo al mío.

Pasé el índice bajo el tirante fino del vestido, acariciándole la piel con el dorso del dedo, y un gruñido de posesión atravesó mis labios.

Helena cerró los ojos y se mordió el labio inferior, pero no retrocedió.

El ascensor parecía encogerse y todos mis sentidos convergían hacia ella. Estábamos completamente solos y el silencio allí dentro venía cargado de tensión.

—¿Nerviosa? —susurré en su oído.

—No.

Mentira.

Pegué mis labios a la concha de su oreja:

—No parece.

Ella tragó en seco, pero no se apartó. Valiente.

Subí y bajé los dedos por su brazo, muy despacio, sintiendo la piel erizarse bajo mi toque. Me detuve en el hombro, presioné leve.

—Todavía estás a tiempo de desistir.

Ella giró el rostro en mi dirección y sus ojos no vacilaron.

—No vuelvo atrás con mi palabra, Pedro.

Puta madre, me encantaba cuando me llamaba «señor Guerra», pero cada vez que me llamaba «Pedro», la polla se me endurecía al punto de doler.

Si no hubiera sido por el sonido del ascensor llegando al piso y abriendo las puertas, habría empezado a desenvolverla allí mismo.

La guié hasta mi penthouse con la mano en su espalda, los mechones castaños con las puntas más color caramelo, enredados en mi mano. Abrí la puerta y ella se detuvo en seco.

Entré primero, manteniendo el paso abierto para que entrara cuando estuviera lista. Helena vino, con la barbilla erguida y la mirada entrenada para fingir costumbre sobre todas las cosas. No tenía idea de por qué quise que se quedara deslumbrada, que hiciera algo para disminuir esa curiosidad que yo tenía sobre ella.

Estaba atraído como el carajo por ella, pero iba más allá, y yo no estaba acostumbrado a querer saber qué pensaban sobre mí y sobre lo que había conquistado.

Con ella allí dentro, dejando su bolso en el aparador junto a la puerta, el penthouse nunca pareció tan... ocupado.

Se detuvo por un segundo, observando el espacio: las paredes de vidrio que invitaban a la ciudad y al mar a entrar. La experiencia de comodidad y lujo que siempre venía acompañada de mi nombre. Pero yo no estaba mirando la vista.

La estaba mirando a ella.

—¿Puedo... —su voz salió más baja de lo normal— tomar una ducha antes?

Pasé la lengua por mi labio inferior, conteniendo la respuesta que quería dar.

—Puedes.

Indiqué el camino con la cabeza, devolviendo mi mano a la base de su columna, donde pertenecía.

—Hay una en la suite.

Conduje a Helena por el pasillo, demasiado despacio para alguien que estaba al borde de perder el control.

Abrí la puerta del dormitorio y me detuve un segundo, observando el contraste.

Aquel cuarto ya había visto a otras mujeres, que lo encontraron exactamente como estaba ahora: cama con perfeccionismo. Intocada.

—El baño queda allí —dije, señalando.

Asintió, caminando en la dirección que indiqué, y dejé que fuera adelante. Cuando no escuché el sonido del seguro, mi sangre burbujeó.

Esperé hasta oír el sonido de la ducha y fui detrás.

—¿Pedro? —Mi nombre salió en tono de alerta. O de invitación.

Preferí la invitación... Si no me quisiera aquí, diría algo.

Helena estaba desnuda detrás del vidrio. Salió de debajo del chorro de agua, de lado, levantando el brazo para cubrirse el pezón.

El agua escurrió por su cuerpo delicioso, natural, mientras yo me quitaba el saco y la corbata. Su respiración jadeante quedó amortiguada al otro lado del vidrio. Abrí las mancuernillas. Se mordió la parte más carnosa del labio inferior.

Abrí el cinturón, el botón y el cierre, dejándole ver que mi polla dura estaba sosteniendo el pantalón. Entonces seguí abriendo un botón a la vez. Sus mejillas y su cuello se estaban poniendo rojos, mientras las venas le pulsaban. Aquel cabello mojado detrás de ella estaba llamando a mis manos.

¡Mierda!

Fui perdiendo la batalla contra mí mismo. Quería provocarla al quitarme la ropa para que me mirara, pero todo lo que ella hacía me dejaba con esa calentura absurda.

Me quité la camisa y bajé el pantalón con el bóxer junto, sosteniendo mi polla pesada e hinchada en la mano, al entrar en la zona de la ducha con ella.

—Date la vuelta —ordené, y ella suspiró antes de obedecer.

Volvió a entrar bajo el chorro de agua y froté la cabeza de mi polla en la hendidura entre sus nalgas. El agua escurría desde los mechones largos hasta empozarse en su zona lumbar, mientras ella iba alzando el trasero con naturalidad, sin que yo tuviera que decir nada.

Dejé mi polla encajada allí y pasé un brazo alrededor de su cuerpo, pegando su espalda a mi pecho, mientras el agua caía en cascada sobre nosotros dos. La mordí justo en la curva del cuello con el hombro, con fuerza suficiente para que lo sintiera, pero no para marcarla.

Al mismo tiempo, sujeté sus pechos con mis manos, atrapando los pezones entre mis índices y medios. Helena

convulsionó, gimiendo bajito, con la cabeza cayendo hacia atrás, sobre mi hombro.

Necesitando más de ella, bajé la diestra hacia el medio de sus piernas, apartando los labios mayores con los dedos, mientras frotaba el medio y el anular sobre su clítoris y en la puerta de su entrada.

—Tan mojada, carajo —gruñí con la boca pegada a su oreja.

—Pedro, por favor —imploró, sin decirme qué quería. Solo arqueó el cuerpo, haciendo que mi polla se frotara contra su trasero.

Pero yo sabía exactamente lo que necesitaba.

Helena echó una mano hacia atrás, sujetándose de mi cadera, como si quisiera asegurarse de que yo no saldría de allí. Tomé su mano y la llevé hasta mi polla, usándola para masturbarme con fuerza, mientras metía las puntas de mis dos dedos en su entrada, abriéndola para recibirme.

—Abre las piernas —gruñí en su oído, mirando por encima de su hombro mi mano cubriéndole el coño.

Helena obedeció, separando los pies sobre el piso mojado. Su pasividad, la elección de obedecer, no era lo mismo que una sumisión vacía y justamente por eso me volvía loco.

Moví su mano arriba y abajo y la solté, dejando que me tocara como quisiera. Las gotas de preseminal escurrían, siendo arrastradas por el agua de la ducha. Cerré el agua, oyendo todavía más sus jadeos al recibir mis dedos hasta el fondo. Sus piernas temblaron y la abracé, sosteniendo su peso.

Su mano delicada perdió fuerza en el agarre y mi polla pulsó, con más gotas perladas escurriendo de la abertura.

—Puedes apretar más fuerte —murmuré en su oído—. Tu coño va a exprimirme mucho más que eso.

Gimió mi nombre sin aliento y se frotó contra mí, usando la mano para dirigir mi polla hacia donde la quería. Curvé los dedos hacia adelante, encontrando su punto G, mientras mi palma frotaba el clítoris ya hinchado. Tomé mi polla de su mano, frotando la cabeza embadurnada contra su culo, solo para probar su reacción.

El sexo con ella tenía la intención de meterle un hijo en el útero, pero solo de imaginarme comiéndole el culo me volvía loco.

Con cada roce de mis dedos en la carne esponjosa de su canal, Helena iba inclinándose más hacia adelante, hasta apoyar las manos en el vidrio empañado por nuestro calor corporal. El cabello mojado cayó hacia un lado, revelando la línea deliciosa de su columna y la nuca tensionada, mientras ella se movía contra mi mano, en busca del placer.

Como el hijo de puta que era, no la dejé correrse, no así. Se correría en mi polla, hasta ordeñarme la leche.

—Vas a correrte conmigo, Helena. Solo vas a correrte cuando te llene de leche. Así es como vamos a hacerlo, hasta que te embarace. —Rosné, inclinándome hacia adelante, apuntando mi polla a su canal, antes incluso de sacar mis dedos por completo.

Se debatió, gimiendo por el ensanchamiento. Saqué los dedos, sustituyéndolos por la cabeza hinchada de mi polla, y un carajo gutural salió de mi garganta. Mis bolas se tensaron mientras bombeaba e iba enterrándome.

Erguí el torso, sujetando su hombro con una mano y la cadera con la otra, empujándola hacia abajo. Ella presionó el rostro contra el vidrio, que se empañó con su aliento caliente, con cada gemido mudo que iba ganando más y más volumen a medida que yo aumentaba la presión de las embestidas.

Miré hacia abajo, viendo el dibujo perfecto de su cuerpo. El trasero en forma de corazón, alzado hacia mí, mientras mi polla se enterraba en su coño, saliendo hasta la cabeza.

Pero lo que me sacó completamente de quicio fue que Helena se pusiera de puntillas, usando la pared de vidrio como apoyo para moverse sobre mi polla, encontrándose con mis embestidas. Deliciosa como el carajo, ¡puta madre!

Mi cabeza cayó hacia atrás mientras me mordía la boca, gruñendo un gemido ronco de placer. A partir de ahí me volví feral.

Quité la mano de su hombro, metiéndole dos dedos en la boca, frotando las puntas en su lengua para dejarlos bien mojados. Y la empujé con mi cuerpo, hasta que pegó los pechos al vidrio, cubriéndola por detrás. Bajé la mano de vuelta a su coño, usando su saliva para masajearle el clítoris.

Flexioné las rodillas, separándole las suyas, y embestí de abajo hacia arriba, masturbándola al mismo tiempo. Con cada estocada profunda, sentía su lubricación escurrir por mi polla, por mis bolas, y fui cambiando el ángulo hasta que ella me dejó saber cuándo había acertado el punto exacto que la haría correrse.

—¡Dios mío, ahí! —gimoteó ronca, y sus piernas temblaron mientras el abdomen se le hundía y los dedos se cerraban en garras, dejando rayas perfectas en la humedad.

Me mantuve justo allí, entrando y saliendo con fuerza, para acertar exactamente aquel punto. Helena se corrió en menos de un minuto, debatiéndose, aprisionada entre mi cuerpo y la mampara.

Bramó mi nombre: Pedro, Pedro, Pedro, una vez tras otra, hasta quedarse sin aire. Y carajo, yo ya no conseguía controlarme.

Le sujeté la parte frontal del cuello y la mandíbula, girándole el rostro hacia el mío. Las mejillas sonrojadas, los párpados pesados.

—¡Abre los ojos y mírame! ¿Está rico? —Rosné la orden y mordí su labio inferior, tirándolo hacia mí.

Su respuesta fue un gemido y su canal exprimiéndome la polla como un puño. Asalté su boca con la mía, tragándome los

gemidos restantes, sujetándole la parte interna del muslo, jalando su pierna hacia atrás, a la altura de mi cadera.

Entré todavía más profundo y más rápido. Apoyé la palma sobre su mano y me incliné hacia atrás, manteniéndola pegada a la pared, mientras follaba como un animal.

El sonido mojado de piel contra piel, la sensación de follar sin protección, sabiendo que estaba metiéndole un hijo dentro, no tenía nombre. La calentura de follar a alguien para embarazarla era una novedad y la mierda era erótica como el carajo.

Quería a Helena cargando un hijo mío, que todos supieran que se había entregado a mí, que su cuerpo delicioso había sentido placer conmigo. Y por segunda vez desde que descubrí el tumor, deseé tener más tiempo para tener eso. El hijo, sí, pero Helena también.

Mi lengua giró en la suya, como si le follara la boca con la misma calentura abrasadora con la que me comía su coño.

Helena rodeó mi cuello, las uñas clavadas en mi nuca, correspondiendo a mi beso hambriento. Sus músculos internos me apretaron tan firmemente, en un nuevo orgasmo, que apenas tenía espacio para seguir penetrando; me enterré por completo, dejando que ella me sacara la leche, maravillosamente.

Con cada chorro, más feroz se volvía el beso, intercambiando saliva y gemidos. Y aunque acabara de correrme, aunque todavía estuviera justo en medio del clímax, quise más, mucho más.

22



Desperté desorientada, sin saber dónde estaba.

El colchón era demasiado suave, las sábanas tenían su olor y el aire acondicionado mantenía el cuarto fresco, a pesar del calor sofocante de la noche de Río allá afuera.

Entonces recordé lo de más temprano y se me calentó todo el rostro: Pedro dentro de mí. En la ducha, después en la cama. Sus manos en mi cuerpo, en todas partes, hasta hacerme casi llorar de placer.

Me hundí un poco más en el colchón, sintiendo un cansancio delicioso en el cuerpo. Las piernas todavía flojas por el esfuerzo y mis pliegues sensibles y un poquito hinchados. Tenía la certeza de que las marcas de sus dedos estaban en mi piel.

¡Dios mío del cielo!

Me tapé el rostro con una mano, riéndome sola. ¡Pedro Guerra era absurdamente experimentado y muy generoso!

La comparación vino sin que yo quisiera. Mi primer novio, Henrique, temblaba más que yo cuando perdimos la virginidad juntos. Después Murilo, el ricachón imbécil que me persiguió hasta llevarme a la cama y desapareció.

Pedro era diferente de los dos, prestaba atención a mi cuerpo, a los sonidos que yo hacía. Como si sacarme placer también lo alimentara. Y no podía dejarme llevar. Porque el acuerdo entre nosotros no era sobre mi placer.

Era sexo para reproducción, por contrato de vientre de alquiler.

Y él había dejado bastante claro que no se involucraba más allá de eso. Me avisó y esperó mi consentimiento. Estuve de acuerdo con eso y era consciente.

Tendría que blindarme para dos cosas: primera, no podría sentirme usada, porque él me avisó y me estaba dando lo que prometió. Segunda, no podía confundir la situación y apegarme.

Entonces, ¿por qué estaba acostada en su cama, usando su camisa, con el olor de su perfume delicioso, queriendo más de lo que podía tener?

¡Mierda!

Cerré los ojos con fuerza. Cubriéndome el rostro con las manos, con ganas de rugir, aunque estuviera sonriendo y mi estómago flotando.

¡No podía convertirme en una idiota enamorada!

Entonces oí las brazadas en el agua.

Me levanté, sujetándome el cabello de sexo en un moño flojo, antes de salir del cuarto. El penthouse estaba silencioso, iluminado apenas por las luces indirectas y por el reflejo azul del área externa.

Lo encontré afuera.

Pedro atravesaba la piscina con movimientos graciosos y vigorosos. El agua espumando en su espalda y escurriendo por sus hombros anchos cuando emergía para respirar. Su cuerpo parecía aún más grande mojado, más bruto. El traje de baño negro parecía un short corto y se pegaba a sus muslos fuertes, marcando lo suficiente para hacer que se me apretara el estómago.

Me quedé allí, quieta, admirándolo durante demasiado tiempo, hasta que me atrapó. Pedro me vio antes de que yo consiguiera disimular. Sus brazadas disminuyeron hasta que alcanzó el borde más cercano a mí. Salió del agua de una vez, sujetándose del mármol claro con los brazos tensionados.

¡Dios mío!

El agua escurrió por su pecho definido, bajando por el abdomen, por aquella fina línea de vello debajo del ombligo que yo quería lamer, pero no había tenido oportunidad, porque él se dedicó a consumirme como quiso. El volumen de su polla en el traje de baño atrajo mis ojos. El cabello oscuro estaba mojado, echado hacia atrás, y los ojos azules parecieron todavía más intensos bajo la iluminación nocturna.

Sentí mi cuerpo entero responderle, quedándose en brasas otra vez.

—¿Vas a quedarte solo mirando? —preguntó ronco, con una sonrisa canalla en el rostro.

El calor me subió por el cuello.

—Yo... voy a arreglarme para irme.

Pedro tomó una toalla de la reposera cerca de nosotros, sin desviar los ojos de mí.

—Pedí una cena.

Parpadeé, aturdida.

—Ah. —Me insulté mentalmente por la respuesta ridícula.

Se secó el rostro despacio, observando mi reacción como si supiera exactamente el efecto que causaba. Y probablemente lo sabía.

Pedro dejó la toalla mojada de vuelta en la silla y vino hasta mí todavía mojado, dejando pequeñas marcas de agua por el piso. Mi corazón se aceleró, como siempre ocurría en su presencia. Me miró de arriba abajo, vestida con su camisa, abotonada solo en los botones del medio, y sus manos grandes vinieron a mi cintura, jalándome hasta que pegué el pecho al suyo.

—Piensas demasiado —murmuró.

Antes de que yo respondiera, se inclinó y me besó. Lento y seductor esta vez. Lo que era peor, mucho peor. No tomó mi boca con urgencia, la saboreó. Y los sonidos graves que emitía su garganta, mientras chupaba mis labios y mi lengua, me ablandaron las piernas.

Por eso rodeé su cuello con los brazos, pegándome a él, hasta sentir el volumen de su polla rozando mi bajo vientre. Sus labios se deslizaron sobre los míos, en un ritmo perezoso, como si tuvieran todo el tiempo del mundo para volverme loca.

Una mano subió por mi espalda, hasta perderse en mi cabello, inclinando mi cabeza hacia un lado, profundizando el beso. Sentí sabor a menta, whisky y Pedro.

Pero era la forma en que besaba lo que me quitaba el aire: seguro y experimentado, con el deseo palpitando de él hacia mí.

Su pecho mojado hizo que la tela fina de la camisa que yo usaba se pegara a mis pezones intumescidos, y el contraste del frío del agua con el calor de su piel me hizo estremecer.

Y por un instante demasiado largo, olvidé por completo que esto debería ser apenas un acuerdo.

Su mano se cerró en mi cabello, tirando suave justo en la raíz, y la otra se plantó en mi trasero, apretando casi al punto de doler,

posesivo y un poco bruto, mientras el beso empezaba a transformarse en otra cosa.

Pedro besaba como hacía todo lo demás: tomando el control a la fuerza.

El placer corrió quemando por mi nuca, esparciendo escalofríos por mis brazos. Acaricié su cabello mojado y me puse de puntillas, lista para ser besada hasta perder el aire.

Nunca me habían besado así, con esa adoración voraz. Como si mi placer se volviera sabroso y una extensión del suyo. Como si le gustara verme deshacerme en sus brazos. Como si le gustara yo.

Era un pensamiento demasiado peligroso.

Aparté mi boca de la suya, tragando aire en un suspiro tembloroso, aún sintiendo los labios hormiguear, hinchados. Pedro apoyó la frente contra la mía por un instante, respirando pesado.

Entonces sonó el timbre. Los dos nos quedamos inmóviles por un segundo, mirándonos tan de cerca que las respiraciones se mezclaban; sentí en mi rostro cuando él soltó una risa baja por la nariz.

—Timing de mierda. —Forzó un tono de queja, pero todavía estaba sonriendo, junto conmigo.

Me dio un último apretón en el trasero antes de apartarse para atender la entrega. Me quedé quieta cerca de la piscina, intentando reorganizar los pensamientos, mientras observaba su espalda ancha desaparecer por las puertas de vidrio que volvían a la sala principal.

Él no era un hombre que mantuviera relaciones, ni siquiera casuales. Pero era capaz de convencer a cualquier mujer de olvidarse del propio juicio.

Minutos después, volvió empujando un carrito, con una bandeja grande cubierta. El olor llegó antes y mi estómago rugió alto. Mantequilla, ajo, vino blanco y brisa marina.

Pedro colocó los platos sobre la mesa exterior, cerca de la piscina. Me acerqué, observando lo que había pedido para nosotros. Había langosta a la parrilla con mantequilla de hierbas, camarones gigantes salteados en ajo y limón siciliano, además de un risotto cremoso de parmesano con ralladura cítrica.

—¡Dios mío, es comida para un batallón!

La comisura de su boca subió.

—¿Dices eso mirando la comida o a mí? —Puse los ojos en blanco por la bromita, pero sentí que el rostro me ardía.

Jaló la silla para mí y se sentó enseguida, todavía mojado de la piscina. El cabello húmedo y desordenado por mis dedos lo dejaba peligrosamente hermoso bajo la iluminación suave del área externa. La piscina reflejaba una luz azulada en su piel. Era imposible no mirar.

Sirvió vino blanco para mí primero.

—Pedra Serena no tiene un restaurante así, ¿verdad? —preguntó.

Me reí, irónica, negando con la cabeza.

—Allá apenas hay un restaurante de verdad, solo esos medio turísticos, de cocina a leña, con comida casera de abuela.

—¿Hace cuánto saliste de allá? ¿Pretendes volver?

Pensé un poco antes de responder.

—Salí para estudiar en la universidad. Y no sé si quiero volver. Me gusta allá. Solo... ya no cabe en mí.

—La ciudad pequeña hace eso. —Asintió despacio, como si lo entendiera perfectamente—. Los sueños se achican para caber.

—¿Tú también sentías eso? —Pareció que me había sacado las palabras de la boca.

Pedro se recostó en la silla, mirándome con esa mirada eléctrica e intensa. El viento de la noche movió levemente su cabello todavía húmedo.

—Yo miraba todo aquello y pensaba que, si me quedaba, mi vida ya estaba decidida incluso antes de empezar. —Me sorprendió su honestidad.

—¿Y Río? ¿Tus sueños cupieron aquí?

—Río es donde la gente viene a soñar de verdad. La mayoría nunca consigue realizarlo, pero quien lo consigue vive en grande.

Miré alrededor. El penthouse, la piscina y la vista absurda de lo hermosa que era la Barra iluminada.

Pedro Guerra parecía exactamente alguien que había soñado demasiado en grande. Y había conseguido realizarlo. Era un ejemplo que me daba esperanza.

Nos quedamos en silencio, mirándonos el uno al otro, y pesqué un camarón del plato, sujetándolo por la cola, para no ponerme tensa cerca de él. La forma en que siempre me observaba me ponía nerviosa. No solo por la atracción, que era casi un ser vivo entre nosotros, sino por saber que realmente me veía.

No a la niñita que era huérfana de madre, «la hija del profesor Augusto» o «la nieta de doña Dalva y don Anselmo, que Dios los tenga en su gloria». Guerra veía mi personalidad y mi carácter, mis sueños y la ambición de ser grande. Me veía a mí, de una manera que tal vez nadie más fuera capaz.

Bajé los ojos al plato, sin conseguir sostener su mirada, demasiado conmovida por su interés en mí.

Esto no era una cita. No era romance. Era un acuerdo. Sexo y embarazo, solo eso.

Entonces, ¿por qué parecía tan íntimo compartir vino y frutos de mar al borde de la piscina?

23



Un gemido fue lo primero que se escapó de mis labios al despertar. Entonces miré hacia abajo y Pedro estaba entre mis piernas. Solo veía sus ojos azules intensos, entornados en los laterales, y el cabello desordenado de sueño.

Estaba succionándome el clítoris, con la lengua suave, presionando justo donde yo la necesitaba. Ni siquiera había amanecido del todo, así que la luz que incidía en su rostro lo hacía parecer todavía más descarado.

Al verme despierta, Pedro me abrió bien los muslos, encajando sus hombros detrás de mis rodillas. Abrió mis labios mayores con el índice y el pulgar y los chupó justo en mi entrada, murmurando contra mi carne:

—Estás escurriendo, desesperada por tomar mi polla, incluso después de que te comí toda la tarde de ayer y de madrugada. —El tono de aprobación en su voz, mirando directamente mi coño mientras dejaba que la saliva escurriera de su lengua, hizo que me

retorciera de deseo y vergüenza—. Tu coño es rico como el carajo, Helena. Yo tampoco quiero parar...

Apoyó la palma sobre mi bajo vientre, manteniéndome abierta y a su disposición, cuando un espasmo me hizo arquear la espalda, apretando las sábanas arrugadas.

—¿Alguien ya te chupó el coño así, al punto de hacerte escurrir de esta forma? —preguntó, y pegó los labios a mis más internos, moviéndolos como si fuera un beso en mi boca.

—¡Dios mío! —gimoteé un gemido, sacudiendo la cabeza contra la almohada.

No, nunca me habían chupado de esa forma. Y era una fantasía que tenía, ser despertada con sexo oral. Pedro también sabía la respuesta, nadie nunca me había chupado así. Y aunque yo tuviera más experiencia, dudaba que alguien pudiera compararse con él. El arrogante lo sabía y, por eso, sonrió descarado y presuntuoso.

—Voy a acabar con este coño. Ahora me pertenece. —Dio una lamida muy suave sobre mi clítoris, solo para hacerme estremecer.

Mis pezones estaban duros, erizados, mientras yo intentaba mantener los ojos abiertos como él siempre me mandaba hacer, viendo y oyendo todas las obscenidades que quisiera hacer conmigo.

Deslizó la lengua suave y mojada hasta mi entrada y la empujó allí dentro, frotándola en las paredes internas.

—¡Dios mío del cielo! —prácticamente grité, cerrando las dos manos en su cabello, con fuerza, sujetándolo justo allí.

La nariz presionada contra mi clítoris, sus ojos eléctricos presos en los míos, la lengua entrando, saliendo y frotándose en mi canal. Eran todo el estímulo que necesitaba para ser torturada por un orgasmo sufrido. Había perdido la cuenta de cuántas veces me había corrido desde que llegamos al penthouse anoche. Y mi cuerpo estaba exhausto, pero no conseguía saciarme.

Mi trasero se levantó de la cama cuando apoyé los pies en el colchón, frotando el coño contra su cara. Los vellos de su barba estaban un poquito más largos esa mañana, pero todavía raspaban y me dejarían ardida todo el día. Y solo de pensar en eso, el orgasmo salvaje me atravesó entera.

Me llevó algunos largos instantes regular mi respiración jadeante. Mientras Pedro me lamía hasta recoger todo mi gozo y lubricación, como si le pertenecieran.

Entonces subió el cuerpo sobre el mío. Los músculos de sus brazos y de su pecho hacían que el contraste de nuestras pieles, la de él bronceada y la mía pálida de oficina, fuera todavía más hermoso y erótico. Pero era el cabello desordenado por mis dedos lo que me dejaba embobada.

Pegó la boca a la mía, haciéndome probar mi propio sabor, entonces sonrió contra mis labios, levantándose de la cama.

—Voy a ducharme, solo esta vez, porque tengo una reunión con los japoneses temprano.

Sí, yo lo sabía, fui yo quien puso ese compromiso en su agenda digital. Pero solo con que él lo comentara, recordé que no era solo un hombre que me estaba llevando a la cama, era mi jefe, que quería hacer un hijo en mí, para que yo fuera su vientre de alquiler.

Sin embargo, por más que su polla estuviera dura, dejando una marca mojada en la tela gris, no exigió que yo le diera nada a cambio de mi placer.

Cerré los ojos por un instante, intentando alejar el sentimiento peligroso. ¡No podía involucrarme con él! No emocionalmente.

Muchos minutos después me levanté despacio, con las piernas medio temblorosas, y vi mi vestido crema colgado en el sillón del cuarto. Hice una mueca. La tela estaba arrugada, los tirantes estirados. Sin contar que había venido a trabajar usando esa

ropa el día anterior. Y ahora tendría que volver a la oficina con la misma ropa, las mismas bragas.

Sostuve el vestido contra el cuerpo, alisándolo para deshacer las arrugas. Necesitaría al menos una plancha para quedar presentable. Instantes después, oí su voz ronca detrás de mí:

—Estás mirando ese vestido como si te hubiera ofendido.

Pedro había vuelto al cuarto con una toalla felpuda enrollada baja en la cadera estrecha. El pecho desnudo, discretamente marcado por mis uñas, me hizo perder el hilo del razonamiento por un segundo.

¡Ese hombre era ridículamente hermoso! Madre mía...

—Es la misma ropa de ayer... —rezongué.

—Voy a resolverlo —afirmó, con aquel tono severo de liderazgo firme. Tomó el celular de la mesa de noche y llamó a alguien—. César, necesito ropa femenina en el penthouse... Talla cuarenta o cuarenta y dos, ropa profesional e íntima. Ahora. —Hizo una pausa, mirándome—. Zapato treinta y seis. —Y colgó.

Mi estómago se contrajo. Realmente se fijaba en mí. Y lo peor, sabía la talla del cuerpo de una mujer solo con mirarla. Tal vez ya hubiera hecho eso otras decenas de veces, aquí mismo en esa cama...

No debería incomodarme, no tenía derecho a sentir celos. Él no era absolutamente nada mío, además de jefe.

—¿Quién es César? —me enfoqué en el problema real, que era alguien eligiendo ropa para mí y trayéndola al penthouse de él, en el hotel que le pertenecía.

—Concierge del piso. Los penthouses tienen trato VIP. Algunos clientes no pueden simplemente salir a la calle a comprar ropa, alguien hace el servicio.

—Entiendo... Está bien.

Me puse el cabello detrás de la oreja, buscando mi bolso con la mirada. El maquillaje en miniatura que mantenía en el bolso tendría que hacer el trabajo hoy.

Pedro arqueó una ceja, buscando mi mirada, y se metió delante de mí, impidiéndome seguir buscando mi bolso y mis zapatos.

—No parece que esté todo bien. ¿Qué pasa?

Me negué a mirarlo, porque no quería perder la cabeza y hablar de más, pero los celos estaban burbujeando en mi pecho y necesitaba enterrarlos en la misma cajita donde había enterrado mis problemas durante años.

Claro que algo así ya había pasado antes. Mujeres saliendo de su penthouse usando ropa cara, comprada a las apuradas por los empleados del hotel. Probablemente modelos, actrices, influencers. Hermosas y mucho más experimentadas.

No secretarias del interior de Minas, intentando esconder facturas atrasadas dentro del bolso.

Pedro me sujetó los hombros y, como si hubiera percibido la incomodidad en mi silencio, agregó:

—Deja de pensar mierdas. Ve a tomar una ducha, suelen ser rápidos —ordenó, como si pudiera hacer que un sentimiento, por más intrusivo que fuera, se apagara con facilidad.

Tal vez funcionara para él. Y yo tendría que aprender, rápido. Fui a tomar una ducha para enfocarme en el presente y obligarme a dejar de confundir las cosas.

Veinte minutos después, estaba secándome el cabello frente al espejo, envuelta en una bata, y sonó el timbre. Pedro había ido al despacho del penthouse para prepararse para la reunión en media hora. Era importante, pues oficializaría la reforma del Sugoi y el equipo de contratistas, daría plazos para la apertura.

Hoy tenía un día lleno, hablando con marketing internacional para empezar a planear la divulgación de la inauguración, así como con Sombra, el CFO, que siempre lo dejaba un poco irritado al final del día por ser un cerdo tacaño.

Por eso fui a atender la puerta, intentando parecer profesional, a pesar de estar usando una bata que dejaba bastante evidente que había dormido aquí.

El hombre del otro lado llevaba un traje impecable y una expresión neutra, de alguien que ciertamente entendía exactamente lo que estaba pasando aquí.

—¿Señorita Helena? —preguntó educadamente.

Asentí, avergonzada. Detrás de él había otra empleada del hotel sosteniendo fundas de ropa y cajas.

¡Dios mío, quería morirme!

—El señor Guerra solicitó estas piezas.

Concordé con un «ujum» y dejé que entraran para colocarlas sobre la encimera de la isla de la cocina funcional.

—Gracias. —Sostuve la puerta abierta, indicando que podían salir.

El concierge apenas asintió, profesional. Aun así, tuve la certeza de que todo el mundo en aquel piso comentaría después.

La secretaria del jefe, durmiendo en el penthouse, acostándose con él y recibiendo ropa cara como regalo.

Cerré la puerta y encaré las fundas con hologramas de marcas de las que solo había oído hablar. Abrí una por una: pantalón de vestir claro, camisa de seda azul suave, blazer estructurado y zapatos nuevos.

Todo absurdamente caro.

Pedro vino del despacho, con el tablet en la mano, deslizando el lápiz sobre la pantalla. Hasta que me vio allí, parada, mirando la ropa sin saber qué hacer ni cómo sentirme al respecto.

—Esto es un absurdo —solté antes de perder el valor.

Él miró la ropa, después a mí.

—No, es exactamente lo que pedí. Y si no te queda, llamo y pido que traigan otra. Pero no voy a poder esperarte. —Colocó el tablet al lado de la caja de zapatos abierta y metió la mano dentro de la bolsa de papel grueso, de una marca de lencería carísima. Se mordió el labio inferior, con el hilo dental de encaje en la mano.

—¡Pedro, esto debe costar una fortuna!

—¿Y qué?

Crucé los brazos, avergonzada porque había tomado el sostén. Seguro me estaba imaginando usando las cosas que me había dado, cuando me llevara a la cama otra vez.

—¡No necesito que me compres cosas porque te acostaste conmigo!

Eso hizo que frunciera el ceño a una velocidad impresionante. Soltó las prendas íntimas sobre la camisa de seda y vino hasta mí.

Lo bastante cerca para que su perfume se me metiera en las vías respiratorias.

—Escucha bien una cosa, Helena. —La voz salió baja, pero firme. Me sujetó el mentón entre los dedos. Hasta que obedecí y lo miré—. Voy a darte la porquería que se me dé la gana. Son regalos. No pago por sexo, no eres una puta y no te veo así. Eres la mujer que va a cargar a mi hijo. Entonces, sácate esa mierda de la cabeza y acostúmbrate.

La forma intensa en que habló dejó todo mi cuerpo caliente otra vez. Porque no parecía un hombre intentando comprar a una

mujer. Parecía un hombre dominante, irritado porque yo pensara eso de él.

Pedro deslizó lentamente el pulgar por mi piel antes de soltarme el rostro.

—¿Y de verdad crees que yo necesitaría pagarle a alguien para acostarse conmigo? —La pregunta fue arrogante, como él.

Pero, por desgracia, verdadera.

Pedro me dio un beso en la comisura de la boca y tomó el tablet de vuelta de la encimera.

—Voy a esperarte en el despacho y dejar el ascensor desbloqueado para que puedas bajar sin la contraseña. Si quieres comer antes de bajar, solo llama al servicio de habitación.

Puta madre, cuando comandaba esas pequeñas cosas de mi vida, preocupado por mi bienestar, yo me ablandaba otra vez. Me quedé jadeante, mirando su espalda dentro del traje grafito, hasta que la puerta se cerró, sin saber si había dado un paso más grande que mis piernas.

Tal vez yo no supiera separar las cosas, no con él.

24



PEDRO
GUERRA

Día siguiente

Debí haber traído a Helena conmigo.

El pensamiento me irritó por décima vez esa noche.

Ajusté el moño, sin paciencia, mientras atravesaba el salón del evento. El hotel en Copacabana brillaba en blanco, dorado, cristales y dinero antiguo. Empresarios, políticos, inversionistas extranjeros y mujeres impecablemente producidas circulaban por el ambiente, sosteniendo copas de champán como si fueran una extensión natural del cuerpo.

Antes, era ese tipo de noche lo que me agradaba: el lujo, los contactos, el coqueteo descarado. Ahora parecía una pérdida de tiempo. Yo quería estar en el penthouse otra vez.

Quería encontrar a Helena usando alguna de las otras prendas que mandé comprar y dejar en el cuarto, por si necesitaba de nuevo. Y yo quería que necesitara...

Solo podía imaginar dónde estaba ahora y la imagen simple que mi cerebro fabricó me llenó de ansiedad: Helena con el cabello todavía húmedo por la ducha, sin maquillaje, tal vez sentada en el sofá, viendo cualquier cosa en la televisión o revisando el teléfono, fingiendo que no me estaba esperando.

¡Mierda!

El simple pensamiento me apretó el pecho y me hizo extrañar lo que nunca tuve y ni siquiera podría tener, no había más tiempo para nada de eso.

Meses. Dos años.

Fui hasta el bar del gran salón, saludando con un gesto a las personas que conocía, pero todavía no estaba listo para conversar. Y le pedí un whisky al bartender. Apenas lo puso frente a mí, me bebí la mitad, sin sentirle el sabor.

—¿Pedro?

Reconocí la voz incluso antes de girarme.

Marília.

Estaba deslumbrante de rojo, con el cabello más rubio que la última vez que nos vimos, en un intento desesperado por llamar la atención. Era hermosa y eso era innegable. Sin embargo, lo que hacía de su carrera un fracaso era el hecho de ser una mala actriz. Como prueba, la sonrisa triste ensayada en los labios.

—Marília —saludé, volviendo a beber un sorbo de whisky.

Se acercó más de lo debido, di un paso atrás, sin disimular. Mi paciencia con ella estaba en el límite. Y si decidía emboscarme en público, por saber de mi aversión a los escándalos con mi nombre, le mostraría que ya no tenía nada que perder.

—Hace semanas que no respondes mis mensajes.

—Porque se acabó —fui seco, buscando con la mirada a algún conocido para alejarme de ella sin parecer que estaba huyendo.

Sus ojos se endurecieron por un instante, antes de volver a la expresión dolida.

—Destruiste mi psicológico, ¿sabías?

Suspiré lentamente, exhausto y aburrido.

—No empieces.

—Salí devastada de esa relación.

¿Relación? Casi me reí. Pasamos menos de un mes cogiendo. Literalmente solo nos encontrábamos para coger. La conocí en uno de esos eventos, ella me abordó, insinuándose de forma agresiva. Tarcísio tenía razón, dejé que mi ego hablara más alto.

—Salí sin nada —continuó—. Me deprimí, perdí pruebas, perdí una campaña... la gente habla de mí como si yo fuera solo otra mujer descartada por Pedro Guerra.

Ah. Ahora llegamos adonde quería.

Me acerqué un paso, bajando la voz:

—¿Cuánto?

Ella parpadeó.

—¿Qué?

—¿Cuánto quieres para dejar de rodear este asunto?

Su rostro se puso rojo.

—¡No te estoy chantajeando! —siseó, indignada, como si toda esa conversita no fuera sobre dinero.

—Lo parece como el carajo.

Marília cruzó los brazos y solo le faltó zapatear, como una niñita mimada haciendo berrinche. Apreté la mandíbula, porque ella iba a hacer esa mierda de escena, quisiera yo o no.

—¿Crees que puedes tratar a todo el mundo así porque tienes dinero?

—No. Te trato así porque estás intentando chuparme la sangre. Estoy dispuesto a pagar, Marília. Solo dame el valor, yo pago y tú me dejas en paz y me ahorras esta conversita tuya. Dejé todo claro desde el inicio, te hice firmar un contrato que literalmente decía que, cuando termináramos, esto nunca pasaría. —La señalé a ella y después a mi propio pecho.

Nunca mentí, nunca forcé simpatía ni endulcé mi personalidad. Ella quería mi cuerpo, cenas caras y champán. Era lo que yo tenía para ofrecer.

Fui brutalmente honesto. No hice ninguna promesa, no la ilusioné.

Ella se acercó una vez más, las fosas nasales dilatadas de rabia. ¡Que no empezara a gritar! Puta madre, que no empezara.

—Yo te quería —murmuró, con un puchero malditamente falso.

Eso me irritó más de lo que debería. Porque, por primera vez en años, yo sabía exactamente cómo era "querer" a alguien. Y no era eso.

Miré alrededor del salón antes de volver los ojos a ella.

—Escucha bien, Marília. Si haces un escándalo, tú pierdes mucho más que yo.

Ella abrió la boca para responder, pero continué antes de que hablara.

—Si intentas usar mi nombre para aparecer, dar una entrevista o insinuar cualquier mierda sobre mí, destruyo tu carrera. —Escupí las palabras, enfurecido porque me había acorralado, porque creía que después de agarrar el dinero de aquel chantaje, para no dar aquella entrevista, todavía existía alguna posibilidad para nosotros.

—¡No harías eso!

—Prueba suerte. —Incliné ligeramente la cabeza.

El silencio entre nosotros se volvió denso. Marília desvió los ojos primero. Como casi todo el mundo hacía. Respiró hondo, sujetando el bolso pequeño contra el cuerpo.

—Eres un hombre horrible.

Tal vez. Pero si no me hubiera endurecido, no habría llegado adonde llegué, habiendo salido de la nada. Personas como ella me habrían derribado mucho más abajo en la escalera, aprovechándose.

Y mientras esa mujer intentaba arrancarme algún resto de emoción en ese salón lleno de gente... Helena estaba durmiendo en su cama, cuando podría estar en la mía.

Me alejé de Marília cuando finalmente vi a uno de los diputados que vivían tanteándome para invertir en sus campañas. Fui a tener conversaciones vacías y socializar, fingir sonrisas, hasta olvidar a Helena. La vería mañana.

Mañana...

—Tienes cara de quien mató a alguien en el estacionamiento. —La voz burlona de Tarcísio surgió a mi lado.

Me aparté de la conversación sin gracia con los políticos y empresarios, aflojé la corbata, sin paciencia.

—Marília está aquí, ya se me cruzó.

Él soltó una risa nasal, irónica.

—Ah. La estrella resolvió reaparecer. —Tomó una copa de champán de la bandeja de un mesero y me analizó de lado—. ¿Qué quería? ¿Dinero? ¿Un pedido de disculpas? ¿Una segunda temporada?

Me pasé la mano por la nuca.

—Drama.

—El drama es más caro que la pensión... —ironizó, levantando la copa en el aire, en mi dirección.

De eso él sabía bastante.

—Vino con el discursito de que salió devastada de la relación, que perdió trabajo, que se deprimió...

Tarcísio hizo una mueca.

—El discursito preparatorio de la demanda por daños morales. Y tú respondiste como un ogro, imagino.

Lo miré y el hijo de puta abrió una sonrisa.

—¿Quién dijo que fui un ogro?

—¡Pedro! Pedro, ¿en serio? Tú amenazas a los accionistas de tu empresa diariamente. Imagínate a una loca de esas. Creo que deberías dejarme tramitar una orden de restricción. Estoy oliendo mierda, escucha lo que te digo.

Bufé por la nariz.

—Ella sabía dónde se estaba metiendo, el contrato me protege. Y además, no tengo tiempo para una mierda de esas, Tarcísio.

—Lo sé. Pero una mujer enamorada no lee un contrato con la cabeza. Y ya que entramos en este asunto, que me interesa mucho más, ¿cuándo vas a dejar de huir de mí?

Sabía todo eso. Marília quería mi imagen. Si aparecía a su lado, su carrera despegaría por el simple hecho de estar en alza, no por su habilidad para conseguir papeles. Marketing por encima del talento.

Y yo no estaba huyendo de él, solo de la conversación, porque no llevaría a nada. No me haría esa cirugía, punto.

—Mañana ofrécele más dinero y un nuevo acuerdo para que deje de abordarme en los lugares. —Mantuve la conversación en el

problema que él podía resolver.

—No voy a desistir. Cuando menos lo esperes, voy a aparecer en tu oficina con una junta médica para incapacitarte, después no digas que no te lo advertí.

Solo conseguí reír, dejando el vaso de whisky sobre la bandeja de un mesero y dándole una palmada en el hombro.

—Estás diferente. ¿Dejaste a la madre de tu hijo esperándote en casa? —se burló Lobo, bebiéndose el champán hasta el final, riéndose sobre el borde de la copa.

—No.

—¿No?

—Se fue a su casa hoy, porque yo tenía este evento.

—Ah, entiendo, solo en las noches libres. Tengo que admitir que estoy bastante curioso. —Tarcísio se giró de espaldas a la multitud, de la que estábamos alejados, pero no quería que nadie pudiera leerle los labios—. ¿Cómo conseguiste convencer a Helena de meterse en esta mierda contigo?

—Necesitaba que alguien le resolviera el financiamiento...

—Trescientos mil pagarías si ella solo fuera a gestar a tu hijo y devolvértelo, Pedro. ¿Le estás dando una misión de toda la vida por trescientos mil? Tiene que estar muy desesperada para aceptar hacer un hijo contigo mientras tú te niegas a tratarte...

Fue por la forma en que desvié la mirada que Lobo entendió lo que estaba ocurriendo.

—Dime que no hiciste eso... —Esperó mi negativa y, cuando no llegó, cerró los ojos y se sujetó el puente de la nariz.

Lo que me hizo recordar mi dolor de cabeza constante, que los medicamentos no siempre conseguían contener, como era el caso de hoy. Y el alcohol tampoco ayudaba en nada.

—No estoy de acuerdo con esta mierda, Pedro. —No respondí —. ¡Ella necesita saber que firmó un contrato para ser madre soltera! ¡Es difícil como el carajo!

Mi cabeza salió del salón de inmediato y volvió a Helena, probablemente durmiendo a esa hora. Me dormí después de ella ayer, lo poco que dormimos. Y la imagen de ella dormida a mi lado era perfecta como la puta madre.

El pensamiento me apretó el pecho y me endureció la polla al mismo tiempo.

¡Mierda!

Gruñí y Tarcísio soltó una carcajada baja.

—Carajo, estás muy jodido.

—¡Cállate!

—Tal vez eso sea bueno...

No, no lo sería, no me permitiría querer a Helena, no así. El objetivo estaba trazado y yo siempre fui hiperfocado en alcanzar mis objetivos.

Estaba cosechando los frutos de todo mi esfuerzo justo aquí, ¿no?

Mi mirada volvió automáticamente sobre el salón lleno de personas desconocidas. Luces doradas, mujeres hermosas, gente "importante" y todo me pareció superficial y vacío como el carajo.

Mientras que con Helena, una cena al borde de la piscina, fue calma y paz.

Helena da Paz no merecía luchar mis guerras. Que yo quedara postrado en una cama. Ella era joven, llena de sueños que yo ni siquiera sabía cuáles eran.

Y yo necesitaba seguir recordando cuál era la situación exacta entre nosotros: un acuerdo. Nada más que eso.

Solo que pensar en ella ya parecía más que eso. Tarcísio tenía razón, yo estaba realmente jodido.

—Me voy —anuncié, cansado de fingir que quería estar allí, aprovechando la buena vida por la que sacrifiqué todo lo demás para conseguir.

Su sonrisa se volvió lobuna, mientras entrecerraba los ojos y se ajustaba las mangas del traje.

—Claro que te vas. Ya no hay nada aquí que te interese, ¿no es así?

No, no había nada además de ella que me interesara ahora. ¡Puta madre!

25



Pasé toda la mañana ansiosa. Pedro tenía la agenda llena hasta el fin de semana, por la cantidad de veces que tuve que reprogramar cosas en los últimos días. Por eso, todavía no lo había visto hoy.

Desde ayer al final de la tarde, cuando salió de la oficina arreglado para el evento y me dijo que no me quedara hasta muy tarde, tenía un nudo en el estómago.

El problema era que mi cuerpo parecía haberse quedado en su penthouse y estaba ansioso por volver.

Con cada vibración del celular, mi corazón daba un salto ridículo, esperando un mensaje de Pedro. Aunque fuera un e-mail de una línea.

Cada vez que el ascensor se abría en el piso de presidencia, levantaba los ojos sin darme cuenta, igual que una idiota condicionada por su propia ansiedad.

¡Profesionalismo, Helena! Me repetí eso tantas veces a lo largo del día que las palabras perdieron el sentido.

Poco después de las cinco de la tarde, la puerta de la oficina se abrió.

Pedro entró, succionándome el aire directamente de los pulmones. Parecía cansado, el saco oscuro moldeaba sus hombros anchos, la corbata floja evidenciaba el día agotador de sonrisas fabricadas y apretones de manos millonarios. Pero eran sus ojos los que me golpeaban primero. Azules, eléctricos, fijos en mí como si estuvieran imantados.

Mi estómago se hundió.

El silencio vibraba en la corta distancia entre él y yo. Mi pecho subía y bajaba, cada vez más rápido, mientras el aire escaseaba y mi mente me lanzaba flashbacks de nuestros momentos juntos.

—A mi oficina. Ahora. —Su voz vino grave, pero estalló en mi piel como un látigo.

No entró, apenas abrió la puerta y me esperó. Tomé el tablet, intentando fingir profesionalismo, no presumir que me estaba convocando para otra cosa que no fuera trabajo. Y aunque lo estuviera haciendo, hoy no era un buen día.

Mis tacones chasquearon contra el piso, como un reloj, marcando cuánto faltaba para acercarme a él. Corazón acelerado, piel caliente. El recuerdo de aquella noche todavía latía en mis carnes.

Entré delante de él, con Pedro sosteniendo la puerta para mí. Y en cuanto el clic resonó con el cierre, me jaló por la cintura, girándome entre sus brazos. Dejé caer el tablet, pero a nadie le importó.

No hubo espacio para conversar.

Su boca encontró la mía con un hambre que me desarmó entera. El beso vino caliente, feroz, casi bruto en la urgencia, como

si todas esas horas distantes hubieran creado en él una irritación física.

La mano en mi nuca se cerró firme, enredando los dedos en mi cabello e inclinándome el rostro para profundizar el beso, mientras la otra apretaba mi cintura posesivamente, deslizándose hacia mi trasero.

El sabor de whisky caro todavía estaba en su boca. Su perfume mezclado con el aroma distante de sudor masculino solo lo volvía más atractivo.

Mi cuerpo reconoció las acciones y correspondió antes que mi razonamiento.

Me sujeté de las solapas del saco oscuro, buscando equilibrio, cuando me prensó contra la puerta. Grande, sólido, oliendo a masculinidad y depravación.

Pedro Guerra siempre me besaba como si fuéramos a morir en el instante siguiente. Tomando lo que se le daba la gana y poseyendo, de la misma manera en que actuaba con todo en la vida.

Conquistaba lo que quería y, en sus brazos, parecía que yo era el nuevo objetivo.

¡Dios, cómo me gustaba eso!

El sonido ronco que se escapó de su garganta cuando le jalé levemente el cabello me atravesó entera. Su mano apretó mi trasero sobre la falda de vestir, como si estuviera irritado por la distancia, como si el hecho de que yo estuviera vestida fuera una afrenta personal.

Yo estaba sin aire, pero no quería saber nada. Fue él quien apartó la boca de la mía, mirándome con la mirada intensa, la boca manchada con mi labial. Hermoso y depredador.

Necesité algunos segundos para recordar cómo respirar. Sus ojos pasearon por mi rostro sin prisa, observando el estrago obsceno.

—Hoy vas a la cama conmigo —ordenó, con la voz una octava más grave.

La frase cargada de aquella certeza arrogante que hacía que mi cuerpo respondiera antes que la razón. Entonces recordé.

¡Mierda!

—Estoy menstruando —susurré.

El silencio cayó entre nosotros con el peso de un mazazo. Vi la vacilación antes de que consiguiera esconderla. Y dudé, encogiéndome contra la puerta e intentando apartarme de él. Ignorar su erección pegada a mi bajo vientre, todavía cubiertos por la ropa.

Siendo quien era, dudaba que la menstruación fuera un problema para su deseo. Nunca había cogido menstruando, pero, honestamente, me importaba muy poco. El problema fue él y su reacción.

Eso disminuía las posibilidades, luego, no deberíamos...

No importaba la atracción ni la voluntad evidente, el acuerdo era sobre embarazarme. No sobre nosotros.

El apretón en mi pecho vino tan inesperado como humillante. Pedro retrocedió un poco, quitando las manos de mí, y se alisó la barba, como si duelara consigo mismo. Por primera vez desde que lo conocí, pareció necesitar reorganizar sus propios pensamientos.

—Cierto.

Solo eso.

Fue un balde de agua fría, principalmente para mi ego. Desvié la mirada para no demostrar cuánto me había afectado y me agaché para recoger el tablet, comprobando que no se hubiera roto; la funda protectora lo había protegido, lo que ya era más de lo que podía decir de mis nervios hechos pedazos después de ese latigazo emocional.

Claro que perdería el interés. No quería apenas sexo conmigo, quería el hijo que haría en mí. No había espacio para carencia en ninguna cláusula.

Entonces, ¿por qué parecía rechazo?

Pedro volvió a mirarme y, por un instante, sus ojos se suavizaron casi imperceptiblemente. El pulgar pasó por mi labio inferior, todavía hinchado por el beso, en un gesto demasiado gentil para un hombre que decía no involucrarse.

—Entonces lo dejamos para cuando termine.

Asentí, intentando sostener algo de dignidad.

—Buenas noches, Helena.

Abrió la puerta de la oficina y salió, dejando atrás su olor, su sabor y la horrible sensación de que yo estaba empezando a querer cosas que no debía.



—¿Te vas a la hora? —Camila se acercó, terminando de escribir algo en el celular con una habilidad increíble, a pesar de las uñas largas. Se echó las trenzas sobre un hombro y me sonrió, dejando los hoyuelos a la vista—. ¿Happy hour? Dios sabe que lo necesito, después del caos que fue mi día.

Me dio vergüenza negarme, tenía algo de dinero guardado en mi cuenta, después de todo. Finalmente podría ser una joven de veintitrés años que gasta dinero en salidas con amigas.

¡Estaba todo, absolutamente todo pagado!

Le devolví la sonrisa, acomodándome el bolso en el hombro, antes de volver a caminar en dirección a los ascensores.

—¿Por qué tu día fue un caos?

—¡Tu jefe! El evento de ayer dio de qué hablar. Me pidió específicamente que estuviera pendiente de Marília y va y se queda de charla con ella en la fiesta, siendo fotografiado por Dios y todo el mundo. Amiga, si cambió de idea sobre asumir una relación pública, ¡necesito saberlo! Helena, encájame en su agenda mañana, por favor. Intenté hablar con él cuando vino, pero pasó como un huracán.

¿Relación pública?

—¿Quién es Marília?

—¿Marília Dantas? ¡La actriz, chica! Estuvo en «Bailando con la fama», ¿no te acuerdas? Está bien, últimamente está medio apagada, la mandaron a la congeladora del canal, solo aparece de vez en cuando en el sitio de H1, con esas noticias que no le importan a nadie: «Marília Dantas en bikini en la playa, tomando agua de coco». —Camila soltó una risa nasal, mostrándome un lado de su personalidad que yo habría adorado si no tuviera la garganta cerrada.

Recordaba a una Marília Dantas, la rubia famosa, que era la villana en las novelas cuando yo era más joven... Y era bellísima.

—¿Ella y Pedro tienen una relación?

—Entonces, hay un montón de rumores de que se estaban comiendo, de que terminó y etcétera... Cuando él me llamó para trabajar, pregunté sobre relaciones y lo negó, ¿no?, pero tú sabes cómo son los hombres. Dudo que no esté durmiendo con alguien, o con algunos... Más todavía con esa cara.

Camila puso los ojos en blanco, mientras mis pasos flaqueaban hasta que nos detuvimos frente a las puertas del ascensor.

—Solo necesito que me diga qué quiere que haga con esa información, porque esta mierda medio que se está viralizando. No

va a durar, pero si ellos siguen apareciendo juntos, necesito que me diga cómo girar la narrativa. —Continuó parloteando, ajena a cómo yo me estaba sintiendo.

Me obligué a no pensar en mis ojos ardidos.

Fue entonces cuando empeoró todo, mostrándome las fotos del evento benéfico al que él fue anoche. El evento en sí no tendría tanta visibilidad, porque los sitios de chismes no se enfocaban en empresarios y políticos, a menos que hubiera un escándalo. Y Pedro les dio una historia jugosa, lo que no formaba parte de su personalidad.

Después de que empecé a trabajar para él, pasé a stalkear su presencia online, o la ausencia de ella. Aun así, después de salir en portadas de revistas, se volvió muy popular entre el público femenino. Casi al mismo nivel de una subcelebridad. Cada vez que alguien hacía una lista de "daddys", él entraba en el top uno.

—No sabía que eran pareja —comenté, sintiendo que las entrañas se me hacían un nudo.

Marília estaba divina, usando un vestido rojo de muy buen gusto, seguramente de algún diseñador famoso. Incluso en Río de Janeiro, los eventos de gala eran más espaciados; no había una alfombra roja cada semana, como en Hollywood, pero ese fue uno de los pocos y ambos estaban perfectos juntos. Formaban una pareja bellísima.

Ella: la rubia estándar, con el cuerpo perfecto de gimnasio y procedimientos estéticos, y talla treinta y seis. Él: el moreno misterioso, con los ojos azules eléctricos, el soltero multimillonario —y tal vez ni siquiera fuera una exageración de mi parte—, por el que mujeres y hombres se sentían automáticamente atraídos.

—Si él quiere asumirlo, puedo hacer oro con eso, incluso va a ser bueno para la empresa. —Camila comentó mientras entrábamos en el ascensor y mis oídos zumbaban.

Acepté ser su vientre de alquiler porque pensé que era soltero. Y por más que el acuerdo fuera que él me embarazara de forma natural, si tenía a alguien, yo sería "la otra" y no tenía idea de cómo lidiaría con eso.

Hoy Pedro dejó claro que solo tenía interés en mi cuerpo si era para embarazarme. Y yo no tendría cómo negarme a cumplir con mi parte. Pero si asumía una relación, le rogaría que cambiara las reglas del acuerdo y hiciéramos la fertilización in vitro.

Lo más importante era que necesitaba blindar mi corazón.

No me permitiría sentir absolutamente nada por él, mucho menos celos.

Cuando bajamos al vestíbulo, Camila me dio un codazo, señalando con un gesto discreto de cabeza hacia la puerta de entrada, donde Leandro estaba con la mirada fija en mí y una sonrisa que me recordaba a un perro callejero color caramelo esperando comida.

—Estos guardias de aquí, ¡Dios mío del cielo! ¡Mira el tamaño de ese tipo!

Intenté mirar a Leandro de la misma forma que ella lo veía, pero no pude. Podía ser fuerte, tener un cuerpo bien esculpido por horas de gimnasio, estar bronceado y tener la personalidad correcta, pero yo simplemente no conseguía sentir nada.

Por desgracia.

—¿Y entonces? ¿Vamos a salir? —Vi sus ojitos brillando y los hoyuelos profundos en la sonrisa perfecta.

—Hoy no. Estoy llena de cólicos, solo quiero mi cama. —Mentí —. Pero prometo que la próxima no voy a negarme. —Intenté sonreír, decidida a no dejar que Pedro me hiciera sentir como una novia traicionada.

Yo no era absolutamente nada de él, además de una empleada y la mujer que eligió para gestar a su hijo solo. Una

empleada de una forma u otra, como dejó muy claro al despedirme más temprano.

Solo eso.

Como si fuera poco.

26

PEDRO GUERRA



Días después

Algo había cambiado y yo estaba muy incómodo.

Generalmente, la frialdad de las personas o el profesionalismo al tratar conmigo eran muy bienvenidos, hacían que las personas fueran objetivas y más eficientes. Si no tenía que oír la letanía educada de «hola, ¿todo bien?», la conversación iba directo al punto y yo no necesitaba forzar simpatía ni ser grosero.

Solo que con Helena, yo estaba trepando por las paredes, intentando entender qué mierda estaba pasando.

Había vuelto al trato profesional extremadamente distante, como al principio. Los dos primeros días lo respeté. Estaba menstruando, tal vez tuviera cambios de humor que yo desconocía. Pero ahora, cuatro días después de la última vez que nos besamos, muy probablemente la menstruación ya no era una cuestión y ella seguía siendo seca.

Y yo casi no estaba quedándome en la empresa. El grupo árabe vino a Río de Janeiro, Danilo y yo tuvimos que atenderlos personalmente. Los llevamos a conocer el hotel en la zona sur de Río, también hicimos un vuelo rápido para que vieran la unidad de São Paulo y entendieran que yo "merecía" entrar en su ciudad modelo.

El hotel en Dubái sería el primer emprendimiento que yo no tendría que prácticamente demoler y reconstruir para llegar al lujo que imponía en todos mis hoteles. El grupo que administraba la hotelería en Dubái, casi como un cartel, vino a ver de qué era capaz. Y necesitarían ser cortejados.

Esa noche, Danilo se encargaría de llevar a los árabes a conocer las discotecas y las acompañantes tercerizadas que también formaban parte de los negocios, por debajo de la mesa. Normalmente, me gustaba esa parte: la tensión y los juegos de interés, la sensación de estar construyendo algo más grande que yo mismo.

Sin embargo, hoy mi cabeza volvió a Helena con una frecuencia irritante.

Llegué al hotel ya al final de la tarde, con el sabor de café viejo en la boca y la cabeza latiendo levemente. Estaba cansado, debería ir a mi casa, pero vine movido por otra parte del cuerpo que no era el cerebro.

El vestíbulo estaba movimentado, huéspedes cruzando el mármol pulido, mientras el olor cítrico del lobby se mezclaba con el sonido bajo del piano que venía del restaurante.

Cuando salí del ascensor en el piso de la empresa, mi corazón empezó a galopar de una manera que no reconocía. Entré en la antesala de mi oficina buscando a Helena con la mirada.

Los orbes castaños se clavaron en mí y la respiración retenida en medio de un latido me dejó con los nervios a flor de piel.

Sentada detrás de la mesa, con los dedos detenidos sobre las teclas de su computadora. Aquel moño bajo sujeto con una pluma, dejando algunos mechones castaños caer sobre la nuca, hacía de ella la imagen perfecta de la tentación.

¡Hermosa como el carajo!

Sin embargo, verla levantar otra vez los muros, cambiando la postura a una impecablemente profesional, me sacó del eje. Como nada más conseguía hacerlo.

—Señor Guerra, todas las demandas de la lista del e-mail ya fueron resueltas. La reunión del martes fue reagendada y los informes de ocupación están sobre su mesa.

—Helena...

Me acerqué despacio, quitándome el saco de los hombros, y lo dejé sobre su mesa. Entonces percibí el cansancio escondido bajo el maquillaje leve. La forma en que se masajeó discretamente los dedos antes de cerrar una carpeta. Había pasado el día entero corriendo detrás de mis exigencias, sin quejarse.

Cuando era con Karina, nunca me importé. Esperaba de ella la misma dedicación que me exigía a mí mismo. Pero con Helena, la culpa siempre venía.

—¿Por qué sigues aquí?

—Porque usted mandó veintitrés e-mails en menos de cuatro horas.

La comisura de mi boca subió. Estaba aburrido e impaciente en el vuelo de regreso, oyendo al cerdo de Sombra carcajearse con los inversionistas, en un inglés sin acento evidente, como el hijito de papá que era, después de haber hecho un millón de intercambios durante la vida. Sus privilegios no lo hicieron menos adicto al trabajo, sin embargo, y era por eso que lo soportaba, porque era extremadamente eficiente.

Entonces dejé a los árabes en sus manos y me enfoqué en el trabajo, para tener la noche libre, y acabé sobrecargando a Helena.

—Ya te dije que me llames Pedro cuando estemos solos.

—Forma parte de mi trabajo —rebatió, seca, desviando la mirada de vuelta a la pantalla, clicando furiosa una ventana tras otra.

Me quedé mirando mientras organizaba las cosas para cerrar el día, metódica incluso en el cansancio. Helena hacía todo como si necesitara probar constantemente que merecía estar aquí. Reconocía ese comportamiento, porque yo sentía lo mismo en mis primeros años, la necesidad de probarme, de ser el mejor o seguir intentándolo.

El problema era que, ahora, yo quería aliviarle el peso. Y eso era arriesgado.

—¿Ya cenaste? —pregunté, sacando conversación antes de que se fuera.

Ella negó con la cabeza.

Pensé en llevarla directo al penthouse. Pensé en ella deshaciéndose en mi cama otra vez, el cuerpo caliente bajo el mío, los ojos perdidos de esa forma que me hacía olvidar cualquier mierda de control.

Pero estaba cansada.

Y yo no quería que me mirara como una obligación.

¡Puta madre! Realmente estaba jodido.

—Cena conmigo —salió como una orden, cuando debería haber sido una invitación.

Ella levantó los ojos, sorprendida por mi actitud.

—¿Ahora?

—No acostumbro planear cenas con seis meses de anticipación.

Su sonrisa fue involuntaria. Y sentí una satisfacción ridícula, de quien se importaba por las reacciones que le arrancaría a una mujer.

Me sorprendí cuando aceptó.

Pedí que trajeran la comida a la oficina, en lugar de llevarla a mi penthouse. Quería tomar una ducha y quizá hasta comer en la cama, pero si estaba tan cansada como parecía, no la haría coger conmigo.

Al ver que me quité la corbata y doblé el cuello de la camisa, Helena se sacó los tacones, soltando gemidos con cada paso, hasta sentarse en la mesa donde la chupé por primera vez.

Parecía más ella misma, como había empezado a actuar cerca de mí desde que declaré que tenía interés en ella. Todavía se sonrojaba cuando yo la miraba demasiado tiempo, pero ya sostenía una conversación sin parecer que quería huir.

Le conté sobre la negociación en Dubái, mientras ella removía distraídamente el risotto de limón siciliano con camarones.

—Ofrecí transformar el hotel en un polo empresarial de lujo. Mezclar arquitectura árabe con concepto occidental.

Sus ojos se encendieron de inmediato.

—Va a quedar increíble. Y tiene la cara de allá.

Sonreí sin darme cuenta.

—Hablas como si entendieras del asunto.

—No soy experta ni nada, pero después de empezar a trabajar aquí estuve investigando, Pedro. —Apoyó los codos sobre la mesa, cambiando la postura a una presuntuosa que combinaba demasiado con ella.

Mi nombre en su boca también sonaba delicioso.

Helena empezó a hablar sobre mis primeras expansiones hacia Estados Unidos. Usó términos como integración cultural, flujo internacional de huéspedes. Inteligente, entusiasmada, verdaderamente interesada. Y yo me quedé observando más que escuchando, porque en algún momento percibí una cosa inconveniente como el carajo:

Me gustaba conversar con ella.

No era solo sexo, como siempre había sido. No era solo su cuerpo contorsionándose en mi cama o la forma en que gemía mi nombre, me gustaba su compañía. Ni siquiera sabía que extrañaba aquella calma mineira, escondida bajo una lengua afilada cuando ganaba confianza.

Y esa comprensión me dejó inquieto durante toda la cena. Quise instigarla para que hablara más y se exhibiera para mí, pero me contuve, porque todavía estaba digiriendo todas esas sensaciones inéditas.

Después de la cena, acompañé a Helena hasta el ascensor del estacionamiento. A esa hora, había poquísimos empleados haciendo horas extra, todos demasiado enfocados en sus propios trabajos; aun así, me impedí ponerle la mano en la espalda.

Ella se acomodó el bolso en el hombro mientras esperábamos, cansada, bonita y oliendo al perfume suave que ya empezaba a impregnarse en mi mente.

—Este fin de semana voy a Angra, necesito un descanso. —Fijé la mirada en su boca antes de continuar—: Te quiero conmigo.

—Pedro...

—Mando a Rui a buscarte.

El ascensor llegó con un sonido bajo, pero ninguno de los dos entró.

—Este fin de semana no va a poder ser.

Mi mandíbula se trabó.

—¿Por qué?

—Quedé en salir con Camila.

Los celos eran una mierda ridícula. Aun así, vinieron como un puñetazo en la boca del estómago, tomándome desprevenido.

—En el contrato que firmaste había una cláusula de exclusividad sexual.

Fue la primera mierda agresiva que salió de mi boca. Helena alzó una ceja en desafío, cruzando los brazos bajo los pechos deliciosos. Estaba usando la camisa que mandé comprar el día que durmió en el penthouse. Y esa le moldeaba las curvas perfectamente.

—¡Exclusividad sexual, Pedro! No arresto domiciliario.

Me acerqué más sin darme cuenta, cerniéndome sobre ella y prensándola contra las puertas del ascensor, que volvieron a cerrarse sin que saliera del piso.

—Entendiste exactamente lo que quise decir —gruñí.

Ella soltó una respiración corta, jadeante, mirándome desde abajo, bajo las pestañas largas y maquilladas, transformando aquella mirada de rabia en furia excitada.

—Gracioso oír eso después de las fotos con Marília dando vueltas por los sitios de chismes toda la maldita semana.

¡Carajo! Camila estaba detrás de mí para que me pronunciara sobre el asunto. Pero creí que, si lo ignoraba, perdería atractivo. El problema era que Marília seguía haciendo insinuaciones, surfeando la ola de sus quince segundos de atención.

El olor del perfume de Helena se volvió más fuerte cuando disminuí la distancia entre nosotros, apoyando la palma en la puerta

de metal al lado de su cabeza.

—Eso no fue nada.

—Nada... Sé lo que el sexo significa para ti, pero recuerda que nosotros estamos cogiendo sin condón.

Recibí un golpe de realidad al comprender lo que estaba diciendo. No eran celos tontos de una chica deslumbrada. Era un pensamiento racional de alguien que me había entregado su confianza.

Le sujeté el rostro, levantándolo en mi dirección, y las ganas de besarla se volvieron casi más grandes que las de asegurarle que podía seguir confiando en mí. Al menos en ese sentido.

—No estoy follando con nadie más. ¿Quieres un contrato garantizándolo?

Mi voz salió más grave y ronca. Los ojos castaños se prendieron de los míos.

—Lo firmo. No quiero a nadie en mi cama además de ti.

Vi el instante exacto en que las palabras atravesaron sus defensas. Las narinas inflamadas, tragando el aire que la respiración corta no entregaba. Los labios entreabriéndose, implorando por un beso, los brazos descruzándose, listos para salir de la posición defensiva y dejarme tomar su cuerpo.

Entonces besé a Helena, importándome una mierda si alguien nos estaba viendo. Despacio esta vez, incluso con el tamaño de la calentura que me provocaba. Quería probar que el sexo con ella no era "nada" como lo fue con muchas otras. Había la intención de hacer un hijo, pero la mayor parte de ese deseo era por ella.

Su boca se abrió para mí en un suspiro, aliento caliente y entrega. Profundicé el beso sintiendo el sabor suave del vino todavía preso en su lengua. Apreté el botón para que las puertas del ascensor se abrieran y la empujé con mi cuerpo hacia dentro, sin soltar sus labios.

La prensé contra la pared espejada, con una mano en el lateral de su cuello, guiándola hacia donde yo quería, la otra bajando por el costado de su cuerpo hasta alcanzar su trasero delicioso.

Y esa maldita sensación de mierda volvió.

La de que la exclusividad estaba empezando a significar mucho más de lo que debería.

27



El fin de semana siguiente, Pedro realmente marcó el descanso, incluso después de que volviéramos a coger en el penthouse, cuando dijo que estaba yendo a la cama conmigo y solo conmigo. No lo hice firmar un contrato.

De cualquier forma, ese era el primer sábado, en casi dos meses, que no trabajaría, por eso acepté la invitación de Camila para conocer el rooftop del restaurante Canaã, en Ipanema.

Me encontré con ella en la entrada, con fila y todo, igual que en una serie. Y nos hizo entrar, llamando al guardia de seguridad por su primer nombre, llena de confianza.

El restaurante era increíble, pero el rooftop parecía otro mundo.

Subimos por un ascensor espejado y, cuando las puertas se abrieron, fui golpeada por la luz cálida, baja, música electrónica a un

volumen que todavía permitía conversar y el viento salado que venía de la playa de Ipanema golpeándome el rostro.

El lugar entero brillaba bajo las luces indirectas y la decoración era increíble, con plantas tan perfectas que parecían artificiales y mesas hechas para parecer rústicas, pero que ciertamente eran novísimas. Y estaba lleno de gente hermosa, sosteniendo tragos coloridos bajo el cielo estrellado.

Mi tacón se hundió levemente en el deck de madera, mientras miraba alrededor intentando no parecer impresionada. Y fallando miserablemente.

—Tienes cara de turista en excursión —comentó Camila, riéndose. Los hoyuelos hundiéndose en sus mejillas.

Empujé su brazo con el mío, riéndome de mí misma.

—Nunca vine a un lugar así. ¿Se me nota mucho?

—Yo también vine pocas veces. Para divertirme, en este caso. Ya trabajé mucho en lugares así... Solo tengo cara de pertenecer, relájate.

Aquello me arrancó una risa.

Camila estaba hermosa. Usaba un vestido negro corto, simple, pero que en ella parecía caro. Las trenzas largas, con los rizos un poco más voluminosos, se balanceaban con cada paso, mientras caminaba por el rooftop con la barbilla erguida.

Dos personas la saludaron antes incluso de que llegáramos a una de las mesas altas, para beber de pie, cerca de la baranda de vidrio.

—Ser amiga de influencer es sufrir —murmuró para mí, antes de abrazar a una chica rubia que sostenía un celular más grande que su propia mano, grabando algo para una red social.

Observé la escena, divertida. Camila parecía diferente fuera del trabajo. Más suelta, más ruidosa. En el hotel era impecable,

medio tímida. Y yo conseguía comprender que aquel lugar la intimidaba tanto como a mí.

Aquí, solo parecía joven.

Llegamos a la mesa y ella puso sobre la superficie el celular que nunca soltaba. Coloqué mi clutch, encontrada en una feria de segunda mano años atrás. Y un mesero apareció casi de inmediato, como si estuviera cronometrado para darnos la sensación de que éramos VIPs.

—Esto es surreal —dije, mirando la línea de edificios y el mar a lo lejos.

Camila sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Cuando era adolescente en Vidigal, juraba que la gente rica vivía así todos los días.

—¿Y no vive? —interrumpí, y ella hizo una mueca.

—Vive. Pero normalmente está infeliz, usando ropa beige.

Esta vez solté una carcajada. El mesero trajo nuestros tragos poco después y Camila levantó el suyo en el aire.

—Un brindis por fingir costumbre en ambientes incómodos —brindó, mostrando la sonrisa alineada y aquellos hoyuelos que me hacían cuestionar su edad.

Toqué mi vaso con el de ella, negando con la cabeza.

—Eso fue muy específico.

—Porque es difícil como la mierda. Para mí, por lo menos. Por eso trabajo tras bastidores. —Bebió un sorbo antes de continuar—: Juraba que era lo que quería, volverme medio famosita, hacer publis, tener una buena vida, ¿sabes? Mi madre trabajaba en casas de familia. Mi padre desapareció en el mundo antes de que yo aprendiera a caminar. Crecí en Vidigal, viendo turistas pagar en una noche de hotel en la favela lo que mi madre tardaba un mes en

ganar. Era medio obsceno, pero quien tiene dinero para quemar hace locuras así.

Se encogió de hombros. El tono era ligero, de broma, pero detrás sentí cierta rabia.

—¿Cómo terminaste en marketing? —pregunté.

Ella sonrió.

—Internet. Era una adolescente chismosa y bonita. Al algoritmo le gusté. Gané una platita en la época, pagué la universidad y abandoné antes de realmente explotar. Pero para entonces ya conocía el esquema lo suficiente para conseguir un buen empleo. Y Guerra me robó de la agencia donde trabajaba antes, ¡gracias a Dios!

Abrí mucho los ojos, pensando en cómo Pedro había oído hablar de Camila.

—¿Pedro Guerra fue detrás de ti para contratarte?

—No, claro que no. Él estaba buscando a alguien acostumbrada a lidiar con escándalos. Y me dejó en la congeladora de Guerra Turismo por unos meses. Me quedé con ese montón de tipos que no tienen idea de cómo funciona TikTok durante meses, invirtiendo en comerciales de televisión y nada más... Solo recordó que tenía a alguien para lidiar con marketing personal y presencia digital aquel día que tú recuerdas.

—¡Dios mío!

—Por eso yo estaba supernerviosa, porque sé hacer una cosa y no es lo que ellos hacen en el sector de marketing de la empresa. Administraba la imagen de un montón de influencers en mi antigua agencia. De algunas di gracias a Dios por librarme, pero otras son realmente gente interesante y seguimos siendo amigas. Y pueden estar millonarias, pero siguen llamándome para pedirme mi opinión sobre campañas de cosas dudosas... —Alzó una ceja e hizo un gesto

de garra, indicando el tópico más polémico respecto a influencers y responsabilidad social.

Aquello me hizo reír de nuevo.

—¿Pero y tú, de dónde vienes? Debí haber preguntado antes, pero me quedé pensando si parecería entrometida... Solo sé que no eres de Río por el acento, pero no consigo identificarlo. —Bebió otro sorbo, después de parlotear, y se echó las trenzas hacia atrás de los hombros.

—Un pueblito del interior de Minas Gerais. Pedra Serena. —No le conté que era el mismo lugar de donde Pedro había venido.

—¿Pueblito tipo de telenovela de las seis?

Pensé un poco antes de responder.

—Más pequeño.

Soltó una carcajada.

—¡No lo creo! No tienes nada de caipira. Dios mío, ¿eso es ofensivo? Quiero decir que no pareces de interior, eres toda resuelta. ¿Ves por qué no sirvo para ser el rostro y la voz en redes sociales?

—¡Calma! No es ofensivo, no para mí, no me lo tomé a mal. Y es muy en serio. Pueblito mini, donde todo el mundo sabe la vida de todo el mundo. Mi padre no conseguía comprar pan sin que alguien preguntara si yo iba a conseguir novio.

—¡Trauma! —Abrió mucho los ojos y se terminó el trago—. Mis tías viven preguntándome cuándo voy a conseguir un hombre. Pero tiene que ser uno que ellas aprueben: un hombre con un buen empleo, que también sea bueno en la cama. Mi madre dice que mejor no consiga ninguno, que son problema.

—¡Madre santísima! —Me cubrí la boca con la mano, conteniendo la risa.

—Te lo juro... familia de mujeres. Pero ¿y la ciudad y tu padre? ¿Los extrañas? Nunca viví fuera de Río de Janeiro, no

conseguiría estar lejos de mi familia. Son entrometidas, pero son mías, ¿entiendes?

Asentí, dejando que la mirada se perdiera en la vista por un instante.

—Me gustaba vivir allá. Creo que simplemente ya no cabía allí. Y extraño muchísimo a mi padre. Mi madre murió cuando yo era muy pequeñita, mis abuelos cuando era adolescente... Quedamos solo nosotros dos por un tiempito, antes de que yo viniera a Río.

Camila asintió lentamente, como si entendiera exactamente aquella sensación.

—A veces me siento culpable por soñar demasiado grande, por querer una carrera que no sería posible allá y dejarlo atrás.

—El sueño de la gran ciudad... No tienes la culpa de tener ambiciones, es normal.

Ambiciones... Camila no tenía ni idea. Mis ambiciones me hicieron cometer una cagada descomunal que casi costó el sueño de mi padre: la casita propia, comprada con el sudor del trabajo honesto.

Ambiciones que me trajeron hasta aquí, a un rooftop de lujo, usando un vestido que solo pude comprar porque decidí ser vientre de alquiler de mi jefe multimillonario.

Dios mío.

Camila arqueó una ceja.

—Estás pensando en alguien, ¿verdad?

Casi me atraganté con la bebida.

—¿Qué?

Ella soltó una risa alta.

—Helena, por el amor de Dios. Sé reconocer a una mujer que está siendo bien cogida. ¿Es el guardia grandote? Por favor, dime

que es él...

—¡No! ¡Jesús! Leandro es solo un compañero de trabajo.

—Ajá. Casi estaba ladrando cuando pasamos junto a él para irnos aquel día.

Antes de que pudiera rebatir, tomó el celular.

—Vamos a sacarnos una foto, antes de que me emborrache y mi celular se trabe, para no pasar vergüenza online.

Me quedé casi detrás de ella, con el fondo absurdamente hermoso de Ipanema atrás, mientras posicionaba el celular. Incluso siendo más baja y más delgada que yo, consiguió encuadrarme de una forma en la que quedé perfecta. Ella realmente sabía lo que estaba haciendo.

—Ahora pon cara de rica triste —ordenó, girando la cámara hacia otro ángulo.

—¿Cómo es una cara de rica triste?

—Como influencer que le pone los cuernos al novio futbolista.

Terminé riéndome en medio de la foto.

Camila posteó casi inmediatamente las fotos que sacó y me marcó en una publicación en colaboración, antes de dejar el celular sobre la mesa. Yo ya no posteaba nada hacía meses, pero aquellas fotos estaban tan perfectas que acepté de inmediato.

—Listo. Ahora oficialmente parecemos mujeres que tienen tarjeta de crédito infinita pero se visten de pobres, porque es la nueva colección de Valentiag.

—Puedo hacer ese papel —garanticé, solemne, sorbiendo la pajilla de mi trago hasta la mitad, mientras Camila levantaba el vaso vacío discretamente hacia el mesero.

—Completamente aburridas, viviendo el mejor momento de nuestras vidas.



Una hora después, yo ya había rechazado tres tragos enviados por tipos diferentes. El primero vino acompañado de una servilleta con un número de teléfono. Lo que me hizo reír, porque no imaginaba que la gente todavía hiciera eso. El segundo, de uno que me guiñó un ojo con torpeza desde el otro lado del rooftop. El tercero, ni sabía hacia dónde mirar, porque estaba enviando varios tragos al mismo tiempo, intentando acertarle a alguien.

Camila se reía más y más con cada uno de ellos. Pero también rechazó un trago. Hoy era día de amigas, dijo ella, y era justo lo que yo quería, independientemente del contrato de exclusividad...

—Necesito empezar a salir más contigo. Mujer buena atrae beneficio social.

—Para, ¡eres hermosa! —Puse los ojos en blanco.

—Lo sé, pero "tú tienes cara de quien va a joderme la vida" —canturreó.

Terminé riéndome. Fue entonces cuando sentí su presencia.

Mi cuerpo lo reconoció antes de que mis ojos lo encontraran. Levanté el rostro y encontré a Pedro atravesando el salón a cielo abierto, al lado de Tarcísio.

Mi corazón descarriló hacia una pulsación duplicada en un instante.

Los dos llamaban la atención de una forma que era casi ridícula. Pedro Guerra estaba hermoso, más casual, solo con la camisa de vestir con los dos primeros botones abiertos, marcando los bíceps, mientras las mangas arremangadas dejaban los antebrazos a la vista.

Tarcísio estaba con un saco casual, con camiseta por dentro y una cadena bajo la camisa, solo para insinuar cómo sería si se quitara la camisa. El abogado sonreía mientras decía algo, sin habernos visto todavía, pero Pedro estaba mirándome a mí.

Y vino en nuestra dirección, como si hubiera venido aquí por mi causa. Pero no podía ser. Él dijo que no hacía eso y no había ninguna foto suya en internet al lado de ninguna mujer en ningún evento social. Si no fuera por los rumores de sus romances secretos, la prensa habría inventado que era gay.

—¡Dios mío! ¿Estoy hablando enredado? —Camila se giró de espaldas a los dos y abrió mucho los ojos—. ¡Helena! ¿Parezco borracha?

—¡Creo que la borracha soy yo! —Me mordí la boca por dentro, conteniendo la sonrisa, y fue justo en ese momento cuando ellos se detuvieron en nuestra mesa.

—Buenas noches, Helena. Camila. —Pedro nos saludó a las dos, deteniéndose cerca de mí, pero no lo suficiente para que alguien percibiera que me cogía cuando quería.

Todos los vellos de mi cuerpo se erizaron y tuve que contenerme para no mirarlo directamente.

—¿No ibas a viajar? —pregunté, antes de conseguir pensarlo mejor—. ¿Voy a tener que trabajar mañana?

Él esperó a que lo mirara antes de responderme. La comisura de su boca subió despacio, evaluándome.

—Con toda seguridad, no.

Los ojos azules bajaron hacia el trago en mi mano antes de volver a mi rostro. No pareció juicio, parecía más que se estaba riendo conmigo y no de mí. Indicando que yo no conseguiría trabajar mañana. Ni siquiera había bebido tanto. Solo estaba un poco alegre.

Tarcísio, entonces, se inclinó hacia la mesa. Apoyó un codo mientras me miraba entera, después miró a Pedro con una sonrisa

lobuna en el rostro. El lobo probablemente sabía, es decir, con seguridad sabía que yo estaba cogiendo con Pedro.

—Mira nada más qué coincidencia maravillosa. —Su voz tenía aquel acento carioca arrastrado, peligrosamente seductor.

Pero fue cuando sus ojos se clavaron en Camila que el clima cambió. Se puso serio, mirándola de arriba abajo, muy lentamente. Y ella se desinfló dentro de su burbuja de felicidad, cambiando a un aire de irritación.

Fue rápido, ella enseguida tomó el celular y volvió a encarar a Pedro, con la sonrisa astuta en el rostro. Aun así, yo lo vi.

Pedro también lo percibió. Claro que lo percibió.

—Sí, una coincidencia, realmente. Vamos a dejarlas en paz, quieren divertirse. —Dijo eso y me encaró, asintiendo, como si quisiera darme algún recado que mi cerebro licuado no comprendió.

Tarcísio abrió una sonrisa lenta, observándonos a los dos, y se apartó de la mesa, pero continuó mirando la espalda de Camila mientras ellos se alejaban hacia una mesa que quedaba en nuestra línea de visión.

Estaban riéndose el uno con el otro, hablando cerca para que nadie los oyera, mientras claramente se provocaban, en una amistad bonita y evidente. Era diferente ver a Pedro fuera del ambiente de trabajo o de la cama.

Pero lo peor era desear ver más de eso.

—¡Ese abogado es un imbécil arrogante! —comentó Camila de repente, sacando mi foco de los dos hombres—. Anda por ahí creyendo que todas las mujeres del planeta quieren darle.

Abrí mucho los ojos. ¿Ella y Tarcísio tenían historia?

—Él medio que puede pensar eso, porque probablemente es verdad... Míralo.

—¡Helena! —Me lanzó una mirada ofendida.

—No aguanto más trabajar con él. ¡Esta pesadilla de Marília tiene que acabar! Casi estoy yendo allá a presentarle un viejo rico, amiga. ¡Porque así ya no necesito soportar más a ese Lobo!

Lobo, es verdad... Ella es Cordeiro.

Me reí sola de la ironía, sin comentarlo con ella, porque parecía que su fiesta se había acabado. Mis ojos volvieron involuntariamente hacia Pedro. Encontré sus ojos sobre mí otra vez.

Incluso distante.

Incluso sentado con Tarcísio.

Pedro seguía observándome. Y aun de lejos sentía su posesividad, como si solo su presencia silenciosa pudiera marcarme como posesión suya.

Y quise serlo, con una intensidad que no tenía tamaño.

Desvié la mirada primero.

No debería querer salir con él de esa forma. Compartir mesas, tragos, risas. Quería poder mirar a Pedro en público, sin necesitar fingir naturalidad, sin poner cara de "rica triste".

Necesitaría sofocar esa ambición, esa voluntad.

La voluntad era algo que venía y pasaba, como decía el dicho.

28

PEDRO GUERRA



Dos semanas después

Hacía dos semanas que venía cogiendo con Helena entre reuniones, contratos y planillas. Ya no conseguía mirarla sin imaginar aquella boca en la mía o en mí.

El problema era que ya no se trataba solo de calentura. Era más grande que eso.

Me estaba quedando condicionado a su presencia todo el tiempo. Llegué al punto de ir detrás de ella a aquel rooftop, cuando vi la foto que Camila posteó con ella en una salida inocente con la amiga, porque los celos que Helena me causaba no tenían precedente.

Estaba obsesionado con todo respecto a ella.

El olor suave de su perfume impregnado en mi oficina, en mi ropa, en mis sábanas. Bastaba con que Helena entrara en la sala

para que mi atención saliera de cualquier mierda de informe millonario y se pegara a ella.

A la boca, a las piernas, a los pies en los tacones, al cabello pesado que adoraba jalar cuando me la comía por detrás...

Eran las conversaciones amenas, las mejillas sonrojadas cuando la provocaba, las risas contenidas y las carcajadas. La forma en que fingía que le gustaban comidas que nunca había probado, por educación, hasta que yo le quitaba el plato de enfrente...

La forma en que siempre dormía de espaldas, solo para acercarse a mí después de dormirse. Era ella inclinada sobre la encimera del baño maquillándose por la mañana, antes de bajar del penthouse al piso ejecutivo, muriéndose de vergüenza cuando la veían a mi lado y tenían certeza de que habíamos pasado la noche juntos.

Adoraba deshacer su fachada de profesional seria, que intentaba mantener cuando estábamos en la oficina, incluso si ya habíamos cogido encima de todos los muebles de mi sala y en el baño exclusivo.

Todo. Sobre. Ella.

Estaba leyendo el mismo documento por décima vez. Pero el medicamento solo había empezado a hacer efecto ahora y finalmente conseguí concentrarme. Sin embargo, mi otra distracción entró en mi sala poco después de las tres de la tarde, sosteniendo una carpeta contra el pecho.

La falda oscura marcaba las curvas acentuadas de la cintura y la cadera, balanceándose hipnóticamente cuando caminó hasta mi mesa. El moño sujeto con la pluma dejaba la nuca expuesta, algunos mechones castaños escapando a los lados del rostro.

Más que distracción. Tortura.

—Pedro, necesito hablar sobre la agenda de São Paulo. El grupo de inversionistas cambió... tal vez sea mejor que Danilo

también vaya.

Continué fingiendo mirar el notebook abierto frente a mí, fingiendo prestar atención a lo que decía. Era importante, sabía que sí, pero mi visión periférica acompañaba el movimiento de su boca pronunciando palabras que ya no escuchaba.

¡Carajo! Esa mujer tenía sabor a vicio.

Dejé de resistirme. Solo una dosis más...

Me levanté despacio, rodeando la mesa. Helena interrumpió la frase cuando percibió mi mirada.

Buena chica.

Porque yo ya no tenía condiciones de fingir normalidad. Pasé junto a ella y cerré mi puerta con llave. Me miró por encima del hombro, los dedos apretando con firmeza la carpeta y la respiración volviéndose cada vez más acelerada, haciendo que la camisa tirara sobre sus pechos deliciosos.

—Pedro... —Era para ser una reprimenda, pero solo pareció un pedido de misericordia.

Llegué por detrás de ella, lo suficientemente cerca para sentir el olor del shampoo mezclado con el perfume delicado que usaba: dulce y caliente.

Infierno particular.

Le quité la carpeta de la mano y la dejé sobre la mesa donde la chupé por primera vez, sin siquiera mirar el contenido.

—La agenda de São Paulo puede esperar cinco minutos.

—Va a llevar mucho más que cinco minutos —murmuró, divertida.

Pegué la boca a la concha de su oreja y murmuré:

—A la mayoría de las mujeres les gusta eso.

Jalé la pluma, soltando su cabello pesado. Ella respiró hondo, intentando sostener la seriedad que se desmoronaba cada vez que yo la tocaba.

Mi mano se deslizó lentamente por su cintura fina, girándola de frente hacia mí, sintiendo la tela de la falda bajo los dedos hasta apretarle el trasero. Helena mordió la parte carnosa del labio, conteniendo el jadeo, y me miró bajo las pestañas. Los pómulos empezando a sonrojarse...

Le alisé el labio inferior con el pulgar, liberándolo de la mordida que solo yo podía darle ahí. Y, mierda, me puse duro en el mismo instante.

—Estás imposible últimamente —murmuró, pero la voz le salió demasiado débil para sonar como una queja.

Acerqué mi boca a la suya sin besarla. Solo dejando que mi respiración chocara contra sus labios.

—Y tú sigues entrando en mi sala de esa forma.

Ella tragó en seco. Sonreí contra sus labios. Entonces hundí la mano en su nuca, jalando suavemente, inclinándole la cabeza hacia atrás apenas lo suficiente para pegar mi boca a su garganta y sentir escapar el suspiro retenido.

—Ponte de rodillas para mí, Helena.

Ella jadeó y me obedeció, bajando despacio, necesitando subir la falda por los laterales de los muslos.

Coloqué mis pies bajo sus rodillas, porque era donde la quería. Me eché la corbata sobre el hombro, para que nada me impidiera ver sus ojos castaños, todavía clavados en los míos.

El saco estaba colgado en el respaldo de la silla, pero no me quitaría la camisa. Me gustaba follar vestido cuando estábamos en la oficina. Parecía más indecente, de alguna manera, ver nuestras ropas arrugadas mientras seguíamos con el expediente, como si nada hubiera pasado.

Abrí el cinturón sin prisa y me desabotoné el pantalón, observando a Helena frente a mí. Esperando, ansiando tanto como yo.

Hermosa como el carajo.

Pasé los dedos por su rostro antes de sujetarle levemente el mentón y meterle el pulgar en la boca, frotándole la lengua.

—Abre la boca.

Ella la abrió. Sin vergüenza.

Saqué mi polla de dentro del bóxer, bombeándola lentamente, solo hasta que una gota de precum cayó de la hendidura. La froté en sus labios, borrándole el labial y cambiando mi pulgar por la cabeza de mi polla entre ellos.

El calor húmedo de su boca me arrancó un insulto gutural. Incliné la cabeza hacia atrás, sintiendo su lengua deslizarse alrededor del glande, mientras me miraba con los labios carnosos tragándome más y más, tan jodidamente lento que parecía la tortura perfecta.

A ella le gustaba verme perder el maldito control. Debía de estar pensando que era solo un preliminar, como todas las otras veces. Yo siempre me corría dentro de ella, hasta que su coño escurriera. Cuando me la chupaba, era solo el preludio de una follada brutal.

Pero hoy no. Quería que sintiera mi sabor como yo sentía el de ella, que se quedara tan obsesionada conmigo como yo estaba con ella.

Casi podía probar su sabor, de cuando la desperté chupándole el coño esa mañana.

Mi mano se enterró en su cabello castaño, enrollando buena parte en mi puño. Sus párpados pesaron, pero los mantuvo abiertos, como yo siempre le mandaba hacer. Fui metiendo mi polla más

profundo en su boca, hasta llegar a la garganta. El labial, deliciosamente, manchándome la polla.

Helena envolvió la base con un agarre firme, de la forma en que sabía que me gustaba. Y eso hizo que un escalofrío me subiera por la columna.

—Eso, carajo —siseé y bombeé, lento y profundo.

Helena soltó un gemido alrededor de mí, que vibró directo en mis bolas. Mi oficina entera pareció pequeña de repente. El olor, el sabor y la visión de ella arrodillada sobre mis pies empezaron a descontrolar cualquier línea racional de mi cabeza.

Esto no era solo reproducción. Ya no era solo eso desde hacía algún tiempo.

Empezó el vaivén, acelerando los movimientos para encontrarse con los míos. Ella me sujetaba por la base, impidiendo que me hundiera más de lo que aguantaba. Por eso me perdí follándole la boca, fuerte y voraz, mientras mantenía su cabeza inclinada hacia atrás. Sus ojos giraron en las órbitas, excitada con la depravación de dejarme usar su cuerpo para mi placer.

Solo placer, sin objetivo.

Llevarla al penthouse ya no parecía un medio para un fin, parecía una obviedad. Quería a Helena en mi cama, durmiendo a mi lado, mientras yo fingía que no estaba construyendo un desastre emocional con mis propias manos.

La sujeté con más fuerza del cabello cuando el placer empezó a contraerme el abdomen. Los gruñidos fueron escapando de mis labios cada vez con más frecuencia.

Al notar que estaba cerca de correrme, cerró los ojos y no dejó de chuparme. Hundió las mejillas, aumentando la presión, lo que me hizo rugir:

—¡Mírame! Quiero verte recibiendo mi leche en la lengua —gruñí, grave, consumido por la calentura y el ansia jodida que me

causaba.

Ella miró. Los ojos aguados, sin ser de llanto. Nublados de deseo.

Y fue exactamente eso lo que acabó conmigo.

Me corrí con un insulto atrapado entre los dientes, observando aquellos ojos castaños en mí mientras recibía mi leche, sin vacilar, sedienta.

Demasiado hermosa y tan entregada como yo a esa cosa innombrable que estábamos haciendo el uno con el otro.

Saqué mi polla de su boca, permitiendo que decidiera si se levantaría para escupir o si tragaría. Helena mantuvo los ojos en los míos al tragar y me mostró la lengua, con una sonrisa tan provocadora que ya quería entrar en ella otra vez.

Me quedé algunos segundos intentando recuperar el aire, la mano todavía presa en su cabello. Entonces jalé a Helena despacio hacia arriba. Mirándola bien de cerca e intentando entender qué mierda estaba pasando conmigo.

Su boca estaba hinchada. El labial completamente corrido. La mirada medio nublada, de esa forma que me hacía querer mandar el mundo entero a la mierda solo para seguir follando.

Besé su boca sin prisa, sintiendo mi propio sabor mezclado con el de ella.

Y en aquel instante comprendí una cosa que me asustó como el carajo: ya no sabía dónde terminaba la obsesión física y empezaba algo mucho mayor.

Algo que no tendría tiempo para aprovechar.

Meses, dos años.

Tendría de Helena lo que pudiera, mientras pudiera.

29

PEDRO GUERRA



Pasé la mitad de la vida corriendo detrás de comodidad y lujo. Dinero, hoteles, helicópteros, jets privados, rodeado de personas que tenían más dinero del que serían capaces de gastar en una vida.

Pasé años creyendo que el éxito era eso: no necesitar mirar más el precio de nada, entrar en cualquier ambiente y ser tratado como alguien importante.

Al final, la ironía no era graciosa.

Porque bastaron algunas semanas con Helena da Paz para que yo percibiera que ninguno de aquellos lujos me alcanzaba de la misma forma que encontrarla en mi oficina al final del día.

Y ahora ya no existía tiempo suficiente para reaprender a vivir diferente.

La idea me acompañó durante toda la reunión. Mientras un grupo de inversionistas discutía números y proyecciones de

crecimiento en la pantalla, yo solo conseguía pensar en su boca sobre mí más temprano en la oficina.

Mi mente seguía volviendo al cabello castaño entre mis dedos. A la manera dedicada en que me miraba, como si lo que había entre nosotros hubiera sobrepasado cualquier obligación contractual.

Tal vez lo hubiera hecho.

¡Y me volvía loco! Porque no podía permitirme necesitar a nadie justo ahora.

Llegué de la reunión tarde, con la cabeza pesada. Rui estacionó en el garaje común, porque el exclusivo estaba pasando por algún procedimiento de seguridad que no conseguí que me importara. Era trabajo del gerente.

Y fue justamente eso lo que me hizo ver a Helena, acompañada de aquel guardia que obviamente quería llevársela a la cama.

Después de verlos conversando aquel día, mandé a alguien de Recursos Humanos a traerme toda la información sobre él: Leandro Alves, veintiséis años, trabajaba para mí hacía dos años.

Le abrió la puerta del auto a ella, que sonrió en agradecimiento, pareciendo demasiado íntima para mi gusto. Dijo algo, apoyándose en su hombro, y la furia me consumió, mientras el pecho me ardía intensamente.

Los celos eran una emoción que solo Helena me despertaba.

Me quedé parado observándolos hasta que ella entró en el auto y el chofer se sentó en el asiento delantero, riéndose con Leandro, como si fueran amigos de toda la vida.

—Sigue ese auto —le gruñí a Rui, que me dio una mirada breve por el retrovisor y asintió, con los ojos muy abiertos.

No preguntó nada. Nunca preguntaba, pero yo sabía exactamente lo que estaba pensando: que ese hombre desorientado, fuera de sí, no era yo.

Yo era control y razón, pero Helena hacía de mí un posesivo jodido.

El tránsito de Barra avanzaba lento, salpicado por las luces anaranjadas de otras linternas de autos. Pero mi foco estaba en el auto negro, algunos metros más adelante.

Cada vez que recordaba a Helena riéndose con aquel mocoso, sentía una irritación absurda subirme por el cuerpo. Lo peor: empecé a visualizar si ella lo deseaba, si la reciprocidad que yo pensaba que existía era cosa de mi cabeza.

Ridículo.

Tenía cuarenta y cinco años. Un imperio. Un tumor creciendo dentro de la cabeza... Y estaba persiguiendo a la mujer con la que mantenía un contrato sexual porque un guardia la estaba cercando. ¡Y ella le estaba sonriendo!

Tenía que parar, mierda. Pero no conseguí mandarle a Rui que diera la vuelta.

Seguimos detrás de ella por más de media hora. Y a esa altura, la ira y las imágenes que mi mente fabricaba estaban bordeando la insanidad.

Cuando el auto finalmente entró en una calle más antigua de Maracanã, percibí inmediatamente el contraste. Edificios bajos, fachadas envejecidas, bares de esquina, simples, todavía abiertos a pesar de ser un día de semana. Nada de aquello combinaba con Helena en mi cabeza.

El chofer estacionó frente a un edificio antiguo. Helena bajó agradeciéndole algo al conductor antes de entrar. Y se rio, simpática.

La dejé entrar y abrí el dosier que reuní sobre ella antes de hacer el contrato, cuando descubrí que era hija de Augusto. Tomé el

número del departamento e intenté calmarme antes de subir, pero no pude.

—Puedes esperarme en el auto y, si aparece alguien para ponerte una multa, recibe la multa, pero no salgas de aquí.

Bajé del auto cerrándome el saco y observé el vecindario, la fachada del edificio. Y entré, indignándome de que no tuviera ni un portero en esta mierda, ¡cualquiera podía entrar!

Ella vivía aquí. La madre de mi hijo vivía en este maldito edificio sofocante, sin seguridad, sin ascensor ni apariencia de estructura, sin comodidad.

Mi irritación ganó un nuevo matiz. Celos y culpa.

Subí los tramos estrechos de escalera con la cabeza hirviendo. El pasillo de su piso olía a comida preparándose y a producto de limpieza barato. Lo que, de alguna manera, solo me dejó todavía más fuera de mí.

Golpeé la puerta con el puño, sin conseguir contenerme, y oí pasos rápidos dentro.

Helena abrió usando un short de algodón y una camiseta demasiado grande para ella, un poco estirada en el cuello. El cabello sujeto en lo alto de la cabeza y los ojos muy abiertos de sorpresa, mientras su rostro se ponía pálido.

—¿Pe-Pedro? —tartamudeó, nerviosa, y miró hacia dentro del departamento.

Pasé junto a ella antes siquiera de saludarla, no hablaría desde la puerta ni tenía paciencia suficiente para esperar una invitación para entrar.

El departamento era pequeño. Pequeño como el carajo. Un monoambiente apretado que aquel único ventilador, sobre una silla, no conseguía refrescar. Los muebles eran simples y dispares, y dudaba que ella los hubiera elegido.

Sobre la mesa, un montón de libros apilados, el notebook cerrado y algunos papeles.

El estómago se me revolvió, pareciendo contener ácido. Helena cerró la puerta lentamente detrás de mí.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Ignoré la pregunta.

—¿El guardia te está tirando onda?

Ella frunció el ceño, confundida.

—¿Qué?

—¡Leandro! ¿Está tirándote onda?

Helena parpadeó algunas veces, claramente intentando entender de dónde venía mi descontrol.

—Solo llamó un auto del hotel para mí. Si eso es un problema, pago por los viajes que Ronaldo me dio...

—¡Y tú aceptaste!

Ella cruzó los brazos, en posición defensiva.

—Porque vivo lejos y a veces salgo tarde de allá, entonces Leandro me ayuda, solo eso.

Me acerqué a ella, bombardeado por el olor de su perfume, que ya parecía impregnado en mi cabeza veinticuatro horas por día.

—¿Te gusta su atención? ¿Te gusta que haga cosas por ti?

—No puede ser que estés hablando en serio.

¡Lo estaba! Lo peor era que lo estaba.

Me pasé la mano por la mandíbula, frotándome la barba, intentando controlar la irritación que ardía bajo mi piel desde el momento en que vi a aquel hijo de puta riéndose con ella.

Helena era mía ahora y yo no la había asumido ni siquiera para mí mismo. Y no me pertenecía por el contrato, ni por el bebé. Era mía porque mi cuerpo reaccionaba al suyo, porque solo la idea de otro hombre tocándola hacía que me convirtiera en un animal defendiendo territorio.

Helena respiró hondo, quedándose tan frustrada como yo me sentía:

—Pedro... viniste hasta mi casa a pedirme explicaciones por un viaje en auto. No estoy cogiendo con él, ni quiero. Y fuiste tú quien dijo que sería solo sexo, que no tenías relaciones y no te enamorabas. Estamos cogiendo por un contrato, para que yo cargue a tu hijo. Me tienes ganas, pero eso no justifica que estés aquí...

—¡La mierda que no lo justifica! —interrumpí—. ¡Eres mía, carajo!

El departamento pequeño quedó en silencio por un instante.

Entonces miré alrededor, con las entrañas explotando. Y observé el resto del espacio. Aquella cocina minúscula, el sofá gastado. Por más organizado y limpio que estuviera, no era digno de ella.

Si era mía, yo no podía permitir que viviera así.

Helena sería la madre de mi hijo. Y aun en ese lugar simple, jodidamente distante del mundo lujoso que construí, ella seguía pareciendo demasiado perfecta dentro de él.

Por primera vez en la vida, no quería solo llevar a una mujer a mi cama. La quería en mi vida, por lo que durara. Y ella necesitaba saberlo.

Helena continuó mirándome en medio de la sala pequeña, los brazos cruzados, todavía intentando entender si yo me había vuelto loco de una vez.

Tal vez sí.

El ventilador giraba haciendo un ruido bajo, pero incómodo. Y me traía recuerdos de un pasado que yo sofocaba hasta el olvido. Vine de mucho menos y no quería que ella se quedara allí.

Me pasé la mano por la nuca, intentando organizar el torbellino de irritación, deseo y una necesidad casi enfermiza de tenerla conmigo.

—Arregla tus cosas —ordené, y ella jadeó.

—¿Para qué?

—Te vas conmigo.

—¿Adónde? No voy a acostarme contigo hoy, no después de esto.

—No te estoy llamando para coger, Helena. Te estoy mandando a agarrar tus cosas para llevarte a casa. ¡Mi casa!

La incredulidad surgió instantáneamente en su rostro.

—Pedro, esto es completamente absurdo.

—No es una discusión.

Helena soltó una risa corta, incrédula, y me encaró intentando contener su propia rabia.

—Apareciste en mi casa lleno de celos y ahora quieres llevarme a vivir contigo. Eso no estaba en el acuerdo... —se calló cuando me acerqué más, observando la forma en que intentaba sostener la firmeza, mientras el pecho le subía demasiado rápido bajo la camiseta desgastada.

—Vas a tener a mi hijo.

—Eso no te da derecho...

—Sí, me lo da.

La respuesta salió automática. Sus ojos se abrieron de inmediato.

Respiré hondo antes de continuar, intentando parecer racional, cuando mi cabeza era cualquier cosa menos eso.

—La madre de mi hijo no va a seguir viviendo sola en un lugar inseguro. No hay ni un portero en este maldito edificio, ¡hay un bar justo en la esquina! Cualquiera puede entrar, como yo entré aquí, ¡y tú abriste la puerta sin siquiera preguntar quién era!

Helena abrió la boca para responder, pero dudó. Porque sabía que yo tenía razón.

Además de quedar jodidamente lejos del trabajo. Y ella debía de tomar un montón de transportes públicos para trabajar para mí. Aun así, levantó el mentón en una resistencia orgullosa que la dejaba demasiado hermosa.

—Entendido, es por tu bebé —murmuró y bajó la mirada.

Casi me reí, indignado. Era por mi hijo, pero no solo por eso.

Era el conjunto: mi incapacidad de soportar la idea de otro hombre ofreciéndole comodidad, ayuda o atención. Mi irritación creciente cada vez que Helena venía a dormir a casa y yo ni siquiera había visto dónde y cómo era su casa. La obsesión absurda por esa mujer que empezó como un contrato y ahora ocupaba demasiado espacio en mi cabeza.

Le sujeté el mentón, levantándole el rostro para que me mirara, y pasé el pulgar por su labio inferior, hablando más tranquilo esta vez:

—Arregla tus cosas, Helena. Te quiero conmigo, en mi casa.

Ella sostuvo mi mirada por algunos segundos antes de soltar el aire en un suspiro derrotado.

—Eres imposible.

La comisura de mi boca subió, pero contuve la sonrisa.

—Y tú estás tardando demasiado en obedecer.

Asintió, haciendo un puchero de rabia, pero al menos estaba cediendo.

Era suficiente para calmarme.



Cuarenta minutos después, yo estaba poniendo la última maleta pequeña en el baúl del auto, junto con Rui, que no paraba de mirarme de esa forma silenciosa que decía mucho más que mil palabras.

Trabajaba para mí hacía tanto tiempo que, a diferencia de Helena, entendía la grandeza de mi acto. Y el hijo de puta no me estaba privando de mostrar aquella sonrisa torcida mientras abría la puerta trasera para que ella entrara.

Entonces cerró el baúl y me miró, asintiendo en aprobación, como quien me decía: "elegiste bien".

Entré a su lado. Observándola sostener una mochila en el regazo, todavía sin mirarme, más resignada que feliz de estar yendo a vivir conmigo. El auto arrancó suave por la calle estrecha de Maracanã, mientras las luces de la ciudad atravesaban el vidrio polarizado.

Helena permaneció quieta durante algunos minutos antes de finalmente murmurar:

—Esto es una locura.

La miré, sin tener qué decir, porque realmente parecía una locura. Pero que se jodiera, yo quería esa locura con ella.

El cabello le caía sobre los hombros, el rostro sin maquillaje, los ojos castaños perdidos entre nerviosismo y confianza renuente.

Hermosa. Inteligente. Buena.

Perfecta para mí de una forma que nunca imaginé que existiera.

Reposé la mano en su muslo, queriendo que entendiera la proporción de eso para mí también, aunque no lo dije. Ella lo entendió, tal vez, porque se relajó y suspiró profundamente. Entonces recosté la cabeza en el asiento y cerré los ojos por un instante.

Rui tenía razón.

Había elegido jodidamente bien.

30



No debería haberme gustado tanto sus celos.

Era ridículo.

Posesivo, impulsivo, completamente fuera de lugar al aparecer en mi departamento de aquella forma, como un huracán vestido de traje caro y ojos azules llenos de irritación. Aun así, mientras el auto atravesaba la ciudad en dirección a Barra, tuve que esconder la sonrisa más de una vez, mirando el perfil de Pedro en el asiento a mi lado.

Él tenía celos de mí.

La constatación calentó algo femenino y vanidoso dentro de mi pecho.

Por más que me quisiera apenas para gestar a su hijo, lo que teníamos era bueno... Fuera lo que fuera. Solo necesitaba recordar no apegarme demasiado.

Intenté convencerme de que aquello no significaba nada para mí más allá de una experiencia sexual, de deseo masculino e instinto de posesión de su parte. Pedro era un hombre acostumbrado a controlar todo a su alrededor. Probablemente reaccionaría de la misma forma con cualquier mujer cargando a su hijo.

Incluso pensando así, mi corazón seguía demasiado ligero.

Solo percibí que no me estaba llevando al penthouse cuando los portones altos de la entrada del condominio se abrieron delante del auto.

¡Madre. Santísima!

Las casas parecían salidas de una revista. Más todavía con la iluminación nocturna incidiendo sobre las fachadas.

Pero la casa, es decir, su mansión, era exactamente el tipo que yo habría elegido si fuera mía: líneas modernas, sin parecer estandarizadas, vidrio, piedras pulidas y pintura clara. La iluminación amarillenta, clásica, se reflejaba sobre espejos de agua y palmeras perfectamente cuidadas, y otras plantas de paisajismo en un jardín que dejaba un perfume dulce en el aire, mientras el auto avanzaba por la entrada extensa de la casa de Guerra.

Fui súbitamente consciente de mi mochila vieja en el regazo.

Pedro salió primero del auto y lo rodeó para abrirme la puerta. Pero se detuvo a mi lado antes de que yo pudiera abrirla sola. La mirada todavía cargaba un resquicio de aquella irritación celosa, aunque más silenciosa ahora.

No fría. La frialdad en él venía acompañada de prisa, respuestas cortas y una especie de distancia calculada. Ahora no.

Había contemplación al mirarme y al ir a buscar una parte de mis cosas del baúl del auto. Rui cargaba otras y el hombre, que debía de tener más de sesenta, me guiñó un ojo en broma, mirando a Pedro con afecto.

Yo no sabía nada sobre Pedro y su vida personal, pero quedó evidente que él y el chofer tenían algún cariño fraternal, más allá de la relación jefe y empleado.

El interior de la casa era fresco, iluminado por luces cálidas e indirectas. Madera clara, vidrio, olor a café recién hecho, viniendo de algún lugar del fondo. No parecía una mansión de revista en la que nadie vivía, por más que tuviera muebles lujosos. Aun así, parecía una casa habitada.

Eso me sorprendió más que el lujo.

—¿Llegaste, mi hijo? —oí anunciar una voz femenina, antes incluso de ver a su dueña—. Parece que sabía que venías hoy, estoy haciendo esa comida que te gusta... ¡Hola!

La señora venía hablando alto desde adentro, secándose las manos en un paño de cocina, sonriendo de esa forma acogedora, hasta asomarse por el pasillo y verme allí, al lado de Pedro, sosteniendo una bolsa de gimnasio y una maleta de rueditas mía.

—Carmen, ella es Helena. Helena, Carmen Lúcia, la residente de la casa.

Carmen Lúcia se acercó a mí, sujetándome los hombros, y me besó en la cara, de los dos lados, como hacían los cariocas. Lo que inmediatamente me recordó a mi abuela cuando yo era niña, que también saludaba a todo el mundo con beso en la mejilla.

—Buenas noches, niña. —Al oír a Carmen llamarme niña, Pedro gruñó, incómodo.

Nuestra diferencia de edad nunca pareció ser un problema para él. Ni siquiera cuando "descubrió" quién era mi padre. Lo que me incomodó un poco, porque ya no era una cuestión para mí desde que me llevó al penthouse por primera vez.

No lo veía como una figura paternal. Yo tenía padre y uno muy bueno, ¡gracias!

Veía a Pedro como hombre.

—Es un placer, doña Carmen.

—Es solo Carmen, Helena. —Se corrigió al ver que a Pedro no le gustó que me llamara "niña".

Puso mi bolsa sujeta al asa de la maleta, cuando Rui pasó junto a nosotros trayendo otra maleta y una caja. Pedro se pasó la mano por la nuca, todavía demasiado distraído, mirando de las maletas hacia mí. Y pareció tomar una decisión ahí:

—Carmen, prepara uno de los cuartos para Helena, por favor.

La señora miró rápidamente de él hacia mí, seguramente pensando lo mismo que yo: que yo me quedaría en su cuarto, hasta hacía un segundo. Entonces se recuperó y asintió, abriendo de nuevo la sonrisa cariñosa.

—Pero claro, ya dejo todo en orden.

Pedro apenas asintió, pero continuó mirándome durante algunos segundos en silencio. El azul de sus ojos parecía más cansado y también más humano.

Aquello me movió de una forma extraña. Yo quería conocerlo más allá de lo que lo volvía loco en la cama o de lo que compartía de a poco cuando cenábamos o almorzábamos juntos.

Querer, a veces, era demasiado peligroso.

—¿Necesitas algo? —preguntó Pedro, manteniendo el tono tranquilo.

Negué con la cabeza, súbitamente tímida. Él asintió despacio, pero no se movió de inmediato. Como si todavía estuviera pensando en algo. O en mí. Entonces pasó la mano suavemente por mi cintura antes de desaparecer por el mismo pasillo de donde Carmen había venido.

Seguí a Carmen por las escaleras, mientras Rui venía detrás, trayendo las dos maletas.

—Ay, hombre complicado... —rezongó Carmen, comentándole a Rui.

Solté una risita sorprendida. Ella tomó mi mochila, abriendo la puerta de uno de los cuartos antes de que yo protestara.

—Ven, mi bien. Te voy a mostrar el cuarto, antes de que el doctor Pedro decida cargar el mundo en la espalda otra vez. —Entró y fue encendiendo el aire acondicionado, que allí no era central—. Casi no trae gente aquí, solo a Karina y a Tarcísio —comentó casualmente—. Vive en aquel hotel, sin soltar el hueso.

—Él trabaja mucho, la verdad —concordé.

Era un desperdicio tener una casa así y no recibir visitas. Pero yo ya medio sabía que Pedro era reservado. La ausencia de presencia online era uno de los indicios.

—Trabaja porque no sabe descansar. Es demasiado obstinado, yo le digo: "mi hijo, necesitas aprovechar la vida mientras eres joven" —reclamó, con aquel tono maternal, y la adoré instantáneamente.

Solo entonces admiré el espacio. La habitación era más grande que todo mi departamento en Maracanã.

La cama enorme ocupaba el centro del cuarto frente a un balcón de vidrio con vista a la parte trasera de la casa. Había un sillón claro en una esquina y una puerta abierta que me dejaba ver el vestidor y el baño de la suite. El olor a ropa de cama limpia me dio automáticamente una sensación de hogar.

Carmen colocó mi mochila dentro del vestidor, mientras Rui la seguía, llevando mis maletas hasta allí. Me sentí un poco incómoda de decir que no hacía falta, pero no quise ofender, qué sé yo.

—El baño queda ahí. Hay toallas limpias en el armario y productos de higiene en el gabinete debajo del lavamanos. Y cuando te dé hambre, solo tienes que hablar conmigo. Aquí nadie duerme con la barriga vacía, no.

Agradecí con una sonrisa tímida, colocándome el cabello detrás de la oreja. Ella ya estaba saliendo cuando se detuvo en la puerta y me miró otra vez. Parecía... feliz, tal vez.

—Menos mal que estás aquí. Esta casa andaba necesitando vida.

Mi rostro se calentó de inmediato.

Carmen soltó una risita baja antes de cerrar la puerta detrás de sí. Me quedé allí dentro, intentando no intimidarme con el lujo y la vida que sería prestada por algún tiempo.

Yo estaba aquí por el bebé. Aceptaría la condición.



Me desperté demasiado temprano, oyendo el sonido de brazadas en el agua. Sabía exactamente quién era. Por eso fui al baño a cepillarme los dientes sin prisa, sin preocuparme todavía por arreglarme, porque ahora no tardaría dos horas en llegar al trabajo.

El cielo todavía estaba teñido de aquel azul claro del amanecer cuando bajé las escaleras, siguiendo el olor a café fresco. Salí de la sala por las puertas corredizas. Al atravesarlas y rodear una parte de la casa, encontré a Pedro exactamente donde imaginé.

En la piscina.

El agua le escurría por los hombros anchos mientras atravesaba el carril con movimientos precisos. El sol empezaba a nacer detrás de las palmeras, reflejando dorado sobre su piel mojada.

Era demasiado hermoso.

Pedro me vio antes incluso de alcanzar el borde, se detuvo en medio de la piscina, nadando más lentamente, sin quitar aquella mirada de encima de mí. Los ojos azules recorrieron mi cuerpo entero, desde el short de dormir hasta mi cabello desordenado por el sueño.

La sensación fue igual a un toque, hirviendo en mi piel.

—Te ves más bonita por la mañana —comentó, apoyando los brazos en el borde para salir del agua.

Sentí que me sonrojaba, acompañando sus movimientos, su cuerpo semidesnudo, mojado, pero aun así rebatí:

—¿Eso fue un piropo?

—Claro que lo fue. Pero también es verdad. —El sarcasmo arrogante me arrancó otra sonrisa.

Verlo comportarse más "normal" esa mañana me dejó un poco más aliviada.

Carmen apareció poco después, trayendo una bandeja de desayuno. Frutas, pan de queso, café fuerte y una jarra de jugo que parecía ser de piña.

—Buenos días, niña, ¿vas a comer hoy? Ayer no quisiste nada —dijo cariñosamente, llamándome la atención por haber dormido con la barriga vacía, incluso bajo sus protestas.

Pedro chasqueó la lengua contra el paladar, mientras ella sonreía, como si decidiera ignorar su incomodidad por llamarme "niña".

—Buenos días, Carmen. Sí voy a comer, ¡parece que está delicioso! ¿Quieres ayuda para traer las cosas?

—No, la chica del día ya está haciendo las cosas, yo me quedo sola solo por la noche.

Pedro no desviaba los ojos de mí y no tardó mucho en apoyar la mano en la base de mi columna. Lo que hizo que Carmen

contuviera una sonrisa eufórica. Me sentí súbitamente avergonzada por la audiencia. Nosotros existíamos en una burbuja, hasta ese momento.

Claro que Tarcísio sabía, Rui también y ahora Carmen, pero nadie lo había visto ponerme las manos encima y hacerme sentir toda blanda y sedienta.

La otra empleada de la casa apareció, trayendo la vajilla para que pudiéramos comer. Aproveché la oportunidad y di un paso al frente, tomando una taza.

—Gracias. —Esperé que se presentara, pero solo asintió y se retiró.

La llené de café, intentando ignorar la intensidad de aquella mirada en mi espalda. No necesitaba mirarlo para saber que estaba allí, cerniéndose detrás de mí.

—¿Vas a huir de mí ahora que estás viviendo aquí?

—Pedro... —Lo miré por encima del hombro.

Me sujetó la cintura con las manos frías por el agua, jalando mi cuerpo despacio hasta pegarlo a él. Todavía estaba mojado, lo que me erizó entera.

—No necesitas avergonzarte con Carmen, ella sabe exactamente por qué estás aquí.

—¿Ella sabe sobre el acuerdo? —susurré.

Me giré entre sus brazos. Su toque no era firme, solo constante, como si sus manos pertenecieran a mi cuerpo. Y viceversa.

Mi corazón se aceleró al ver las gotas de agua escurriéndole por las sienes, el cabello negro peinado hacia atrás con los dedos, goteando sobre su cuello.

—No. No es por eso que estás aquí.

Su sonrisa surgió lenta.

—¿Entonces por qué es? —jadeé.

Contuve la respiración de inmediato, después de entender que nos había puesto en una encrucijada. Como si le estuviera cobrando algo.

Pedro acercó el rostro al mío, todavía sujetándome la cintura, ahora más posesivo. El pulgar acarició distraídamente el costado de mi vientre bajo la camiseta fina.

Aquello era más que solo sexual, era cariño. Y me asustó más que cualquier toque obsceno que ya me hubiera dado.

—Relájate... No empieces a pensar demasiado —murmuró al percibir mi expresión.

Nos dio una salida. Yo la aprovecharía, como una cobarde. No estaba aquí por el acuerdo, no de verdad. Estaba aquí para estar más cerca de él. Pero Pedro no necesitaba saberlo.

—Fácil decir eso viviendo en una casa que parece un resort —cambié de tema.

La comisura de su boca subió, como quien entendía y me llamaba cobarde.

—Técnicamente, construyo resorts.

Puse los ojos en blanco, empujándole el pecho, a punto de girarme para sentarme y tomar mi café. Pero me sujetó la mano antes de que me apartara. El toque fue natural, casi distraído, aun así mi cuerpo entero reaccionó a la piel caliente, a sus dedos entrelazándose con los míos.

Era injusto cuánto me gustaba cuando me tocaba sin segundas intenciones explícitas. Y los toques de ese tipo también se estaban volviendo constantes.

Pedro jaló una silla, pero, a diferencia de lo que pensé que estaba haciendo, no la jaló para mí. Se sentó primero, tirándome de

la mano para que me sentara en su regazo.

—Es por esto que estás aquí. —Mantuvo una mano en mi cintura, mientras se estiraba para tomar el café que yo había servido.

Entonces apartó mi cabello hacia un lado, pegando el pecho a mi espalda, para alcanzar una taza para él. Como si fuera la cosa más natural del mundo, me quedé allí, quietecita, robando minutos de aquella sensación que debería estar prohibida.

—Tengo aquella reunión temprano en la unidad de Ipanema. Pero da tiempo de que Rui te lleve primero a la oficina.

—No hace falta...

—Sí hace falta —reclamó y chasqueó la lengua, con un tono que no admitiría que yo siguiera siendo terca.

Pedro era un alfa, el tipo de hombre que tomaba decisiones y llegaba hasta el final con ellas. Y tal vez a mí me gustara demasiado eso.

31

PEDRO GUERRA



Aquella noche, mientras Helena y yo volvíamos a mi casa, adonde ninguna otra mujer había ido, la sensación de certeza me contaminó.

Anoche ella durmió en otro cuarto, porque quise darle alguna impresión de que no la estaba llevando a mi casa solo para follar.

Pero hoy, después de una reunión de mierda por la mañana y de un almuerzo de negocios espontáneo, que solo me dejó irritado, sumado al informe de Danilo respecto a las demandas del grupo de Dubái para la compra del próximo hotel, yo estaba demasiado encabronado para fingir civilidad.

Helena vino en silencio durante todo el viaje, sintiendo mi ira expurgando por los poros, pero una parte de eso también era el hecho de no haber tenido ningún momento para nosotros dos.

¡Se había vuelto un vicio y yo estaba en abstinencia!

Rui detuvo el auto en la entrada de mi casa, mientras yo bajaba y me cerraba el saco. Helena abrió su propia puerta y bajó. Pero ¿lo peor? Sus hombros tensos y el hecho de haber bajado, pero no haber entrado en la casa, como si esperara autorización, me irritó más.

No dije nada y me acerqué a ella, tocándole la zona lumbar, y la dirigí hacia la entrada. No necesitaba esperarme, podía sentirse cómoda e ir entrando.

Subí la mano hasta la mitad de su espalda, conduciéndola hacia la escalera antes de que los pasos de Carmen viniendo de la cocina nos alcanzaran y empezara a parlotear, emocionada con la presencia de Helena en la casa.

Había adorado a Helena gratuitamente, le hizo un montón de preguntas sobre sus gustos, queriendo agradarla para compensar mi carácter fuerte.

Con cada escalón que subíamos, Helena respiraba más y más jadeante, como si presintiera lo que yo estaba a punto de hacerle. Esperaba alguna objeción, pero cada vez que me miraba por encima del hombro, con aquellos benditos ojos castaños, lo único que veía era la necesidad, con la misma intensidad que la mía.

Necesidad de que yo la follara hasta dejarla exhausta, para dormir en mi cama, exactamente donde la quería.

Continué empujándola suavemente en dirección a la suite principal, cuando se detuvo en la puerta del cuarto donde había dormido la noche anterior. A partir de allí, la sentí estremecerse bajo mi toque, pero estaba casi adelantándose, yendo delante de mí.

Abrí la puerta y esperé a que entrara. Ni siquiera me importó cerrar la puerta. No conseguiría esperar.

Helena apenas cruzó la puerta del cuarto y yo ya fui detrás de ella, sujetándole la nuca con fuerza suficiente para hacerle perder el aire. Los cabellos castaños se enredaron entre mis dedos cuando le jalé la cabeza hacia atrás y tomé su boca con la mía, consumido por

un hambre casi violenta, quemándome la carne hasta el punto de soltarla de los huesos.

Mierda.

¡Esa mujer estaba acabando conmigo!

Todas las certezas que tenía sobre la vida se hicieron pedazos cuando el médico me dio la noticia. Pero no fue una demolición, fue un hilo jalado que deshizo toda la trama de verdades que construí durante una vida entera de objetivos y planificación.

Y allí estaba ella, la paz irónica que me quitaba la mía.

Soltó un gemido jadeante contra mis labios cuando invadí su boca con la lengua, en un beso que parecía una follada. Mientras la empujaba hasta la pared al lado de la puerta.

El golpe suave hizo que el cuadro colgado se balanceara detrás de ella, pero me importó una mierda. Todo en mí estaba concentrado en su sabor, en el calor húmedo de su lengua encontrando la mía, en el perfume limpio que subía de su piel y se mezclaba con mi olor.

Tenía sabor a vida y tentación.

Mi mano apretó con más firmeza su nuca, manteniéndola exactamente donde la quería, mientras subía la otra entre nuestros cuerpos, apretándole el pecho sobre la camisa de vestir, que se moldeaba a su cuerpo y me había hecho desear chupárselos desde que bajó las escaleras esa mañana.

Helena jadeó entre un beso y otro, los dedos cerrándose en la tela de mi camisa de vestir, buscando equilibrio, al mismo tiempo que empujaba mi saco fuera de mis hombros.

Su deseo espejaba el mío. Y me volvía loco saber que me correspondía y se entregaba al placer que yo le proporcionaba sin reservas.

Pero como un egoísta de mierda, quise más.

Estar con Helena era diferente, era urgente, justamente porque teníamos poco tiempo. Era depravado, porque ella era joven y yo era un hombre difícil de lidiar. Pero ya no era yo quien estaba en control de esa situación.

Me quité el saco y deshice el nudo de la corbata, jalando con fuerza, mientras bajaba de su boca hacia la mandíbula, frotando con tanta intensidad que dejé marcas de raspones de barba.

Ella me besaba de vuelta, rozando los dientes contra mi pómulo, sacándome la camisa de dentro del pantalón, con la misma hambre torpe y honesta. Sin actuación, ni jueguitos. Apenas reaccionaba a mí naturalmente, como si me perteneciera y supiera que estaba bajo mi piel.

Bajé la boca por su mandíbula hasta alcanzar su cuello, intenté desabotonarle la camisa con calma, pero el frenesí me lo impedía. Entonces metí ambas manos en el cuello de su camisa y jalé. Los botones saltaron, haciéndola resollar y pegar la cabeza a la pared.

La miré de cerca, respirando pesado, como un animal. Su rostro estaba sonrojado y enrojecido, los párpados pesados, la lengua humedeciendo el labio inferior hinchado por mis besos. Algunas mechas del cabello largo le caían sobre el hombro hasta la altura del sostén expuesto.

Estaba usando una de las lencerías que mandé dejar esperándola en el penthouse. Los pezones cubiertos por el encaje grueso me permitían ver apenas los contornos, parecía una provocación.

—¡Rica como el carajo! —rugí, chupándole los labios juntos enseguida.

Entonces bajé la boca por el frente de su cuello, con sus uñas delicadas clavándose en mi cuero cabelludo y mi nuca. Alcancé sus pechos, jalando las copas del sostén hacia abajo. La piel caliente se erizó de inmediato bajo mis labios y el gemido que escapó de su

boca golpeó directo en mi polla, dura y pesada, aprisionada dentro del pantalón.

—¡Pedro! —Mi nombre saltó de sus labios como una plegaria, casi sin sonido.

Las manos pequeñas recorrieron mi pecho, abriéndome la camisa, mientras yo lamía la carne de sus pechos y alrededor de un pezón, antes de succionarlo con fuerza, jalándolo hacia mí.

Le arranqué la blusa de los hombros y ella me ayudó a retirarla; entonces rodeé su cintura, despegándola de la pared, y le solté el sostén. La miré bajo las pestañas, todavía con su pecho en mis labios, besando y succionando, rodeando el pezón duro.

Ella bajó las tiras del sostén con los labios entreabiertos, mirándome con expectativa.

Era así como más me gustaba: recibiendo el placer, esperando que yo proveyera. Que cumpliera lo que prometía cada vez que la miraba: que yo podía ser su hombre y satisfacerla.

Subí la mano entre sus piernas, subiendo la falda lápiz demasiado apretada en sus caderas, lo que hacía que cada vez que entraba en mi sala se volviera una tortura, solo por ver aquellas curvas sensuales.

Le sujeté el coño en concha, pasando exactamente el mensaje que quería que comprendiera: era mío. Ella lo entendió, claro que lo entendió, porque tembló entera, apretando los dedos en mi cabello y mi hombro, mientras yo cambiaba de un pecho al otro, queriendo dejar ambos ardidos.

—Ábreme el pantalón —ordené y aparté su tanga hacia un lado, subiéndole la falda para que abriera más las piernas para mí—. Ábreme el pantalón y agarra mi polla.

Mi voz parecía grava, ronca, una octava más grave que la regular, pero era el efecto de Paz en mí.

La miré esperando que obedeciera. Acaricié su hendidura empapada y la fina línea de vellos muy cortos en el monte de Venus con el dorso de los dedos.

—¡Helena! —Prácticamente gruñí, paseando el nudillo del dedo sobre sus labios mayores, y ella cerró las manos en mis bíceps, mientras arqueaba la espalda usando la pared como apoyo—. Mírame.

La luz baja del cuarto doraba su piel, destacando el contraste delicado entre la respiración acelerada y la forma en que intentaba sostener mi mirada, sin parecer completamente perdida. Demasiado hermosa. Una de esas bellezas que no cansaban los ojos.

La imaginé con veinte años más, nosotros dos después de una vida juntos, y simplemente supe que, si tuviera tiempo para eso, me sentiría exactamente así.

Empujé el dorso del índice entre sus pliegues y rocé el clítoris, esparciendo su lubricación lentamente.

—Ábreme el pantalón —mandé, más calmado y directo esta vez.

Ella gimió y obedeció.

Esperé, agonizando, con los músculos del abdomen tensos hasta que consiguió abrirme el cinturón. Al mismo tiempo, yo continuaba frotándole el clítoris en círculos demasiado lentos para hacerla correrse, pero que la dejaban sin aire.

Su deseo estaba tan a flor de piel como el mío, ruborizándole el cuello. Y por más que me picaran las encías por morderla justo allí, no conseguía apartar los ojos de ella.

El sonido del cierre bajando en un movimiento torpe suyo hizo que mi corazón se disparara. Cuando envolvió mi polla dura, gruñí, perdiendo el juicio, y dejé caer la cabeza hacia delante, apoyando mi frente en la suya.

Apretó más fuerte, justo en la base, sacándola del bóxer. Encontré su entrada, enterrando el dedo empapado de una sola vez. Sentí más de lo que escuché su jadeo contra mi rostro.

—Así, Helena. —Rocé mis labios con los suyos, conteniéndome por un hilo.

Saqué mi dedo y volví con dos esta vez.

Ella se retorció, cerrando los muslos deliciosos y atrapando mi mano allí, mientras su canal se contraía tan violentamente que el precum escurrió de la cabeza de mi polla hacia su mano.

—Escupe en la mano y frótalo en mi polla, déjala bien mojada para entrar en ti.

—¡Puta madre! —maldijo y obedeció.

Pero no hizo exactamente lo que le mandé. Apartó el rostro del mío, mirándome bajo sus pestañas largas, mientras lamía la palma, provocándome como solo ella conseguía hacerlo.

En el instante en que frotó su saliva en mi miembro, tomé su boca en un beso feroz. Saqué la mano de dentro de ella, girándola entre mis brazos, hasta que soltó mi polla y apoyó las palmas en la pared.

No conseguía esperar, necesitaba enterrarme en ella.

32



Le subí la falda, revelando el trasero delicioso en forma de corazón. Le bajé la tanga por las caderas, la tela delicada se deslizó por sus muslos, pero quedó atrapada en los tacones.

¡Puta madre! Lamí la línea de su columna y abrí mi camisa, arrancando los botones de los ojales.

Ni siquiera me había quitado la corbata, solo el saco.

—¿Tienes idea de cuánto me vuelves loco? —Me quité la camisa y la corbata por la cabeza, mientras me sacaba los zapatos con los pies.

Ella respiró hondo, ya sin ningún rastro de compostura.

—¿Cuánto? —murmuró.

—Estoy viciado en ti. Viciado en saber que cuando estás sentada en la mesa de la otra sala, mi leche está escurriendo entre tus piernas, mojándote la tanga, hasta que te la quitas.

Helena jadeó, caminando de espaldas, mientras yo la acorralaba en dirección a la cama, bajándome el pantalón por las caderas.

—O cuando te meto la polla en la boca, hasta que el maquillaje se te corre alrededor de los ojos. Aunque lo arregles, yo sé que no queda igual. —La sujeté por el frente del cuello, pegando mi boca a la suya—. O cuando te pongo encima de mi mesa y me como tu coño, me quedo con tu sabor en la lengua todo el día, agonizando hasta tenerte en mi cama por la noche.

Ella se sentó en la cama e iba a quitarse los zapatos, pero solo negué con la cabeza, terminando de quitarme el resto de la ropa. La jalé por los tobillos hasta el borde de la cama y planté sus tacones allí, abriéndole los muslos con un agarre que la dejaría marcada.

Reuní saliva en la punta de la lengua y la dejé escurrir en dirección a su coño, frotando la cabeza de mi polla entre sus pliegues. Pasé los brazos por detrás de sus rodillas, encajándome entre sus piernas.

—Di que eso es lo que quieres, que me quieres viciado, derramando mi leche dentro de ti hasta meterte un hijo. Dilo, Helena —gruñí, sintiendo mis bolas tensarse por lo mojada que estaba.

Helena arqueó la espalda, rozando el cabello largo sobre la ropa de cama.

—Lo quiero.

—¿Quieres qué? —inicié el vaivén lento, presionando mi extensión al pasar sobre su clítoris, mezclando saliva, lubricación y precum.

La respuesta casi me hizo perder el resto del control:

—Quiero que hagas un hijo en mí.

¡Carajo!

Apunté a su entrada, enterrándome por completo en una estocada dura. Cubrí su cuerpo, con los pliegues de sus rodillas en los pliegues de mis brazos, y me hundí una vez tras otra, metiendo duro y bruto. Completamente fuera de mí.

Chupé el costado de su cuello, importándome una mierda si la dejaría marcada. Helena da Paz era mía, mi paz. La quería más que como la madre de mi hijo, la quería como mi mujer.

Y solo de pensarlo, el chupón se transformó en una mordida, seguida de una lamida para apaciguar el dolor. Sus uñas vinieron a mi espalda, arañándome, y por el ardor, dejarían marcas. Quería cargar sus marcas, sentirla allí, incluso cuando estuviéramos separados.

Estaba tan mojada que los sonidos de mi cadera chocando contra la suya, coordinados con sus gemidos crecientes, se volvieron la banda sonora perfecta del sexo. Pero la quería gritando, descontrolada. Viciada en mi polla.

Giré la cadera, presionando mi pelvis contra su clítoris, mientras asaltaba su boca con un beso, impidiéndole contener el gemido largo y agudo. Sus paredes internas vibraron a mi alrededor, apretando al punto de que yo podría correrme solo así.

Sus muslos estremecieron en mis brazos, indicando que estaba a una estocada fuerte del orgasmo. Apoyándome en los puños, me quedé completamente embobado mirándola con los ojos entrecerrados, apretando los pechos juntos. Cambié el ángulo hasta ver su abdomen hundirse y saber que había encontrado el lugar correcto para que llegara al clímax y me ordeñara seco.

—¿Vas a correrte para mí? ¿Vas a chuparme la leche? —Gruñí las palabras entre estocadas.

Su respuesta fue cerrar los dedos como garras en mi pecho, arañándome, completamente fuera de sí. Los espasmos sacudieron su cuerpo, el cuello estirado, mientras la cabeza se inclinaba hacia

atrás, con las venas endurecidas y el gemido mudo, completamente jadeante, llenaba el espacio.

Tan hermosa, tan mía, mierda.

Seguí follando, como un desesperado, mirándola correrse solo con mi polla. Y su canal más apretado y caliente como el carajo era todo lo que sentía.

El orgasmo llegó intenso, derramando mi leche dentro de ella y tensando todos mis músculos, al punto de dejar caer parte de mi peso sobre ella, con la cabeza en la curva de su cuello, rugiendo de placer contra su piel.

La niebla de placer pareció infinita y demasiado veloz al mismo tiempo. Entonces sentí sus manos alisándome el cabello hacia atrás. Liberé sus piernas, todavía encajado dentro de ella, y nos empujé más arriba en la cama, sin salir de ella todavía.

Aún tenía los tacones puestos, me arrodillé y se los quité despacio, imaginando si le dolían los pies. Puta madre, ni siquiera la dejé relajarse después del trabajo, la ataqué como un animal y no conseguía arrepentirme.

—Ven a la piscina conmigo. Es donde termino las noches que paso en casa. Cuando no estoy dentro de ti en el penthouse.

Salí de dentro de ella lentamente. Mirando su coño empapado y empezando a escurrir. No, eso no iba a pasar.

Empujé mi leche de vuelta con dos dedos y Helena se retorció.

—¿Qué estás haciendo? Yo también necesito un minuto.

—La estoy poniendo de vuelta, donde tiene que quedarse. Aprieta. —Mandé, con mi dedo dentro de ella.

Helena se avergonzó, cubriéndose la boca con la mano para esconder el gemido, pero yo lo veía en sus ojos.

—Aprieta, mantén mi leche ahí dentro.

—¡Pedro, Dios mío!

—Hace unos minutos me estabas pidiendo que hablara sucio.

Lo hice de nuevo, recogiendo el semen que escurría, metiéndolo de vuelta. Y solo de ver eso, mi polla pulsó. Pasé la lengua sobre mis labios, súbitamente sediento.

—Es diferente... —gruñó detrás de las palmas, escondiéndome el rostro.

Pero no estaba cerrando las piernas ni intentando hacerme parar. Y cuando le apretaba la parte interna del muslo, obedecía la orden, apretando alrededor de mi dedo para quedarse con mi semen dentro.

—Cuando estás excitada te pones hermosa como el carajo, no tiene que ser diferente. —Le sujeté la mano, apartándosela del rostro, y la miré.

Quería que viera exactamente lo que yo estaba sintiendo, que entendiera que, cuando absorbía mi atención, no era solo porque era hermosa.

La jalé para que se sentara y besé la comisura de sus labios.

—Ven conmigo a la piscina.

—Pero Pedro... Carmen vive en la casa, nos va a ver allí.

—No va a salir afuera sabiendo que estás conmigo. ¿Crees que quiere verme comiéndote en la piscina? —Helena me lanzó una mirada risueña y su boca se apretó en un puchero, intentando contener la risa—. Tú mirarías, ¿es eso?

No conseguí contener la risa y ella volvió a cubrirse el rostro con las manos, pero dejó los ojos afuera. Sin negarlo.

Puta madre, era demasiado mía.

—Voy a comerte frente a un espejo, para que te veas como yo te estoy viendo.

Me levanté de la cama y extendí la mano para ayudarla a bajar. Helena se quedaba medio perdida cuando no la tocaba con toques estrictamente sexuales. Quería que se sintiera cómoda conmigo.

No debería, pero quería.

—Entonces vamos más tarde, para que al menos ella esté durmiendo.

—Está bien. —Concedí y la jalé conmigo hacia la suite.

Algún deseo suyo tenía que cumplir, ya que estaba tomando más de lo que nuestro acuerdo preveía, más de lo que yo podría cargar con responsabilidad...



Una semana después

No fuimos a la piscina ningún día, ella siempre me daba vueltas, con vergüenza de Carmen, con miedo de que algún vecino nos viera. Como concesión, pasó a dormir conmigo todos los días, trayendo cosas a mi cuarto de a poco, según necesitaba.

Esa casa, la oficina y el penthouse eran los únicos lugares donde ella y yo existíamos, y nunca fue un problema para mí. Pero con ella, me sentía tentado a mandar todo a la mierda y llevarla a los lugares que me gustaba ir.

La playa, por ejemplo. El evento al que tuve que ir anteayer y quise llevarla conmigo, para exhibirla como mía, otro ejemplo.

Siempre fui bastante reservado con mi vida personal —lo poco de ella que existía—, mis relaciones sexuales y las personas

que importaban para mí. Mi círculo de amistades disminuyó tanto que ni mis hermanos estaban dentro de él.

Tuve ganas de llamar a Marcos y Matheus, contarles sobre el acuerdo que había hecho y que, cuando yo faltara, ellos cuidaran de Helena y del hijo que haríamos juntos. Pero mis hermanos probablemente ya ni me consideraban parte de la familia. Cuando me fui de casa, a los dieciocho, Marcos todavía era un mocoso, tenía once años. Y Matheus era todavía más pequeño, con nueve.

El amor no se creaba en la ausencia.

—¿Helena? —llamé, porque ya había amanecido y hoy tenía una reunión con los japoneses para saber el avance del cierre de las negociaciones.

Danilo y algún miembro del consejo harían el viaje hasta allá para arreglar cosas que necesitaban ser tratadas personalmente. Pero yo todavía quería estar al frente cuando podía.

—Hola, ya desperté. —Se levantó, con los ojos todavía cerrados, el cabello largo desordenado y la espalda desnuda. Entonces miró hacia abajo y se quejó—. Mierda, mierda.

Saltó de la cama y corrió al baño.

Preocupado, fui detrás, pero me cerró la puerta en la cara.

—¿Helena? —golpeé la puerta con los nudillos—. Solo necesito saber si estás bien.

—Sí, estoy bien, solo... me bajó la menstruación. Manché la sábana, pero voy a arreglarlo, solo dame unos minutos. —Parloteó, con la voz demasiado nerviosa para ser solo eso.

Golpeé la puerta de nuevo, más insistente, sin importarme darle privacidad. Hasta que abrió, envuelta en una toalla, como si necesitara esconderse de mí.

—¿Es solo eso?

—Sí...

—Helena —reclamé. La conocía lo suficiente para saber cuándo me estaba escondiendo cosas.

—Es que si me bajó la menstruación, es muy probable que no esté embarazada... —No me miró.

Me sorprendió verme aliviado. Si no estaba embarazada, continuaría en mi cama por más tiempo. No estábamos juntos solo por el objetivo y ambos lo sabíamos, pero ninguno de los dos hablaba sobre eso.

—Está bien —respondí, todavía aturdido por el tamaño de ese sentimiento innombrable.

—Mis exámenes volvieron, soy bastante fértil. Tal vez solo demore un poco.

—Mírame. —Le sujeté el mentón, forzándola a obedecer—. Está todo bien. Vamos a seguir intentando. —Sonreí con malicia y vi el alivio en su rostro.

La culpa era jodida como el carajo.

Pasé el brazo detrás de ella, condenándome por no usar palabras para explicarle cómo me sentía. Por mentirme incluso a mí mismo, fingiendo que no sabía muy bien que estaba siendo un hijo de puta.

Eso fui siempre, al final de cuentas, aquel que hace lo que sea necesario para alcanzar sus objetivos: abandonar a mis hermanos con mi padre, solo para probarle que yo sería un hombre mejor. Dejar que mi madre cuidara de aquel miserable que siempre se empeñó en que ella supiera que no era amada, hasta morir junto con él.

Doblar la verdad, dejando que Helena pensara que estaba haciendo un hijo para mí y no conmigo.

Sería un hijo de puta hasta morir, aparentemente.

33

PEDRO GUERRA



El problema de dormir en la casa de Pedro era que empezaba a sentirme desplazada del resto del mundo.

Principalmente en la oficina, escondiendo un secreto que todos parecían ya saber.

Pasé toda la mañana con la sensación paranoica de que todos estaban hablando de mí, viendo exactamente en qué me había convertido: la secretaria que dormía con el jefe millonario y ahora vivía en su casa.

El sabor era agrio. Porque solo yo sabía cuánto había luchado para llegar allí.

Mientras mucha gente de mi edad iba a fiestas universitarias, yo daba clases en un curso preparatorio hasta las diez de la noche para poder pagar el pasaje de autobús que me llevaría a la universidad. Pasé años estudiando como condenada, intentando salir de Pedra Serena sin arruinar a mi padre en el proceso.

¿Y ahora?

Ahora estaba sentada detrás de esa mesa, usando ropa cara, comprada por el hombre con quien me acostaba a escondidas.

La vergüenza venía en oleadas. No por el sexo. Nunca por el sexo. Sino por el miedo a parecer incompetente. Como esas novias trofeo.

Se me revolvía el estómago solo de imaginar a alguien reduciendo todo mi esfuerzo a eso. Intenté concentrarme en los informes frente a mí, pero mi cabeza parecía una licuadora encendida sin tapa.

Pedro estaba fuera desde temprano, en reuniones externas. Ni siquiera había mandado un mensaje. En lo que respectaba al trabajo, yo era solo su secretaria.

Dos días atrás, fue a otro evento. Salió de casa hermosísimo, mientras yo me quedé y esperé.

La puerta de la presidencia se abrió de repente, arrancándome de mis pensamientos.

Camila apareció sujetando el celular contra el pecho y con una expresión irritada.

—¿Dónde está el jefe?

—En reunión.

Ella soltó una maldición baja.

—Necesito hablar con él, es medio urgente, pero no está respondiendo mis mensajes. La querida de Marília decidió hacerlo otra vez...

Mi pecho se apretó instantáneamente. Intenté fingir neutralidad.

—¿Hacer qué?

Camila puso el teléfono sobre mi mesa, tamborileando las uñas en la superficie, mientras yo miraba la pantalla. Continuó, sin darse cuenta de que me puse súbitamente pálida al leer el título del video:

—Dio una entrevista en un podcast. Y habló de él sin hablar de él.

Abrió el video en la tablet y me mostró un fragmento corto.

Marília estaba hermosa, como siempre, mirando directamente a la cámara, claramente actuando al decir:

"Existen relaciones que nos marcan profundamente. Algunas personas simplemente no saben amar de la manera correcta."

El estómago se me hundió. Camila puso los ojos en blanco de inmediato al oír la voz de Marília.

—¡Mira esto, carajo! Esto es prácticamente una invitación al linchamiento virtual.

Empezó a teclear y a abrir las otras aplicaciones de redes sociales, y fue mostrándome publicaciones, gente recompartiendo aquel video.

"Marília Dantas lanza indirecta para empresario misterioso."

"¡Eso suena más a relación abusiva!"

"¿Quién tuvo el valor de romperle el corazón a Marília? ¡Quiero nombres en mi mesa!"

Sentí un sabor amargo subirme por la garganta. Porque yo sabía quién era el hombre.

Y peor: sabía exactamente cómo se veía desde lejos: frío, inalcanzable. El mismo modo controlado con que trataba al resto del mundo. Y con Marília no fue diferente; las pocas fotos que vi de ellos en los mismos eventos nunca parecían realmente una pareja, eran un secreto. De la misma forma que él y yo...

Tal vez yo no fuera tan especial como mi corazón idiota quería creer.

Camila continuaba hablando sin parar, mientras revisaba el celular.

—Necesito que Pedro apruebe alguna nota antes de que esto se convierta en un incendio. Tiene que pronunciarse. No está sirviendo ignorarlo. Ella no va a parar, no importan los acuerdos que él y Lobo estén haciendo por debajo de la mesa. ¡Esa mujer está obsesionada!

Yo debería responder algo. Pero estaba demasiado ocupada intentando ignorar los celos arrastrándose por mi pecho como óxido corroyendo metal poco a poco.

No tenía derecho. Yo sabía del acuerdo. Y no creía que él siguiera involucrado con Marília. Lo único que me prometió fue exclusividad sexual. Nunca prometió nada más allá de lo que ya me estaba dando.

Sexo. Comodidad. Protección. Tal vez algún cariño torcido en medio de todo eso.

¿Pero amor? ¿Una relación? No.

Camila finalmente dejó de caminar y me observó mejor.

—¿Estás bien?

Forcé una risa tensa, mintiendo:

—Sí. Solo cansada. Voy a mandarle un mensaje para avisarle que te busque con urgencia cuando vuelva.

—Explícale que tiene todas las armas para controlar esta narrativa. Te juro, ¡casi estoy perdiendo mi ficha limpia con esta mujer!

Aquello me arrancó una risa. Camila apuntó el celular hacia mí, caminando de espaldas para salir de la sala; las trenzas pesadas, que le llegaban casi a la cintura, se balanceaban con el movimiento.

—Mándale el mensaje, por favor.

Asentí, con una sonrisa ensayada, hasta que cerró la puerta detrás de sí. Solo entonces solté el aire despacio.

Tal vez quien se estaba volviendo obsesionada era yo.

Ya no conseguía fingir que aquello era apenas un acuerdo.



El regreso a casa ocurrió en silencio.

Pedro no era un hombre de llenar el espacio con conversación vacía y yo ya reconocía muy bien sus humores por la forma en que respiraba, por la tensión en los hombros o la manera en que se aflojaba la corbata después de un día largo.

Esa noche, sin embargo, quien estaba distante era yo.

El auto atravesaba la Barra iluminada, mientras yo observaba las luces reflejadas en el vidrio, intentando no pensar en Marília Dantas. Intentando no pensar en cuánto me había afectado aquello.

Era ridículo e infantil de mi parte.

Sabía lo que éramos, pero principalmente lo que no éramos...

Pedro escribía un e-mail a mi lado, resolviendo algo relacionado con el hotel en Dubái, pero sentí su mirada sobre mí más de una vez durante el trayecto corto. Siempre muy atento, incluso sin decir demasiado.

Cuando llegamos a la mansión, Carmen ya había dejado la cena servida. Apenas conseguí comer. Mi cuerpo estaba cansado, dolorido por la menstruación y por la ansiedad corroyéndome el pecho desde temprano.

Entonces, en cuanto subí las escaleras, tomé una decisión cobarde: fui al cuarto de huéspedes. Donde dormí la primera noche en aquella casa.

Pasé más de una semana durmiendo en su cama, usando sus camisas, siendo abrazada durante la madrugada, con tanta, tanta intimidad... y bastó una entrevista ambigua en internet para ponerme en mi lugar.

Cerré la puerta despacio, sin querer hacer ruido, y fui al baño. Mis productos de higiene estaban en el de él, tendría que usar los de visitas. Mi reflejo parecía cansado mientras me quitaba los pendientes, me recogía el cabello en un nudo y me lavaba el rostro para quitarme el maquillaje.

Me duché y me puse la camisa vieja, que apenas cubría la tanga, y tuve que usar la toalla sanitaria que llevaba en la bolsa para no ir hasta el otro cuarto a buscar en su baño. El aire acondicionado suave del cuarto erizó mi piel todavía caliente por la ducha mientras deshacía la cama, preparándome para dormir.

Fue entonces cuando oí la puerta abrirse detrás de mí, sin que nadie siquiera se anunciara.

Pedro.

No necesité mirar para saberlo.

Su olor llegó primero. Madera, jabón caro y aquella presencia masculina que parecía inmensa todo el tiempo.

Lo miré de lado. Se había duchado y cambiado la ropa social por un pantalón de pijama. Sin camisa, porque era como generalmente dormía. Cruzó los brazos sobre el pecho ancho y se recostó en el marco de la puerta, con el ceño fruncido, mirándome de arriba abajo y luego mis manos sujetando la sábana y el edredón.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Tragué en seco.

—Voy a dormir —murmuré.

—Esa parte la entendí, Helena. —Siempre se me erizaba la piel cuando decía mi nombre con aquel tono irritado—. Quiero saber por qué.

—Estoy menstruando.

—¿Y qué?

Mi corazón latió más fuerte.

—No hay motivo para que duerma contigo hoy, no vamos a coger.

La frase salió peor de lo que pretendía. Casi mecánica. Vi exactamente el instante en que algo se endureció en su mirada.

Pedro entró de lleno en el cuarto, cerrando la puerta detrás de sí con un movimiento brusco que la hizo golpear con un estruendo.

—¿Crees que solo te quiero en mi cama si es para comerte?

El calor me subió de inmediato al rostro.

—No fue eso lo que yo...

—Fue exactamente eso lo que dijiste.

Se pasó la mano por la mandíbula, irritado, pero intentando contenerse. El pecho le subía despacio, cada músculo quedando en evidencia, marcado por la tensión de su cuerpo. Pero sus ojos, siempre aquellos ojos de cielo, estaban clavados en mí. Haciéndome quedar revuelta.

Y yo estaba cansada de fingir que no.

Que no iba a enamorarme.

Que no iba a doler cuando terminara...

—Pedro, solo quiero estar tranquila hoy —murmuré y desvié la mirada.

—Entonces quédate tranquila conmigo —rebatió tan rápido que pareció darme una descarga, erizando todos los vellos de mi cuerpo.

No estaba negociando sexo. Estaba negociando cercanía.

No respondí de inmediato. Estaba enojada y él no había hecho nada. Ni contra mí ni nada de lo que yo quería que hiciera, aunque no fuera justo cobrarle algo que explícitamente me había dicho que no me daría.

—Mírame —ordenó.

Cerré más los ojos con el escalofrío tibio que esas palabras me provocaban. Entonces miré, y fue mi mayor error.

Sus ojos estaban cansados. Más suaves de lo que normalmente se permitía mostrar. Había irritación allí, claro, pero también algo más profundo. Algo que hacía que mi pecho latiera de esperanza, incluso cuando yo intentaba matar aquello dentro de mí.

—Mi cama es tu lugar, hasta que esto termine —prácticamente gruñó.

Posesivo y feroz.

Antes de que pudiera responder cualquier cosa, Pedro me sujetó la cintura y me jaló contra él. El impacto me arrancó el aire en el mismo instante en que su mano subió por mi nuca, atrapándome el cabello entre los dedos.

Entonces me besó.

¡Dios mío!

No fue un beso apresurado ni puramente sexual como tantos otros entre nosotros. Había hambre allí, pero también algo más denso y devastador. Como agua perforando piedra.

Su boca tomó la mía con una intensidad desesperadora, como si estuviera intentando atravesar todas las cosas que no sabía decir.

El pulgar me acarició el pómulo, mientras sus labios se movían sobre los míos lentamente, desarmándome parte por parte.

Sentí el sabor del vino de la cena mezclado con el suyo. Sentí el calor de su cuerpo rodeando el mío, la respiración pesada entre cada movimiento de labios y lengua, su mano apretándome la cintura, demostrando cierta ansiedad, una especie de terror al verme escapar.

El pecho me ardió. Pedro nunca decía nada parecido a lo que ese beso me dejaba saber.

No hacía promesas falsas ni me daba explicaciones.

Pero besaba como un hombre enamorado.

Cuando apoyó la frente contra la mía, yo ya estaba sin fuerzas para seguir resistiendo.

—Ven a dormir conmigo —murmuró ronco.

Y fui.

Pedro me llevó hasta el cuarto, sujetándome la mano, en silencio. Como para probar que me dejaría tranquila, pero que hacía cuestión de mi presencia.

Se acostó detrás de mí en la cama enorme y me jaló contra su pecho, sin ninguna prisa, encajando el rostro en la curva de mi cuello mientras el brazo pesado rodeaba mi cintura.

Su abrazo era caliente. Seguro. Y aterrador.

Cerré los ojos intentando ignorar la sensación dolorida que crecía dentro de mí. El miedo y la nostalgia que ni siquiera tenían sentido. Él estaba justo aquí.

Pero nos habíamos vuelto vidrio trizado.

La pequeña grieta anunciaba que íbamos a rompernos.

34



Dos semanas después

Dos semanas fueron suficientes para transformar mi vida en un desastre emocional sin ninguna perspectiva de mejora.

Pedro continuaba llevándome a la cama todas las noches, como si hubiera creado el hábito de buscarme antes de dormir.

El sexo también había cambiado.

A veces era lento, perezoso y cargado de ese calor íntimo de pareja que me dejaba irresponsablemente feliz. En otras, bastaba que yo entrara en su sala durante el expediente para que él cerrara la puerta, me jalara por la cintura y me comiera hasta que las piernas me fallaran.

Lo peor era que Pedro nunca parecía tratar nada entre nosotros como algo trivial.

Había deseo, obviamente. ¡Mucho! Pero también estaban los pequeños gestos que me desarmaban más que el sexo. Su mano en mi espalda, siempre que estaba lo suficientemente cerca. La forma en que apartaba mi cabello del rostro mientras yo trabajaba en la notebook en su cama. Los cafés que aparecían en mi mesa, exactamente como me gustaban, sin que yo tuviera que pedirlos. Cuando se suponía que yo debía hacer cafés para él.

Pedro me observaba todo el tiempo.

Y lo hacía de la manera más peligrosa posible: como si yo fuera importante.

Ahí era donde me desordenaba entera.

Estaba enamorada de él.

Completamente.

De su presencia constante, de sus sonrisas canallas y sus salidas irónicas, de los piropos baratos y las obscenidades que salían de su boca como si fuera normal que alguien hablara de esa forma.

De la manera tranquila y firme con que cuidaba de mí, sin transformar sus acciones en un discurso bonito. Pedro no prometía nada. No hablaba de futuro. No decía palabras dulces.

Solo actuaba como un hombre enamorado.

Y yo era lo bastante tonta como para hundirme en eso todos los días.

El problema era que la pasión no anulaba la conciencia. Sabía que estaba construyendo mi propio desastre emocional.

A veces, durante la madrugada, despertaba antes que él y me quedaba mirando su rostro serio hundido en la almohada, pensando en el tamaño de la caída que me esperaba. Porque tarde o temprano terminaría.

El bebé vendría.

El contrato sería cumplido.

Y Pedro Guerra continuaría siendo un hombre emocionalmente indisponible, que me advirtió desde el comienzo sobre sus propios límites.

Dejé de intentar trabajar, mirando la pantalla de la computadora sin conseguir recordar cuál era la próxima tarea, y resolví recordar por qué estaba haciendo todo eso, para empezar: mi padre.

Pedro pasó toda la mañana fuera, en reuniones, así que aproveché el momento de silencio en la oficina para llamar al señor Augusto. Ya hacía demasiado tiempo que no hablaba con él de verdad, solo mensajes rápidos: "Buenos días", "Buenas noches, duerme bien", "Mucho trabajo hoy." "Después te llamo, te extraño."

Cobarde.

La llamada apenas se completó y la voz de Augusto da Paz atravesó la línea cargando aquel acento tranquilo que siempre parecía hogar.

"¡Ay, mi hija! ¡Finalmente decidiste acordarte de que tienes padre!"

Sonreí automáticamente.

—Trabajo, ¿sabías?

"¡Trabajas demasiado! ¡Guerra te está explotando! En cualquier momento te vuelves jefa de algo ahí. Vas a viajar por el mundo."

Solté una risa baja, entre nostálgica y avergonzada porque pensara tan bien de mí.

—Todavía no salí de esta mesa.

"Pero vas a salir. Siempre tuviste la cabeza mirando hacia el mundo."

El pecho se me apretó. Miré discretamente hacia la puerta cerrada de la oficina de Pedro antes de responder:

—¿Y cómo están las cosas por allá?

"Ah, todo en la santa paz de Dios. Llovió esta madrugada, menos mal. El calor estaba para matar."

Sonreí otra vez, imaginando perfectamente a mi padre sentado en la varanda de casa, probablemente en chanclas y escuchando sertanejo antiguo.

—¿Y tú? ¿Estás descansando bien?

Papá soltó una risa deliciosa de oír.

"¿Descansar? Último bimestre, ya sabes cómo me pongo, ¡solo termina cuando termina! Y ahí ya es Navidad."

Aquello me arrancó una carcajada sincera por primera vez en el día.

—La culpa es tuya, que sigues dejando a todo el mundo en recuperación. Aprueba a todos, papá, deja que los niños sean felices.

"¡Yo no! Yo estoy allá todos los días, ¡ellos tienen que aprender! Tienen que esforzarse, por lo menos, ¿no? ¡No puede ser! Me acuerdo de ti, pequeñita, corrigiendo las pruebas conmigo, ¿recuerdas? Te gustaba la pluma roja, ¡yo me acuerdo! Y el esfuerzo empieza temprano, mi hija."

La culpa llegó pesada esta vez. Porque él ni sospechaba que estaba dando justo en mi punto débil.

Tragué en seco.

—Te extraño, papá.

"Yo también, Nenena." —Me llamó por mi apodo de niña pequeña y los ojos me ardieron—. "¿Vienes a pasar la Navidad aquí?"

—Está complicado aquí en el hotel. Las fiestas de fin de año son temporada alta, creo que será muy difícil...

"Está bien, pero si tú estás feliz, yo estoy feliz. Quién sabe si no aparezco por ahí en enero, durante mis vacaciones. Si puedes sacar por lo menos un fin de semana con tu viejo..."

La idea de que viniera a visitarme, cuando probablemente yo ya estaría embarazada, me puso nerviosísima. Me quedé algunos segundos mirando el protector de pantalla de la computadora, sin reacción.

Mi padre vendría y no me encontraría apenas embarazada del amigo de la infancia, me encontraría enamorada y probablemente con el corazón roto.

—Sí estoy feliz, papá. Pero tengo que ver lo de enero, ¿sí? Necesito revisar su agenda antes de pensar en pedir un descanso.

"Está bien, espero tu respuesta. Te dejo trabajar. Te amo."

—Yo también te amo, papá, te amo muchísimo.

Colgué con lágrimas en los ojos, porque mi padre confiaba en mí de aquella forma absoluta, creyendo que había criado bien a su hija para el mundo.

Y yo le estaba escondiendo la parte más importante de mi vida. Augusto no tenía idea del tamaño del lío en el que me había metido.

Necesitaba respirar fuera de la órbita de Pedro y pensar.

Por eso le mandé mensaje a Camila, implorando por un happy hour.



Elegimos un restaurante pequeño del otro lado de la Barra, porque yo no quería encontrarme con absolutamente nadie de la empresa. Y con los chismes corriendo sueltos sobre mí y el CEO, parecía que todos sabían quién era.

Entramos al restaurante, yendo directo al bar. Camila hablaba sin parar desde que nos sentamos, contando sobre una influencer fitness que se hizo una liposucción y todo el mundo se enteró. Y sobre un cantante sertanejo casado, cuyos nudes se filtraron después de enviárselos a una de sus bailarinas.

—El hombre con dinero pierde completamente el miedo a pasar vergüenza —concluyó, antes de beber un sorbo de vino, brindando con burla.

Solté una risa baja, sin mucho entusiasmo, y ella dejó de mirar la pantalla del celular, observándome a través de las trenzas que cubrían un lado de su rostro.

—Y tú tienes cara de quien necesita desahogarse, amiga.

El estómago se me apretó de inmediato. Y mi expresión entregó algo, porque ella giró el celular con la pantalla hacia abajo y se puso de frente a mí, echándose las trenzas sobre los hombros, uno de sus tics de que realmente estaba prestando atención.

—Tal vez estoy saliendo con alguien. —No conté quién, ni sobre el acuerdo de embarazo, porque era una de las cláusulas del contrato.

Camila abrió una sonrisa lenta y burlona.

—¡Ah! Entonces finalmente llegamos a esta conversación. Llevaba meses esperando...

—No es nada serio —mentí, automática.

Ella soltó una carcajada incrédula.

—Helena, no me jodas. ¡Prácticamente estás de novia con Pedro Guerra!

Mi corazón casi se detuvo.

—¿Qué?

—Relájate. No le conté a nadie. Es decir... Amiga, medio que todo el mundo lo sabe. Siempre llegan y se van juntos. Y la forma en que él te mira... es como pareja que comparte financiamiento y trauma emocional. Era imposible que nadie se diera cuenta.

Me tapé la mitad del rostro con la mano.

—Dios mío.

—¡Ay, ya basta con eso! Nadie en su sano juicio puede juzgarte —continuó—. El hombre es lindo a un nivel ofensivo. Nadie va a pensar que estás con él por dinero.

Aquello me golpeó porque, al final de cuentas, era exactamente por eso que estaba con él. Por lo menos al comienzo. Yo estaba ridículamente atraída por él, me habría ido a la cama con él incluso si tuviera que pagar, pero solo fui cuando él pagó. No por el sexo en sí, pero acostarme con él estaba en un contrato. ¡Dios mío del cielo!

Tomé la copa y bebí la mitad de mi vino, y el sabor se volvió amargo en la boca.

Camila seguía diciendo algo, pero su voz comenzó a sonar distante dentro de mi cabeza. Era la primera vez, desde que me enamoré de Pedro Guerra, que una pregunta realmente cruel empezó a tomar forma:

¿Quién era yo para querer una relación con ese hombre, si había aceptado dinero de él para involucrarme? ¿En qué me diferenciaba eso de las mujeres que él decía no querer como madre de su bebé? ¿En qué me diferenciaba de Marília, usándolo para impulsar su carrera?

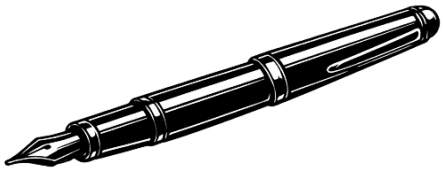
Era obvio que él nunca querría nada serio conmigo.

Seguí en automático y le dije a Camila que no me sentía bien, que necesitaba ir a casa. Ella esperó a que pidiera un Uber, me pidió que la llamara avisando que había llegado, y solo acepté, sin escuchar.

Al entrar en el auto, para ir a casa, di la dirección de Maracanã.

Necesitaba un tiempo, aunque fuera una noche, solo para mí. Para distanciarme y volver a poner las cosas en perspectiva.

35



PEDRO
GUERRA

Volví al hotel al final de la tarde con la cabeza llena y un dolor constante.

Todo lo que quería era encontrar a Helena. Tal vez llevarla a cenar. Tal vez solo oír su voz quejándose de alguna hoja de cálculo, mientras fingía profesionalismo, aunque me comiera con los ojos cada vez que me miraba.

En los últimos días, bastaba verla para que la presión dentro de mi cabeza aliviara un poco, como lluvia refrescando asfalto caliente.

Salí del ascensor directo al piso de la empresa, trotando en dirección a mi oficina, ya buscándola. La computadora estaba apagada. La mesa demasiado organizada. Ningún olor reciente de su perfume en el aire acondicionado de la antesala.

Mi pecho se apretó instantáneamente. Fue entonces cuando vi la nota pegada al teclado de la notebook. Una puta nota en vez de

un mensaje.

"Me fui a casa más temprano."

Fruncí el ceño de inmediato. Helena nunca hacía eso, irse antes de la hora. Trabajaba duro. Siempre era yo quien determinaba el fin del expediente. Ella siempre me acompañaba, desde que vivía lejos como el carajo.

Saqué el celular del bolsillo mientras caminaba rápido hasta mi sala, para ver cómo estaba mi agenda hoy. Al mismo tiempo, la llamaba a ella, la única Helena en mi agenda.

El tono de llamada sonó una,

Dos,

Tres,

Nada.

La irritación empezó baja, rastrera, flameando poco a poco, pero yo ya sabía que terminaría incendiándome.

Llamé otra vez. Buzón de voz.

—¡Mierda!

Llamé a Rui, avisando que iba a casa. Que se fueran a la mierda los compromisos del final de la tarde. Tiré la carpeta sobre la mesa y me aflojé la corbata con un movimiento seco. Tal vez estuviera en la ducha, por eso no atendió.

Tal vez yo estuviera reaccionando como un imbécil posesivo porque la mujer no atendió el teléfono durante veinte minutos.

Tal vez.

Aun así, necesitaba saber si estaba bien. Ese no era un comportamiento normal en ella. Y si quería salir, solo tenía que haberme mandado un mensaje, no una puta nota y después silencio.

Ignoré completamente la cena con inversionistas, marcada para esa noche, y bajé al garaje. Rui percibió mi humor en el instante en que entré en el asiento trasero.

—¿Casa? —preguntó.

—¡Ve!

Entendió la urgencia, porque aceleró, esquivando el tráfico de mierda de la Barra.

La mansión estaba silenciosa cuando llegué. Las empleadas de limpieza que Carmen coordinaba durante el día ya se habían ido y ella debía de haber ido a la iglesia, como hacía algunas noches por semana, a los cultos de no sé qué.

Subí las escaleras de dos en dos, con el estómago revuelto y la cabeza explotando. Podía presentir que algo estaba mal.

Cuarto vacío. Baño vacío.

La irritación se convirtió en algo peor, agonía.

Tomé el celular otra vez y llamé. No me atendió de nuevo.

Miedo y rabia mezclados extraían lo peor de mí. Ella dijo que había venido a casa. Pero mintió. ¿Por qué?

Entonces los pensamientos fueron carcomiéndose, descarrilando primero por el camino de los peores escenarios: accidente, asalto...

El guardia de seguridad... Leandro.

¡Mierda!

A pesar de que yo quería a Helena, no había dicho nada que la hiciera sentirse atada a mí. A todos los efectos, ella era soltera.

Llamé al hotel. La recepcionista atendió de inmediato.

—Hotel Guerra Barra, Fernanda al habla, ¿cómo puedo ayudarlo?

—Aquí Pedro Guerra, quiero hablar con el jefe de seguridad. ¡Ahora!

La mujer dudó un instante corto.

—¿Señor Guerra? Está bien, voy a transferirlo.

Mi mandíbula se trabó mientras la línea volvía a llamar, varias veces. ¿Dónde estaba el puto jefe de seguridad, que no atendía el teléfono? ¡Mañana el gerente iba a oírme!

Me presioné el puente de la nariz, con la cabeza explotándome.

Pero seguía caminando de un lado a otro por la sala de la mansión. El vidrio de las puertas corredizas reflejaba mi propia imagen: traje oscuro, corbata floja, expresión de hombre al borde de hacer una estupidez.

Finalmente me atendieron:

—Seguridad, habla Leandro Alves. La recepcionista vino hasta aquí para avisar que usted estaba llamando. Roberto está en otro piso, pero ya le pasé un radio para que suba.

¡Justo él! Al menos no estaba con ella.

—¿Viste a Helena?

El silencio del otro lado duró medio segundo. Demasiado tiempo para mi ira.

—¿Helena, su secretaria? No, pero acabo de llegar al expediente, voy a empezar mi turno ahora. Puedo pasar el radio para ver si alguien la vio salir, señor Guerra.

—Haz eso, espero —rugí, y él se alejó del aparato.

Los ruidos del otro lado hacían que mi dolor empeorara, pero la rabia que me subía la presión era peor. ¡Por lo menos no estaba con él!

—¿Señor Guerra? La recepcionista dijo que salió con la chica de marketing, Camila. Pasaron juntas por el corredor. Puedo buscar en las cámaras, si usted quiere.

Mi cuerpo se relajó un poco.

Colgué sin responder y llamé directo al director de marketing.

—¡Guerra! Justo necesitaba hablar contigo —empezó Aurélio, pero lo interrumpí:

—¿A qué hora salió Camila Cordeiro?

—Hace más o menos unas dos horas, creo. Pero dijo que volvía hoy todavía, que solo iba a tomar un café con una amiga. —Hizo un mohín, porque Camila trabajaba para mí, no para él.

Mientras hiciera la mierda que yo le mandaba, podía decidir sus horarios. No era como si su trabajo acabara cuando yo venía a casa a dormir, internet nunca paraba.

Estaban tomando un café. Helena estaba segura, por lo menos.

Finalmente me relajé.

—Ok. —Colgué.

Me pasé la mano por la frente, intentando contener la presión palpitando detrás de los ojos. El dolor venía aumentando en los últimos días, martillándome el cerebro, y había empezado a tomar el doble de lo que el médico me recetó meses atrás. Intentando que Helena no se diera cuenta.

Saqué los comprimidos del bolsillo interno del saco y tomé dos, en seco. Entonces me senté en el sofá y cerré los ojos, pero incluso el resto de claridad del atardecer me estaba molestando.

Solo esperaría a que llegara, para ver si estaba bien, e iría a dormir.

Las horas empezaron a pasar demasiado despacio. Y nada de Helena.

Nueve de la noche.

Diez.

Diez y media.

Carmen volvió de la iglesia e intentó prepararme una cena, pero no acepté. La migraña se parecía a una de las que tenía antes de saber del meningioma. Solo quería que Helena llegara, tomar dos comprimidos más e irme a dormir, solo eso.

Mi humor empeoraba a cada minuto.

Porque Helena nunca tardaba de esa forma, sin avisar. Había salido otras veces con Camila desde que ya estaba viviendo aquí, pero al menos mandaba mensaje.

Y yo no conseguía relajarme, porque mi cuerpo ya estaba condicionado a su presencia dentro de la casa. Con su olor todavía impregnando mis sábanas.

A las once y quince, encabronado como el carajo, mandé un mensaje:

Pedro: ¿Dónde estás?

Visto. Nada.

Mi pecho ardió.

Pedro: ¡Helena! Solo necesito saber si estás bien.

Esta vez respondió casi de inmediato.

Helena: Vine a casa.

Me quedé mirando la pantalla sin entender durante dos segundos. Entonces comprendí. Su "casa", aquel departamento minúsculo en Maracanã.

Se había ido.

Una presión absurda explotó detrás de mis ojos en el mismo instante.

Me levanté demasiado rápido del sofá y el mundo se inclinó.

Mierda.

La visión se oscureció en los bordes, mientras un dolor violento me atravesaba la cabeza hasta la nuca. El estómago se me revolvió de inmediato. Apoyé la mano en el respaldo del sofá, intentando recuperar el equilibrio, pero otra punzada vino más fuerte, aplastándome el cráneo por dentro como una prensa.

Respira.

Respira, carajo.

El aire no entraba bien. Oí pasos corriendo.

Carmen diciendo algo distante.

El celular se me escapó de la mano y golpeó el piso.

Lo último que conseguí pensar antes de que el cuerpo cediera fue en Helena yéndose sin contarme. Y en el miedo brutal que eso despertó dentro de mí.



Desperté con sabor a medicamento en la boca y un dolor infernal aplastándome el cráneo por dentro.

El techo blanco y las luces tardaron algunos segundos en entrar en foco. El olor antiséptico, el sonido rítmico de los aparatos y la aguja clavada en el pliegue de mi brazo terminaron de contarme dónde estaba:

Hospital.

¡Puta madre!

Me pasé la mano por el rostro despacio, intentando recordar cómo había llegado allí. Fragmentos volvieron en flashes inconexos: Carmen asustada, vómito, alguien sujetándome antes de que el piso desapareciera bajo mis pies.

La puerta del cuarto se abrió antes de que consiguiera recuperar el resto.

Karina entró primero, cargando a Marcelinho en brazos. El bebé dormía envuelto en una manta azul claro, completamente ajeno al caos del mundo. Detrás de ella, João Carlos, con aquella expresión permanentemente ceñuda de quien parecía desconfiar hasta de su propia sombra, pero incluso él me miró con cuidado. Lo que me hizo saber que yo estaba realmente jodido.

Fruncí el ceño de inmediato.

—¿Qué mierda están haciendo aquí?

Karina me lanzó una mirada irritada, le entregó Marcelinho al marido y vino en mi dirección como si yo estuviera al borde de la muerte. Lo estaba, pero ella no lo sabía.

—Soy tu contacto de emergencia, Pedro. ¿Qué esperabas? —susurró y me abrazó acostado. Algo que nunca formó parte de nuestra amistad, pero que mostraba cuánto se había preocupado.

Intenté sentarme y me arrepentí de inmediato, cuando el dolor volvió a latir detrás de los ojos.

—Calma ahí —refunfuñó João Carlos desde la esquina del cuarto, arrullando al hijo en brazos—. Vas a terminar reventando los puntos de pegamento que te pusieron en la cabeza.

¿Puntos? ¿Me desmayé esta vez?

Miré a Karina, con el corazón disparado, sin valor para preguntar qué más había pasado. Sus ojos castaños estaban empañados. Fue grave.

Karina me sujetó la mano.

—¿Qué está pasando, Pedro? Tu médico dijo que no puede contarme porque tú le instruiste que no dijera nada. ¡Pero es neurólogo! —Su voz se quebró.

—Es la presión del trabajo, años durmiendo poco, necesito tomar vacaciones. —La mentira estaba tan en la punta de la lengua que salió sin que pensara en ella.

Era una ironía que trabajara con turismo y no tomara vacaciones hacía años.

Y no le contaría nada a Karina para preocuparla todavía más. Ella tenía un problema de verdad con el que lidiar. Marcelinho en los brazos de João era su motivo para vivir ahora, no el trabajo, mucho menos yo.

Karina me encaró en silencio. Se quedó desconfiada.

Me conocía demasiado bien.

—Pedro...

—El consejo no puede saberlo, Karina. Si no, me apartan del cargo de CEO. Es mi empresa, mi nombre.

Técnicamente, ninguna de esas cosas era mentira. Continuó mirándome algunos segundos antes de suspirar cansada, sabiendo que fuera lo que fuera que yo estuviera escondiendo, no lo contaría.

—Necesitas dejar de actuar como si fueras una máquina.

João Carlos soltó una risa nasal al fondo.

—¡Yo te digo eso desde hace unos diez años! —João no estaba hablando conmigo, estaba hablando con su esposa.

Pero mientras yo trabajara, Karina se quedaba allí, como Helena se quedaba.

La puerta se abrió antes de que Karina pudiera convertir el sermón hacia su marido, peleando con él frente a mí, como ya había

hecho decenas de otras veces, pero ella amaba a ese imbécil.

El médico entró sosteniendo una tablet, con una expresión demasiado seria para mi gusto.

—Señor Guerra, me alegra que esté despierto. ¿Cómo está el dolor?

—Diez por ciento —mentí, todavía tenía dolor, pero quería volver a casa.

—Eso es bueno, pero todavía voy a mantenerlo aquí en observación por algunos días.

Días. Yo no podía pasar días aquí sin que Helena se diera cuenta.

La mandíbula se me trabó de inmediato.

—No.

El médico ni siquiera parpadeó.

—Su presión se disparó, usted tuvo pérdida de conciencia. Se golpeó la cabeza, tiene una conmoción cerebral. Y todo eso, sumado a... —Miró a Karina, atenta a él como un halcón—. A todo lo demás, no es nada bueno. Si quiere salir, tendrá que firmar que se va contra las órdenes médicas.

—¡Él se va a quedar! —Karina respondió por mí, apretándome la mano como si fuera una hermana mayor. Incluso siendo más joven.

Todo lo demás: el meningioma que me mataría y me quitaría tiempo con Helena. Tiempo con el hijo que yo estaba intentando hacer con ella.

Hacer con ella, no en ella.

Tiempo.

La realidad de la mierda que yo estaba haciendo en lo que debería ser el final de mi vida se sintió como un golpe en la cara.

—Yo me quedo contigo. —Karina puso la mano en mi brazo antes de que empezara a discutir.

Desvié los ojos hacia ella.

El cabello recogido a las apuradas, ojeras suaves de madre reciente. Marcelinho dormía tranquilo en brazos de João Carlos. Esta vez su marido no estaba mirando con mala cara cuando ella elegía quedarse conmigo; esta vez la mierda era tan grave que hasta João entendía.

Me quedé mirándolo a él, al bebé en sus brazos. Y por primera vez en la vida, sentí celos de él. No por su mujer, sino por la criatura. João Carlos tenía todo lo que yo quería tener.

Familia.

La palabra vino amarga. Porque yo nunca construí eso para mí. Y abandoné la mía. La vida entera corrí detrás de un sueño. Solo y sin tener con quién compartirlo.

Luché contra el fantasma de Valdemar Guerra, riéndose de mí, diciendo que no lo lograría, que volvería pidiendo un plato de comida.

Creí que el éxito era acumular poder y dinero suficientes para no depender nunca más de nadie.

Entonces apareció Helena.

Por primera vez en la vida, quería dejar de correr, quedarme en paz. Vivir en paz.

Y, de repente, la idea de morir dejó de parecer un cálculo racional y se volvió una estupidez absurda. Porque yo quería a Helena, quería al hijo que dije que haría en ella, aunque no fuera ahora, aunque fuera cuando ella decidiera ser madre.

Quería a Helena más allá de la cama, más allá de cualquier contrato. Excepto el único hecho entre una pareja, el mismo que

tenían Karina y João. Ellos peleaban, pero ella siempre volvía a casa al final del día. No volvía al monoambiente de Maracanã...

La cirugía siempre pareció un riesgo demasiado grande, porque yo no tenía nada que perder.

¡Ahora sí tenía! Y me haría la cirugía. Por Helena.

Ella valía el riesgo.

36



Entré en la oficina con un nudo en el pecho.

La noche en mi departamento fue horrible. Dormir lejos de Pedro después de semanas compartiendo su cama había sido horrible, principalmente por la sensación de haber sido injusta al no hablar.

"Solo necesito saber si estás bien." Su mensaje me llenó de culpa cuando lo imaginé del otro lado, preocupado por mí.

Pasé horas mirando el ventilador girar en el monoambiente de Maracanã, mientras mi cabeza repetía sin parar la misma pregunta miserable:

¿Qué haría con mi vida si no seguía adelante con ese acuerdo?

Quería quedarme con Pedro, eso lo sabía, pero ¿él seguiría queriéndome en su cama sin el acuerdo? Si yo continuaba en su vida

después de entregarle una criatura, el hijo también sería mío... Más aún cuando estaba tan enamorada de ese hombre.

¿Qué estaba pensando cuando acepté esa propuesta, Dios mío?

¡Desesperación! ¡Me movió la desesperación!

Mi corazón parecía haber recibido una paliza esa madrugada. Desaceleré los pasos cuando abrí la puerta de la oficina de presidencia y miré hacia mi mesa. Había un enorme ramo de rosas rojas sobre ella.

El aire quedó atrapado en mis pulmones.

Acaricié los pétalos con la punta de los dedos y una sonrisa cansada brotó en mis labios, mientras el calor de su cuidado se derramaba en mi pecho.

No había tarjeta y no hacía falta.

Eso era tan Pedro Guerra que casi conseguí oírlo burlándose de la idea de escribir una notita romántica.

Cerré los ojos por un instante, recordándolo con una nostalgia que no tenía sentido. Estaba perdidamente enamorada. Adoraba todo en su personalidad: los celos que no conseguía controlar, la posesividad de tocarme todo el tiempo. Y, principalmente, la peligrosa ilusión de pertenencia que Pedro creaba a nuestro alrededor.

¡Hoy hablaríamos! Tenía que resolver esa situación.

Me senté en la silla intentando apartar los pensamientos antes de empezar a actuar como una adolescente enamorada. Encendí la computadora e hice lo primero que hacía todos los días: revisé mi bandeja de e-mails.

El primer nombre que llamó mi atención fue el de Karina. El corazón me falló antes de abrirlo.

"Helena, buenos días.

Pedro no irá al hotel durante los próximos días por motivos personales. Cualquier urgencia puede ser dirigida a mí o a Danilo.

Gracias.”

Lo leí dos veces. Después una tercera.

“Los próximos días” y “motivos personales” fueron las primeras banderas rojas. Después vino el hecho de que Karina sería la intermediaria de nuestra conversación.

Me quedé helada. Miré las rosas. ¿No eran un gesto de cuidado suyo, sino una despedida?

El estómago se me hundió tan rápido que tuve que apoyar la mano en la mesa para estabilizarme.

Se arrepintió de nosotros.

La conclusión vino cruel e inmediata.

Yo lo había complicado todo, había dormido en mi departamento. Me había alejado. Había mostrado demasiados sentimientos sin necesitar decir una sola palabra. Tal vez Pedro finalmente había percibido que yo ya no sabía separar el acuerdo de lo que sentía por él. Tal vez él también estaba confundiendo las cosas y decidió retirarse.

Tal vez había decidido acabar con todo antes de que se volviera un problema.

La vergüenza me quemó el rostro. Porque yo conocía esa historia. Toda mujer la conocía. La secretaria que se involucra con el jefe millonario, empieza a mezclar sentimiento con sexo y termina descartada en el instante en que deja de ser conveniente y obediente.

El pecho se me apretó demasiado fuerte.

Respira. Me lo ordené a mí misma, pero no sirvió de nada, el aire apenas entraba.

La ansiedad vino como una ola arrastrando la arena bajo mis pies, quitándome el equilibrio poco a poco, hasta que el mundo entero pareció hundirse. Me levanté de la silla demasiado rápido y el corredor se inclinó ante mis ojos.

Mierda.

No conseguiría llegar a tiempo al baño de mujeres. Corrí en dirección a la oficina de Pedro, entrando en su baño exclusivo.

Solo con entrar allí, los recuerdos de nosotros dos sobre aquella encimera, en aquella ducha, me revolvieron todavía más el estómago. El olor de los productos de limpieza que usaba el equipo de la madrugada se volvió demasiado fuerte y mi cuerpo se rebeló:

El vómito vino violento, mientras me arrodillaba y me levantaba a tiempo para correr hasta el inodoro. Todo mi cuerpo temblaba mientras el sabor amargo me quemaba la garganta y lágrimas involuntarias me llenaban los ojos.

Me quedé algunos segundos apoyada en la porcelana fría intentando recuperar el aire, oyendo apenas mi respiración irregular y el zumbido distante del aire acondicionado.

Cuando finalmente conseguí levantarme, mis piernas todavía estaban gelatinosas. Apoyé las manos en el mármol del lavamanos y levanté los ojos hacia el espejo. Pálida y asustada, porque perder a Pedro no sería solo un desastre para mi corazón roto, sería un despido.

Karina mandó el e-mail, volvió de la licencia y asumió su puesto.

¿Él ni siquiera hablaría conmigo? ¿Alguien de Recursos Humanos entraría aquí para entregarme mis papeles de despido?

¿Y nuestro acuerdo? ¿Y los papeles que firmé?

Asustada, apoyé la palma en mi vientre, todavía sintiéndome mareada, bombardeada por los olores. Si perdía ese empleo, hasta conseguir otro e intentar devolver el dinero... ¡Dios mío!

Fue entonces cuando la idea vino como un relámpago, el sonido del trueno llegó enseguida, pero no, yo no podía estar embarazada. Me había bajado la menstruación a inicios de ese mes.

No fue igual a como solía ser.

—¡No, no, no! —corrí hasta mi mesa, abrí la bolsa y abrí la aplicación que usaba para monitorear mi ciclo—. Me bajó en la fecha equivocada. Un poco antes de mi ciclo regular.

Necesitaba hablar en voz alta, entender lo que estaba pasando.

—No fueron más que dos días de menstruación...

Recordé que había celebrado porque el flujo vino leve esa vez. Y en cuanto terminó, ya estaba enredándome con Pedro en su cama otra vez. Pasando prácticamente veinticuatro horas con él, borracha de felicidad y agonía, por querer demasiado que todo aquello durara para siempre, aterrorizada por desear lo indeseable.

—¡Dios mío! ¡No!

Una punzada helada me atravesó el pecho.

Debería haberme dado cuenta.

El corazón se me disparó tan fuerte que mi pulso casi me ensordeció. Las piezas empezaron a encajar demasiado rápido dentro de mi cabeza: las náuseas, que creí que eran ansiedad por toda esa situación. El mareo, que creí que era hambre cuando me saltaba alguna comida, trabajando, siempre trabajando. El cansancio absurdo de los últimos días, que no era solo mental, también era físico.

Y justo ahora.

Ahora que Pedro había desistido de nosotros...

¿Dolería más o menos si todavía quisiera su parte del contrato?

Una risa nerviosa casi escapó grave de mis labios. La vida tenía un sentido del humor demasiado cruel.

Abrí y cerré los dedos húmedos, intentando apartar el temblor de las manos. La oficina cargaba su presencia en cada recuerdo. Pedro estaba en todas partes.

Y tal vez ahora también estuviera dentro de mí.

El pensamiento casi me hizo perder el aire otra vez.

¡Necesitaba saber!

Apagué la computadora y agarré mi bolsa, saliendo de la oficina sin importarme dejar su sala completamente vacía, cuando el horario de trabajo ya estaba entrando en el ritmo frenético del día a día. Atravesé el piso de la empresa hasta los ascensores y podía sentir todos los ojos sobre mí, como si supieran.

Karina volvería a trabajar para Pedro y yo sería despedida, del empleo y de su vida.

Pero lo más importante no era el trabajo, era ir a la farmacia a comprar una prueba. Necesitaba saber si había cumplido mi parte del acuerdo que fuimos.

37

PEDRO GUERRA



Dos días después

Salí del hospital con la sensación de haber envejecido diez años en cuarenta y ocho horas.

El dolor de cabeza seguía aquí, apuñalándome detrás de los ojos. Y el corte que cerraron con pegamento quirúrgico donde me golpeé la cabeza contra la mesa de centro ardía cada vez que me duchaba.

Pero lo más importante fue que esos días sirvieron para hacer todos los exámenes posibles e imposibles, para intentar saber cuáles eran las probabilidades de que tuviera un derrame posquirúrgico y acabara postrado como quedó Valdemar Guerra.

Necesitaba resolver eso solo, porque no tomaría esa decisión y la de perseguir a Helena, decirle que la quería como mía... como cualquier cosa, si iba a convertirme en una carga en su vida. Ella era

demasiado joven y un acuerdo inmoral era el máximo de culpa que conseguía cargar en lo que respectaba a ella.

Por eso me alejé esos dos días, para saber cuáles eran mis posibilidades, para vivir con ella después.

El neurocirujano fue claro: necesitaba operarme pronto. Cuanto más esperara, mayores serían los riesgos. Esta vez acepté sin discutir, pero necesitaba resolver una cosa primero. Por eso no acepté hacer la cirugía de inmediato.

Porque, antes de entrar al quirófano y dejar que me abrieran el cerebro, le debía a Helena, tenía que contarle toda la verdad: lo que hice y que estaba completamente involucrado.

Necesitaba demostrar con acciones que corroboraran mis palabras. Ella no sería un secreto, como las otras lo fueron. No sería un caso pasajero y vacío; ya no lo era, probablemente nunca lo había sido.

En cuanto recibí el alta, envié el mensaje antes de tener tiempo de cambiar de idea:

Pedro: Necesito hablar contigo. Encuéntrate conmigo a las ocho. Voy a mandarte la ubicación.

Tardó quince minutos en responder.

Helena: Está bien.

Solo eso.

Ni siquiera volví a la mansión, salí del hospital usando el traje que Karina trajo. Sin Helena en mi casa, entrar allí me mostraría lo vacía que era mi vida. Y para llevarla de vuelta a donde pertenecía, necesitaba cambiar de estrategia, necesitaba exponerme en vez de silenciar.

Dejé a Karina trabajar desde casa, resolviendo cosas en mi nombre, mientras yo me recuperaba y me enfocaba en ensayar mi

discurso para la conversación con la mujer que pretendía que fuera mía.

Elegí un restaurante discreto en la Lagoa, sofisticado sin parecer que yo estaba haciendo demasiado esfuerzo, aunque lo estaba. Un lugar donde empresarios cenaban lejos de los flashes más agresivos de la prensa, pero todavía lo bastante público para que nadie tuviera dudas al vernos juntos.

Porque estaba cansado de esconderla.

Llegué antes que ella, ansioso.

Ridículo. Yo era Pedro Guerra, el multimillonario, CEO de una multinacional, acostumbrado a controlar salas enteras. Pero estaba inquieto porque venía a encontrarme con una mujer.

No cualquier mujer, Helena. Y fue justamente ella quien me golpeó al pasar por las puertas del restaurante, hablando con la hostess. Leí sus labios: "la mesa del señor Guerra".

Acompañé sus movimientos mientras la recepcionista la traía hasta mí. Justo en medio del salón, no en una sala privada como solía ser. Helena no demostró nada. Su postura de integridad permaneció firme, con la máscara de profesionalismo. Tal vez incluso un poco irritada.

Mi gesto no representó nada. Está bien, yo estaba aquí para exponerme, no cambiaría de idea. Lo ponderé mucho antes de tomar esa decisión, tal vez me había demorado demasiado. Pero la verdad todavía necesitaba ser dicha.

La admiré cuando se detuvo del otro lado de la mesa. Usaba un vestido simple, azul oscuro. No uno de los que yo le había dado. El cabello estaba recogido en un moño profesional, no suelto como ella sabía que me volvía loco.

Y parecía que había venido directo del trabajo, no se había arreglado para encontrarse conmigo.

No importaba, seguía siendo hermosa como el carajo, principalmente sin hacer esfuerzo.

—Helena —saludé, levantándome, preparado para jalar la silla al lado de la mía para ella.

Le dio una sonrisa seca a la recepcionista, claramente una invitación para que se retirara; entonces jaló la silla frente a mí, del otro lado de la mesa.

Defensiva, no quería acercarse a mí ni que yo la tocara.

—Buenas noches, señor Guerra. —Sin "Pedro", sin sonrisa.

Y esa mierda dolió más de lo que me estaba doliendo la cabeza.

Suspiré, obligándome a mantener mi plan en curso.

—Elegiste un lugar público —comentó, hablando en un susurro irritado, en tono de acusación.

—Elegí.

—¿Vas a despedirme en un lugar público para que no haga una escenita dramática? —disparó, irritada, y mis ojos se abrieron de golpe.

—¿Despedirte? ¿De qué estás hablando, Helena?

—Recibí el e-mail de Karina. Ella volvió, claramente ya no me necesitas. Pasé dos días cumpliendo horario en aquella sala vacía. Sin recibir ni un e-mail, porque aparentemente toda la empresa ya recibió el memorando.

Puta madre, Karina era demasiado eficiente. Seguramente había mandado, de hecho, un memorando avisando sobre mi ausencia y que ella lidiaría con las cosas.

—No voy a despedirte y tampoco es de eso de lo que quiero hablar ahora. Te llamé aquí para conversar... —Tomé aire, viendo sus labios apretados en incredulidad—. ¡Estoy enamorado de ti!

Disparé a quemarropa, descontrolado.

Helena se congeló. Los dedos apretaron lentamente la correa de la bolsa en su regazo mientras me miraba sin respirar bien. Continué antes de perder el hilo.

—Y te traje aquí porque me cansé de mantenernos en secreto. Quiero que miren. Quiero que sepan.

Pude oírla tragar en seco.

—Pedro... —susurró mi nombre, claramente afectada, los hombros relajándose mientras aspiraba el aire con fuerza.

—Pero antes necesitas saber algunas cosas... sobre mí.

Los ojos abiertos, asustados, casi me hicieron parar.

Casi.

Me pasé la mano por la mandíbula, organizando pensamientos que deberían haber sido dichos semanas atrás.

—Descubrí un meningioma hace algunos meses. Unos días antes de que empezaras a trabajar para mí.

Su rostro perdió completamente el color.

El restaurante entero desapareció a mi alrededor en aquel instante. Solo existía Helena mirándome como si acabara de quitarle el piso bajo los pies.

—¿Q-qué?

—Un tumor cerebral benigno. Operable. Pero delicado.

Vi el miedo crecer en ella y eso me destruyó. Piedad o miedo, ninguno de esos era un motivo para quererme.

—Por eso quise un hijo. Pensé que... —Me puse nervioso por primera vez en años—. Pensé que mi tiempo se estaba acabando.

Helena parpadeó demasiado rápido. Las lágrimas empezaron a llenarle los ojos sin que se diera cuenta. Continué. Necesitaba

continuar:

—Te elegí antes de descubrir quién era tu padre. Te elegí porque te admiré desde el primer momento. No solo por tu belleza, sino porque eres inteligente, dedicada, gentil. Te miraba en aquella oficina y veía a alguien a quien respetaba, con integridad, que no intentó conquistarme solo para ver si podía o qué ganaría con eso...

Ella cerró los ojos por un breve momento, preparándose para escucharme sin emocionarse.

—Y cuando descubrí que eras hija de Augusto... —Una risa nasal de ironía brotó sin autorización—. Parecía el destino burlándose de mi cara. Siempre admiré a la familia da Paz. Tu padre, tus abuelos... Ellos tenían exactamente el tipo de vida que pasé la vida entera fingiendo que no quería.

Su pecho subía y bajaba rápido, pero no emitía más sonido alguno, solo mantenía aquellos ojos castaños en los míos.

Desesperación, confusión, rabia, todo mezclado.

Acerqué el cuerpo sobre la mesa, inclinándome en su dirección, con las dos manos sobre el mantel, listo para sujetar las suyas. ¡Necesitaba tocarla, mierda!

La cabeza me palpitó y me obligué a respirar. Fue entonces cuando me sorprendió, inclinándose también más cerca de mí, diciendo:

—Intenté no sentirme atraída por ti, intenté no involucrarme. Tú dijiste...

—Estaba equivocado, Helena. Contigo no conseguí ser quien siempre fui.

Ella soltó una risa sin humor alguno. Una lágrima escapó. Giró el rostro hacia un lado, secándose la lágrima disimuladamente. Verla llorar hizo que me arrepintiera de haber venido aquí con ella.

—No quería lastimarte. No creí que esto entre nosotros fuera a crecer hasta el tamaño que creció, Helena. Los parámetros que tenía de comparación eran los que te di en nuestra primera conversación. Me equivoqué.

Volvió a mirarme, mordiendo la parte carnosa de la boca. Estaba demasiado afectada, pero yo necesitaba contarle. No podía ir a una mesa de cirugía sin que supiera la verdad.

Entonces le conté el resto. La parte más fea. La mentira.

—No pretendía operarme. Iba a dejar al bebé contigo. Te elegí para ser la madre de mi hijo, no para gestar un bebé para mí. Solo que no esperaba enamorarme y quererte.

La forma en que aspiró el aire, furiosa, pareció succionar el oxígeno del restaurante entero. Al fondo, apagado, oía el murmullo de las conversaciones, los cubiertos golpeando, veía a los meseros esperando mi señal para acercarse y veía la comprensión en sus ojos transformarse en rabia.

Helena fue abriendo los ojos poco a poco, conforme asimilaba los desdoblamientos de lo que confesé.

Esperaba cualquier cosa: llanto, silencio, un dedo apuntándome. Pero lo que vino fue peor: Helena se levantó de la silla tan rápido que la arrastró sobre el piso de madera, atrayendo miradas inmediatas hacia nosotros.

Mi corazón se desplomó. Me miraba como si yo fuera un extraño.

No, mierda.

Se inclinó hacia mí, prácticamente escupiendo las palabras en un tono bajo, que mantendría el mensaje solo para mis oídos. Lo que era mil veces peor que un escándalo.

—Entonces conseguiste lo que querías...

—Helena —interrumpí, estirando la mano, y ella esquivó mi toque en su antebrazo.

Negó con la cabeza, las lágrimas escurriendo ahora sin ningún control.

—Estoy embarazada, Pedro —siseó y apretó la mandíbula, incapaz de seguir hablando.

El mundo se detuvo.

Mi cuerpo entero se trabó.

Embarazada.

¡Carajo!

—Y ya que este hijo es mío, entonces va a ser mío. ¡No quiero saber de tu contrato, no quiero saber de ti ni de tus mentiras! —Sus uñas delicadas pellizcaban el cuero falso de la bolsa, las venas de su cuello expuesto tensas, las mejillas sonrojadas de rabia.

Esa no era mi Helena, era una madre. La madre de mi hijo.

—Helena, escucha...

—¡No! —Gruñó y miró hacia los lados.

Las personas alrededor fingían no mirar, mientras miraban. Vi celulares siendo levantados discretamente. ¡Puta madre! Chismosos hijos de puta, olfateando tragedia como buitres rondando carroña.

Pero todo lo que yo conseguía ver era a Helena derrumbándose frente a mí.

Agarró la bolsa con manos temblorosas antes de girarse.

—Ahora sí consigo no sentirme atraída por ti, Pedro. —La frase salió chillona.

Lanzó el comentario como un cuchillo y se fue.

Me quedé sentado sin conseguir respirar bien durante algunos segundos.

Embarazada.

Helena estaba embarazada, cargando a mi hijo.

Mi hijo...

Nuestro hijo.

Y yo acababa de destruir a la mujer por la que estaba enamorado como el carajo. Cerré los ojos mientras flashes empezaban a explotar discretamente del otro lado del restaurante. Apuntando a mí y a ella.

¡Mierda!

Cuando oí el sonido de la puerta principal cerrándose, saqué el celular de inmediato y llamé a mi chofer:

—Rui.

—¿Señor?

—Sigue a Helena. Sin que ella lo note. Quiero saber si llegó bien a Maracanã.

—Sí, señor.

Colgué sin despedirme. Mi pecho todavía estaba en llamas, sus palabras me dejaron completamente desequilibrado, al punto de no saber si conseguiría levantarme. Me presioné el puente de la nariz, con la punzada de dolor tan intensa que me daría náuseas en algunos instantes.

Parecía que mi cráneo estaba siendo aplastado de adentro hacia afuera. Mientras mi corazón estaba dividido entre un amor brutal y la sensación devastadora de haberlo arruinado todo exactamente como temí desde el comienzo.

Pero ¿honestamente?

Debería haber imaginado que reaccionaría así. Helena no soportaba ser tratada con menos respeto del que merecía. Siempre se impuso, incluso cuando tenía un millón de problemas, incluso

necesitando desesperadamente el empleo, no aceptó ser tratada de cualquier manera.

Tal vez fuera justamente por eso que me había enamorado tan profundamente, tan rápido.

Y no sería mi Helena si aceptara aquella cobardía en silencio.

Tenía que darle tiempo para calmarse, para pedirle las disculpas que no conseguí pedir. No desistiría de ella, ese no era yo.

Helena era el motivo por el que decidí vivir y, ahora que estaba esperando a mi hijo, la certeza duplicaba su tamaño.

Tendría tiempo de arreglar esto o moriría intentándolo.

38



Lloré la noche entera.

Pedro Guerra estaba enamorado de mí.

Y había mentido cruelmente.

La confesión de sus sentimientos, que tanto soñé y ansiaba, todavía ardía dentro de mi pecho como carbón en brasas. Y justamente por eso dolía tanto. Porque me había contado aquello al mismo tiempo que arrojaba otra bomba en mi regazo.

El tumor y el plan absurdo de morir y dejar un hijo para que yo lo criara sola, como si la maternidad fuera una herencia transferida por contrato. Intentaba recordar exactamente qué estaba escrito en aquel contrato. Pero no tuve valor para releerlo. Solo de acordarme de que me obligó a firmar ese acuerdo, la rabia venía en oleadas.

Después el amor atravesaba por debajo de ella como corriente levantando arena en el fondo del mar. Después venía la

culpa, porque él estaba enfermo.

Dios mío, Pedro estaba enfermo.

Me giré de lado en la cama estrecha del departamento en Maracanã, mirando la mesa donde mi computadora vieja y los papeles que causaron todo estaban guardados dentro de una carpeta.

Mi financiamiento, la carta de liquidación de deuda, que ahora me hacía pensar que había sido una deuda comprada. No quería releer mi contrato con Pedro, no quería ver entre líneas cuál era su intención al hacerme firmar aquello mientras me seducía.

Me engañó.

Cerré los ojos intentando inútilmente apagar mis pensamientos. El ventilador giraba, refrescando todo el cuarto en aquel inicio de la mañana. A lo lejos oía el ruido de los autos empezando a pasar por las calles más distantes y de vez en cuando por la mía.

La vida estaba recomenzando y la prisa de las personas en esa ciudad inmensa solo me hacía pensar que hoy no me uniría a esa masa. No iría a ningún lado, no necesitaba.

La prueba de farmacia continuaba dentro de la bolsa tirada en la silla al lado de la cama.

Positivo. Dos líneas color rosa capaces de implosionar una vida entera.

Estaba embarazada y desempleada, y el padre de mi hijo me había lastimado y estaba enfermo... Meningioma, dijo. No tenía idea de qué era, pero el nombre era horrible.

Me pasé la mano por el rostro cansado y miré el celular para ver la hora.

Seis y veinte de la mañana.

No levantarme y empezar mi rutina diaria fue extraño. Mi rutina constante, desde que entré a la universidad: largas horas de estudio, trabajo, transporte público, comidas apresuradas. Desde que salí de la casa de mi padre, apenas tenía tiempo para mí.

Mis mejores momentos en Río de Janeiro fueron con Pedro, dentro de su mansión, en sus brazos...

Y la nostalgia se volvió gigante, haciendo que los ojos volvieran a llenárseme de agua.

Necesitaba distancia. Cualquier cosa que me permitiera pensar lejos de la presencia dominante de Pedro, porque cada vez que recordaba la forma en que me miraba en aquel restaurante, mi corazón vacilaba.

La pantalla del celular se encendió, vibrando sobre el colchón. Mi primer pensamiento fue que él me estaba llamando, queriendo conversar.

Fue con alivio y decepción que vi que la persona que me llamaba era Camila.

Respiré hondo, tragándome el nudo en la garganta antes de atender.

—Hola.

"Amiga... se fue todo a la mierda." —Camila estaba hablando bajito, tímida, como solo se ponía cuando estaba en el trabajo.

Pero no estaba, porque todavía era demasiado temprano para ella. Los únicos que madrugaban en aquella empresa eran los empleados de soporte: secretarias, asistentes... y Pedro. Me senté despacio en la cama, aprensiva.

—¿Qué pasó?

Camila soltó una risita nerviosa del otro lado de la línea. Y escuché el ruido de puertas golpeando.

"Mira, voy a darte con el hierro caliente, porque no hay forma de suavizar esta mierda, Helena, perdón. El nombre de Pedro ya estaba caliente en los chismes por la loca de Marília. Pero ahora está hirviendo... Salió una foto de ustedes dos en el restaurante. En realidad, son varias." —Murmuró la última parte y escuché agua cayendo del otro lado, mientras llenaba un vaso o algo así.

El estómago se me revolvió. No sabía si por náusea matinal de embarazada o por nervios.

—¿Foto?

"Ustedes peleando. Y tú pareciendo que estás llorando, él intentando levantarse de la mesa, un clima horrible." —Su tono era de quien pedía disculpas, pero como prometió, no me ahorró nada.

Los amigos de verdad eran así. No tapaban el sol con un dedo, sabiendo que sería peor. Ella me estaba dejando saber la extensión real de la cosa antes de ayudarme con soluciones, era lo que yo haría.

Cerré los ojos, súbitamente avergonzada por la escenita. A pesar de confiar en él y odiar desconfiar de él, creía que Pedro no lo había hecho a propósito al llevarme a un lugar público. Al menos eso creía que había sido un error de juicio, quería creerlo.

Claro que las personas lo reconocieron y sacaron fotos de la confusión.

—Dios mío. ¿Qué están diciendo de mí?

"Amiga... no voy a mentirte, está feo. Los sitios pasaron la madrugada trabajando. Fueron detrás de los empleados del hotel de la Barra, porque descubrieron que eres secretaria de Guerra. Y el guardia de seguridad, aquel grandote, dio una entrevista. Ni siquiera le importó que usaran su nombre, Leandro Alves. ¡Imbécil! Habló un montón de mierda, insinuando que ustedes tenían algo, pero que ahora tú 'solo quieres saber del patrón con plata'. Macho siendo macho, porque no quisiste salir con él. Cobra." —Parloteó y me sentí súbitamente traicionada.

Leandro siempre fue simpático conmigo y yo nunca di a entender que tendríamos nada. Mentí sobre mi relación con Pedro aquella vez, pero no le debía nada. Y ya que no podría usar mi cuerpo, lo usaría de otra forma...

"Los sitios ya están diciendo que ustedes tenían un caso escondido desde hace meses. Y algunos otros empleados más vivos, que no entregaron sus nombres, lo confirmaron."

La humillación me quemó caliente en el rostro. Recordé todas las veces que salí del penthouse junto con Pedro. Nunca hizo un buen trabajo escondiéndonos. Mandaba comprar ropa y cosas para mí, pedía comida del restaurante del hotel para dos.

Siempre me trató como una novia, no como un caso secreto.

¡Qué ciega fui, Dios mío!

Mi miedo a enamorarme fue tan inmenso que no vi sus sentimientos. Y no lo conocía como para saber que su comportamiento conmigo era diferente al de las otras mujeres con las que se relacionó.

Y aunque lo hubiera visto, él me estaba mintiendo a mí y a sí mismo, porque había decidido morir. Pero no antes de meterme un hijo dentro, lo que consiguió.

Podía imaginar perfectamente lo que toda Pedra Serena diría cuando se enterara, si es que no se estaban enterando ya.

Camila continuaba hablando rápido, indignada, sacándome de mi divagación.

"Y esa perra de Marília está empeorándolo todo. Acaba de salir una entrevista de ella hablando un montón de mierda."

—¿Qué dijo, Camila? —interrumpí, agoniada.

"Mira, Helena, voy a hacerme la loca y voy a enterrar a esa mujer... si quiere cinco minutos de fama, se los voy a dar. Mira lo

que dijo: 'Algunas mujeres hacen cualquier cosa por estabilidad financiera'."

Me llamó interesada. Mi peor pesadilla de toda esa situación era que estuvieran de acuerdo con cómo yo me sentía a veces. No era por eso que me había enamorado. De verdad que no. Pero nadie lo vería así.

Interesada.

Las circunstancias habían cambiado. Los sentimientos también.

Pero el origen de la historia seguía siendo feo.

"¿Helena? ¿Estás ahí?"

—Estoy. —Incluso con una sola palabra, se podía saber que estaba a punto de llorar.

"Mírame. Quiero decir, escúchame. Esa mujer está completamente desequilibrada. Pedro no está ayudando, porque odia pronunciarse, pero esta vez voy a soltar una nota oficial aunque me despida."

La preocupación sincera en su voz casi me hizo llorar otra vez. Entonces, sin darme cuenta del todo de lo que estaba haciendo, dije:

—Estoy embarazada.

Eso hizo que Camila dejara de hablar durante medio minuto. Ese era el nivel de lo jodida que estaba.

"Embarazada de él, ¿no?"

—¡Claro que es de él, Camila! —Reí entre lágrimas, medio histérica.

Camila soltó una maldición baja.

"Ay, yo qué sé, ¿no? No te juzgaría, solo necesitaba saber... Pero ¿cuál es el problema? ¿Tú no quieres? ¿Él no quiere? ¿No va a

hacerse cargo?" —Su tono de voz fue subiendo hacia uno de indignación furiosa—. "Porque te juro por Dios, Helena, yo no trabajo para macho escroto. Ya basta con ese infierno de Lobo haciéndome perder la paciencia todos los santos días..."

A pesar del caos dentro de mí, una risa débil casi se me escapó. Tarcísio realmente tenía talento para irritar a Camila. Aunque yo creía que ya se había vuelto otra cosa y ella no estaba lista para admitirlo ni siquiera para sí misma.

Me pasé la mano por los ojos hinchados antes de responder:

—Él quiere, es lo que más quiere. Un hi-jo. —Mi voz falló en la última palabra.

Comprendía exactamente el tamaño de aquello para Pedro. Creyó que moriría y la única medida que tomó al respecto fue buscar cómo realizar ese sueño antes de morir. El pecho se me apretó otra vez, dolorido y confuso.

Camila se quedó callada durante algunos segundos antes de murmurar, más suave:

"Él solo quiere al hijo... Lo siento mucho, Helena." —Fue la conclusión a la que llegó. No la desmentí, no le conté la declaración atropellada de él ayer.

—Voy a estar bien —mentí para las dos—. Y tú no hagas nada sin hablar con él primero.

"¡Ah, sí voy a hacerlo! Esta vez no quiero ni saber. Nadie va a humillarte públicamente, mucho menos esa escrota y ese macho imbécil que se puso ardido porque le dijiste que no." —Ella estaba más indignada que yo.

—Espera, por favor... —Tuve miedo por ella y por su empleo, pero también me sentí agradecida.

Antes de que pudiera responder, otra llamada apareció en la pantalla.

Papá.

El corazón se me desplomó y la sangre se me fue toda a los pies, haciendo que las ganas de vomitar empeoraran.

—Camila, necesito atender a mi papá. Después te llamo.

"Está bien. ¿Y Helena?"

—¿Sí?

"Estoy aquí cuando quieras hablar. Sea cual sea la forma en que decidas resolver esto, tengo contactos, ¿ok?"

Tragué en seco.

—Voy a tener este bebé, Camila. Esa parte ni siquiera está en decisión. Es mi hijo. —Apoyé la palma en mi vientre—. Necesito irme, me está llamando de nuevo.

Toqué para terminar una llamada y atender la otra, y en cuanto el teléfono llegó a mi oído, la voz de mi padre atravesó la línea, cargada de una irritación que yo nunca había escuchado antes.

"¿Estás teniendo un caso con Guerra?"

Mi cuerpo entero se heló.

—Papá, déjame explicar...

"¿Sí o no?" —Temblé entera con su rabia. La decepción—. "¡Las profesoras de la escuela están hablando de eso desde temprano en el grupo! ¡La ciudad entera ya vio esas fotos en internet!"

Cerré los ojos mientras la vergüenza subía quemándome la garganta. Podía imaginarlo perfectamente.

Grupo de WhatsApp. Profesoras cuchicheando en la sala de profesores, los alumnos en los pasillos. Mi padre oyéndolo todo.

—Papá, no es así...

"¡Te están llamando interesada! ¡Diciendo que te volviste amante de millonario! ¡Yo no te crie para eso, Helena!"

Su frase golpeó como una bofetada. Las lágrimas vinieron de inmediato.

—Papá —lloriqueé, con la garganta cerrada de vergüenza.

Su voz falló por primera vez. Más herido que bravo. Lo que destruyó el resto de mi resistencia.

"¡Quiero saber qué está pasando! ¡Voy a tomar el autobús a Belo Horizonte hoy después de clase y agarrar un avión para llegar ahí hoy mismo!"

—No hace falta, yo... yo... —Mi voz salió chillona. Solo había una cosa por hacer—: Voy a volver a casa.

Silencio. Del otro lado de la línea, oí apenas su respiración pesada. Entonces Augusto habló más bajo:

"Vuelve, mi hija. Si eso es lo que estás haciendo ahí, prefiero que estés aquí dentro de casa."

No lo era, yo estaba intentando vivir la vida que soñé. Por la que me esforcé tanto.

No enamorarme de mi jefe, que hizo un acuerdo conmigo para embarazarme y que yo fuera la madre de su hijo mientras él moría.

39



PEDRO
GUERRA

Desperté antes de las siete, con el celular vibrando sin parar sobre la mesa de noche.

Durante dos segundos, todavía aturdido por el medicamento fuerte que el médico recetó para controlar el dolor de cabeza, pensé que era alguna emergencia de la cirugía. Entonces vi el volumen de notificaciones explotando en la pantalla y sentí que el estómago se me hundía antes incluso de abrir cualquier cosa.

¡Carajo! Los titulares sobre anoche ya se habían apoderado de internet. Y esta vez no eran solo sitios de chismes y redes sociales; revistas de mercado empresarial estaban buscándome, a través de Karina, para que dijera algo sobre:

"CEO multimillonario protagoniza escena de supuesto acoso a empleada en restaurante carioca." —El "supuesto" estaba allí para intentar impedir el proceso que vendría. ¡Ah, claro que vendría!

"Secretaria, veinte años más joven, habría sido amante de empresario."

"Discusión entre Pedro Guerra y empleada levanta sospechas de abuso corporativo."

Mi mandíbula se trabó con tanta fuerza que sentí la presión latir detrás de los ojos otra vez. Abrí otra nota. Y otra más.

Las fotos estaban en todas partes: Helena granulada, con los ojos llenos de lágrimas. El contenido de la conversación se preservó por la distancia, pero las imágenes contaban la historia que ellos quisieran inventar.

El odio subió, quemándome el pecho, cuando abrí los comentarios de las publicaciones en los sitios. ¿Iban contra ella? ¿Qué carajo pensaba esa gente?

¡Yo era el rico, el mayor, su jefe! Cualquier beneficio de la duda debería ser dado a ella, no a mí.

La estaban llamando interesada y estafadora. "Claro que es amor, sí", con emojis de dinero al lado.

¡Hijos de puta!

Ninguna de esas personas conocía a Helena da Paz. No sabían de su carácter, de la gentileza y empatía inherentes a su personalidad. De cómo trabajaba duro, sin reclamar. Que trabajó y estudió para intentar pagar su propia educación... De la vergüenza que sentía incluso al aceptar mis regalos.

Tomé el teléfono de inmediato y llamé a Tarcísio. Atendió al segundo tono:

"¡Qué mierda! Mis pasantes ya están mandando las notificaciones y redactando las demandas. La mayoría está fácil de probar, principalmente los sitios de chismes que, como anticipé, nos darían más munición para juntar en el caso contra Marília. Con los periódicos de verdad, voy a necesitar armar un caso sólido, pero los voy a aplastar. Solo que el daño ya está hecho, Pedro. ¿Quieres que

prepare algo para que tus accionistas no intenten crecerse y sacarte de la Dirección por el 'supuesto acoso', o vas a entrarles con una patada voladora y yo lidio con la mierda después?"

No sería el Lobo si no supiera exactamente a quién y dónde morder primero.

—¡Primero todos los que están hablando mierda de ella! ¡No quiero a nadie diciendo su puto nombre!

Lo oí chasquear los dedos, llamando al montón de pasantes y asociados junior que trabajaban con él.

"Prioridad son los procesos de calumnia y difamación contra Helena."

Me levanté de la cama y empecé a arreglarme para salir.

"Ya me estoy encargando de eso" —respondió Tarcísio, ahora más serio—. "Mi equipo está notificando a los portales desde temprano. Pero necesitas hablar con tu consejo."

—No es suficiente.

"Nada va a ser suficiente para ti hoy."

Me pasé la mano por el rostro, intentando contener la irritación.

—Están insinuando acoso sexual... —gruñí, y ya no estaba hablando con mi abogado, estaba hablando con mi amigo.

Y yo no iría a la puta empresa, mi prioridad no era la cantaleta de ese montón de viejos con los bolsillos llenos de dinero, era ella. Yo sabía exactamente el tamaño de aquello para Helena. Su orgullo. Su carrera. El esfuerzo absurdo que hizo para alcanzar lo que alcanzó.

Y yo había arrastrado su nombre al alcantarillado de internet.

Del otro lado de la línea, Tarcísio se quedó callado algunos segundos antes de hablar:

"Ella necesita cerrar contigo, Pedro. ¿Le contaste todo esta vez?"

Cerré los ojos. El recuerdo de Helena levantándose de aquella mesa, embarazada y devastada, me atravesó el pecho como un cuchillo sin filo.

—Hablé...

"Y ella hizo esa escena." —Suspiró, alejándose del murmullo para ser mi amigo por un instante.

—Está embarazada.

"Y encima de tu mierda todavía está eso. Puta madre, Pedro."

—Necesito que mandes una amenaza para que los accionistas se queden quietos y hables con Sombra para que asuma por mí hoy. No voy a la empresa.

"Hablo con Danilo, déjamelo a mí, ve a resolver esta mierda con la madre de tu hijo." —Mi corazón se llenó y se apretó al oírlo llamarla como siempre y esta vez ya ser real—. "Y felicidades, mi amigo. Cuando toda esta mierda pase, todavía vas a tener eso. Es lo que hace que todo valga la pena."

Sí que valdría. El Lobo tenía a Pérola y soportaba mierda constantemente por ella, porque valía la pena.

—Gracias.

"¡Me estás pagando! Ve, resuelve lo que importa, yo me encargo del resto."

Sí, priorizaría lo que merecía. No era dinero ni poder. Si Tarcísio no conseguía contener el incendio, yo encontraría otra forma.

Primero Helena y mi hijo.



El tránsito hasta Maracanã pareció demasiado lento. En el camino, llamé a Karina y le pedí que fuera a la oficina y que retuviera a Helena, en caso de que apareciera por allí. Cosa que dudaba, después de anoche.

Cuando llegué al edificio simple donde vivía Helena, subí los escalones de dos en dos. Toqué la puerta. Nada.

Otra vez, más fuerte. Silencio.

Una señora apareció, abriendo la puerta del departamento de al lado, y miró mi ropa, mi reloj. Sus ojos se agrandaron en el mismo instante.

—Estoy buscando a Helena, ¿vio si salió?

—Ah, ¿la muchachita que vive ahí? Salió hace rato. Con maleta y todo.

Mi pecho se hundió.

¿Maleta?

Entonces supe exactamente adónde estaba yendo. Pedra Serena.

Apoyé la frente por un segundo en la madera fría de la puerta de su departamento, mientras una sensación de incomodidad me alcanzaba, porque solo había una cosa que podía hacer.

No pisaba Pedra Serena desde los dieciocho años. El Pedro que existía allí era un jodido, el hijo maldecido por su propio padre. El que eligió abandonar a su madre y a sus hermanos, dejándolos con aquel hombre desgraciado.

Para poder convertirme en Pedro Guerra, de Guerra Turismo. Uno de los hombres más ricos de Brasil, clasificado en las listas mundiales...

Después de que salí de allí, nunca más conseguí volver. Primero por orgullo. Después por rabia. Y, entonces, por vergüenza.

Valdemar Guerra continuaba ocupando espacio dentro de mi cabeza, incluso muerto. Pasé décadas jurando que sería diferente a él, mientras repetía exactamente los mismos errores: trabajo por encima de todo, sentimientos fríos, familia convertida en adorno y motivo de angustia.

Helena se estaba yendo, volviendo con su padre, porque yo tuve miedo de amarla bien. Augusto da Paz no acumuló dinero, pero tuvo una vida mucho mejor. Y tal vez por eso siempre lo había envidiado.

No perdería mi segunda oportunidad. No perdería a mi mujer.

Una hora después, mi jet privado estaba en el aire, rumbo al interior de Minas Gerais.

Casi treinta años lejos de aquella ciudad. No volví por la muerte de mis padres, pero por Helena pisaría hasta el infierno.



El camino hacia Pedra Serena parecía más pequeño de lo que recordaba.

El auto avanzaba por las calles estrechas del pueblito, mientras yo observaba fachadas antiguas, iguales y diferentes al mismo tiempo. Fui invadido por los recuerdos de infancia, pobreza, hambre de tener y ser más.

Pasé más de veinte años huyendo de allí y, aun así, bastó atravesar la plaza principal para percibir que alguna parte de mí nunca salió de verdad. Me expandía incansablemente para seguir corriendo.

Rui estacionó el auto alquilado frente a la casa de Augusto da Paz.

Simple, pero bien cuidada. La casa que hizo que Helena firmara el contrato conmigo.

Bajé del auto, sintiendo la tensión aplastarme los hombros. Mi cabeza todavía palpitaba en los puntos, pero lo ignoré. Nada dolía más que la idea de Helena embarazada y herida conmigo.

Toqué la puerta.

Los pasos arrastrados surgieron casi de inmediato del otro lado. Entonces Augusto abrió. Y el hombre que apareció frente a mí no se parecía al amigo tranquilo que yo conocía. Estaba más viejo, sí, pero no era solo la apariencia física.

Los ojos castaños como los de su hija estaban rojos de odio al darse cuenta de quién estaba en la puerta de su casa. La mandíbula trabada. Casi irreconocible.

Me miró de arriba abajo. Como si estuviera intentando decidir si me echaba o me mataba allí mismo.

—Augusto...

—¡Tienes mucho coraje para aparecer aquí!

—Necesitaba hablar contigo antes de que Helena llegara.

—¿Hablar qué? ¿Que te estabas cogiendo a mi hija? ¡Mi hija, carajo! ¡Y ahora internet entera está hablando de ella como si fuera una interesada, por tu culpa!

Sus palabras parecieron un golpe, pero lo soporté. Porque lo merecía.

Entré después de que se apartó de la puerta, sin invitarme realmente. La casa era pequeña, pero no parecía estrecha, parecía un hogar. E imaginé a Helena pequeña allí dentro, sin su madre, siendo criada solo por él. Convirtiéndose en la mujer maravillosa que conocí.

Su casa no era vacía como mi mansión, era un hogar.

Augusto cerró la puerta detrás de mí, con demasiada fuerza.

—¡Te convertiste en tu padre! ¡Tratando a la gente como basura! Ella es mi hija, Pedro, ¡carajo! —Me apuntó con el dedo a la cara y tuve que apretar la mandíbula al oírlo lanzarme aquella acusación en la cara.

—No sabía que Helena era tu hija hasta que empecé a involucrarme con ella. Mucho menos la traté como basura... Y ella es adulta.

Augusto volvió a reír, completamente sin humor.

—Si eso alivia tu culpa... Y si ella no fuera adulta, habría ido detrás de ti para matarte.

Augusto era católico, el crucifijo en el cuello y el ramo detrás de la puerta eran apenas algunas señales de su fe, pero hablaba muy en serio sobre quitarme la vida. Y yo solo podía estar de acuerdo. Si hubiera visto crecer a Helena, la situación sería muy diferente.

Me pasé la mano por la nuca intentando organizar los pensamientos antes de que aquella conversación terminara peor de lo que ya estaba.

—Cuando lo descubrí ya era demasiado tarde. Amo a tu hija, quiero que sea mi mujer. Ella no es interesada, es maravillosa, hiciste un excelente trabajo.

Augusto se endureció entero.

—Helena es la mujer de mi vida. Y está esperando un hijo mío.

—¿Embarazaste a mi hija fuera del matrimonio? —La voz le salió ronca. Incrédula.

Di un paso en su dirección.

—Augusto, voy a casarme con ella.

La transformación fue instantánea. El resto de paciencia se escurrió frente a mis ojos y me tomó desprevenido.

El golpe vino brutal, estallando en mi mandíbula, con violencia suficiente para que mi visión explotara en blanco por un instante. Mi cuerpo perdió el equilibrio de inmediato y la parte de atrás de mi cabeza golpeó contra la pared con un crujido horrible.

Fue justo allí que el mundo se volteó. El dolor atravesó mi cráneo entero, como un cable pelado sumergido en agua.

Mierda.

Intenté respirar, pero mi cuerpo ya no obedecía. El piso se inclinó violentamente bajo mis pies, mientras un zumbido ensordecedor me tapaba los oídos.

Oí a Augusto maldiciendo. Tal vez llamando mi nombre. No conseguí distinguirlo.

Lo último que sentí antes de que la oscuridad me tragara fue mi propio cuerpo convulsionando en el piso de la casa del único hombre que un día consideré familia.

40



El viaje hasta Pedra Serena pareció demasiado largo para alguien con el corazón derrumbándose dentro del pecho.

Gasté todo mi dinero de reserva comprando un pasaje de avión inmediato a Belo Horizonte y después en el autobús hasta Pedra Serena. Solo quería llegar pronto.

Pasé la mitad del camino sin parar de pensar en todo lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas. Pedro declarando que estaba enamorado de mí y que había elegido morir después de hacerme el hijo. La desesperación estampada en su rostro cuando percibió que yo me estaba yendo.

Y, aunque estaba herida, mi pecho todavía se apretaba solo de pensar en él. Eso era lo peor, el amor seguía allí. No dejábamos de sentir cosas por alguien solo porque creíamos que no las merecía.

A pesar de todo, no conseguía creer que Pedro no las mereciera.

Llegué a la terminal de autobuses al final de la tarde, cargando una mochila y un cansancio pegado a los huesos. Pedra Serena seguía exactamente igual: pequeña, ruidosa de ese modo de interior, llena de gente que sabía de la vida ajena.

Algunas personas me miraron diferente, reconociéndome y chismeando, mientras atravesaba la plaza principal en dirección a la calle de mi padre.

La vergüenza me quemó las mejillas, pero bajé la cabeza y arrastré mi maleta y las bolsas pesadas. Aceleré los pasos hasta la casa de mi padre y fruncí el ceño en el instante en que percibí el portón abierto.

—¿Papá? —llamé desde la puerta, pero no había nadie adentro. Solo una mancha de sangre en la pared.

El ventilador de techo seguía encendido, y la radio pequeña que había sido de mi abuelo estaba prendida en la cocina. Pero mi padre no estaba allí y aquella mancha de sangre me dejó desesperada.

Tomé el celular de inmediato y llamé.

"¿Helena?" —La voz salió extraña, culpable.

—Papá, ¿dónde está?

Oí ruido de personas detrás de él, timbres y pasos.

"Estoy en Vale Verde." —La ciudad vecina a la nuestra. Más grande que Pedra Serena—. "En el hospital."

Mi cuerpo entero se trabó de pánico.

—¿Qué pasó? Hay una mancha de sangre en la pared, ¿usted se lastimó?

Su silencio me angustió, aunque no hubieran pasado más que unos segundos.

"Pedro se lastimó... se lastimó feo."

—¿Q-qué?

Mi voz salió demasiado alta dentro de la casa vacía. Solté mis bolsas, ya acomodándome la que llevaría cruzada, y salí de la casa, esperando que él dijera algo.

"Yo... yo le pegué." —Papá confesó, culpable.

El aire desapareció de mis pulmones y dejé de correr de vuelta hacia la plaza para tomar un taxi. Aquí no había autos de aplicación. Y necesitaba rezar para que algún taxista estuviera disponible.

—Papá...

"Él cayó, se golpeó la cabeza y empezó a convulsionar en el piso. La ambulancia nos trajo directo para acá." —La angustia en su voz no me dejaba enojarme.

Mi padre no era un hombre violento, pero mis acciones le hicieron eso. Y ahora Pedro estaba en el hospital. Mis manos temblaban mientras sostenía la bolsa y corría hasta llegar a la plaza, sin dejar caer el celular.

—Estoy yendo para allá, ya te llamo. Quédate tranquilo.

¡Madre santísima, protege a los dos, por favor!

Supliqué, sosteniendo la medallita en mi cuello, que me había vuelto a poner cuando decidí regresar a casa.



La carretera hasta Vale Verde se volvió un borrón. Cuando finalmente atravesé las puertas automáticas del hospital, mi corazón estaba pequeñito en comparación con el tamaño de mi

desesperación. Mi padre ya no contestaba, tal vez estaba sin señal o con el aparato descargado, él siempre se olvidaba.

Encontré a Augusto sentado en una silla dura del corredor, los codos apoyados en las rodillas y las manos apretadas una contra la otra, como si estuviera rezando sin darse cuenta.

Se levantó cuando me vio. Me jaló hacia él y me apretó contra su barriga protuberante. Mi padre parecía haber envejecido diez años con la desesperación. Y yo me sentía de la misma forma.

—¿Dónde está? —fue lo primero que pregunté, abrazando a mi padre de vuelta, con las manos heladas.

Me pasó la mano por el cabello, besó mi frente, entonces se apartó y se frotó el rostro con las dos manos, cansado.

—Papá, por favor. —Mis ojos se llenaron de lágrimas sin saber qué estaba pasando con Pedro.

—Lo están operando, mi hija... Yo lo lastimé. —Papá se sentó de nuevo, como si no se aguantara de pie.

Me senté en la silla al lado, sosteniendo una mano suya con mis dos manos. Mi bolsa, colgada del codo, pesaba el triple, pero era el corazón acelerado lo que más pesaba.

—¿Cirugía? —susurré, nerviosa.

Él asintió despacio.

—Los médicos dijeron que el cuadro se agravó rápido. Lo llevaron al centro quirúrgico después de que hablé contigo. Mi celular cayó al piso y se rompió, ¿intentaste llamar?

Apoyé la cabeza hacia atrás, sintiendo la pared fría del corredor, intentando recuperar el equilibrio, aunque estuviera sentada. El olor fuerte a alcohol hospitalario me quemaba la nariz, mientras el sonido rítmico de los monitores escapaba apagado de las puertas alrededor.

Pedro estaba en una mesa quirúrgica. Por mi culpa, por nuestra pelea. ¿Qué vino a hacer aquí, Dios mío?

Mi padre me frotó el rostro, dándome palmaditas leves. Su cara demasiado cerca de la mía, mientras yo me quedaba helada. Augusto se levantó rápido cuando percibió que mis piernas flaqueaban.

—¡Hija! Mira a papá, abre los ojos. Yo no quería lastimarlo así, Helena, créeme.

Mis ojos giraban en las órbitas, como si estuviera a punto de perder la conciencia, pero la preocupación por ellos fue mayor.

—Él... él ya estaba enfermo —murmuré, obligándome a mantenerme consciente.

Mi padre frunció el ceño de inmediato. Tragué en seco, intentando contener el temblor en la voz.

—Pedro tiene un tumor en el cerebro. Tú no lo lastimaste, él ya estaba enfermo.

El shock le atravesó el rostro entero.

—¿Qué?

Apoyé la cabeza en su hombro, demasiado exhausta después de días sin dormir. Apoyé la palma en mi vientre, recordando cómo habían sido los últimos días, desde que salí con Camila y no volví a la mansión, que no dormía bien.

Sin Pedro, sola.

Y ahora él estaba en una mesa de cirugía, con un tumor en el cerebro, y nosotros estábamos peleados mientras yo cargaba a su bebé.

—Lo descubrió hace algunos meses y él... —Mi voz se quebró y no conseguiría hablar sin llorar, pero tenía que intentarlo—. Dijo que no iba a operarse, papá, ¿hizo un hijo en mí y no iba a operarse? ¿Quién hace eso?

Papá me frotó la espalda, pasando el brazo sobre mis hombros. Yo no tenía ni idea de cuánto necesitaba un abrazo de padre, creí que cuando fuera adulta ya no lo necesitaría. Pero aquí estaba yo, llorando en el regazo de mi papá. Y gracias a Dios tenía uno.

—Ay, mi hija. —Besó la parte de arriba de mi cabeza, apretando el abrazo.

Me quedé allí, sin conseguir parar de llorar. Hasta que las lágrimas empezaron a caer más débiles.

Podía perder a Pedro.

—¿Lo amas así, de esa forma?

La pregunta destruyó el resto de mi resistencia. Sin valor para mirarlo, admití en un susurro:

—Mucho. Estoy completamente enamorada de él, pero él solo quería al hijo...

—Él dijo otra cosa. Dijo que te quiere a ti también. Creo que lo dijo, ni siquiera lo escuché bien. Estaba demasiado puto, perdí la cabeza. Y después él estaba en el piso, sacudiéndose entero. El chofer tuvo que ayudarme a arrastrarlo hasta el sofá hasta que llegó la ambulancia. Es grande y pesado, tu viejo está perdiendo las fuerzas.

La forma en que narraba, con el acento que yo no notaba que tenía cuando vivía con él, pero que ahora, después de años en Río, conseguía percibir y adoraba, fue calmándome, a pesar de la escena desesperadora.

—Él dijo que está enamorado, pero... —No tuve valor para contarle todo a mi padre.

Tuve la sensación horrible de que si le contaba cómo nos acercamos invalidaría mis sentimientos o los de Pedro, que ni siquiera estaba aquí para defenderse.

—Estoy embarazada.

Augusto giró el rostro en dirección al mío, tranquilo. Una sonrisa mansa brotó en sus labios, contorneados por los hilos cortos de la barba hecha por la mañana, más blancos que negros, aunque no fuera mucho mayor que Pedro.

—Él lo dijo. Te embarazó antes del matrimonio. Sé que ya tienes novio... Pero un hijo es diferente.

Mi padre no era cerrado de mente, pero era católico fervoroso, como mis abuelos; yo solo decía que lo era, como la mayoría de los "católicos" brasileños.

Me pasé la mano por el rostro mojado de lágrimas, secándolas, y volví a apoyar la cabeza en su hombro.

—Embarazada... —murmuró, sin tono de reprobación, apenas como si estuviera acostumbrándose a la idea.

—Dios mío del cielo, Helena... ¿Él ya sabía que estaba enfermo cuando quiso tener un hijo?

—Sabía.

—¿Tú sabías?

Negué con la cabeza, recordando la sensación inmensa de traición que me causó oír a Pedro decirme que me engañó a propósito. El amor solo no bastaba, necesitaba confianza. Y él rompió la mía.

—Dijo que pensó que iba a morir y... quería dejar a alguien en el mundo. Quería que yo criara al bebé.

Sentí la tensión en el hombro de mi padre y en el apretón en mi brazo, conforme volvía a ponerse furioso.

—Una parte de mí lo entiende. Cuando tu madre murió en aquel accidente, yo ya te tenía a ti. Quedé viudo demasiado temprano, pero no tuve tiempo de venirme abajo, porque tenía que ser padre y madre para ti. Él es rico, viajó, aparece en el periódico,

pero si recibió una noticia así y todo lo que tenía era dinero... entiendo querer un hijo. —Su voz fue volviéndose más comprensiva, entonces volvió a aquel tono de profesor de Matemáticas—. Pero no contigo. No así, carajo. Debí haberle pegado más fuerte.

—¡Papá! —lloré, abrazándolo de vuelta. Mis brazos alrededor de la barriga de quien trabajaba demasiado sentado.

Su discurso validaba mi rabia, pero también hacía que la culpa echara raíces. Pedro realmente estaba solo. Todas las personas que lo rodeaban trabajaban para él: Tarcísio, su mejor amigo. Karina, la secretaria de quien hablaba con cariño, Rui, el chofer, y Carmen, la gobernanta con alma de madre.

Y yo, la secretaria con la que salía y quería tener un hijo.

Tenía miles de millones de reales, hoteles, pero estaba solo. Manteniendo todas y cada una de las relaciones de su vida por contrato, literalmente.

—Si él... si él no resiste la cirugía o si lo consigue, pero tú no lo quieres, quédate aquí conmigo. Voy a ayudarte a criar a esa criatura. A criarla bien, como yo te crié a ti. —Papá habló, serio, y besó mi frente.

Mis ojos volvieron a escurrir, mientras yo sonreía, agradecida de que Augusto da Paz fuera mi padre.

—Nunca vas a estar sola, Nenena. —Usó el apodo, jugando con la forma en que yo me presentaba ante las personas cuando era pequeñita.

Entre sonrisas y lágrimas, vi las dos figuras acercándose a nosotros. Dos hombres surgieron caminando rápido en nuestra dirección.

—Son los hermanos de Pedro —dijo mi padre, y me quedé helada otra vez, con miedo de lo que pensarían de mí.

41



PEDRO GUERRA

Dos días después

La conciencia volvió poco a poco.

Primero vino el sonido.

Un bip rítmico. Pasos amortiguados atravesando el corredor. Voces bajas del otro lado de la puerta. Después, el olor a desinfectante, mezclado con el gusto metálico atrapado en mi boca y la sensación desagradable de algodón dentro de la cabeza.

Intenté abrir los ojos y la luz blanca sobre la cama atravesó mi cráneo, agujereándome el cerebro.

Mierda.

Una punzada pesada palpitó en el lateral de mi cabeza en el instante en que moví el cuello. Mi cuerpo parecía distante de mí mismo, lento y anestesiado, como si me hubiera atropellado un camión cargado de concreto.

Entonces oí una voz conocida.

—Despertó.

Giré el rostro despacio.

Marcos estaba sentado cerca de la ventana con los brazos cruzados sobre el pecho. Matheus ocupaba la silla al lado de la cama, sosteniendo un vasito de café, de esos de máquina.

Los dos tenían ojeras profundas, barba crecida y ropa arrugada. La apariencia de quien atravesó la madrugada entera esperando una noticia que podría destruir una familia.

Por un instante, me quedé solo mirándolos.

La última vez que los tres estuvimos juntos en una habitación por más de media hora tal vez había sido antes de que yo saliera de Pedra Serena. Ni recordaba cuándo había visto a Matheus por última vez; Marcos fue a Río después de que mi madre murió y yo no fui al entierro, para insultarme de todas las formas posibles.

Intenté hablar y la garganta me raspó seca.

—¿Qué mierda pasó? —prácticamente susurré.

Matheus soltó una risa nasal, enfurecida y cansada, pasándose la mano por la cabeza casi rapada, la gorra con el logo de su taller mecánico sobre las piernas.

—¡Casi te vas a encontrar con Jesús, eso fue lo que pasó! —respondió mi hermano menor, que ya era un hombre.

Cerré los ojos por un segundo y los flashes empezaron a volver desordenados: Augusto gritando, el impacto del golpe, la pared chocando contra mi cabeza, el piso escapándose bajo mis pies.

Entonces vino Helena. Siempre venía.

Mi pecho se apretó con tanta fuerza que el dolor físico perdió importancia. Forcé el cuerpo hacia adelante, pero Marcos ya estaba

al lado de la cama, empujándome de vuelta contra la almohada.

—Quédate quieto, Pedro. Estabas sedado, pasaste por una cirugía en la cabeza.

¿Cirugía?

Pasé los dedos lentamente por el lateral rapado de mi cabeza hasta encontrar el vendaje grueso escondido bajo la venda.

El aire entró más pesado en mis pulmones.

—¿Lo quitaron? —Ni necesité explicar, los médicos probablemente les habían contado que tenía un tumor.

Marcos asintió.

—El médico dijo que la cirugía fue limpia.

Matheus se inclinó en la silla.

—Va a ser una recuperación fastidiosa como la mierda. Fisioterapia, exámenes, seguimiento... esas cosas. Pero el neurocirujano parecía animado. Dijo que eres joven y que tu pronóstico es muy bueno.

¿Joven? Me sentía drenado y sin fuerzas. Pero había hecho la cirugía, estaba lúcido y conseguía mover mi cuerpo, por más que todo doliera. Y el cirujano dijo que mi pronóstico era muy bueno... Nunca imaginé que dos palabras tan simples fueran a golpearme con tanta fuerza.

Me quedé mirando el techo blanco de la habitación, mientras la realidad y el alivio colisionaban dentro de mí.

No iba a morir. Seguía vivo.

Joven, con pronóstico muy bueno.

Y la primera imagen que atravesó mi cabeza no fue el penthouse de la Barra, ni las cosas que conquisté, fue Helena, recortada en recuerdos y deseos:

Helena durmiendo aferrada a mi camisa.

Riéndose de su propia vergüenza.

Llorando en el restaurante, mientras me odiaba y me amaba al mismo tiempo.

Cargando a mi hijo dentro del vientre. Mi hijo.

Dios mío.

¡Tendría tiempo!

No más meses, dos años. Años, décadas, una vida entera con ellos.

Tiempo para sostener a aquella criatura en brazos, oyendo a Helena reclamar de mi sarcasmo, llevarla a la cama todas las noches y llevarla al trabajo a la mañana siguiente. Tener la vida que dejé pasar, creyendo que sabía lo que quería, pero sin tener idea de lo que necesitaba.

Mi familia, ella y ellos: mis hermanos. Estaban aquí, por mí, cuando yo no estuve presente para ellos.

Me ardieron los ojos. Desvié el rostro de inmediato, antes de que mis hermanos lo percibieran. Entonces carraspeé y gemí de dolor por el movimiento. Y claro que Marcos se dio cuenta.

Me pasé la mano por el rostro y respiré hondo antes de mirar a los dos.

—Perdón.

—¿Por qué? —Matheus frunció el ceño igualito a mí.

—Por haberlos dejado aquí para cargar con todo solos. La hacienda, papá y mamá. La vida entera. —Mi garganta se contrajo y la cabeza me palpitó fuerte, pero lo soporté—. Creí que mandar dinero resolvía. No resuelve una mierda.

Marcos resopló, más silencioso que Matheus y yo, aparentemente. Mirando el piso, respondió:

—Nunca usamos tu dinero.

Levanté los ojos de inmediato.

—¿Cómo?

—Ni para cuidar de papá, ni para enterrarlo a él o a mamá. Nos las arreglamos. No usamos tu dinero.

Matheus dio una media sonrisa triste, intentando suavizar la rabia de Marcos.

—Queríamos a nuestro hermano, Pedro. No tu PIX.

Fue como si alguien me hubiera metido un taladro en el cráneo. Porque eso fue exactamente lo que hice.

Pasé más de veinte años intentando transformar ausencia en transferencia bancaria, como si el dinero fuera capaz de ocupar una silla vacía en un cumpleaños, un entierro o una mesa de domingo.

No lo era.

Nunca lo fue.

Marcos jaló la silla más cerca de la cama y apoyó los antebrazos en las rodillas.

El mismo gesto de nuestro padre cuando quería hablar en serio sin necesidad de levantar la voz.

—Te fuiste de aquí con tanta rabia de todo que empezaste a actuar como si ya no necesitaras a nadie.

Su voz no cargaba acusación ahora, era reflexión.

—Y cuanto más rico te volvías, más distante. ¿Karina todavía te cuenta cuando llamo?

Cerré los ojos por un instante. No, ya no me contaba. Yo creí que Marcos había desistido de mí.

El olor a alcohol hospitalario me quemaba la nariz mientras sus palabras me abrían como una azada removiendo tierra. Miré sus

manos callosas, él se quedó. Solo esperaba que no fuera frustrado como nuestro padre.

Yo sabía muy bien lo que era vivir huyendo de la sombra de Valdemar Guerra; Marcos se quedó en la sombra.

La vida era demasiado irónica. Pasé décadas construyendo edificios lujosos mientras demolía cualquier puente emocional que todavía me uniera a alguien. Entonces apareció Helena.

¿Y qué hice? Mantuve la rutina. Le pagué a una mujer para embarazarse de mí, creyendo que podía negociar familia de la misma forma en que negociaba emprendimientos.

Y aquí estaba mi familia.

—Quiero cambiar eso, si todavía hay tiempo.

—Claro que lo hay, ¿verdad, Marcos? —Matheus miró serio a nuestro hermano del medio, que parecía ser el mayor y probablemente tuvo que aprender a serlo porque yo me fui.

Los mismos ojos azules que yo veía en el espejo se enfocaron en los míos. Pero antes de que pudiera responderme cualquier cosa, oí dos golpes suaves en la puerta.

Reconocí su presencia antes incluso de que mis ojos encontraran la entrada de la habitación. Entonces Helena entró.

Marcos y Matheus se pusieron de pie y la conversación murió en el mismo instante. Pero no era como si estuviéramos discutiendo, eran ellos ventilando sus frustraciones. Tendríamos tiempo para volvernos hermanos de verdad.

—Volvemos más tarde —Matheus fue el primero en hablar.

Asentí y busqué a Marcos con la mirada. Lo vi saludar a Helena y a ella sonreírles sin jeito a los dos. Marcos tomó la llave del auto del bolsillo del pantalón gastado, y solo entonces me habló:

—Vamos a seguir volviendo mientras estés aquí. No necesitas pasar por esto solo, si no quieres.

Aquello me golpeó más fuerte que el corte en la cabeza. Me quedé mirándolos a los dos por un instante sin conseguir responder.

Creí que había perdido a mis hermanos el día en que me fui de Pedra Serena. Y ahora ellos estaban aquí, en una habitación de hospital, donde desperté después de casi morir, ofreciéndome familia de la única forma que hombres como nosotros saben ofrecerla.

Sin abrazo ni discurso preparado, solo presencia y tiempo de calidad.

Tuve ganas de decir algo, pero la emoción fue demasiado avasalladora. Y quería hablar con Helena. Ella era mi prioridad. Apenas asentí.

Matheus sonrió al pasar junto a Helena y gesticuló detrás de ella: "¿La hija de Augusto?". Contuve una sonrisa, porque imaginé que oiría sobre eso durante mucho tiempo y, mierda, era lo que quería.

—Cualquier cosa, llámanos. —Marcos empujó a mi hermano menor hacia afuera.

La puerta se cerró detrás de ellos pocos segundos después y la habitación se sumergió en un silencio pesado de hospital: aire acondicionado helado, monitor cardíaco pitando en ritmo constante y olor a antiséptico impregnándolo todo.

Y nosotros dos.

Helena seguía detenida cerca de la puerta, demasiado lejos de mí. La miré, dejándole ver todo lo que sentía, como si ella fuera la única capaz de salvar mi vida. Y prácticamente lo fue.

Puta madre, cómo la extrañé.

La luz blanca de la habitación dejaba su piel pálida y aclaraba los ojos castaños, llenos de lágrimas. El cabello recogido de cualquier manera denunciaba noches mal dormidas, preocupación. Y aun así era la mujer más hermosa que yo había visto.

Respiré hondo antes de hablar. Mi voz salió ronca:

—Helena, perdóname.

Levantó los ojos de inmediato. Esperanzada. ¡Mierda! Resolvería esto, tenía que arreglar la cagada inmensa que hice. Arreglarnos a nosotros dos.

Helena cerró los ojos por un instante, como si oírme pedir perdón no fuera algo que esperara de mí. Abrí la boca para pedirlo otra vez, pero antes de que continuara, ella levantó la mano en el aire.

—No digas nada, espera. —Su voz quebrada casi me hizo llorar junto con ella.

Extendí la mano, dispuesto a implorar, pero ella no sería mi Helena si fuera vengativa. Entonces vino hacia mí, deteniéndose a mi lado.

Lo suficientemente cerca para que yo sintiera el calor emanando de ella y el olor familiar que se incrustó en mí como anestésico. Mi cuerpo entero reaccionó a su presencia incluso en aquel estado miserable poscirugía.

Helena tragó en seco antes de hablar:

—Sé que firmé un contrato. Sé que acepté aquello. Pero no voy a entregar a mi hijo.

Mi hijo. La forma en que lo dijo me llenó de orgullo. Y de amor como el carajo. Adoraba que se impusiera para defender su lugar en la vida de nuestro hijo. Feroz, incluso antes de que el bebé naciera.

Fue exactamente por eso que elegí a esa mujer, sin entender siquiera la dimensión de la elección en aquella época. Tenía prisa y ella era lo bastante buena. Ahora comprendía lo perfecta que era.

Helena no se doblaba, ni siquiera delante de mí. Pasiva cuando le interesaba, cuando estaba de acuerdo, no sumisa.

Me quedé mirándola, malditamente enamorado, durante algunos segundos, hasta ver que estaba lista para escucharme.

—Este hijo fue lo único que deseé en la vida que no tenía dinero de por medio. Y hasta en eso me equivoqué. —La verdad saltó de mis labios con facilidad.

Tal vez casi morir le arrancara ciertas máscaras al hombre.

Desvié la mirada hacia el suero en mi brazo, estirándolo para que dejara de incomodar. Pero lo que realmente me incomodaba era admitir mis culpas ante ella. Solo que Helena necesitaba saberlo, antes de decirme sí o no, necesitaba saberlo todo.

—Todo lo que quise antes siempre fue sobre ganar algo. Dinero, poder, control, sexo... todo. —El gusto amargo de mis elecciones se agrió en mi lengua—. Tú y este bebé fueron diferentes.

Cuando volví a mirar a Helena, sus ojos ya estaban brillando y ella estaba secándose las lágrimas, pero no me trabé, necesitaba soltarlo todo:

—Y tú eres la única mujer de la que me enamoré en la vida.

Ella jadeó, llevándose la mano al pecho, los dedos sujetando la medallita que se había quitado desde que empezamos a estar juntos. Continué antes de que se me acabara el coraje:

—Creo que empecé a enamorarme en el instante en que decidí que serías la madre de mi hijo.

Y era verdad. Antes incluso de tocarla. Antes de que la obsesión física me consumiera entero. Tal vez ya había perdido el control en el momento en que empecé a imaginar a Helena cargando un pedazo de mí dentro de ella.

Vi las lágrimas escurrir por su rostro. El corazón casi se me salió por la boca. Helena se pasó rápidamente la mano por la cara antes de murmurar:

—Me mentiste.

Su tristeza estaba acabando conmigo. Tenía que arreglar esa mierda.

—Y odio que todo el mundo piense que estoy contigo por dinero.

Internet. Yo ni siquiera tenía idea de qué día era, si todavía éramos noticia...

Augusto me acusó de hacer que la ciudad entera juzgara a Helena.

—Voy a devolverlo todo. Cada centavo. —Su barbilla temblando, el paso que dio hacia atrás. Yo quería levantarme, mierda. Abrazarla y prometer que lo resolvería, pero esta vez no sabía si conseguiría hacerlo, porque dependía de ella.

—¡Ni de coña! No quiero tu dinero, Helena. Pero estoy de acuerdo en que no necesitamos ese contrato.

—Pedro...

—¡Escucha lo que te estoy diciendo! —interrumpí, frustrado por no conseguir ni girarme bien hacia ella.

Forcé el cuerpo un poco hacia adelante e inmediatamente una punzada me atravesó la cabeza, pero la ignoré. Alcancé el control para subir la cama, hasta quedar casi sentado, porque ella... nosotros importábamos más.

—El contrato nunca fue para quitarte a tu hijo. Yo quería una familia. Solo no sabía pedir eso sin transformarlo en negocio. El hijo siempre fue tuyo también. Y nunca pensé que fueras interesada. Que se joda quien esté diciendo eso.

—¡Yo estoy pensando eso! —gritó por encima de mí y se cubrió el rostro con las manos, llorando tanto que gruñí de rabia contra mí mismo.

—Helena, basta. Ven aquí.

Estiré la mano, pasando por encima del dolor, y sujeté su codo torpemente, sin fuerza para tirar de ella. Pero vino. Sostuve sus manos, apartándolas de su rostro, y miré las lágrimas y la punta de su nariz roja. Odiaba que se estuviera sintiendo así y la amaba justamente porque tenía esa honra intrincada dentro de ella.

—Si yo pensara eso, no estarías cargando a mi hijo. No te habría dejado entrar en mi casa, en mi vida. —Llevé su mano hasta mi pecho, muy despacio. Mi corazón galopaba fuerte—. Ni aquí. Si estuvieras conmigo por lo que tengo, no por quien soy, no te querría como esposa.

Helena se trabó entera.

Pero lo peor fue ver que se sorprendió. ¡Puta madre! No tenía idea. Y la culpa era mía. Intenté jalarla, pero esta vez no cedió.

Levantó la mano en el aire, casi sin respirar.

—¡Para!

Ella necesitaba saberlo, yo ya había pasado demasiado tiempo callado.

—Helena, te amo. Creí que podías sentirlo.

Las lágrimas empezaron a caer con más fuerza por su rostro.

Era imposible que no lo sintiera. La forma en que yo no conseguía apartar los ojos de ella, cómo la tocaba... Pero no lo había dicho. Y no sería así, con ella emocionada y yo todo jodido, sin siquiera conseguir abrazarla, que le pediría nada.

—No necesitas responderme ahora. Y aunque me digas que no quieres, no va a cambiar nada de lo que siento. Voy a seguir queriéndote en mi vida...

Ella sorbió por la nariz, oyendo atenta cada palabra que salía de mi boca. Entonces le diría toda mi verdad.

—Porque tú eres mi paz.

Helena se cubrió la boca con el dorso de la mano. La habitación entera parecía demasiado pequeña para la cantidad de emoción que nos atravesaba a los dos.

Negó con la cabeza despacio.

Completamente perdida.

—Yo... yo no sé qué decir, Pedro.

Por primera vez desde que entró en la habitación, sentí algo de calma. Porque ahora ella lo sabía todo.

Extendí lentamente la mano otra vez en su dirección.

—Entonces no digas nada ahora.

Sus dedos encajaron en los míos, tan perfectamente. Sonreí de lado mientras apretaba su mano.

—Tenemos tiempo.

42



Para el segundo día que estaba despierto, mi paciencia ya se había agotado.

La habitación tenía un olor permanente a alcohol, ropa limpia y comida sin sal. El aire acondicionado soplaba directo en mi cara y los aparatos pitaban en intervalos irritantes, que no me dejaban dormir bien. Hasta el café parecía castigo.

Helena acababa de salir. Vino a visitarme con Augusto, que me pidió disculpas por haberme golpeado; le respondí que si no hubiera tenido un tumor a punto de hacerme explotar el cerebro, no habría sido fácil para él.

Augusto casi sonrió, como hacía cuando éramos niños y yo terminaba a los golpes con alguien en la escuela, solo para que él intentara separarnos, quedara castigado conmigo y con quien fuera que se hubiera revolcado conmigo en el piso jugando fútbol en el recreo.

Ella se despidió de mí dándome un beso en el rostro, lo que yo contaba como victoria.

Me pasé la mano despacio por el lateral rapado de la cabeza e hice una mueca. La cicatriz palpitaba bajo el vendaje, como si mi cuerpo me recordara cada cinco minutos que casi morí.

La lluvia golpeaba fina contra la ventana cuando oí pasos rápidos atravesando el corredor. La puerta se abrió con violencia suficiente para rebotar contra quien la agredió.

Karina entró como un huracán. Tarcísio apareció justo detrás, cerrando la puerta con la calma exhausta de quien probablemente pasó todo el viaje intentando contener el temperamento de la mujer que decidió convertirse en mi hermana en vida.

Apenas tuve tiempo de abrir la boca. Karina atravesó la habitación y me golpeó el hombro.

—¡Hijo de puta!

El golpe no fue fuerte, por la cirugía, pero sí suficiente para arrancarme una punzada desagradable en la cabeza.

—¿Estás loca, Karina? —refunfuñé—. ¡Tengo la cabeza abierta!

—Perfecto. ¡Ojalá hayan abierto espacio en ese cerebro para que entre algo de juicio!

Su voz salió temblando entre rabia y miedo acumulados. El moño aplastado por el viaje ya empezaba a desarmarse, dejando mechones castaños pegados a sus mejillas, y los ojos estaban hinchados de ese modo que denunciaba horas de llanto escondido.

El pecho se me apretó de inmediato.

Karina apuntó el dedo en mi dirección.

—¿Cómo me escondes una enfermedad así a mí? ¡A mí, Pedro!

Desvié los ojos, culpable y avergonzado. Solo se lo conté a Tarcísio porque él necesitaba saberlo por motivos legales, pero Karina era la persona más cercana a mí.

—¡No voltees la cara como adolescente atrapado haciendo una cagada!

Solté el aire despacio, mirando la sábana blanca sobre mis piernas, después el techo.

—No quería preocupar a nadie. Y tú estabas por tener a Marcelinho. Yo no era tu prioridad.

—Ah, ¿ahora tú decides qué es mi prioridad? —Karina soltó una risa incrédula, completamente enfurecida—. ¿Crees que casi morirte escondido resuelve exactamente qué, Pedro?

El silencio pesó en la habitación durante algunos segundos. Del otro lado, oí una camilla atravesando el corredor, mientras la lluvia se intensificaba contra el vidrio de la ventana, volviendo gris el día.

Karina se pasó la mano por los ojos antes de continuar, ahora más baja:

—Tú eres un hermano para mí... —La forma en que su voz bajó el tono hasta uno grave, ronco, contó que estaba al borde del llanto. Y me odié por hacerla sufrir.

Yo no estaba solo como pensé que estaba, era yo quien empujaba a las personas.

—Y por más que João Carlos haya puesto a otro padrino en el acta, porque eres un desnaturalizado que nunca aparece, Marcelinho sigue siendo tu ahijado, mierda. Yo lo sé, tú lo sabes, João lo sabe...

Una risa se escapó de mi garganta antes de que consiguiera impedirlo y estiré el brazo para que se acercara.

Esa era mi Karina, la que demostraba amor en forma de pelea y reclamo.

—Perdón. —Hice un gesto con la cabeza y ella me abrazó acostado, apoyando la frente en mi hombro. Después sorbió por la nariz, todavía irritada, pero aliviada.

—No sirve de nada que hagas voz triste ahora, porque todavía tengo ganas de estrangularte.

Jaló la silla al lado de la cama y se sentó, finalmente dándole espacio a Tarcísio para hablar. El Lobo observaba la escena cerca de la ventana, con ese silencio analítico de abogado y la sonrisa torcida de quien se divertía a mis costillas, pero solo parecía aliviado de que yo no hubiera muerto.

Cuando percibió que Karina había descargado la mitad de la rabia, finalmente entró en el asunto que realmente lo había traído hasta allí.

—Los procesos están todos encaminados, algunos ya están en negociación. Y dos de ellos ya hicieron retractaciones. Ya no hay nadie calumniando a tu mujer. Pero Camila quiere una decisión tuya.

Cerré los ojos por un instante. Internet. Titulares. Helena siendo masacrada por gente que no sabía nada sobre ella. Yo había olvidado completamente eso, aislado aquí, sin siquiera un celular.

Tarcísio sacó el teléfono del bolsillo. Y leyó el mensaje de Camila para mí:

—Abro comillas: "Si Pedro no toma una actitud pública sobre esto, renuncio".

Una sonrisa cansada me tiró de la comisura de la boca. Camila solía intimidarse mucho conmigo, pero para defender a Helena estaba mostrando las garras. Camila Cordeiro tenía una lealtad feroz de gente que aprendió temprano que proteger a los suyos era cuestión de supervivencia. La investigué entera antes de ponerla a trabajar conmigo en mi imagen personal.

—Entonces dile que cuente la verdad.

Los dos se quedaron callados. Continué antes de que cualquiera de ellos interpretara mal:

—No estamos teniendo un caso. Es una relación.

La imagen de Helena surgió de inmediato en mi cabeza. Llorando en el restaurante. Sosteniendo mi mano en el hospital. Temblando mientras decía que no sabía qué responder.

Mi pecho se calentó de esa forma absurda que todavía parecía novedad para mí.

—Estoy enamorado de ella, pero estaba intentando protegerla de los ataques de Marília Dantas. Dile a Camila que exponga todo lo que estaba pasando entre bastidores. Que se joda el compliance de la empresa, la legitimidad de mi marca, lo que los accionistas van a pensar. Me cansé de que esa mujer me chantajee. ¿Y ahora está atacando a Helena? Vamos a ver cuántos papeles va a conseguir después de que todo el mundo sepa de su persecución. Y el proceso civil que iba a ser confidencial va a ser público, Tarcísio.

Camila no entendía por qué yo mantenía silencio sobre Marília, pero mi imagen personal no era solo mía, era mi puta marca. Cualquier escándalo, independientemente de que yo tuviera razón o no, causaría ruido.

En vez de vender lujo, discreción y privacidad para la élite mundial, estaría vendiendo sensacionalismo, desequilibrio y chisme de internet, porque, al final de cuentas, parte de la gente le creería a Marília de todas formas.

Yo era el empresario multimillonario de la historia, el tiburón corporativo, mientras Marília sabía exactamente cómo colocarse en la posición de la mujer emocionalmente herida. Y si yo resolvía aplastarla públicamente, acabaría pareciendo Goliat apedreando a David en plena plaza pública. No había escenario en el que yo saliera de esa situación con aprobación absoluta.

Además de los golpes a mi empresa. Los inversores detestan la inestabilidad, los huéspedes ricos odian los escándalos. Y Dubái

probablemente se evaporaría frente a mí, incluso antes de que firmaran el contrato.

Solo que se metió con mi Helena.

Karina parpadeó despacio, una, dos veces.

—¿Tú qué? —Miró de mí a Tarcísio.

—Estoy enamorado de Helena y vamos a tener un hijo juntos.

Ahora hasta Tarcísio perdió completamente la pose y soltó una carcajada con la expresión que hizo Karina, de ojos abiertos.

—¡Puta madre! ¿Vas a ser padre?

Su expresión empezó a cambiar demasiado rápido, mientras conectaba las piezas.

—Hay más cosas en esta historia.

Tarcísio y yo nos miramos automáticamente. Él negó sutilmente, indicando que no había dicho nada sobre el acuerdo que hice con Helena. Y claro que Karina notó la conversación silenciosa. Se levantó de la silla, apuntándonos a los dos.

—¡Ah, lo sabía! ¿Qué más están escondiéndome ustedes dos?

Tarcísio suspiró, diciendo:

—Es mejor que no lo sepas, Karina.

—Quizás sea mejor que ustedes dos se vayan al infierno juntos.

El dolor en la cabeza empeoró cuando empecé a reír. Karina cruzó los brazos.

—Son insoportables.

Generalmente le contaba casi todo, pero eso era difícil de explicar y rozaba demasiado la ilegalidad como para involucrarla, en caso de que explotara en nuestra cara. Tarcísio tenía razón.

—Dame cinco minutos con el Lobo —pedí, tocándole el brazo.

Ella se quedó inmóvil durante algunos segundos, antes de tomar la bolsa sobre la silla.

—Voy a tomarme un café y a cambiarme la blusa, porque estoy goteando. Es bueno que te acostumbres a eso, porque aparentemente te gustan tus secretarias embarazadas.

Tarcísio perdió completamente la compostura, dejándose caer sentado en el sillón al lado de mi cama y apoyó los pies en el lateral, mientras yo subía la cama un poco más para quedar casi sentado.

—¡Te extrañé, Karina! —El Lobo le sonrió, lupino, y ella le hizo una mueca.

—Cállate, abogado.

Y cerró la puerta detrás de sí.

La habitación se sumergió en un silencio más leve, después del paso del huracán Karina. Observé la lluvia descendiendo por el vidrio de la ventana antes de mirar a Tarcísio.

—Tira el contrato. Hazlo desaparecer, como si nunca hubiera existido.

Él no respondió de inmediato. Apenas me observó durante algunos segundos, como si intentara entender si hablaba en serio o bajo efecto de la medicación.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy.

Por primera vez en la vida, no necesitaba una cláusula protegiendo patrimonio, imagen o ego. Solo necesitaba a Helena.

—Y prepara un prenupcial, con régimen de comunidad absoluta de bienes.

Sus cejas subieron de inmediato mientras los ojos se le abrían, contrastando con su piel marrón.

—¿Comunidad absoluta? —Se frotó la barba, después la cabeza rapada.

Asentí. Tarcísio soltó una risa nasal, incrédulo, y quitó los pies de la cama al inclinarse más cerca de mí, hablando más bajo:

—Pedro, estás hablando de dividir una fortuna multimillonaria.

Volví a mirar la lluvia, entonces pensé en Helena durmiendo encogida contra mi pecho en la mansión de la Barra. Pensé en el bebé creciendo dentro de ella, en el bebé naciendo, creciendo con padre y madre presentes y que lo deseaban, no como ella y yo fuimos criados, en circunstancias diferentes. También en el vacío monstruoso que sentí cuando creí que nunca tendría futuro suficiente para vivir nada de eso.

—Si no es para dividir la vida entera con ella, no tiene sentido que haya sobrevivido.

Su silencio me mostraba una cosa que entrelazaba nuestra amistad sin que necesitáramos decirlo: respeto. Asintió despacio, antes de abrir una sonrisa alineada y malandra.

—Felicidades por el hijo y por el matrimonio. Karina también va a odiarte porque yo sepa esto primero.

—Ahora solo falta que ella acepte.

Tarcísio se quedó mirándome durante algunos segundos antes de preguntar:

—Espera. ¿Ella todavía no dijo que sí y tú ya estás mandando hacer el prenupcial?

Me encogí de hombros, ignorando la punzada en la cabeza.

—Todas mis relaciones empiezan con contrato, Lobo. Tú sabes eso.

Su carcajada hizo eco en la habitación entera y seguramente se podía oír desde el corredor.

Y, honestamente, hacía mucho tiempo que el sonido de otra persona riendo no se parecía tanto a casa. Reí junto con él. Todavía parecía absurdo que esa fuera mi vida. Pero, mierda, la quería.

Era lo único que quería.

43



PEDRO GUERRA

Diez días después

Catorce días después de la cirugía, finalmente conseguía caminar sin sentir que mi cabeza estaba siendo aplastada por un bloque de concreto.

La recuperación sería lenta. Tenía mareos repentinos, dolores palpitando detrás de los ojos y una fatiga irritante que aparecía de la nada, como si mi cuerpo estuviera cobrándome décadas de arrogancia, de una sola vez. Aun así, por primera vez en mucho tiempo, no tenía prisa.

Dejé a Danilo Sombra como CEO interino, cuidando de Guerra Turismo en Río. Ciertamente era capaz.

El mundo corporativo podía sobrevivir sin mí durante algunos meses, mientras yo me recuperaba. Reuniones, inversores y expansión internacional ya no parecían tan urgentes como antes.

Perdí Dubái cuando el escándalo sobre Marília, mi relación con mi secretaria y mi cirugía explotaron en los medios de una sola vez. Pero me importaba una mierda todo eso. Estaba donde necesitaba estar.

Entonces me quedé en Pedra Serena. Me quedé porque Helena estaba aquí, con mi hijo. Porque ahora entendía lo que significaba querer volver a casa al final del día.

La convivencia con mis hermanos también se había vuelto extrañamente fácil, después de que el resentimiento inicial perdió espacio frente a la convivencia.

Marcos había comprado el lote de tierra que nuestro padre arrendaba y tenía planes de expandirlo, negociando con el vecino para comprar el suyo. Todo eso con esfuerzo propio. Sin mi ayuda.

Los Guerra eran hombres orgullosos y esforzados.

Reformó la casa vieja, hasta que prácticamente dejó de existir. El lugar donde crecimos, apretados entre filtraciones, calor y deuda, ahora tenía una terraza nueva, cocina amplia y olor constante a café y comida casera.

Él seguía siendo serio como el carajo. Pero nuestra convivencia tenía una tranquilidad que era familiar. Y me hacía pensar en todo lo que perdí corriendo detrás del tipo equivocado de éxito.

Con Matheus era diferente, más ligero.

Hablaba lo suficiente para contrarrestar el silencio de Marcos. Y me gustó saber sobre sus éxitos también. El taller donde trabajaba desde que dejó la escuela ahora le pertenecía. Y era "el mejor de Pedra Serena", según él. Vivía lleno de camionetas viejas, sertanejo alto y olor a aceite quemado. Quería ir allí a conocerlo.

También conocí a Michelle, su esposa. Era lo opuesto a mi hermano menor. Seria, práctica, la madre severa y amorosa de los

dos mocosos tremendos como el carajo que me hacían recordar a Marcos y a mí cuando éramos niños.

Michelle no se deslumbró por finalmente ser presentada al "hermano rico", lidiaba conmigo del mismo modo que con mis hermanos. Que yo tuviera dinero no le decía nada. Y asumió para sí la responsabilidad de cuidarme mientras Marcos y Matheus estaban trabajando. Aunque yo me sintiera incómodo recibiendo cuidado gratuito de ellos.

Era lo que hacía la familia, lo que yo había creído que no tendría.

Pero incluso con los dolores de cabeza que me causaban, literalmente, lo que realmente adoraba eran los niños. Los hijos de Matheus llegaban de la escuela a la casa en la que crecimos, como si también vivieran allí, no en la ciudad.

Juninho, de cuatro años, y Davi, con tres, tenían la capacidad sobrenatural de transformar cualquier ambiente en zona de guerra en menos de quince minutos. Corrían por la casa como dos cachorros de perro callejero color caramelo. Gritaban sin motivo aparente, jugando a mi alrededor, como si yo fuera un juguete de parque.

Era ruidoso, caótico y perfecto como el carajo.

Cada vez que uno de ellos me agarraba la pierna o me llamaba "tío Pedro", yo realmente entendía el valor de la vida. Personas que se disfrutan unas a otras y no unas de otras. Vida, legado, futuro y presente combinados en cada momento.

Y me hacían ansiar a Helena y a mi hijo.

Por eso, aquella mañana, Marcos me llevó hasta la casa de Augusto. Liberé a Rui para volver a Río mientras todavía estaba internado, porque no tenía sentido que se quedara lejos de su familia.

Familia. Todo volvía a esa palabra.

Marcos estacionó frente a la casa; el auto destartalado de Augusto estaba adelante y él lo estaba lavando, con un balde de jabón y una manguera. Observó en silencio mientras yo bajaba del asiento del acompañante, con mucha dificultad, sin aceptar la ayuda de mi hermano.

Vine hasta allí como un hombre, a recuperar a mi mujer. Caminaría con mis propias piernas. Y solo saldría de esa ciudad cuando Helena me diera una respuesta.

Aunque rechazara mi pedido de matrimonio, yo igual insistiría en llevarla de vuelta a Río conmigo. Tendríamos un hijo juntos. En ningún universo permitiría que cargara sola con la responsabilidad.

—Buena suerte —se burló Marcos, pero si mirabas su rostro no lo sabrías. Serio y bajo control, siempre.

Eran los ojos azules como los míos los que delataban su sarcasmo. Como imaginé que pasaría, él y Matheus no paraban de echarme en cara que había embarazado a la hija de Augusto. Y que él me había pegado tan fuerte que necesité una cirugía en el cerebro.

Solté una risa baja.

—Ya intentó matarme una vez, no va a hacerlo de nuevo. ¡Si no, no va al cielo! —me burlé de vuelta, hablando más alto para que Augusto oyera.

Matheus se rio, finalmente, y Augusto giró la manguera en mi dirección, el agua casi alcanzando mis pies. Yo no tendría cómo correr si resolvía apuntarme, así que solo seguí adelante.

—¿Helena está en casa?

—¿Dónde más estaría? Vive aquí. —Augusto apagó la manguera y cruzó los brazos sobre el pecho. La barriga estirando la camiseta de diputado que se había puesto para ensuciarse.

Seguía ceñudo. Pero yo veía su vergüenza al mirar el vendaje y el cabello que todavía no había crecido lo suficiente para

esconderlo.

—Quería pedir disculpas por lo que pasó. Estaba puto, pero no debí haberte agredido. Si quieres tomar medidas...

—Augusto, está todo bien. Merecía un golpe, es tu hija. Solo que... Esto va a ser incómodo sin importar lo que diga. Nunca quise faltarte el respeto. Amo a Helena, estoy aquí para decírselo a ella. De cualquier forma, voy a asumir todas mis responsabilidades con ella y con mi hijo. Es lo que puedo prometerte.

Él asintió, todavía mirándome con cara de pocos amigos.

—Si ella no quiere salir de aquí, no va a salir.

—No va a salir —concordé, porque esa no era una decisión que me correspondiera tomar.

Si Helena quería quedarse con su padre, yo encontraría la forma.

Mi empresa tenía base en Río de Janeiro, pero yo tenía algunos aviones, ir y venir nunca sería un problema. Y además, la familia de mi hijo estaba aquí, toda ella: los Da Paz y los Guerra. Donde Helena quisiera criarlo, yo estaría de acuerdo, siempre que formara parte de su vida. Pero lo ideal era que ellos formaran parte de la mía.

Él hizo un gesto con el mentón, indicando que entrara, pero se quedó atrás, junto a Marcos, que se acercó para saludarlo.

Subí los escalones usando el pasamanos, como si tuviera ochenta años y no cuarenta y cinco. Entonces oí pasos dentro de la casa y Helena apareció en la sala al mismo tiempo que alcancé la puerta.

Mi corazón se disparó tanto que llegó a doler más que la cirugía. Jadeé, exhausto y admirado. Puta madre, era hermosa como el carajo y yo estaba lleno de saudade.

Helena usaba un vestido simple, claro, amarrado a la cintura, que dejaba su cuerpo en forma de reloj de arena todavía más delicioso. El cabello largo caía suelto sobre los hombros y los ojos castaños quedaron inmediatamente presos en los míos. Parecía cansada y sorprendida de verme.

Sentí celos de todo el mundo que podía mirarla, como un descontrolado, mientras quería que todos la vieran a mi lado.

Diez días. Fueron solo diez días sin verla ni hablar con ella, pero parecieron meses.

Mi cuerpo entero reaccionó a su presencia de la forma más primitiva posible. Deseo, alivio y amor. Todo mezclado en la tormenta dentro de mi pecho.

—Quiero una respuesta, Helena. —Entré en la sala, intentando caminar sin marearme por estar de pie durante demasiado tiempo.

Y me irritó no conseguir llegar a ella más rápido. Helena lo facilitó, rodeando el sofá hacia el centro de la sala, encontrándome a medio camino. Respiré hondo y fui directo al punto, porque después de casi morir solo tenía dos objetivos de vida:

—Te quiero a ti y necesitamos hablar sobre nuestro hijo.

Ella tardó algunos segundos en responder.

La cabeza me palpitaba fuerte por la tensión y el cuerpo todavía estaba débil por la cirugía, pero soportaría cualquier cosa si me decía que aún existía un futuro para nosotros.

—Pedro... —Mi nombre en sus labios siempre me excitaba.

Extendí la mano, sujetando la suya, y la jalé despacio para que se acercara más. Ella cedió, casi pegando nuestros frentes. No resistí y apoyé el rostro en su cabello, inhalando su olor como un adicto.

—Te amo, Helena. —Pegué mis labios a su sien y ella me abrazó, apoyando la frente en mi pecho.

La abracé, casi perdiendo el equilibrio, y ella apartó el rostro, mirándome llena de preocupación.

—Siéntate aquí conmigo. Tenemos que hablar de verdad. —Acepté su sugerencia, porque estaba cansado.

Dos semanas atrás tenía el cráneo abierto en una mesa de cirugía. Pero no quería esperar más, no conseguía soportar perder ningún tiempo con ella, perderme nada de la evolución del embarazo, no estar presente.

Ella se sentó a mi lado, pero no permití que se alejara. Sujeté su muslo, manteniéndola allí, lo bastante cerca para tocarla, hasta que me dijera lo contrario. Su piel estaba toda erizada con mi toque. Sus ojos castaños ya no estaban tan heridos ni furiosos, estaba esperanzada.

—Gracias por haber hecho que se retractaran públicamente. —Estaba hablando de los periódicos y sitios. Y se disparó a parlotear, ansiosa—: No sabía que ibas a demandar a Marília, todo el mundo la está insultando, llamándola falsa. Y despediste a Leandro... He estado siguiendo las noticias, las acciones de la empresa cayeron...

—Helena, que se joda todo eso. No necesito más dinero. Lo que necesito es esto de aquí. —Subí la mano de su muslo hasta su barriga, apretando los dedos, y sentí su abdomen tensarse mientras ella presionaba los muslos juntos. Sorprendida y excitada con mi toque—. Sigues siendo la mujer que elegí para ser la madre de mi hijo. Pero, principalmente, eres la mujer que quiero que sea mía.

Saqué la cajita de mi bolsillo; dentro estaban las dos alianzas, la mía y la de ella, si la quería. Helena tomó la caja que le ofrecí, la respiración acelerada haciendo que sus pechos más hinchados subieran y bajaran deprisa.

Puta madre, lo que quería era hundir la cara allí, oler y lamer sus pezones, descubrir si se habían vuelto más sensibles con el

embarazo.

No podría coger, ni aunque ella quisiera; el médico dijo que necesitaba esperar algunas semanas. Pero podía darle placer. Eso sí podía. Solo que primero Helena tenía que quererme de vuelta. El deseo todavía estaba allí, si los escalofríos en su piel querían decir algo. Pero siempre esperé su consentimiento, porque la entrega era mejor que cualquier cosa.

—Cásate conmigo, Helena da Paz. —No fue una pregunta, fue una orden.

Me miró, incierta y tentada. Los dientes mordiendo la parte carnosa de su labio inferior. Malditamente deliciosa. Pasé el pulgar por su labio, deshaciendo aquella mordida que era solo mía para dar. Y me incliné en su dirección, invadiendo todavía más su espacio personal.

—Cásate conmigo... —susurré, muy cerca de sus labios—. Di que vas a ser mía, que vas a tener a mi hijo y que vamos a hacer esto juntos.

Entonces Augusto entró en la casa y decidió meterse.

—¿No era eso lo que querías? —refunfuñó desde la puerta—. El hombre está aquí implorando. —Desdeñó, ácido, pero mientras estuviera apoyando eso, yo lo ignoraría.

—¡Papá! —Helena se avergonzó, las mejillas sonrojándose lindamente.

Cerró los ojos de inmediato, claramente mortificada, pero cerró la mano con la caja de alianzas entre los dedos. No la rechazó, ya era un comienzo.

—Tú misma dijiste que estabas enamorada.

—¡Papá!

—Pero si no quieres casarte, lo desmayo de nuevo.

Una carcajada se me escapó antes de que pudiera impedirlo. Helena se cubrió el rostro con las manos, sosteniendo la caja.

—¡Dios mío del cielo, me quieres matar de vergüenza, papá! —Su acento era bastante distante cuando estábamos en Río de Janeiro, pero aquí salió tan natural que yo quería que no lo perdiera de nuevo.

—¡Esta vez sale de aquí bajo bala!

—¡Usted ni siquiera tiene arma! —rebatió Helena detrás de las manos.

—¡La consigo, pues! —amenazó Augusto, pero era una amenaza vacía.

Oí la risa de Marcos en la terraza y también abrí una sonrisa, mirando a Helena y esperando que me respondiera. Helena volvió a mirarme. Y en ese instante lo supe.

No porque sonriera o dijera algo. Sino porque el miedo desapareció de sus ojos y volvió a mirarme como me miraba cuando despertaba en la cama conmigo o cuando me provocaba, hasta que yo la llevaba dentro de mi oficina y la follaba hasta que los dos quedábamos saciados.

Pasé el brazo alrededor de su cintura, jalándola hacia mí, ignorando por completo el dolor que me pulsaba en la cabeza y la presencia de Augusto. Tomé la cajita de su mano y la abrí, mostrando la alianza menor, engastada con diamantes, y la mía, más gruesa que la de ella.

Sus ojos se abrieron, euforia y felicidad en las irises color caoba, porque diría que sí. Sostuve su mirada antes de repetir el pedido:

—Cásate conmigo, Helena da Paz.

El silencio duró medio segundo, las lágrimas inundaron sus ojos y esas sí me gustaron.

—Sí.

La palabra me atravesó el pecho hirviendo, anestesiando los dolores. Olvidé todo lo demás, apretándola contra mí mientras pegaba mi boca a la suya, como un desesperado.

El beso vino mojado de llanto, saudade y promesa. Helena sostuvo mi rostro con las dos manos mientras yo la jalaba contra mi pecho, sintiendo su cuerpo pequeño encajar en el mío de ese modo que siempre pareció inevitable.

Hogar, familia, ella era todo eso para mí.

Detrás de nosotros, Augusto refunfuñó alto:

—¡Paren con esa mierda frente a mí, vayan a besarse a otro lado!

Helena empezó a reír contra mi boca, pero no la dejé soltarse. Mordí su labio inferior solo para traerla de vuelta al momento, ignorando al público como solía hacer.

Que todos vieran y supieran que esa era la futura señora Guerra.

Ella sería solo mi paz.

44



Dos meses después

Guerra Turismo parecía haberse reorganizado alrededor de mi presencia sin que nadie lo dijera en voz alta.

Karina volvió oficialmente al cargo de secretaria ejecutiva de Pedro, retomando el control de su agenda con aquella autoridad caótica. Yo, en cambio, gané un cargo inventado a las apuradas por el jurídico de la empresa, porque para que el médico autorizara el regreso de Pedro a sus actividades, él necesitaba disminuir significativamente la carga horaria de trabajo, y eso significaba delegar más de lo que estaba acostumbrado.

Entonces dejé de ser secretaria para convertirme en "Asistente ejecutiva del CEO". Y trataba de no pensar en el nepotismo, por ser la prometida del jefe. Pero, en la práctica, lidiaba con las cosas con las que él no quería lidiar: Danilo, "el cerdo miserable", a quien Pedro fingía seguir detestando, era el principal tópico en mi lista de tareas.

Representaba a Pedro en reuniones menores, organizaba inversores, revisaba contratos, acompañaba proyectos internacionales y cuidaba de las cosas que él no podía asumir solo, mientras terminaba de recuperarse de la cirugía. El neurocirujano había liberado el regreso gradual al trabajo, pero todavía existían medicamentos, exámenes y dolores de cabeza ocasionales que dejaban a Pedro irritado como labrador encerrado en el balcón de un departamento.

El problema era que trabajar juntos seguía siendo una pésima idea.

O demasiado buena.

Mi sala ahora quedaba al lado de presidencia, ya no en la antesala de su oficina. Pero hacía mis chequeos. Porque él tendía a exigirse más de lo que debía y automedicarse, solo para seguir trabajando.

Aquella tarde, atravesé el corredor sosteniendo una carpeta de contratos internacionales, mientras el resto de todo el piso hervía.

Empujé la puerta de su sala sin tocar.

—Helena, mira la hora, recordé que tengo un intervalo... largo. —Karina pasó junto a mí, con su traje azul bolígrafo. Cualquier otra persona parecería loca con esa ropa, menos Karina.

Ella siempre hacía esa escenita, que me dejaba avergonzada. Pero si alguien sabía cómo funcionaban "las reuniones" que yo venía a tener con Pedro Guerra, era Karina. Yo siempre venía con un motivo honesto, era él quien no se importaba, hasta que termináramos el "tema urgente". Mis hormonas de embarazo no estaban reclamando.

Pedro levantó los ojos del notebook en el instante en que entré. Y mi corazón se aceleró de esa forma ridícula que ocurría siempre que entraba en el mismo ambiente que él.

Todavía se aceleraba, incluso viviendo juntos, compartiendo la cama, despertando todos los días aferrada a aquel hombre. La sensación nunca pasaba. Tal vez ocurriera para siempre.

Ojalá que sí.

Él estaba sin corbata, los primeros botones de la camisa social abiertos, una pluma atrapada entre los dedos y aquella apariencia peligrosamente desalineada de ejecutivo que trabaja demasiado y duerme poco. El sol atravesaba la pared de vidrio detrás de él, esparciendo reflejos dorados por la sala y acentuando todavía más los ojos azules, que ahora me acompañaban mientras cerraba la puerta detrás de mí.

—Tranca —ordenó, grave, mientras escrutaba mi cuerpo, deteniéndose sobre mi barriga de trece semanas, que no estaba muy grande, solo redondeada, marcándose en la blusa.

—La reunión con los nuevos inversores de Dubái cambió para el jueves. Danilo pidió confirmación de la... —Pedro cerró el notebook en medio de mi frase. Y tragué en seco—. ¿Me estás escuchando?

—No muy bien, ven a hablar aquí de cerca. —Se reclinó hacia atrás, apartando la silla de la mesa.

Me acerqué a la mesa, desconfiada. Sus ojos estaban en mis pechos, sin siquiera disimular. Mis pechos estaban más hinchados, pero todavía cabían en los sostenes de siempre. Quiero decir... casi ya no cabían.

—Esto es urgente, Pedro. —Coloqué la carpeta abierta sobre el notebook cerrado, deteniéndome a su lado, recostada en la esquina de la mesa.

Él me observó durante algunos segundos sin responder. Despacio. Como un hombre mirando algo que le gusta de verdad. El tipo de silencio que calienta la piel más rápido que un elogio.

—Urgente es una palabra fuerte, Helena. Voy a mostrarte lo que es urgente.

Puse los ojos en blanco antes de que mi rostro denunciara el efecto de sus palabras. Pero fue su toque, la mano firme sujetándome por la muñeca y jalándome hasta quedar entre sus piernas, lo que me transformó en una masa jadeante y llena de deseo.

Me miró bajo las pestañas, mientras pegaba el rostro sobre mis pechos cubiertos y sus dedos se deslizaban por mis piernas, haciendo que los escalofríos recorrieran directamente hasta mi centro. Subió mi falda hasta la cadera. La forma posesiva en que me tocaba, como si yo fuera una extensión de él, perteneciéndole a un nivel visceral, siempre me dejaba atontada.

La comisura de sus labios se curvó en una sonrisa canalla al enganchar los pulgares en los laterales de mi braga, bajándola lentamente por mis muslos. Mi cuerpo entero entró en anticipación, pulsando acalorado.

Yo pretendía intentar hablar de trabajo con él, pretendía... Pero no lo impedí. Solo crucé los brazos, intentando sostener alguna dignidad profesional.

—Sabes que cuando haces eso tus pechos casi revientan el botón de la camisa, ¿no? —murmuró y dio un tirón en la camisa, abriendo el botón con una destreza felina, lo que me hizo soltar un chillido de sorpresa—. Solo quiero desordenarte, no destruir tu ropa, relájate.

—Esta casi ya no me queda.

—Está perfecta. —Empujó mi braga hasta que me la quité con los pies, saliendo también de mis tacones.

Gemí de alivio al poner los pies en el suelo y Pedro se levantó de la silla, sujetándome por detrás de los muslos para sentarme en el borde de su mesa. Se encajó entre mis piernas, rozando muy suave la erección contra mi coño descubierto. Mi falda estaba

arremangada en la cadera, dándole una visión privilegiada. Pero sus ojos estaban en mis pechos, saltando de las copas del sostén.

El calor me subió de inmediato por la nuca. Que pronto recibió su mano pesada, inclinándome hacia atrás, mientras hundía el rostro entre mis pechos, raspándome con la barba cerrada.

—¿Karina todavía está ahí afuera para oírte gemir mi nombre? —preguntó y dejó una mordida en la carne de mi escote.

—N-no —resollé, apoyando las manos hacia atrás, arrugando papeles bajo mis palmas, sin importarme.

—Entonces aprendió la lección. —Diciendo eso, apartó la copa del sostén y tomó un pezón con la boca, succionándolo hasta que el gemido se me escapó.

Al mismo tiempo frotó la erección presa en el pantalón contra mi coño. Enganché mis tobillos detrás de sus rodillas y aproveché las caricias.

—Vas a dejar mi pantalón marcado con lo mucho que tu coño está goteando, Helena. Esto es urgente. ¿Entendiste la diferencia?

Sí, entendía perfectamente lo que era urgencia.

Cerró la mano en mi cabello, arqueándome el cuello hacia atrás, mientras subía la otra mano por la parte interna de mi muslo y frotaba los nudillos, separando mis labios mayores empapados, rozando mi clítoris palpitante con demasiada suavidad.

—Pedro... —Dejé implícito el pedido de misericordia, lo que lo hizo sonreír con la boca pegada a mis pechos, torturando mi pezón.

—¿Esto es lo que necesitas, mi Helena? —Giró la mano, sosteniendo mi coño en cuenco.

El dedo medio, largo y grueso, presionaba mi entrada y el clítoris al mismo tiempo. Lloriqueé un gemido, sujetándolo por la nuca para traerlo a besarme.

Pedro invadió mi canal con un dedo muy lentamente, pegando los labios a los míos sin besarme. Me estaba torturando, dejándome sedienta por él, hasta que cualquier asunto que hubiera venido a conversar quedara completamente olvidado.

El dedo medio entraba y salía con un sonido mojado que era puro erotismo, mezclado con nuestras respiraciones aceleradas. Toda mi piel se erizó con el placer demasiado suave para llevarme a algún lugar que no fuera la desesperación por correrme. Esas malditas hormonas todavía me harían pasar vergüenza. Para mi suerte, ahora él podía coger; las primeras semanas de su recuperación fueron muy difíciles. Porque, por más que Pedro me hiciera correrme con las manos o con la lengua, yo tenía miedo de que se lastimara y estuve ansiosa por el momento en que su polla pudiera volver a la ecuación.

Por eso, esta vez, deslicé la mano sobre su camisa hasta alcanzar el cinturón y lo abrí, torpe y ansiosa. Como recompensa, Pedro asaltó mis labios, besándome voraz. Su lengua invadió mi boca como yo quería que su miembro lo hiciera, encajándose entero en mí.

Las acciones que empezaron lentas y deliberadas se volvieron más animalescas. Me sujetó la bunda con fuerza, follándome con dos dedos a la vez, pero ignoró mi punto G, queriendo volverme loca y ensancharme.

Por más que ya me hubiera embarazado, Pedro hacía cuestión de correrse dentro de mí y de que yo tuviera orgasmos con su polla. Solo quedaba saciado cuando yo me corría con él enterrado dentro de mí.

Le bajé el pantalón y el bóxer por debajo de la bunda, solo lo suficiente para liberar su miembro delicioso. Cerré el puño alrededor de su grosor, sintiendo las venas pulsar bajo mi palma, y froté el pulgar sobre la cabeza mojada de preseminal. Eso me arrancó un gemido de lujuria entre el beso en el que me mantenía presa, por más que yo ya no consiguiera corresponder.

Le masturbé el miembro, apretando con más fuerza cerca de la cabeza, lo que siempre lo dejaba medio fuera de sí, y fue exactamente lo que ocurrió. Pedro pasó el brazo por detrás de mí, derribando su computadora y los papeles al piso, y me acostó sobre la mesa, sujetando uno de mis tobillos en su hombro, girándome un poco de lado para no apoyarse sobre mi barriga.

El cuidado y la desesperación evidentes me dejaban todavía más enamorada de él.

¿Ese hombre sería mi marido, de verdad?

Mis ojos se fueron hacia atrás cuando se apuntó a mi entrada. El pulgar presionaba mi clítoris en un masaje lento, mientras su boca se pegaba a mi tobillo y él entraba en una embestida brutal, girando la cadera hasta hacerme sentir que nos lubricaba a los dos al mismo tiempo.

—¡Dios mío! —jadeé.

—Gime mi nombre, soy yo quien se está comiendo este coño —rugió y embistió profundo otra vez, mordisqueándome la pantorrilla.

Conforme aumentaba la velocidad, cambiando el ángulo de la penetración hasta acertar perfectamente mi punto G con la cabeza mojada de su polla, fui restregándome contra la mesa, arrugando mi ropa. Su cinturón tintineaba, aumentando la sensación de depravación por estar en medio del horario de trabajo, follando como conejos.

—¡Ah, carajo! ¡La forma en que me aprietas es demasiado rica! —maldijo entre el aliento.

Echó la cabeza hacia atrás, rugiendo su placer, y quitó la mano de mi manojo de nervios solo para escupirse en los dedos y traerla de vuelta a mí, masturbándome con más avidez.

No resistí, el orgasmo vino con fuerza bruta, con el estímulo por dentro y por fuera. Mi abdomen se tensó y mis pezones, uno

mojado y expuesto mientras el otro seguía preso en el sostén, se volvieron todavía más sensibles. Sujeté su antebrazo, el de la mano que me masturbaba mientras me comía, como si implorara por más.

Sin preguntarme qué quería o necesitaba, Pedro apoyó una rodilla sobre la mesa, por debajo de mi pierna, y profundizó todavía más las embestidas. Mi orgasmo se prolongó, enlazándose con otro aún más fuerte que el primero, como si fuera uno solo, ininterrumpido.

A esa altura, yo estaba gimiendo alto, sin vergüenza de nada.

El sudor creaba una capa fina en mi frente, el olor a sexo y su perfume se mezclaron, inundando mi olfato, y los sonidos de nuestras caderas chocando, el cinturón arrastrándose por el piso de la oficina, hiperestimulaban mis sentidos alrededor del placer.

Se derramó dentro de mí con un gemido gutural, mientras clavaba los ojos en los míos, en una orden muda de que lo mirara mientras se corría.

—No me importa si ya metí un hijo en ti, Helena, aquí es donde mi leche va a quedarse. —Manipuló mi cuerpo para sentarme de nuevo, todavía jadeante, y envolví su cuello con un brazo, aflojándole la corbata y abriendo el primer botón de la camisa.

Lo besé justo al frente, sobre la nuez, dejando allí la marca de mi labial.

—Te amo, Pedro Guerra —murmuré, mirándolo embobada.

Aquellos ojos azul eléctrico cambiaron de intensidad, de la energía sexual que siempre lo rodeaba al amor que él nunca escondió y que antes yo no conseguía descifrar, pero que ahora era demasiado obvio.

El mundo se reducía cada vez que Pedro Guerra me tocaba como si yo fuera la única cosa realmente importante que alguna vez tuvo en la vida.



Día siguiente

El consultorio de la obstetra olía a lavanda. Las paredes de vidrio exhibían la Lagoa Rodrigo de Freitas como un cuadro vivo, atravesada por la luz dorada del final de la mañana, y parecía pensada para calmar cualquier ansiedad.

Solo que mi ansiedad no tenía cura.

Pedro estaba sentado a mi lado, usando una camisa social oscura con las mangas dobladas hasta los antebrazos, el cuerpo grande ocupando demasiado espacio, con la postura falsamente relajada. Pero ahora lo conocía bien, estaba tenso, concentrado en cada palabra de la médica.

—El NIPT es un examen genético fetal de alta precisión. —La doctora explicó, deslizando los exámenes en la tablet—. Consigue rastrear alteraciones cromosómicas importantes, síndromes y otras condiciones todavía al inicio de la gestación.

Pedro no desviaba los ojos de la pantalla, ni por un segundo. Lo que me movió por dentro de una forma difícil de explicar.

Conocía al Pedro dominante, impaciente, acostumbrado a controlar ambientes enteros apenas entrando en ellos. Un hombre que resolvía contratos millonarios con facilidad. Pero aquí, delante del examen que hicimos solo para saber si todo estaba bien, parecía... vulnerable.

La mandíbula rígida, los dedos apretados en los míos, mientras fingía que me sujetaba la mano para darme seguridad. Estaba funcionando, pero no era solo yo quien necesitaba el toque. El pecho se me apretó, lleno de amor por ese hombre.

—Los resultados vinieron excelentes. No apareció ningún marcador importante. El bebé está sano —continuó la doctora.

Vi sus hombros relajarse por primera vez desde que nos sentamos allí. La mano grande soltó la mía y se abrió sobre mi barriga, en un gesto que se estaba volviendo natural para nosotros.

Él respiró hondo, asintiendo todavía serio. Aliviado.

¡Dios mío!

Sentí que los ojos me ardían de emoción, porque yo ya sabía que Pedro quería a ese bebé y él lo había dicho muchas veces, pero solo aquí, en este instante, realmente veía cuánto. Pedro ya amaba a esa criatura, por más que mantuviera la compostura frente a la médica; quería que yo lo supiera al acariciarme la barriga con el pulgar, donde ella no lo vería, solo yo.

Intenté concentrarme en lo que ella decía, hablando sobre vitaminas, futuros exámenes y nuestras próximas consultas prenatales, pero mi atención ya no estaba totalmente en ella.

Estaba en él. En la forma posesiva y cariñosa con que siempre me tocó y ahora tocaba a nuestro bebé. En la expresión intensa cuando desviaba la mirada hacia la mía. La de alguien que todavía no conseguía creer que tenía una familia.

A veces olvidaba que Pedro nunca había soñado con aquello hasta creer que iba a morir. Y tal vez justamente por eso amaba todo con esa intensidad devastadora de un hombre hambriento.

—¿Quieren saber el sexo? —Finalmente consiguió mi atención total.

Me giré de inmediato hacia Pedro. Los ojos azules encontraron los míos y se suavizaron en el mismo instante, de ese modo que siempre hacía que mi corazón perdiera el ritmo.

Entonces sonrió. Hermoso.

—Ella quiere. Yo no. A mí me da igual.

Pedro se encogió de hombros y me guiñó un ojo, apretando mi barriga con suavidad. Y yo sabía que era verdad.

Niño o niña, parecido a mí o a él. Nada de aquello importaba más que el hecho de que el bebé existiera.

Volví a entrelazar nuestros dedos y le dije a la médica:

—Quiero saber.

Ella sonrió, tomó un pequeño papel y escribió algo rápidamente antes de doblarlo por la mitad. Y me lo entregó. Mi corazón se disparó, pero todavía no miré. Solo lo miré a él. Este era su sueño, entonces se volvió nuestro. Nosotros, el bebé, el amor inesperado, el matrimonio en una semana...

Él pareció leer mis pensamientos, porque clavó la mirada en la mía, como si me pidiera que esperara, solo un poco más, que los dos aprovecháramos eso, la sensación del frenesí antes del descubrimiento juntos, solo un instante más.

Pedro Guerra me miraba como un hombre mira su propia vida en las manos de otra persona, con amor, esperanza, miedo y coraje.

Pasé años creyendo que las relaciones eran cosas que tendrían que esperar hasta que yo me estableciera, que el amor era bonito, pero también podía lastimar. Y todo eso era verdad, en parte. Pero después de conocer al hombre que cambiaría mi vida por completo, con quien construiría una vida, lo comprendía.

Con él a mi lado, entraría en cualquier guerra.

45



Una semana después, yo estaba parado descalzo sobre un deck de madera en una isla privada en Angra dos Reis, esperando a que mi novia atravesara un corredor de flores blancas al atardecer.

Si alguien me hubiera contado que ese día llegaría un año atrás, probablemente habría mandado a esa persona a la mierda, riéndome. El matrimonio nunca estuvo en mis planes.

Durante mucho tiempo, pensé que el amor era igual a una gripe fuerte: algo que un día pasaba, te dejaba jodido y después se iba. La familia, entonces... era reflejo de trauma y resentimiento. Dos cosas que no estaban en mis planes.

Y ahora estaba aquí y ese era el único plan.

Recordé las palabras del médico: tiempo para vivir. Era lo que haría. Que Danilo lidiara con Guerra Turismo, él era joven, soltero, sin hijos... Que gastara su tiempo de vida en busca de éxito financiero.

Mi éxito estaba entrando del brazo de Augusto da Paz.

El vestido de satén no era exactamente blanco, era un tono off-white quemado y se moldeaba a sus curvas, marcando la barriga suave de catorce semanas. El cabello estaba recogido en un moño flojo, elaborado, que me hacía recordar todas las veces que entraba en mi oficina con aquella pluma sujetándole los mechones pesados.

La isla entera olía a brisa de mar y gardenia blanca, pero lo que yo quería era sentir su olor.

Helena tampoco quiso una fiesta gigantesca. Finalmente dejamos de ser noticia después de que Marília implorara por un acuerdo y se retractara en todas sus redes sociales, contando todo lo que hizo. Entonces Helena quería aprovechar, hasta que el embarazo se volviera evidente y los rumores volvieran a intentar desmerecer nuestro matrimonio.

Por eso, solo estaban aquí para verla venir hasta mí siendo la novia más hermosa que jamás habían visto los nuestros: amigos y familiares.

Familia. La palabra todavía parecía una novedad dentro de mi cabeza.

Mi hermano Marcos estaba conversando en voz baja con Michelle, mientras Matheus intentaba contener a Juninho y Davi, que corrían por el deck como dos huracanes, con su padre intentando fingir autoridad, sin ningún éxito.

Carmen Lúcia lloraba discretamente desde que llegamos a la isla anoche y se dio cuenta de que no tendría nada de qué ocuparse, que estaba aquí apenas como invitada. Rui estaba al lado de Danilo, que vino por invitación de Helena, no mía. Pero ella me obligó a invitarlo personalmente.

—Eres un suertudo como el carajo, ¿lo sabes, no? —Tarcísio, mi padrino, me susurró mientras intentaba disimular que no estaba mirando a Camila, como madrina de Helena.

Su hija venía delante de la novia, lanzando pétalos al suelo e intentando llamar la atención de su padre, que seguía mirando a la mejor amiga de Helena.

Camila estaba hermosa, con un vestido rosa claro que contrastaba perfectamente con su piel marrón. Las trenzas, todavía más largas que la última vez, estaban sueltas, volando con el viento del océano Atlántico.

Lo miré, indignado porque estuviera haciendo esa mierda el día de mi matrimonio.

—Tarcísio, hoy no... —Solo negué con la cabeza y él tuvo la audacia de parecer avergonzado por haber sido atrapado.

Pérola Lobo vino toda seria y concentrada, a recordarle a su padre que ese día era más importante para otras personas, no para su polla.

Miré a la pequeña, parpadeando en agradecimiento, porque con ella cerca la atención del Lobo se enfocaba en la niña y no en la caza. Ella no me devolvió la sonrisa, concentrada y atenta. Empujó los lentes sobre el puente de la nariz, como quien quería mostrarme que se estaba tomando muy en serio su trabajo de damita.

Entonces finalmente volví a mirar a Helena al lado de su padre, viniendo hasta mí para ser mía.

Augusto todavía podía fingir que estaba molesto por el hecho de que yo hubiera embarazado a su hija, por casarme con ella, pero estaba visiblemente emocionado. Lo que me trajo recuerdos de lo amigos que fuimos y de cómo, si no hubiera sido por su amistad, yo no habría tenido parámetros de cómo debía ser una familia.

El sol reflejándose sobre el mar calmo de la Costa Verde hacía que Helena pareciera todavía más radiante. El comienzo del atardecer dejaba todo el lugar con un tono ligeramente más cálido y las linternas colgadas entre los árboles se mecían suavemente con el viento tibio.

Helena sonrió, con los ojos húmedos y ¡puta madre! Era la mujer más bonita que había visto en la vida. Mi corazón latió tan fuerte que llegó a doler y me hizo perder el aire.

Cuando llegaron cerca del altar, Augusto me sujetó el brazo antes de entregar su mano en la mía, murmurando para que solo yo lo oyera:

—Me robabas la merienda en la escuela —refunfuñó, fingiendo una cara seria—. Ahora me estás robando a mi hija.

La risa se me escapó de la garganta antes de que pudiera impedirlo.

—Evolucioné —bromeé y extendí la mano para estrechar la suya—. No es solo la merienda que compartías conmigo lo que recuerdo, Augusto. Ella nunca va a dejar de ser tu hija. Y sé lo que merece, voy a hacer lo imposible... —prometí, y él finalmente asintió, pareciendo que bendecía.

Besó la frente de una Helena con las lágrimas corriéndole.

—Cuídala bien, Pedro. —Era para ser una orden, una amenaza, pero solo pareció el pedido de un padre. Lo que yo ahora también era, por ella.

Asentí despacio.

—Voy a pasar el resto de la vida intentando merecerla.

Augusto me apretó el hombro una sola vez antes de irse.

Entonces Helena finalmente quedó frente a mí.

Sostuve sus manos, pequeñas y heladas dentro de las mías. Los ojos castaños brillaban húmedos, conteniendo la emoción que me removía entero. Nunca imaginé que existiera un mundo donde una Helena da Paz me mirara de ese modo.

Como hombre y futuro. No como signos de dólar y billetes.

Mi mano libre se deslizó automáticamente hasta su barriga por encima de la tela satinada. Pequeña todavía, pero suficiente para recordarme que mi hijo estaba allí dentro mientras el mar entero parecía vibrar a nuestro alrededor.

Helena, el hijo que hicimos, mis hermanos, los amigos, las personas que amábamos y nos amaban de vuelta. Familia, el legado que realmente construí y reconstruí, no los hoteles que reformaba, a los que les daba apariencia de lujo para una élite vacía.

El padre empezó a decir algo, pero ¿honestamente? No oí una mierda. Solo conseguía mirar a mi mujer.

Entonces, antes incluso de que la ceremonia empezara realmente, ella se inclinó un poco en mi dirección y susurró:

—Te amo.

La frase me atravesó el pecho como una ola llena golpeando en la rompiente. Ella no lo decía siempre, era yo quien no dejaba de perder el control. Entonces, cada vez que ella dejaba caer sus declaraciones, yo me desbordaba.

Solo existía ella.

En cuanto el padre terminó la ceremonia diciendo que podía besar a la novia, yo ya estaba jalando a Helena Guerra por la cintura y besando a mi mujer en medio del altar.

Y fue justo allí donde otra idea surgió como una certeza absoluta:

Haría otro hijo en ella.



Meses después

El llanto de mi hijo atravesó la sala de parto como un trueno en una tormenta de verano: ruidoso y lleno de vida. En aquel instante singular, mi vida cambiaba para siempre.

No fue en el instante en que el médico me mostró las imágenes de mi cerebro con el tumor, ni al ver a Helena dentro de la cocina de mi oficina o cuando firmó Guerra por primera vez. Fue en el segundo en que miré su rostro y lo escuché llorar.

Había oído muchos sonidos importantes en la vida. Plumas firmando contratos millonarios. Helicópteros aterrizando en penthouses. Champán estallando en inauguraciones de hotel. Aplausos de inversores después de una negociación cerrada. Helena diciendo que "sí"...

Nada se comparaba. Nada.

Me quedé parado al lado de Helena, sosteniendo su mano sudada, sintiendo que el corazón quería salírseme por la garganta, mientras el médico levantaba a Bento da Paz e Guerra en el aire durante algunos segundos antes de llevarlo para los primeros cuidados.

El muchachito ya nació grande, como un pequeño toro. Los cabellos oscuros estaban pegados a la cabeza húmeda y, cuando abrió los ojos por primera vez, aunque hinchados y recién llegados al mundo, reconocí de inmediato el mismo azul de la familia Guerra.

Mi hijo.

El aire se volvió pesado dentro del pecho, como si no supiera por dónde salir. Y la sensación de conquista era infinita.

Miré a Helena, embobado y agradecido. El cabello pegado a la frente por el sudor, los ojos empañados de agotamiento y felicidad, el pecho subiendo rápido mientras intentaba recuperar el aliento después de horas de trabajo de parto.

Y aun así... la mujer más bonita que había visto en la vida, la mía. Me incliné hacia ella, sosteniendo su mano dentro de las mías,

mientras le besaba el dorso, demasiado emocionado para poner en palabras todo lo que estaba sintiendo.

Helena empezó a reír, llorando, desviando la mirada de mí para buscar a Bento, que seguía llorando. Reclamando del otro lado de la sala.

—Salió a ti —murmuró cansada.

Una risa ronca se me escapó de la garganta.

—Quiere a su madre. Lo entiendo y estoy de acuerdo, yo también la quiero.

La enfermera trajo a nuestro hijo envuelto en la manta del hospital pocos minutos después. La que Carmen hizo cuestión de hacer estaba en la habitación, esperándolo, y Carmen Lúcia no necesitaba saber eso.

Volví a mirar su rostro y casi perdí el aire cuando lo colocaron en los brazos de Helena. ¡Mierda! Mi mundo entero estaba allí.

Él era real. Minúsculo y gigantesco al mismo tiempo.

—¿Quieres cargarlo? —ofreció Helena, emocionada.

No imaginaba qué expresión era evidente en mi rostro; el autocontrol era lo último que conseguiría manejar ahora. Tomé a Bento en brazos, feliz como el carajo y aterrorizado por lo vulnerable que era.

Bento se movió despacio contra mi pecho, todavía bravo por el simple hecho de haber sido arrancado del confort de la barriga de su madre. Sonreí, revuelto por los sentimientos batallando en mis entrañas.

Y entendí perfectamente por qué los hombres mataban, destruían o construían imperios, o se destruían intentando proteger a su propia familia. No era ego, era necesidad.

Pasé el dedo despacio por la mejilla pequeña y arrugada de recién nacido, mientras él hacía un sonido indignado.

Hermoso como el carajo.

Miré a Helena conteniendo las lágrimas sin ninguna condición de esconder la emoción.

—Gracias. —La voz me falló.

Ella me observaba con los ojos brillando de esa forma enamorada que todavía me desmontaba entero, incluso después de todo lo que ya habíamos vivido.

—Me diste una vida entera cuando pensé que la mía se había acabado.

Era verdad. Meses atrás, yo era un hombre esperando morir rodeado de dinero y silencio. Ahora tenía una esposa hermosa, un hijo en brazos y la sensación aplastante de finalmente pertenecer a algún lugar.

Apoyé la frente en la suya:

—Te amo.

Cualquier acuerdo habría valido la pena. Por Bento y por ella. Y por todos los otros hijos que mi mujer fuera a darme.

EPÍLOGO



PEDRO
GUERRA

Cuatro años después

—Suelta mi cuello, Bento. Me estás ahorcando.

Intenté apartar sus brazos flacuchos, pero el muchachito estaba apretando con fuerza; terminaría lastimándolo si intentaba sacármelo de encima.

—¡No! —La respuesta vino inmediata, terca, acompañada de una mirada desconfiada típica de quien creía genuinamente que su padre pretendía soltarlo en el fondo de la piscina por diversión.

El sol del final de la tarde esparcía reflejos dorados sobre el agua, mientras Bento pataleaba sin ninguna coordinación, tirando agua fuera de la piscina, mientras se negaba siquiera a intentar nadar.

En lo bajo se divertía como loco, pero bastaba con que yo pasara de la mitad de la piscina sosteniéndolo para que le diera miedo. El cabello oscuro le chorreaba por la frente igual que el mío y

los ojos azules seguían cada movimiento mío con atención. Demasiado serio para un niño de cuatro años.

Contuve la risa.

—Necesitas confiar en mí.

—Confío, papá —respondió solemne.

—Entonces suelta, no voy a dejarte hundir.

Pensó durante algunos segundos, mirándome como si estuviera dispuesto a negociar. Algo que hacía constantemente.

—Me vas a soltar aquí de nuevo —reclamó, recordando la semana pasada, cuando intenté enseñarle a nadar con susto, ya que con amor no estaba funcionando.

—Fue solo esa vez.

—¡Casi me morí! —Me sujetó el rostro entre las manos y abrió mucho los ojos azules para enfatizar la frase.

Una carcajada vino desde la terraza, llamando nuestra atención.

Helena.

Giré el rostro de inmediato y encontré a mi mujer bajando los escalones externos de la casa, con un sobre blanco en las manos y aquella sonrisa que siempre aparecía cuando me sorprendía perdiendo una discusión contra un niño.

Casi cinco años después, todavía sentía el pecho apretarse cada vez que la miraba. El vestido se mecía despacio con el viento del final de la tarde, marcando suavemente el cuerpo delicioso, mientras ella caminaba descalza por la piedra caliente del área de la piscina.

El cabello recogido en un moño flojo, con aquella bendita pluma, dejaba escapar algunos mechones, contorneándole el rostro

ya sin el maquillaje que se había puesto para ir a trabajar esa mañana.

Yo estaba tomando otro año sabático. "Solo hasta que Bento aprenda a caminar", "solo hasta que entre en la escuela"; ahora la nueva meta era: "solo hasta que aprenda a nadar". No quería perderme nada.

Todavía iba a la empresa cuando un gran proyecto necesitaba mi presencia, acompañaba algunos por home office cuando me interesaban, pero el trabajo no era mi prioridad.

Helena y Bento lo eran.

Bento percibió la presencia de su madre e inmediatamente me soltó para nadar torpemente hasta el borde bajo. ¿Ahora el muchachito nadaba? Me estaba tomando el pelo.

—¡Mamá! —Subió con facilidad, sin siquiera usar la escalera.

Le abrazó las piernas, mojándola como yo también solía hacer. Ella se agachó, besándole las mejillas y arrancándole una risa cuando le hizo cosquillas hasta que cayó acostado. Entonces le revolvió el cabello mojado antes de alzar los ojos en mi dirección.

Sacudió el sobre hacia mí y de alguna forma supe que no era cosa de la empresa. Mi corazón desaceleró por medio segundo. Después galopó, mientras alcanzaba el borde más cercano a mí y salía del agua, pisando firme para encontrarme con ella.

—¿Qué es eso? —pregunté, ya anticipando lo que era.

Yo lo había notado antes que ella, pero esperé a que lo percibiera sola y aparentemente fue más allá de percibirlo: se hizo un examen.

—Tú dime qué es esto, Pedro Guerra.

Tomé el sobre aún con agua escurriéndome por los brazos y lo abrí despacio. Un Beta hCG. Positivo.

¡Sí, mierda!

La felicidad me atravesó el pecho, tan voraz que casi me desequilibró.

Miré de inmediato a Helena, con una sonrisa en los labios, sin esconderle nada. Ella me observaba en silencio, los ojos entrecerrados, acusatorios. De esa forma contenida que yo conocía demasiado bien.

Helena nunca fue mujer de escenitas emocionales. Lo que sentía aparecía en las pequeñas cosas: en la forma en que apretaba mis manos, en la sonrisa discreta que surgía sin que se diera cuenta, en la voz volviéndose más baja cuando estaba emocionada.

Sonreí sin poder evitarlo.

—Estás embarazada. —No fue una pregunta. Envolví su cintura, terminando de mojarle todo el vestido cuando pegué sus pechos a mi pecho.

Bento abrió los ojos en el mismo instante.

—¿Hay un bebé ahí? —Apuntó a la barriga de su madre.

Helena ya no consiguió controlarse y se rio.

—¡Hay! Tu papá plantó otro bebé en mi barriga.

Mi hijo se quedó en silencio por casi medio segundo, lo que era raro en él, procesando la información.

Entonces salió corriendo hacia las escaleras, gritando:

—¡Carmeeeen! ¡Mi papá puso otro bebé en la barriga de mi mamá!

La carcajada de Carmen hizo eco desde dentro de la casa.

—¡Dios mío del cielo, Bentinho!

Helena se cubrió el rostro por un instante, riendo incrédula, entonces recordó que estaba "irritada conmigo".

—Pedro.

—¿Qué?

Me acerqué más hasta sentir el olor de su perfume mezclado con la brisa de mar y el cloro de la piscina. Mi corazón todavía latía demasiado rápido mientras deslizaba la mano lentamente por su barriga y pegaba la boca a su mandíbula, después a la comisura de su boca.

Otro hijo. Otro pedazo nuestro viniendo al mundo.

—Te dije que no era un buen día para, ya sabes...

—¿Para correrme dentro? —murmuré, con la boca en la concha de su oído—. Yo siempre me corro dentro. Ese es nuestro acuerdo.

Ella apartó el rostro, jadeando, pero intentando permanecer seria, la misma expresión que Bento heredó.

—Eso no forma parte del nuevo acuerdo, Pedro Guerra. El nuevo acuerdo es en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe. No puedes seguir haciéndome hijos...

Metí la mano en su nuca, deshaciendo el moño sujeto por la pluma que cayó. Eso la silenció con un jadeo sorprendido. Clavé mi mirada en la suya y murmuré con la voz más ronca:

—Voy a seguir metiendo hijos en ti. Y si quieres que pare, solo tienes que usar cualquier anticonceptivo, Helena Guerra. —Succioné su labio inferior, mordiendo la parte carnosa que era solo mía para morder—. Tú también querías, admítelo.

Ella empezó a reír en el mismo instante, sacudiendo la cabeza con falsa incredulidad.

—Te gusta que te folle corriendo el riesgo de embarazarte, todas las veces. —La acusé, pero era la verdad—. Te gusta imaginar que mi leche escurriendo en tu braga cuando vas al trabajo puede estar haciéndote un hijo. Te gusta esta mierda tanto como a mí.

Ella arqueó el cuello hacia atrás cuando le restregué la lengua por el cuello, mordisqueándole la piel hasta el hombro. Rocé la polla dura, presa en la sunga, contra su barriga todavía plana. Y le apreté la bunda con fuerza.

—Y quiero otros hijos contigo antes de volverme demasiado viejo.

—¡No estás viejo!

—Dentro de poco van a pensar que soy el abuelo de los niños.

Helena soltó una risa nasal.

—Nadie, en la vida, va a mirarte y pensar en un abuelo, Pedro. Estás bastante en forma para ser un cincuentón —se burló.

—Exactamente ese es el punto. Quiero tiempo.

La comprensión en su rostro hacía que amara a esa mujer desesperadamente. Ella siempre estaba cediendo y cediendo, y yo no conseguiría retribuirle, por más que lo intentara como el carajo. Me acarició la nuca, entonces me alisó el cabello mojado hacia atrás, cambiando la falsa rabia por la pasión acogedora, el amor hirviente.

—Sí me gusta, pero igual voy a quejarme.

—Y yo voy a seguir haciéndolo, entonces, siempre que estemos de acuerdo...

El ruido distante de Bento contando la novedad a todos los empleados de la casa seguía llegando desde afuera.

—¡Papá! Si mamá va a tener un bebé de nuevo, entonces ¿voy a ser hermano?

Bento se sujetó de la balaustrada, en lo alto de la terraza, poniéndose en puntas de pie para mirarnos desde arriba, con Carmen Lúcia justo detrás de él, cuidando que no se cayera, como una abuela babosa.

—¡Sí, lo vas a ser! —respondí.

Vi cuando Carmen dijo: "¿Ves?", porque él era un muchachito terco, pero me gustaba que buscara mi validación, que confiara en mí. Entonces Bento volvió corriendo adentro, para repetir la noticia a todo el mundo, ahora con él como protagonista de la historia.

Su felicidad solo no era mayor que la mía.

Apoyé la frente en la de Helena por un instante, confiando en ella para validar el mundo por mí.

Y besé a mi mujer despacio, sintiendo su sonrisa contra mi boca, mientras el resto del mundo desaparecía del mismo modo que siempre desapareció cuando *Helena da Paz y Guerra* entró en mi vida.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, siempre el lector. Así que gracias a ti, que leíste hasta aquí. Sin ustedes, el libro es apenas una idea en el papel.

Agradezco también a todas las personas que forman parte de mi vida y me sostienen la mano para que este libro llegue a las suyas de la mejor forma posible. Siendo una autora independiente, si no fuera por la gente que camina conmigo, sucumbiría.

Mis betas, gracias por todo: Emy, Ju, Lis, Lud, Mari, Nena, Rana y Tam. Gracias por amar a Pedro y Helena mucho más que yo. Las amo.

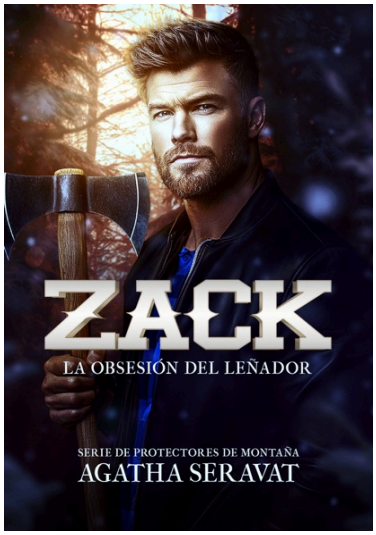
A Prika, mi correctora y lectora crítica, gracias por todo, para siempre.

Y a todas las lectoras queridas, que se acercan más con cada lanzamiento. Que aplauden a esta muñeca de cuerda. Que alientan, que piden libros de secundarios que yo ni imaginaba que generarían caos, jaja, muchas gracias.

Si llegaron hasta aquí, escríbanme por DM diciendo: "quiero que el Lobo me coma mejor" (y si eres del grupo Seraverso, sabes que ese es exactamente mi humor, siempre).

Un beso,

Agatha Seravat (y al revés también)



Zack: La Obsesión del Leñador

AGE GAP (DIFERENCIA DE EDAD) - SMALL TOWN - ¿QUIÉN TE HIZO ESTO? - PERSONALIDAD DE PASTOR ALEMÁN - HOMBRE DE MONTAÑA - LEÑADOR RUDO

_____

SERIE PROTECTORES DE MONTAÑA – 1

ZACK WINCHESTER es el menor de tres hermanos cuyas vidas fueron destrozadas por la venganza.

Casi veinte años después del día en que su vida dio un vuelco, ve a sus hermanos aislados, el pueblo donde creció le teme y nadie se atreve a acercarse a él.

Hasta que Hazel, la nieta del director de la escuela, llega al pequeño pueblo de montaña. Zack se obsesiona con la joven que parece ser la promesa del futuro que siempre soñó.

HAZEL HARTWELL es una maestra recién graduada que desea acercarse a la única familia que le queda: su abuela. Lo que no esperaba era sentirse tan atraída por un hombre con un apellido lleno de leyendas urbanas, que a veces parecen muy reales.

En medio de la obsesión de Winchester por ella, Hazel se ve atrapada en medio de una guerra entre dos familias enemigas.

Un encuentro de soledad, una obsesión, un legado de venganza.

¿Puede el amor sanar el pasado olvidado?
